NIGROMANTES
LAS HERIDAS DE LA MAGIA
RAQUEL BRUNE
NOCTURNA EDICIONES

NIGROMANTES
LAS HERIDAS DE LA MAGIA
RAQUEL BRUNE
NOCTURNA EDICIONES

RAQUEL BRUNE

NIGROMANTES

LAS HERIDAS DE LA MAGIA

Ilustraciones de Inma Moya

NOCTURNA EDICIONES

© de la obra: Raquel Brune, 2022

© de las ilustraciones: Inma Moya, 2022

© de la presente edición: Nocturna Ediciones, S.L.

c/ Corazón de María, 39, 8.º C, esc. dcha. 28002 Madrid

info@nocturnaediciones.com

www.nocturnaediciones.com >

Primera edición en Nocturna: enero de 2023

ISBN: 978-84-18440-80-9

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Para todas las personas que buscan su sitio
y para todas las familias encontradas.

Usted puede ayudarme;
usted puede abrirme de par en par las puertas de la muerte,
porque el amor la acompaña siempre
y el amor es más fuerte que la muerte.
Oscar Wilde

En cualquier día de mi pasado o de mi futuro
siempre hay las mismas luces,
los mismos pájaros y la misma ira.
Elena Garro

Protagonistas

Elías

Marcos

Sofía

Beathan

Judith

Vivien

LAS HERIDAS DE LA MAGIA

Prólogo

Se habían escondido en el rincón más recóndito del mundo y, aun así, ella los había encontrado. También lo hizo cuando buscaron refugio en ciudades superpobladas como Tokio o Ciudad de México, donde creyeron que podrían confundirse con los millones de almas que las habitaban, refugiándose en el anonimato como si fuese un manto de invisibilidad. Samuel empezaba a sospechar que Judith daría con ellos aunque se escondiesen en el fondo de las aguas abisales, allí donde no llegaba la luz. Si el frío insoportable que helaba los lagos y cascadas del norte de Islandia no los había protegido, ¿por qué lo iba a hacer la oscuridad?

Samuel sentía el aire gélido adentrándose en sus pulmones sin piedad, como si ansiase arrancar cada rastro de calor de su cuerpo, por minúsculo que fuese. Era imposible acostumbrarse a ese frío. Corría por la playa en busca de un terreno favorable, moviéndose con torpeza bajo su ropa térmica. Cada paso era una tortura, pero no podía detenerse, no aún. Allí fuera, en mitad de la playa de arena volcánica, era un blanco fácil para la banshee que lo perseguía, pero en las cuevas las sombras jugaban a su favor. El nigromante invocó a la magia para proteger sus oídos del chillido de la banshee, empleando una especie de tapón de sombras que no dejaba de moverse en su tímpano y provocarle escalofríos. Aunque el método resultase molesto, también era muy efectivo. Por desgracia, ellos no eran los únicos que se habían adaptado a las mejoras del enemigo.

Sintió el roce cortante del sonido acariciando su brazo, apenas rozándolo, y una fina herida se abrió por debajo de su camiseta, de su jersey y de su abrigo de plumas. Notó la sangre empapando la tela.

Samuel siguió corriendo, esa vez procurando moverse en zigzag para evitar que el próximo golpe le cercenase en dos.

Cuando habían intentado esconderse en una de las muchas islas de

Indonesia, la banshee se había hecho con unas garras de hueso tallado. Las empleaba para convertir su lúgubre voz en un proyectil arqueado que surcaba el aire y cortaba todo cuanto tocaba. A Samuel no le cabía la menor duda de que la idea había sido de Judith.

El nigromante invocó a las sombras y, al instante, adoptaron la forma de un orgulloso tigre que arqueó su cuerpo y emitió un amenazador rugido. Samuel no miró atrás. El grito de la banshee no tardaría en desmembrar a la criatura hasta que se desvaneciese, pero al menos le daría el tiempo que necesitaba para refugiarse.

Alyssa y él habían elegido esa playa en la costa norte de Islandia por dos motivos: puesto que no era tan espectacular como otros rincones de la isla, los turistas rara vez la visitaban; y, por otro lado, estaban sus cuevas. Si lograra llegar hasta su interior, tendría alguna posibilidad de despistar a su perseguidora.

«Alyssa… —Su corazón se aceleró, y no solo a causa de la carrera. La bruja se había marchado esa mañana para reforzar las barreras mágicas que los protegían y no había vuelto. Si la banshee había llegado hasta allí, solo podía significar que las barreras habían caído—. ¿Cómo han conseguido vencer el conjuro de una hechicera?». Su magia no solo los protegía de los intrusos, sino también de las miradas curiosas. Quienquiera que se asomase a las barreras vería una playa vacía carente de interés. Sí, sin duda la arena negra, la nieve, las olas blancas y el hielo azulado componían un paisaje sinfónico e irreal, pero había muchos otros lugares así en la isla.

Samuel y Alyssa habían alquilado una de esas furgonetas que convertían el techo en cama para no tener que registrarse en ningún hotel y, así, no dejar rastro. En el pasado, Judith les había demostrado que ni siquiera bajo un nombre falso estarían seguros. Habían conducido a través de yermas carreteras que parecían no tener fin, cruzándose con apenas un par de coches más, rodeados por una vasta extensión de tierras baldías que aparentaban estar muy cerca del fin del mundo. Solo salían hasta el pueblo más cercano una vez a la semana para comprar comida y llenar el depósito. No hablaban con nadie y siempre pagaban en efectivo. Se aseguraban de llevar gorras que les cubriesen el rostro y procuraban

dar la espalda a todas las cámaras de vigilancia. Ningún ordenador, cuenta bancaria o grabación de seguridad eran rivales para la magia de Judith, pero la experiencia les había ayudado a evitar esas grietas por las que la joven podía colarse. Y aun así, había ganado otra partida de un juego del escondite que llevaba prolongándose durante más de ocho meses: ahora volvían a enfrentarse cara a cara pese a todos sus esfuerzos. Samuel, desesperado por proteger la flauta y su poder inhumano; Judith, dispuesta a cualquier cosa con tal de conseguirla.

Samuel oyó un rugido lastimero a sus espaldas y giró la cabeza a tiempo de ver cómo el tigre de sombras se deshacía. La banshee agitó sus nuevas zarpas en el aire, dando forma a su voz. El siguiente ataque iría directo hacia él y no le quedaba aliento para una nueva invocación. Aceleró el paso tanto como pudo, ignorando las protestas de sus pulmones y su garganta, que parecían arder contra el frío, y las de sus piernas, cuyos músculos se encogían de dolor por el súbito esfuerzo.

En aquel silencio casi absoluto, interrumpido tan solo por el sonido de las suaves olas golpeando contra la arena y por su respiración agitada, el chillido de la banshee era aún más perturbador. Lo sintió volando hacia él, cortando el aire, vibrando cada vez más cerca y más fuerte.

Con un último impulso, logró llegar a la modesta cascada, que no podía competir con las más famosas del país. No era Skógafoss ni Seljalandsfoss, ni siquiera sabía si esos hilos de agua, tan débiles que incluso el otoño los había congelado, tenían un nombre. Se abrió paso por la cortina de hielo justo cuando el agua congelada estallaba en pedazos que llovieron en todas direcciones. Lo había conseguido: ahora la banshee estaba en su terreno.

Tras la cascada se ocultaba una intrincada y oscura cueva que se extendía a lo largo de kilómetros en todas direcciones. Samuel y Alyssa se habían asegurado de conocerla a fondo por si ese momento llegaba, aunque entonces él no se imaginaba que fuese a tener que recorrer los túneles a solas y en la oscuridad. Alyssa hubiese podido alumbrar toda la cueva con su magia. «Diosa Muerte, protégela de los males de este mundo, que no acuda a tu reino antes de tiempo», rogó, pero su diosa estaba tan ausente en

esas tierras como cualquier otra deidad. En los confines del mundo no había suficiente vida como para que la muerte pudiese considerarlos parte de su jurisprudencia. Eso era lo primero que habían percibido al llegar a ese rincón de la isla: la ausencia de magia. Sin vida ni muerte, solo podían contar con el poder de su propio cuerpo. Sin la luz de Alyssa, tendría que moverse en la penumbra. Por fortuna, como buen nigromante, no temía a las sombras.

Siguió corriendo de una galería a otra, tanteando con los brazos la roca negra en busca del camino adecuado y con la esperanza de que las trampas que habían escondido por toda la cueva frenaran su avance. Oyó a la banshee quejarse en un par de ocasiones, pero enseguida sus pasos volvían a apresurarse tras él. Era lo único que se percibía en el ambiente junto con su propia respiración agitada, como si el silencio también lo acechase.

«Sigue avanzando, no mires atrás», se decía. Se adentraría en la tierra hasta despistarla, ese era su plan…

Hasta que dio un paso en falso y el suelo dejó de ser sólido. Samuel se deslizó por la resbaladiza superficie durante unos segundos y finalmente cayó de espaldas contra la gélida capa de hielo que daba forma a un enorme lago subterráneo. Gimió por el dolor, pero no le dio tiempo a lamentarse: cuando logró incorporarse, supo que no estaba solo en la galería.

La banshee no necesitaba respirar, pero percibía su presencia muy cerca de él. Llamó a las sombras y ella abrió los labios para dar forma a uno de sus horribles aullidos. Por fortuna para el nigromante, su magia fue más veloz que la voz de su perseguidora: las sombras se adentraron en su garganta y Samuel hizo que formasen una densa capa que absorbió el sonido del grito. La banshee se llevó las manos al cuello y comenzó a convulsionarse al ver que no podía gritar. O al menos eso imaginaba Samuel que sucedía en la oscuridad. «Tendré que darle las gracias a Elías por la idea». Las sombras no resistirían demasiado tiempo en el interior del cuerpo de un ser espectral, así que se apresuró a salir del lago helado y correr por la cueva, intentando desandar los pasos que había dado hacia la salida.

Se aseguró de que el peso de la flauta en la funda negra que colgaba de su cuello, protegida en el interior de su abrigo, siguiese allí. Habían probado con todos los métodos imaginables, mágicos y corrientes, para destruirla o deshacer el hechizo que la volvía tan peligrosa. Ni la lava de los volcanes ni la presión de las arenas movedizas ni la lluvia ácida le habían causado el más leve rasguño. Tampoco lo hicieron la magia negra y ancestral de las brujas del Caribe ni la nigromancia primigenia de los hechiceros de Egipto. En las últimas semanas, Samuel había empezado a pensar que estaban posponiendo lo inevitable. Ese juego del ratón y el gato tendría que acabar en algún momento, y Judith había demostrado tener muchos menos escrúpulos que ellos a la hora de escribir las reglas.

Pese a su agotamiento, todavía no iba a rendirse. Distinguió un atisbo de luz y supo que aún tenía una oportunidad para huir. El mundo a su alrededor recobró sus colores y formas a medida que el resplandor al final del túnel se entremezclaba con el azul de la cascada. Cruzó al otro lado y, de repente, su esperanza se dobló como una vela que llevaba demasiado tiempo encendida.

Judith permanecía inmóvil junto a la cascada, cruzada de brazos a la espera de que su presa se entregase a sí misma. A sus pies, Alyssa permanecía inconsciente, como una brizna de color contra el blanco de la nieve que teñía la playa. Su pelo negro enmarcaba su rostro pálido, aunque dejaba a la vista el hilo de sangre rojiza que salía de sus oídos.

—¿Qué le has hecho? —exclamó Samuel, deseando con todas sus fuerzas que los corrientes tuviesen razón, que existiese el Infierno y que Judith se convirtiese en una de sus invitadas de honor.

—La pregunta, mi queridísimo Samuel, es qué le voy a hacer. No te importa que te tutee, ¿verdad? —Su ojo azul lo observaba con la soberbia de quien sabe que ha vencido—. Al cabo de tantos meses, siento que nos conocemos demasiado bien como para andarnos con formalidades.

La joven vestía de negro de los pies a la cabeza, como si fuese una nigromante más. Eso era lo que tanto ansiaba, después de todo: el don que la naturaleza le había negado sin tener que cargar con la maldición de las sombras a cambio de usar su poder.

—Puedes hacernos lo que quieras: perseguirnos, torturarnos, burlarte de nosotros… Pero nunca dejarás de ser quien fuiste al nacer. No eres una hechicera.

Judith suspiró aburrida, como si hubiese oído aquel argumento tantas veces que ya no le afectaba, y agitó levemente su coleta alta. La piedra escarlata de su anillo comenzó a brillar.

—Debes de creerte muy superior, ¿verdad? Todos lo hacéis, como si ir a parar a ese cuerpo al nacer —le señaló con desdén— fuese un gran mérito en lugar de azar. Lo peor es que ninguno sentís ni una pizca de gratitud por vuestra fortuna. —Chasqueó la lengua—. Aunque no te lo creas, no me complace lo que voy a hacer.

Una descarga eléctrica de energía roja surgió del anillo y sacudió a Alyssa, que despertó fugazmente con un grito de dolor.

—¡Para! ¡Para de una vez! —bramó Samuel, sintiendo en su corazón el sufrimiento de Alyssa como si fuese el suyo. En ese momento se avergonzó al comprender que haría todo lo que Judith quisiese.

—No necesito que me recuerdes que nací sin magia, Baena. Sé perfectamente quién soy, pero a veces creo que a vosotros se os olvida.

Judith extendió la mano hacia él y Samuel oyó pasos a sus espaldas. Esa condenada banshee lo había alcanzado y ahora estaba rodeado. Si hubiese estado él solo, habría luchado hasta la muerte antes que entregarle la flauta, pero su mirada no dejaba de desviarse hacia el cuerpo de Alyssa. Si algo le sucedía, él no podría ayudarla. Sólo había otra bruja en los alrededores capaz de sanarla y tardarían cerca de una hora en alcanzarla. Esa magia que tanto anhelaba Judith servía para atacar y defenderse, para destruir y preservar, pero no para sanar.

—Tu novia es una cabezota —observó Judith—. Seguro que por eso te gusta tanto. Es fuerte y decidida, pero ninguna de las cosas por las que lucha te incomodan. Vivien tuvo que esforzarse mucho para romper su barrera protectora, no se apartó hasta que sus oídos no aguantaron más.

Samuel quiso estrangularla con sus propias manos y privarla de la satisfacción de morir a manos de la magia, morir en cambio como la corriente que era. Pero ese violento deseo solo era una fantasía.

Bajó la cremallera de su abrigo, descolgó la funda de tela que había llevado consigo desde hacía meses y rogó perdón a la diosa Muerte por lo que iba a hacer. Sostuvo la flauta un último instante y la arrojó contra la nieve, a los pies de Judith.

—Ya tienes lo que quieres —dijo con todo el desprecio que pudo verter en esas cinco palabras.

Judith resopló, incrédula. No parecía la actitud de alguien que acababa de vencer tras una larga contienda.

—Lo que quiero… No tienes ni idea de lo que quiero —repitió con acritud mientras se agachaba para recoger la funda. Sacó la flauta de su interior y la alzó con ambas manos con la misma devoción con que se entrega una ofrenda—. Vaya, es mucho más grande de lo que parecía en tus manos.

Vivien rodeó a Samuel para llegar hasta su ama, que le tendió la flauta para que la pusiese a buen recaudo. Las temperaturas bajo cero no debían de afectar a la criatura, porque llevaba una simple cazadora de cuero y unos vaqueros ajustados igual que habría hecho en el centro de una gran ciudad.

Samuel creyó que ya habían terminado de atormentarles, pero las dos mujeres no dieron un solo paso atrás.

—Las llaves —dijo Judith—. Las del coche, vamos —insistió, aburrida y algo molesta, como si fuese obvio qué era lo que Samuel, en su papel de perdedor, tenía que hacer.

Él miró a Judith y a su fiel seguidora, y después a Alyssa, inconsciente en el suelo. ¿Cómo pretendían que la llevase entonces a una curandera capaz de sanar las heridas que la banshee había dejado en su cuerpo? Viajar en un remolino de sombras era agotador y confuso, lo último que necesitaba la bruja en su estado.

—Ya tienes lo que querías, déjanos en paz.

Judith se cruzó de brazos y lo observó, altiva. «¿Quién se cree que es?», maldijo Samuel.

—Veo que no lo entiendes: esto se trata de que tú nos dejes en paz, de que no se te ocurra la estúpida idea de seguirnos e intentar recuperar la flauta.

—No lo haré —aseguró, un poco más desesperado y servil de lo que le hubiese gustado—. Sólo quiero llevarla a un médico.

Judith miró a la joven tendida a sus pies e inspiró hondo antes de perforarle de nuevo con ese pérfido ojo claro.

—Júralo.

Samuel no supo si estaba negociando con él, si le daba una orden o si era lo más parecido a la compasión que podía mostrar esa mujer, pero obedeció.

—Lo juro por la diosa Muerte, por mis hermanos. No te perseguiré más en esta isla. —Sintió la magia de la muerte sellando el juramento en su cuerpo con un hormigueo aún más gélido que el frío.

Judith hizo una pequeña mueca y ladeó la cabeza.

—De acuerdo, tendrá que valer. —Hizo un gesto a Vivien con el dedo para emprender el camino de regreso—. Qué poco práctico es el amor, te hace tomar las decisiones más estúpidas. Aunque para nosotras ha sido muy útil… Lo tendremos en cuenta en el futuro —la oyó decir mientras se alejaba por la playa.

Cuando por fin estuvieron lo bastante lejos como para que Samuel no pudiese distinguirlas, se arrodilló a toda prisa junto a Alyssa. La llamó, cauteloso, meciéndola con cuidado hasta que abrió los ojos.

—Dile que pare… —susurró Alyssa, oscilante en ese extraño límite entre la consciencia y el abismo.

—¿Que pare? ¿El qué? ¿Qué pasa? ¿Alyssa? Alyssa, dime qué te ocurre —insistió, pero ella no respondía a sus preguntas.

—Dile que pare de gritar… Dile que pare. —Agarró su antebrazo con fuerza antes de volver a desmayarse.

«No me oye», comprendió, y limpió con el pulgar la sangre que brotaba de sus oídos. Tenía que llevársela de allí. La alzó en volandas y se apresuró a salir en busca de la furgoneta.

Alyssa soltó un quejido y siguió suplicando que el grito cesase, y con cada súplica el odio calaba más hondo y se enredaba con más fuerza en el corazón de Samuel como una hiedra que se abre paso por un edificio abandonado. Judith iba a pagar por sus actos. Los Vega eran una plaga; primero su padre había puesto en peligro a todos los nigromantes con sus condenados juegos y experimentos, y ahora su hija había llevado más allá sus ridículas ideas. Maldijo la hora en que su hermano había elegido querer a uno de ellos. Puede que Elías no se diese cuenta de la realidad, pero sus hermanos lo protegerían cuando por fin abriese los ojos.

«Tenemos que detenerles —se repetía una y otra vez mientras acomodaba a Alyssa en el asiento del copiloto y le colocaba el cinturón de seguridad—. Tenemos que hacérselo pagar».

Capítulo 1

Por una vez, Marcos estaba más nervioso que él. En lugar de gozar de su eterna calma y esa arrolladora seguridad en sí mismo, el joven nigromante cambiaba el peso de una pierna a otra y se había sacado las manos de los bolsillos para juguetear con el borde de sus uñas. A Elías le conmovía verle así, pero tenía que admitir que estaba disfrutando un poquito.

Agarró la mano de Marcos en el aire con la suya y la sostuvo en silencio mientras el ascensor ascendía hasta el cuarto piso con ese rechinar de edificio antiguo que siempre le hacía pensar: «Por favor, no te caigas». Marcos le miró y soltó el aire tras inspirar hondo. Asintió con la cabeza, como si se diese ánimos a sí mismo, y apretó suavemente la mano de Elías.

—Todo irá bien —prometió, y su novio asintió de nuevo.

Su novio. Cielos, llevaban meses saliendo y aún se le escapaba una sonrisilla incrédula cada vez que lo pensaba. Estaba tan acostumbrado a pasarse la vida entre libros como única compañía que nunca se había parado a plantearse si era el tipo de persona que llegaba a emparejarse. Teniendo en cuenta que la mayoría de sus aficiones implicaban estar solo en su cuarto, todo indicaba que no, pero suponía que la vida nunca dejaba de sorprenderte, lo cual era una realidad en la que prefería no pensar más de la cuenta.

—Te van a adorar, ya verás —insistió al ver que el ceño de Marcos seguía fruncido por la tensión.

—Soy uno de los nigromantes más impopulares de la ciudad. Ni siquiera debería estar en Madrid. Digamos que me conformo con que me toleren.

Si Elías no se hubiese asegurado antes de que Marcos iba a ser bien recibido, jamás le habría pedido que le acompañase de vuelta a casa por Navidad. Claro que no podía confesarle eso. Había tenido una larga e intensa charla con sus padres (con su padre, mejor dicho; su

madre estaba a favor de todo lo que fuese a decir antes de empezar la videollamada) sobre cómo los Baena habían sido unos clasistas arrogantes por juzgar a un crío de doce años por lo que su padre había hecho y que más les valía compensárselo a su yo adulto.

Elías liberó los dedos para acariciar los mechones castaños de la nuca del joven, igual que hacía Marcos cuando era él quien estaba al borde de un repunte de ansiedad (lo que sucedía más a menudo de lo que le gustaría, aunque mucho menos que antes de ir a Grecia). Contempló su rostro en silencio, sintiendo que su pecho se ensanchaba como si fuese a explotar de felicidad.

—En esta familia nos dedicamos a trabajar con obras de arte; si no saben reconocer una, es que estamos perdiendo el toque.

Marcos se giró hacia él con ambas cejas tan arqueadas que casi se salían de su frente.

—Elías Baena, ¿eso ha sido un piropo?

Elías hizo una mueca de desagrado y vergüenza.

—Ha sido horrible, ¿verdad?

Marcos sonrió y, como cada vez que lo hacía, Elías sintió que el mundo era un lugar seguro por una fracción de segundo. Negó con la cabeza.

—En absoluto. Me podría acostumbrar. —Le atravesó con esos ojos azules que esta vez había maquillado con más discreción de lo habitual.

«Yo no me voy a acostumbrar nunca», se dijo al notar el mariposeo que se arremolinaba en su estómago. Ahora que llevaba el pelo de su castaño natural, los iris de Marcos destacaban mucho más, aunque también le hacían parecer más inocente de lo que era, como una especie de querubín.

Recordaba a la perfección la impresión que le había causado verle bajar las escaleras de la casa isabelina que compartían en el Londres Oculto. Podría habérsele desencajado la mandíbula igual que a esos dibujos animados que veían los corrientes.

—¿Qué tal estoy? ¿Se nota mucho? —preguntó Marcos con una timidez impropia de él cuando se dio cuenta de que todos le miraban incrédulos ante su nueva y común apariencia.

—Pero Colorines… —dijo Lorraine, que seguía siendo una de sus compañeras de piso—. ¿Y tus colorines? ¿Cómo te voy a llamar ahora? —Parecía realmente afligida con la pérdida.

—Pensé que era hora de hacer un cambio. Además, me estaba destrozando el pelo, le vendrá bien un descanso. —Se encogió de hombros al detenerse junto a ellos—. Apurémonos; si llegamos tarde, Mithali me atormentará durante todo el día. —Habían quedado con Sofía y con las brujas de Candem para celebrar el solsticio de invierno unos días antes de tiempo para que Elías y Marcos pudiesen asistir. Además de un novio, ahora Elías tenía una sorprendente vida social repleta de personas a las que sus datos curiosos sobre historia de la magia les parecían interesantes y no un motivo de burla como cuando era niño.

Puede que al resto les convenciesen sus evasivas, pero Elías no se lo creía del todo. Sus extravagantes combinaciones de colores y su manía de teñirse el pelo cada pocas semanas era la forma en que Marcos gestionaba el descontrol en el resto de su vida y de anunciar a voces que no le importaba lo que pensasen los demás de él. Rosa y azul, naranja y morado, blanco platino… Elías se había acostumbrado a verle con el pelo de todos los colores salvo uno que se pudiese encontrar en la naturaleza.

—¿Todo esto es porque vamos a Madrid la semana que viene? —preguntó, y no necesitó que le respondiese para saber la respuesta. Esa era otra de las muchas cosas que habían cambiado en los últimos meses. Elías había pasado de no entender nunca qué le pasaba a ese chico por la mente a adivinarlo incluso antes de que el pensamiento se produjese.

—Ya bastante preocupados estarán tus padres porque estés saliendo con un Vega, no quiero que además piensen que soy un excéntrico que va a llevar a su niño bonito por el camino de la perdición. —Fingió no darle más importancia, pero Elías sintió una punzada de impotencia. No quería que Marcos tuviese que cambiar ni un solo cabello para encajar en su familia. Por fortuna, un mechón de pelo

rebelde de su flequillo se había resistido al tinte y una chispa de azul grisáceo se asomaba entre el castaño.

La puerta del ascensor se abrió con otro chirrido, sacando a Elías de su ensimismamiento y devolviéndole al presente.

—¿Listo? —preguntó.

Notó como Marcos se removía en el sitio.

—No, pero tampoco es que pueda salir corriendo a estas alturas. A no ser que pienses que es creíble que he enfermado de repente y que tengo demasiada fiebre como para abandonar la cama.

Elías le tomó de la mano de nuevo. No estaba tan mal eso de ser por una vez el que mantenía la calma, «la roca sobre la que el otro se apoyaba» y todo eso.

—Puede que se lo creyesen, pero no se tragarían que te dejase solo y con fiebre.

Marcos suspiró resignado.

—Que sea lo que la diosa Muerte quiera.

La mención de la Muerte hizo que Elías se estremeciese. Habían pasado meses desde su peculiar visión, o sueño o lo que quiera que hubiese sido. La mismísima Muerte se le había aparecido con el rostro de su difunta abuela para advertirle que tenía una misión para él y después se había desvanecido sin más. Esperaba que la diosa hubiese cambiado de opinión y que hubiese comprendido que no daba la talla, porque no había vuelto a saber nada de ella. Aun así, cada vez que las temperaturas bajaban demasiado rápido o cuando se hacía el silencio de golpe, volvía a sentir que se hallaba ante ella.

Elías encogió los hombros para cubrirse mejor con su abrigo y entrar en calor cuando salieron del ascensor y avanzaron por el poco acogedor pasillo. El edificio donde había vivido doce años con su familia era antiguo y tenía un pésimo sistema de calefacción central. A eso se sumaba que diciembre advirtiese la llegada inminente del invierno con todo su ímpetu.

—Qué frío —protestó Marcos—. Vamos a tener que dormir muy pegados.

Elías le dio un manotazo en el brazo. Si su padre le oía decir algo parecido, le daría un infarto. Aunque se alegraba de que Marcos no estuviese tan nervioso como para no dejar pasar la oportunidad de hacerle sonrojar.

Llamó al timbre, a pesar de tener llave, para anunciar su llegada. En cuestión de un suspiro, la puerta se abrió y su madre apareció al otro lado, aunque en su rostro no vio la expresión que esperaba. Tenía los ojos rojos, muy hinchados y húmedos. Había estado llorando. Por si necesitaba alguna prueba más, vio el pañuelo empapado en su mano.

—Elías. —Lo miró con sorpresa, como si se hubiese olvidado de que los esperaban—. Habéis llegado pronto. ¿No veníais mañana?

Elías negó con la cabeza, suspicaz. ¿Qué había ocurrido para que su madre hubiese perdido la noción del tiempo hasta el punto de no saber qué día era? Antes de que pudiese preguntar, ella lo estrechó con todas sus fuerzas en un abrazo que casi lo asfixia.

—Cómo me alegro de que estéis aquí. Marcos —dijo al soltar a su hijo—, qué mayor estas, Sagrada Muerte. ¡Si me acuerdo perfectamente de cuando venías a jugar con las figuritas de soldados romanos de Elías y fingíais ser generales de un ejército! ¿Tan vieja soy? Y vosotros sois dos hombres hechos y derechos… Siempre fuiste un niño adorable, pero hay que ver qué guapo te has vuelto. —Sonrió tanto que el rastro de las lágrimas casi desapareció.

Aunque Marcos no supiese muy bien qué hacer con toda esa atención positiva, la aceptó de buen grado. Mariam les invitó a pasar, o más bien tiró de ellos apresurada hasta que entraron. En el interior de la casa encontraron un ambiente tenso, lánguido y cargado a la vez.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Elías con un nudo en el estómago.

Su madre suspiró y la sonrisa se esfumó de su rostro. Él se las había apañado para vivir sin teléfono gracias a las sombras, así su familia

podía contactar con él si algo grave sucedía, pero aun así le invadieron los peores temores. A pesar de su vitalidad y de su entrega por su oficio, Abraham Baena era un hombre que debería de haberse jubilado hacía años y el corazón de Elías se detuvo por un momento al pensar que podía haberle sucedido algo, pero su madre se apresuró a hacer aspavientos con la mano.

—¿Papá…?

—No te preocupes, está perfectamente. Ha habido… un incidente. —Fue solo un instante, pero la clandestinidad del gesto y la culpa en el rostro de Mariam justo después de lanzar una mirada fugaz a Marcos no dejaba dudas.

—Judith tiene la flauta, ¿no es eso? No hace falta que lo ocultéis por mí. Sé de lo que es capaz mi hermana.

La ilusión de que podrían pasar unas vacaciones en familia, como si en lugar de hechiceros que entregaban su cuerpo y su alma a la Muerte fuesen personas normales, se desvaneció.

—¿Por qué no me lo habéis dicho? —preguntó Elías.

—Han sido un par de días un poco confusos, solo hubiese servido para preocuparte. —Sus ojos volvieron a empañarse y Mariam se cubrió el rostro para que no la viesen llorar.

—Samuel y Alyssa… ¿están bien? —Las palabras se entrecortaron en su garganta al comprender por qué su madre estaba tan disgustada.

Fue entonces cuando reparó en una sutil energía que se inmiscuía entre el pesar del ambiente. La magia de vida, un fino hilo de poder debilitado. Había una bruja en la casa, una que estaba sufriendo.

La puerta del que había sido el dormitorio de sus hermanos se abrió y Samuel apareció al otro lado, acompañado de su padre. El rostro compungido de su hermano saltó de Elías a Marcos, hasta que el dolor se distorsionó para convertirse en odio.

—¿Qué hace él aquí? —Señaló a Marcos—. ¿Qué hace en nuestra casa? Si tuvieses un mínimo de vergüenza, no te atreverías a…

Abraham agarró a su hijo del brazo cuando Samuel empezó a caminar hacia ellos desde el otro lado del salón.

—Tienes derecho a estar enfurecido, pero debes aprender a dirigir tu ira al lugar adecuado.

Samuel se zafó de su padre y esta vez su mirada acusadora se clavó en Elías.

—Alyssa ha perdido la mayor parte de su audición, ¿lo sabías? Apenas puedo comunicarme con ella. Se niega a escribir una respuesta cuando hablo con ella, ni siquiera quiere comer. Las brujas del aquelarre no saben si logrará recuperarla del todo. Alyssa no puede usar su magia sin oír y esa malnacida lo sabía. Así que decidme: ¿a quién debo dirigir mi ira? —Las sombras comenzaron a crepitar en torno a su piel pese a que no las había invocado—. Yo maldigo a todos los Vega, y a quienes se congracien con ellos —Apartó a su padre, recogió su abrigo del reposabrazos del sofá y se marchó con un portazo.

El vacío y el silencio que Samuel dejó tras de sí era tan pesado que incluso les costaba respirar.

—Yo… —comenzó a decir Marcos, cabizbajo—. Lo si…

—¿Os apetece un café? —se apresuró a preguntar Mariam—. ¿Un té, quizá? Oh, he comprado turrón. Marcos, ¿lo prefieres de almendras o de chocolate?

A Elías nunca dejaría de sorprenderle el amor de su madre por la parafernalia navideña a pesar de que no hubiese una sola persona que la celebrase como tal en su familia, pero, sobre todo, sintió gratitud.

—Cualquiera está bien, gracias —dijo Marcos tras superar un instante de confusión. Mariam se dirigió a la cocina.

Marcos buscó su mirada, interrogante. «¿De verdad que no me van a echar a patadas?», parecía preguntarse. Elías sonrió.

—¿Por qué crees que le caigo tan bien a Mathilda? —susurró a Marcos, refiriéndose a su casera—. En esta casa lo solucionamos

todo cocinando y comiendo.

Abraham se aclaró la garganta, con la seguridad y tranquilidad de un hombre que ha criado a cuatro hijos y sabe de sobra las normas y protocolos. Extendió la mano hacia Marcos, que dudó antes de estrechársela.

—Bienvenido a la familia, hijo; siento que las circunstancias no sean las más alegres.

—Gra… gracias, señor. No pasa nada…

El hombre asintió con la cabeza y puso rumbo a la cocina con las manos tras la espalda y paso tranquilo.

—Por cierto, te recomiendo el de chocolate. El año pasado casi me dejé un diente con el turrón duro que le gusta comprar a mi mujer.

Elías apoyó la mano en la espalda del joven nigromante, que parecía no dar crédito ante lo mundano de la situación. «¿Lo ves?» quiso decirle con aquella sutil caricia. Quizás aún hubiese posibilidad de que, después de esos meses de locura, pudiesen aspirar a unas vacaciones más o menos tranquilas.

Judith se había esforzado mucho por hacerles creer que no temía nada, pero no era cierto. Desde el momento en que había tocado la flauta, incluso sus propias intenciones la aterrorizaban a veces, en las horas más silenciosas de la noche. En esos instantes, cuando Vivien permanecía en una especie de trance que no se parecía en nada a dormir y se sentía más sola que nunca, recordaba cuando su padre la sentaba sobre sus rodillas porque los truenos la asustaban. «Solo los valientes son capaces de encontrar una oportunidad en lo que hace sentir a otros amenazados. Donde los cobardes ven fuego y muerte, aquellos con el coraje para cambiar las cosas podrán ver luz». Desde entonces había dejado de temer los relámpagos, pero seguía sin agradarle el estruendo.

Giró en la cama del hotel, incapaz de dormir. Era el primer momento de paz que tenía desde que había huido de Islandia a toda

prisa, pero su cuerpo se negaba a relajarse tras meses en tensión, intentando prever el próximo paso del nigromante y la bruja. Había sido agotador, pero mereció la pena.

Judith apartó las sábanas y se puso en pie. La rugosa moqueta se aplastó contra las plantas de sus pies. Tomó la flauta de su mesilla de noche y caminó a través del modesto salón de la suite, directa hacia su equipaje. Había estado posponiéndolo, pero era hora de comprobar si la flauta funcionaba o no; además, estaba cansada de dormir sola. Viajaba con una sencilla bolsa negra como único equipaje, así que fue fácil encontrar lo que buscaba en su interior, una caja de madera que había llevado consigo desde Atenas.

Colocó la caja sobre la mesa de té del salón y se acomodó en el suelo frente a ella. Levantó la tapa de la caja y sintió cómo su cuerpo entero se estremecía a causa de la culpa y la pena. En su interior se amontonaban unos frágiles y diminutos huesecillos. Styx había sido una criatura hermosa, un gato astuto y orgulloso, pero viendo el pequeño cráneo, las finas costillas y el hilo de vértebras que formaba su cola costaba imaginarlo vivo.

Se aferró a la flauta con todas sus fuerzas. De todas las cosas que había tenido que hacer en su vida, despedirse de Styx fue sin duda la más dolorosa. Pero eso ya no importaba, porque nunca volvería a perder a nadie. No mientras la flauta estuviese en su poder.

Pidió perdón a su viejo amigo una vez más y se acercó el instrumento musical a los labios. El movimiento le provocó una leve tirantez en el rostro, allí donde piel y mármol se encontraban. Se había pasado los últimos dos días viendo tutoriales sobre cómo se tocaba aquel instrumento, pero su educación musical había sido muy limitada. La mayoría de los nigromantes no apreciaban los talentos artísticos, y en aquel horrible colegio corriente al que la enviaron tras la muerte de su padre tuvo una profesora que se preocupaba más de burlarse de su falta de habilidad en público que de enseñarle. «Suenas como un robot, no practicas lo suficiente. ¿Es que eres una vaga?». Apenas recordaba las notas del himno de la alegría y dudaba que fuese a sonar bien, pero se conformaba con que su magia hiciese efecto. «Voy a practicar, profesora; ahora sí que tengo un buen motivo para hacerlo».

Sus dedos se movieron a través de la flauta, que sostenía en alto de forma trasversal, intentando imitar la forma de un si, seguido de un do y un re. No tardó en descubrir que aquella flauta era muy diferente a la que ella aprendió a tocar de niña. Tras unos eternos segundos haciendo sonar la flauta, hubo un leve movimiento en el interior de la caja. Tocó una y otra vez las dos líneas de notas que recordaba, blancas, negras y semicorcheas en la estridente y disonante melodía hasta que el chasquido de los huesecillos entrechocando fue tan alto que tuvo que soplar a pleno pulmón. Ante sus ojos, los restos de Styx se unieron y se alzaron, adoptando la forma de un felino, como si un metódico biólogo hubiese reconstruido el cuerpo. Por un instante creyó que solo había logrado reconstruir un cascarón vacío, que el alma de su fiel amigo se encontraría demasiado lejos de allí, pero entonces Styx agitó la cola.

Judith dejó de tocar y la flauta se escurrió de entre sus manos. Cayó de pleno sobre la moqueta, que amortiguó su caída. Se colocó de rodillas junto a la caja, con una lágrima de emoción asomándose a su ojo azul. Extendió la mano hacia el gato y Styx acercó su cabeza de hueso a su mano para acariciarla, igual que si estuviese vivo… Porque lo estaba, estaba vivo, comprendió Judith. Aunque no emitiese ningún sonido al maullar abriendo su diminuta boca, aunque las cuencas de sus ojos estuviesen vacías y sus articulaciones rechinasen cada vez que se movía. Le había hecho volver del más allá, había derrotado a la muerte por segunda vez.

La primera vez que desafió a la diosa, había tenido que entregar una parte de sí misma a cambio de la Victoria, pero ahora, era ella la que le había arrebatado algo a la muerte. Styx agitó el cuerpo para quitarse la tierra de encima y saltó sobre su regazo, abandonando la austera caja que le había servido de ataúd. Ella le estrechó con cuidado y besó su fría cabeza.

—Te he echado de menos, amigo mío.

Styx volvió a maullar, y esta vez un leve sonido brotó de su cuerpo. «¿Será posible… que a la larga la magia le devuelva todo su cuerpo?», se preguntó Judith, pero era pronto para saberlo. El gato se puso a prueba saltando sobre el pequeño saliente interior de la ventana. Se giró hacia ella y maulló a modo de protesta.

Judith apartó la cortina y observó en silencio cómo la lluvia chisporroteaba sobre las calles de Kensington, al oeste de Londres, y sus edificios de fachadas rojizas. Acarició con el dedo índice el frío cráneo de Styx, allí donde hacía no mucho estaban sus orejas.

—Lo sé, a mí tampoco me gusta la lluvia, pero tenía que hacer una visita a una amiga. ¿Crees que Sofía se alegrará de verme?

Capítulo 2

Era de noche cuando Walter Jacob Engels llegó al corazón de Londres. El solsticio de invierno estaba a la vuelta de la esquina y a las seis de la tarde el cielo se encontraba completamente a oscuras, o lo habría estado si la ciudad no emitiese tanta luz propia que rivalizaba con los astros. Al forastero no le molestaba esa penumbra prematura que parecía adormecer al resto del mundo. El invierno era la época preferida para la muerte y también para los nigromantes que la adoraban.

El coche que le traía desde el aeropuerto se detuvo ante la fachada beige de la mansión georgiana, que en la penumbra se confundía con las construcciones casi idénticas que la rodeaban. Engels bajó del vehículo con el paso firme y seguro que su padre le había enseñado a adoptar desde niño. Hay quien le hubiese descrito como altivo, pero ¿de qué otra forma podía actuar uno de los favoritos de la Muerte?

—Señor Engels —lo saludó un serio y aséptico abogado, detenido frente a la entrada de la mansión.

Un simple vistazo le bastó para saber que su grueso abrigo gris era más caro que todo lo que él llevaba puesto. Detestaba a los abogados porque estaba convencido de que vivían a costa de la fortuna de otros, de ingenuos como sus antepasados. Walter Jacob no era el primer señor Engels, pero la mala fortuna que acarreaba el apellido amenazaba con convertirle en el último, o eso había creído hasta que recibió la estupenda noticia desde Londres.

—Así que es usted el testaferro de mi tío —dijo, mostrándole más atención a la orgullosa fachada de la mansión, su mansión, que al hombrecillo y a los dos nigromantes que permanecían en pie junto a él. Uno era esbelto y rondaría los cuarenta, de rasgos asiáticos y una larga y brillante melena. El otro, con sus anchos hombros y enormes brazos, hacía que la expresión «parecer un armario empotrado» cobrase sentido.

El abogado asintió.

—Siento mucho la pérdida de su tío. Basil Koch era un hombre muy querido por la comunidad mágica, su muerte en Grecia nos ha sobrecogido a todos. —Le dio el pésame y fue entonces cuando Engels lo miró con un poco más de interés. Así que era un revelado. Capaz de percibir la magia y sus efectos, pero privado de sus dones. Qué existencia tan lamentable.

—No lo sienta —respondió Engels con desgana.

No le pasó desapercibida la tensión con la que los dos nigromantes escucharon su comentario. Tenía la impresión de que le iban a dar problemas. El testaferro, en cambio, balbuceó sin saber muy bien qué decir.

Engels no se parecía en nada a su tío salvo por su arrogancia, que él había heredado de su padre y no de la hermana corriente de Basil Koch, su madre. Aunque la fama que Basil ganó para el apellido Koch entre los nigromantes ayudó a la joven mujer a convencer al adinerado estadounidense de que era digna de convertirse en su esposa. Sin ese matrimonio, el joven señor Engels no existiría. Heredó la audacia de su madre y los rasgos germánicos de su padre. Ahí había acabado la contribución de sus progenitores y de su tío. Ninguno de ellos le ayudó cuando la fachada de prosperidad de los Engels estuvo a punto de venirse abajo por culpa de las deudas. Parecían los protagonistas de una novela de Edith Wharton, arruinados por el juego y por su empeño en seguir aparentando un estatus social que se había diluido a causa de unos herederos incapaces de preservar las fortunas de sus antepasados. Lo último que hicieron sus padres con su dinero fue mandarle a un internado donde aprendió la ley del más fuerte. Del resto tuvo que encargarse él mismo. ¿Dónde había estado su acaudalado tío entonces? Lo mínimo que podía hacer era nombrarle su heredero, y por lo que a él respectaba, podría haberse muerto antes. Un poco más y habría cumplido los treinta antes de poder volver a asegurar, sin medias verdades y engaños, que era rico.

—Veamos qué me ha dejado ese viejo engreído.

Dio un paso hacia la mansión, pero el abogado se interpuso. La

mirada gélida con la que Engels le fulminó hubiese sido amenaza suficiente para que cualquiera se apartase de su camino.

—Señor Engels, me temo… Me temo que no es posible.

Engels enarcó las cejas. Había gastado una importante suma para llegar hasta allí. Un traje a medida nuevo, un billete en primera, un coche alquilado con chofer incluido. Pensaba recuperar el dinero rápido, así que tropezar con un obstáculo no le hacía ni pizca de gracia.

—¿Y eso a qué se debe? —preguntó con un tono de voz que dejaba claro que quienquiera que fuese el responsable se arrepentiría de ello. Por desgracia para el joven Engels, esa persona ya había recibido suficiente castigo.

—Son órdenes de su tío —explicó el hombrecillo, aferrándose a una carpeta de piel teñida de negro.

«Ah, eso». Sonrió divertido, mostrando una de esas dentaduras impolutas y artificiales que lucen los actores de Hollywood. De sus padres también aprendió la importancia de guardar las apariencias. La única forma de que te tratasen como a un millonario era parecer uno.

—Mi tío ya no está aquí para asegurarse de que sus órdenes se cumplen.

—Señor… —El testaferro intentó detenerle, pero Engels no iba a permitir que nadie le dijese qué hacer.

Siguió avanzando hacia la puerta negra hasta que su rostro chocó con una superficie sólida. El impacto le lanzó hacia atrás con tanta fuerza que apenas logró mantener el equilibrio. Se llevó la mano a la nariz, dolorido por el golpe. Al recordar que tenía espectadores, alzó el rostro y se colocó los mechones de fino cabello rubio hacia atrás como si nada.

—Es…, es una barrera, señor Engels —aclaró el hombrecillo—. Su tío la alzó mucho antes de su muerte para que protegiese la casa cuando ya no estuviese entre nosotros. ¿Se encuentra bien?

Engels ignoró la pregunta. Por supuesto que se encontraba bien. Que sugiriese lo contrario era un insulto. Una endeble barrera como esa no podría hacerle daño, pero tampoco había manera de sortearla. Se trataba de magia ancestral, capaz de convertir en un hecho una última voluntad, más poderosa que la vida o la muerte. Había que eliminarla desde la raíz.

—Desactivadla —ordenó.

—Me temo que eso es imposible, señor…

—Explíqueme por qué —dijo, conteniendo su irritación, pero dejándola entrever lo suficiente para que el testaferro supiese que esperaba una solución inmediata.

—Su tío fue claro al respecto en su testamento. En el caso de una muerte fortuita, el heredero no podrá disponer de sus bienes hasta que las circunstancias de su fallecimiento se aclaren, y si fuese necesario…

—Si fuese necesario, ¿qué?

—La barrera se desactivará cuando sea vengado. Es lo que estipulan sus últimos deseos.

Engels estuvo a punto de echarse a reír de la incredulidad. Había oído a su padre quejarse en numerosas ocasiones de que Basil era un «británico melodramático», pero no se imaginaba hasta qué punto.

—¿Quiere que le vengue? ¿Yo? —repitió, no porque no lo hubiese entendido, sino para dar salida a su rabia antes de que le consumiese por dentro.

—Es por ese motivo que le dejó todos sus bienes en herencia a usted en caso de muerte violenta o sospechosa. Aquellos que acabaron con su vida deben pagar por ello. Es su último deseo.

El hombrecillo asintió con la cabeza y se aferró aún más fuerte a la carpeta, como si temiese que Engels fuese a arrebatársela en cualquier momento para golpearle con ella. No negaría que la idea se le había pasado por la cabeza. ¿Así que ni siquiera era su primera

opción? Si hubiese muerto por causas naturales, el muy miserable le hubiese legado todo a otro. A alguien que no hubiese estado dispuesto a matar para conseguir una mansión. Desde luego, ese no era él. Su tío le conocía poco, pero lo suficiente.

—Dentro de la mansión lo encontrará todo —continuó explicando el abogado—. Los papeles de propiedad de sus inversiones inmobiliarias, los certificados de autenticidad de todas sus obras de arte y los códigos de acceso a sus cuentas bancarias en Reino Unido y en el extranjero.

«En el extranjero». Suiza y las Islas Caimán, sin duda. Lo que significaba que eran capitales por los que no tendría que pagar un céntimo de impuestos a los corrientes. De acuerdo, si el viejo Basil quería despedirse de la vida en la tierra con un último numerito, que así fuera. No sería tan complicado librarse de un par de asesinos chapuceros. Nadie sabía a ciencia cierta qué le había sucedido a su tío, pero el apellido Vega había cruzado el océano hasta Nueva York.

—No parece tan complicado —dijo con una sonrisa burlona.

El abogado no hizo nada por confirmar o desmentir sus palabras. En lugar de eso, le tendió un juego de llaves resplandecientes y Engels las aceptó por puro reflejo.

—Hay… algo más —admitió el hombrecillo.

«Ya. Cómo no».

—Dilo todo de una maldita vez y deja de hacerme perder el tiempo. ¿Qué más quería el anciano?

—Según el testamento, a su heredero (es decir, usted) le será concedida una semana desde la entrega de llaves para resolver el asunto relativo a su muerte o su herencia será legada a su heredero inicial.

¿Su heredero inicial? La ira se propagó por el cuerpo de Engels como si su cuerpo fuese una mecha que acababan de prender. «Ese desgraciado hubiese preferido dejarle la herencia a un gato callejero

antes que a mí».

—No supondrá ningún problema —dijo, a pesar de que apretaba las llaves con tanta fuerza en su mano que se había abierto una pequeña herida.

Tendría que alojarse en un hotel, en uno bueno; nadie podía ver a un Walter Engels saliendo de un cuchitril para turistas. Ahorraría en la comida. No era la primera vez que pasaba largas temporadas haciendo un único almuerzo al día, cualquier cosa antes que demostrar debilidad.

—Nos veremos la semana que viene, entonces.

Se dispuso a subir al coche, que pagaba por horas, para lamerse las heridas de su humillación a solas. Pero el condenado hombrecillo no había acabado con las estúpidas ideas y exigencias de su tío. Agarró una de las mangas de su abrigo negro solo para soltarlo de inmediato al darse cuenta de que había sido un error.

—Su tío deseaba que contase con la ayuda de sus mejores hombres. —Señaló hacia los dos nigromantes, que observaban expectantes la escena.

«Más bien deseaba que sus esbirros me vigilasen de cerca», se dijo. Sería mejor que no dejase ver su resistencia.

—Está bien, no veo por qué no. ¿Eso es todo? —El testaferro asintió con la cabeza y Engels miró hacia sus nuevos sirvientes o vigilantes —. Si vamos a trabajar juntos para esclarecer la muerte de mi tío, será mejor que nos conozcamos primero. He visto que hay un parque aquí cerca cuando venía con el coche. Es la primera vez que visito la ciudad, ¿qué tal si damos una vuelta?

Despachó al conductor y le indicó que llevase sus maletas al primer hotel que se le ocurrió con la esperanza de que tuviesen habitaciones libres asequibles. Se despidió del abogado y pidió a los dos hombres que le siguiesen.

—Pensaba que Londres sería mucho más lluvioso y frío —comentó mientras se acercaban a las puertas de Regent’s Park.

Aunque el parque estaba a punto de cerrar, había parejas paseando entre los rosales que florecerían en primavera, si sobrevivían al frío invierno, y deportistas que aprovechaban el rato para correr al aire libre.

Los dos esbirros no parecían interesados en darle conversación. Perfecto, a él tampoco le apetecía escucharlos.

—Me gustaría que me hicieseis una demostración de vuestros talentos para saber con qué clase de ayuda cuento —dijo, y ellos guardaron un silencio que interpretó como un sí resignado—. Busquemos un rincón apartado donde no nos molesten.

Siguieron andando hasta que dieron con un sendero intransitado, cerca de una especie de plaza semioculta entre la vegetación y repleta de bancos. Aguardaron hasta que los últimos corrientes desaparecieron, cuando las puertas del parque comenzaron a cerrarse una tras otra.

—Está bien, ¿qué os parece si empiezo yo?

Se quitó el abrigo, lo dejó sobre uno de los bancos y se remangó la camisa, dejando a la vista las marcas de las sombras en su cuerpo. En comparación con otros hechiceros, su piel estaba limpia y muy blanca.

—Ohm sinam ahnem ora. —Pronunció cada palabra de la lengua muerta con una devoción que no profesaba por ninguna otra cosa en el mundo, salvo quizás los billetes recién impresos.

Sobre su mano, las sombras adoptaron la forma de una diminuta lagartija.

Las sonrisillas cómplices que los dos matones intercambiaron no tardaron en llegar. En otra época, sus burlas le hubiesen irritado, pero con los años había aprendido que el poder de la muerte tenía mucho más que ofrecer que unas cuantas sombras obedientes. La magia oscura se cobró una fina línea, casi imperceptible, de su piel por sus servicios, y tal y como esperaba, la falta de corrupción en su cuerpo hizo que los guardaespaldas de su tío bajasen la guardia. Las sombras solo habían reclamado unos cuantos parches de la piel de

su mano, ni siquiera habían penetrado en la carne y el hueso como les sucedía a otros hechiceros de su edad.

La cantidad de tu cuerpo que habías entregado a las sombras se interpretaba como una evidencia de la magnitud de tu fuerza bruta. Para hombres como los que tenía delante, aquel que no se valía de sus propias sombras era un débil o un cobarde, pero Engels no era ninguna de las dos cosas; sencillamente, había aprendido que había una forma mucho más audaz de aprovechar sus dones, y también más peligrosa, pero con recompensas mayores.

Deshizo la lagartija de sombras y extendió los brazos hacia ellos a modo de invitación.

—Vuestro turno.

Los dos hombres volvieron a mirarse, esta vez exasperados por ese niño mimado que se creía que estaban a su disposición. Supuso que si no se habían marchado aún era porque tenían la esperanza de que los contratase cuando cobrase su herencia. Ahora pensaban que era un incompetente que necesitaría a esbirros a su lado para obrar la magia. El hombre de la melena invocó una descomunal araña que poblaría las pesadillas de cualquier niño que tuviese la mala suerte de contemplarla durante el resto de su vida. El grandullón dio a sus sombras la apariencia de un jabalí tan desproporcionado como él mismo.

Engels asintió con la cabeza, valorando lo que se le había ofrecido. Decidió que no le servía de nada. Dos bocas más que alimentar y a las que pagar billetes de tren, avión y alojamiento era un gasto innecesario. Además, las demás personas le irritaban. Cobijaban miedos y anhelos que les volvían impredecibles.

—Sois poderosos —admitió Engels—. Solo hay un pequeño problema. —Le divirtió ver el cambio de confianza absoluta en sí mismos por incredulidad—. Veréis, no me siento del todo cómodo con vuestro talento. Las sombras son muy rudimentarias, cualquier niño puede dominarlas. Se van tan rápido como vienen, yo prefiero recurrir a un poder más duradero.

Desabrochó varios botones de su camisa hasta que un peculiar

colgante quedó a la vista. La cadena plateada era circular, más rígida de lo habitual para asegurarse de que el tesoro que sostenía permaneciese seguro y estable contra su esternón. Extendió sus largos dedos hacia las tres esferas de cristal y las toqueteó mientras se preguntaba cuál sería la más adecuada para esa situación.

Los dos esbirros de su tío retrocedieron varios pasos al comprender lo que era la sustancia que se agitaba en el interior de las esferas, una especie de líquido vaporoso que resplandecía con un intenso color rojo que no dejaba de moverse.

—Un invocador —masculló el hombre araña.

Engels sonrió.

—Pinto, pinto…, gorgorito. —Señaló una a una las esferas hasta que su dedo se detuvo en la central.

No era una mala elección. Desenganchó la esfera del collar y la sostuvo con sumo cuidado entre su pulgar e índice. La agitó con un delicado giro de muñeca para despertar al ser que dormitaba en su interior, aunque la ira que le mantenía en nuestro mundo nunca se atenuaba ni descansaba. Aun así, parecía que necesitaba un pequeño empujón. Se acercó la brillante superficie de cristal a los labios y susurró:

—¿Has terminado tus tareas, Timmy?

La esfera se abrió en dos mitades perfectas y de su interior surgió un espectro envuelto en la misma luz rojiza. Los dos nigromantes se prepararon para atacar con sus sombras al comprender lo que Engels pretendía. Habrían sido mucho más inteligentes si hubiesen seguido el instinto que les advertía de que corriesen lejos de allí.

Ante ellos, levitando en el aire, había aparecido un niño de aspecto frágil que vestía ropas humildes: unos pantalones llenos de remiendos sostenidos por unos tirantes, una camisa que en otro tiempo fue amarillenta y una vieja gorra heredada de alguno de sus hermanos mayores. Del pequeño Timmy solo quedaban huesos enterrados y aquella figura fantasmagórica, inmaterial, pero densa, como si su cuerpo se compusiese de una extraña sustancia plateada

en la que se entrelazaban mil colores, todos ellos opacados por el intenso rojo.

Si Timmy hubiese tenido una vida justa y feliz, su alma habría partido en paz. Si su muerte hubiese sido apacible a pesar de sus asuntos pendientes, habría dejado el rastro de un fantasma tras de sí. Pero al unir una vida repleta de dolor y rabia con una muerte agónica, el resultado era el ser que los tres hombres observaban ante sí. Una criatura formada por la esencia de una emoción pura: la ira.

Y cualquier excusa era buena para darle rienda suelta.

Otra característica de los espectros, se dijo Engels, era que por lo general no destacaban por su inteligencia. «Dales un blanco y ni siquiera recordarán su nombre».

—Timmy, estos señores quieren saber si has acabado tus tareas —dijo Engels, y la luz roja que emanaba del cuerpo del espectro se tornó tan brillante que casi resultaba cegadora.

Los esbirros de su tío no aguardaron un instante más. Arrojaron sus sombras contra el espectro. Una persona viva se habría horrorizado al ver la repugnante araña y el feroz jabalí abalanzándose sobre ella, pero para un espectro el miedo y el dolor eran emociones de las que la muerte le había liberado. Las sombras se deshicieron ante el roce de la intensa luz. Ni siquiera llegaron a tocar al espectro antes de desvanecerse en el aire.

—Estoy cansado —masculló el espectro, primero con una débil y titilante voz—. Estoy cansado, mamá. —El recuerdo de su progenitora hizo que encogiese los hombros y apretase los puños de rabia.

Cualquier espectro resultaba amenazador, pero había algo especialmente perturbador en saber que un niño inocente podía convertirse en un monstruo como ese por culpa de los adultos.

El hombre araña intentó alzar una barrera protectora entre ellos y el ser. Habría funcionado si el espectro no fuese más poderoso que él. Utilizar el rostro de un niño tenía la ventaja de que sus enemigos

tendían a infravalorar la magnitud de su rabia.

—Si no acabas tus tareas, estos señores van a castigarte —dijo Engels, añadiendo algo más de leña a la hoguera para que el fuego se descontrolase.

Cuanto antes acabase con ellos, antes podría buscar a los Vega y presentarse como era debido.

—¡ESTOY CANSADO, MAMÁ! —gritó el espectro, y se lanzó contra los nigromantes.

Capítulo 3

Desde que dormía acompañado, Elías no había vuelto a necesitar la pócima somnífera de Rosita más que en contadas ocasiones. Había algo tranquilizador en saber que, incluso después de la peor pesadilla, al despertar Marcos estaría ahí para recordarle que las vidas pasadas que visitaba en sus sueños no eran la suya. Además, había descubierto que su estado de ánimo influía mucho en los recuerdos ajenos que revivía. Si durante años solo había experimentado los peores momentos de otras personas era porque él mismo se sumergía en el mundo de los sueños con el corazón encogido por el miedo. A veces sus sueños habían llegado a parecerle un poco emocionantes. ¿Cuál sería el remoto o exótico lugar que visitaría esa noche? ¿Presenciaría el nacimiento de un hijo, un ritual sagrado, una boda…? Era la mayor fantasía de cualquier aficionado a la historia.

El miedo había dado paso a una curiosidad cautelosa, y esa noche, tras un viaje en avión, de vuelta en su dormitorio de toda la vida y sintiendo la respiración de Marcos a su lado, Elías no tardó más que unos pocos minutos en dejar que sus preocupaciones por las tres Victorias, la Muerte y Samuel se desvaneciesen mientras se convertía en otra persona.

Abrió los ojos y, en lugar de la plácida oscuridad de su dormitorio, el mundo rebosaba brillo y color. Lo primero en lo que se fijó fue en que la luz era cálida, pero eléctrica. ¿Siglo XX? Aunque Elías ya no era del todo Elías, los años de práctica le habían permitido desarrollar toda una colección de trucos para deducir dónde se encontraba valiéndose de unos pocos detalles.

Reparó en los trajes elegantes de los caballeros y el peinado anguloso a la altura de la barbilla que lucían las mujeres. El corte bob estilizaba aún más sus cuellos y hombros, a la vista bajo los vestidos de líneas rectas. También había personas cuyo género resultaba ambiguo. Los

labios pintados y las exageradas sombras de ojos casaban a la perfección con los elegantes esmóquines y pajaritas. La decoración al más puro estilo art déco también le resultó de gran ayuda para ubicarse. O estaban en una fiesta de disfraces muy bien documentada, o había ido a parar a los años veinte. Escuchó la música jazz acelerada que sonaba en un gramófono a todo volumen y las risas divertidas a su alrededor. Respiró el olor a vino y champán ni muy caro ni demasiado barato.

Poco a poco, su identidad se diluyó y se convirtió en una de las invitadas de una fiesta. Había empezado la noche en uno de los cafés donde iba a bailar y a escuchar música y, como le sucedía a menudo, había acabado en una fiesta. Tan solo se dejaba llevar, decía que sí a todas las invitaciones, sonreía a menudo, y en cuestión de horas alguien acababa sugiriendo que fuesen aquí o allá y los festejos se trasladaban a un nuevo lugar. A Madeleine no le importaba dónde la llevasen, solo quería divertirse, olvidar, y sabía que si hablaba con las personas adecuadas tendría entretenimiento garantizado hasta el amanecer. Después volvería a su casa, se dejaría caer en la cama aún vestida y dormiría todo el día. Era mucho más sencillo olvidar el pasado cuando solo se vivía en la noche, como si la luz de las farolas fuese demasiado tenue para iluminar los recovecos de su buena memoria.

Se llevó la copa a los labios y disimuló una mueca de desagrado. Se preguntó si sus adinerados anfitriones también servían esa cosecha algo enranciada al tipo de invitados que recibían antes de la hora de la cena. Lo dudaba, pero no podía reprochárselo. Seguía siendo bebida gratis y la mitad de los presentes eran completos desconocidos. Ella nunca permitía que nadie entrase en su casa, y menos aún personas sedientas de charlestón que alguno de sus amigos acababa de conocer en un café. Por muy guapas y glamurosas que fuesen.

Guapo y glamuroso eran los mejores adjetivos para describir a su pasatiempo de esa noche. Él creía que la había seducido sin saber que ella le eligió mucho antes de que se percatase de su presencia. Tenía los pómulos altos, una naricilla encantadora y peinaba las ondas de su pelo dorado con mucha gomina. Le había contado que sus padres eran de Normandía, aunque se habían mudado a París antes de que él naciese. Su familia contaba con numerosos negocios, a cuál más próspero, pero últimamente se centraban en la moda, un sector en auge. «Todo el mundo quiere vestir mejor que los demás y estar a la última después de

reprimirnos durante la guerra», le había explicado entre calada y calada de su cigarro. Era una delicia para la vista y tenía cosas interesantes que contar. No todas las noches conseguía encontrar una joya así. Últimamente era lo único que Madeleine buscaba en la gente. Belleza y ruido. Aunque sabía que lo que otros deseaban de ella era muy diferente, no quería ni podía dárselo. Pero su chico de esa noche no había hecho aún ninguna insinuación indecente, como si esperase a que ella diera el primer paso. Parecía un tipo bastante considerado. Era una lástima que se hubiese olvidado de su nombre.

—No he hecho más que hablar sobre mí —dijo el hermoso joven sin nombre.

Estaba en lo cierto: ella le había tomado de la mano y le había arrastrado hasta un alargado sofá de terciopelo verde, donde se había acomodado con las piernas cruzadas y el brazo apoyado sobre el respaldo dorado, asegurándose de que el chico guapo solo pudiese ver su mejor ángulo. «Dime, ¿quién eres tú?», le había preguntado después, jugueteando con el infinito colgante de perlas falsas que le colgaba del cuello. Madeleine había reído todas sus bromas y mostrado sorpresa cuando la historia daba un giro, haciendo mohines con los labios y acariciando su antebrazo cuando el joven se entristecía… Había descubierto que era la mejor forma de hacer que los demás siguiesen charlando, y cuando ellos hablaban, Madeleine olvidaba.

—¿Por qué no me cuentas algo sobre ti, Mads? —Sonrió y unos adorables hoyuelos aparecieron en sus mejillas. Tenía la cabeza apoyada sobre su puño y la miraba como si fuese la criatura más fascinante que había contemplado en su vida. Él no tenía ni la menor sospecha, pero era muy probable que estuviese en lo cierto.

—¿Sobre mí? —repitió Madeleine, o Mads, como solía presentarse en los últimos tiempos.

El brillo de sus ojos curiosos le resultaba enternecedor, igual que contemplar un perrito jugando con su peluche convencido de que es real, pero a la vez su pregunta la obligaba a poner la atención de vuelta en sí misma, y eso era justo lo que procuraba evitar.

—Sí. Por ejemplo, ¿qué es lo que te trae a París?

Madeleine se incorporó en el asiento con un suspiro.

—París es mi sitio.

La sonrisa del chico se volvió burlona.

—Ya veo…

—¿Qué ves? —preguntó desafiante.

—Eres una de esas americanas que juegan a ser parisinas.

La arrogancia en su comentario hizo que Madeleine perdiese de golpe el interés. Guapo, interesante, rico… Por supuesto, tenía que ser un creído.

—He nacido muchas más veces que tú en París, así que yo que tú borraría esa sonrisita de superioridad, mon cher. No estoy jugando a nada, hice una promesa y por eso estoy aquí.

Elías despertó de golpe en la oscuridad y por un momento añoró el ambiente ligero del París de los años veinte, donde nada era imposible. Puede que la ciudad fuese pura efervescencia, pero en el corazón de esa desconocida llamada Madeleine experimentaba una melancolía tan densa y pesada que aún le llenaba el pecho.

—¿Estás bien? —preguntó Marcos, a su lado, demasiado adormilado como para incorporarse.

Elías encendió la pantalla de su móvil para ver la hora y comprobó que eran las tres de la mañana. Aún tenía tiempo de sobra para volverse a dormir. Asintió con la cabeza.

—Solo ha sido un sueño algo más raro de lo habitual.

Volvió a acurrucarse bajo el edredón y apoyó la cabeza en el hombro de Marcos, que tenía la inexplicable costumbre de dormir bocarriba, con un brazo extendido sobre su cabeza. En cuestión de unos segundos, el nigromante se había vuelto a dormir y Elías envidió su capacidad para pasar varios días seguidos despierto si era necesario y para dormir doce horas del tirón cuando le apetecía.

Él, en cambio, permaneció un rato más en vela, dándole vueltas a la extraña respuesta de Madeleine. «He nacido muchas más veces que tú en París». Puede que hubiese sufrido tantos cambios y experiencias que considerase que la ciudad la había hecho renacer una y otra vez, convertida en una mujer nueva.

«O puede que la diosa Muerte esté intentando decirte algo».

El móvil había sonado sin parar a lo largo del día, pero Sofía no fue capaz de responder a ninguna de las llamadas ni a los mensajes. Por primera vez en veintiún años, no le hacía ninguna ilusión su cumpleaños.

Cuando había levantado las persianas esa mañana, se había encontrado con un cielo tan gris y opaco que parecía de noche, así que decidió tomarse el día libre y volver a meterse en la cama. Ese sería su regalo para sí misma. No se sentía preparada para llegar a clase y convertirse en el foco de atención. De vez en cuando, rodaba en la cama hasta su mesilla de noche, desbloqueaba el móvil y miraba las notificaciones. La única felicitación que le había hecho sonreír era un selfi que Elías y Marcos le habían mandado desde el móvil de su madre con un enorme y dorado árbol de navidad en la famosa Puerta del Sol de Madrid. «El próximo año tienes que venir con nosotros», le habían dicho, pero ella prefería no pensar en nada que tuviese que ver con el futuro. Sus amigas también le habían escrito pese a que las cosas no iban muy bien entre ellas. Cualquier otro año, a esas alturas de la tarde, el pintoresco y variado grupo que había formado una piña indisoluble en la universidad estaría conduciéndola a su fiesta sorpresa mientras ella fingía no esperarse nada. Ese año había sido Sofía quien había sorprendido al resto del mundo.

«Estás diferente».

«No te reconozco».

«¿Por qué te comportas así?».

«No hay quien te entienda…».

«Tú misma…».

«¿Seguro que estás bien?».

«A lo mejor necesitas ayuda».

Era alguna de las frases que más había oído en los últimos meses. Sus amigas tenían razón: estaba cambiada, ¿cómo no iba a estarlo? Había pasado de ser una chica normal y corriente a una especie de… ¿qué? ¿Bruja? ¿Vidente? Elías decía que la palabra adecuada era pitia, pero en vez de un templo ostentoso se tenía que conformar con su habitación de toda la vida en casa de sus padres, y en lugar de ofrendas solo recibía miradas recelosas cuando evitaba tocar a otras personas a toda costa.

Sus amigas pensaban que estaba dándolas de lado y se preocupaban por su salud mental, pero no podían ni imaginar el verdadero motivo por el que evitaba salir de casa más de la cuenta, por qué cuando estaba con ellas rehuía cualquier forma de contacto físico, por qué se sentía más cómoda relacionándose con brujas, nigromantes o hadas ante quienes no tenía que ocultar quién era ahora.

Cada vez que Sofía rozaba la piel de otra persona, la realidad se desvanecía, sustituida por un torrente de visiones difusas que no siempre eran agradables. Cuando su amiga Katia la había recibido con un abrazo el primer día de clase, Sofía la había visto tirada sobre el asfalto, con una enorme brecha en la cabeza que no paraba de sangrar empapándole las trenzas. Tuvo que salir corriendo sin previo aviso y vomitó junto a una de las salidas de emergencia de la facultad. Desde entonces se había asegurado de que no tocaba a nadie por accidente. Llevaba siempre un jersey de cuello alto, guantes que solo se quitaba cuando no le quedaba otra opción y una capucha con la que se aseguraba de que nadie rozaba su rostro por accidente. Ir en el metro se había convertido en un auténtico suplicio, así que se había comprado una bici e iba a todas partes en ella, aunque tardase cuarenta minutos o una hora. Al menos se estaba poniendo en plena forma.

No había ninguna forma de evitar el contacto físico sin recibir preguntas y conservar su anterior vida, así que renunció a las

reuniones de los distintos colectivos de los que formaba parte, a las noches en vela preparando pancartas para las manifestaciones —que ya no le parecían emocionantes, sino un foco en potencia de visiones—. Lo último que necesitaba era el peligro que suponía estar rodeada de personas que no dejaban de moverse. Se acabaron los abrazos y chocar las manos, no volvería a besar a nadie ni a enredar sus dedos con los de otra persona. Moriría sola, porque ¿quién iba a querer estar con una persona a la que no puedes tocar y que afirma tener el don de la premonición? Puede que la hubiesen liberado de una maldición, pero se sentía como si solo la hubiesen sustituido por otra.

Claro que estaba cambiada.

La única persona con la que se sentía del todo segura era con Beathan, la peculiar hada que compartía piso con sus amigos en el Londres Oculto. Las hadas no tenían un destino como los humanos, así que, si se rozaban por accidente o se sentaban demasiado cerca, Sofía tenía la tranquilidad de que no vería ninguna desdicha ante sus ojos. Aunque aquella criatura la ponía nerviosa por motivos diferentes, como el hecho de que se alimentase de emociones humanas o que cada vez que miraba su rostro se quedase sin aliento. Por no hablar de que no entendía del todo el concepto de «cumpleaños». Se habían vuelto muy cercanos en los últimos meses, y el hada se esforzaba por mostrarse un poco más humana y menos feérica cuando estaba con ella, pero cada vez que se quedaba quieta, mirando al infinito, su verdadera naturaleza surgía a la luz. Dejaba de parpadear y su pecho no se movía porque no necesitaba respirar, pero lo más perturbador era su calma, la forma en que se convertía en una estatua sin apenas emociones. Curiosidad, una sutil empatía, algo de hastío, recelo… Podía expresar emociones livianas, pero ¿amor, ira o miedo? Solo las sentía si las devoraba. Últimamente Sofía experimentaba demasiadas de esas, así que había llegado a sentir algo de envidia.

Volvió a cubrirse con el edredón hasta la cabeza. En un rato, sus padres llegarían del trabajo con una tarta y querrían celebrar la ocasión. «No se cumplen veintiuno todos los días», diría Panos, como todos los años. Ella se esforzaría por fingir una sonrisa, aunque sus padres también sospechasen que algo no iba bien con su

adorada y rebelde hija.

Sonó el timbre y Sofía maldijo en sus adentros. Esperaba que nadie hubiese tenido la grandiosa idea de mandarle un regalo comprado por internet. O peor aún, de presentarse en su casa para felicitarla en persona. «Paso… Que vuelvan otro día».

Sin embargo, continuaron llamando con una insistencia atronadora. El sonido del timbre retumbaba por toda la casa y también por su cabeza. «¡Será posible! ¿Quién es el imbécil?». Apartó el edredón de una patada, se puso las pantuflas y caminó en pijama por la casa hasta la puerta de la entrada. La abrió con un gesto de muy pocos amigos que se sustituyó por uno de asombro al ver quién había al otro lado. Tendría que haber echado un vistazo por la mirilla antes de abrir.

—Feliz cumpleaños —dijo Judith, inmóvil frente a ella.

Llevaba una maceta de flores de pascua entre las manos, que sostenía en alto contra su pecho, y la miraba con una sonrisa amable, como si fuesen amigas de toda la vida y su visita resultase lo más natural del mundo. Le habría preguntado cómo sabía que era su cumpleaños, pero Judith podía descubrirlo todo sobre quien quisiese sin esfuerzo. Marcos les había explicado que ese era uno de sus talentos. Aunque no fuese una hechicera, usaba la magia que extraía de su anillo para adentrarse en internet igual que si fuese una extensión de su propia mente.

—¿Puedo pasar? —preguntó ante su silencio.

En vez de contestar, Sofía miró a su alrededor en busca de algo que pudiese convertirse en un arma potencial con la que golpear a Judith en la cabeza si fuera preciso. Judith se rio al percatarse de lo que hacía.

—No te preocupes, no será necesario. El único motivo por el que intenté hacerte daño fue para traspasar la maldición a mi cuerpo, ya te lo expliqué. Aunque lo entiendo, yo tampoco confiaría en mí.

La naturalidad con la que admitió sus actos era casi tan inquietante como su ojo derecho, convertido en piedra junto con parte de su

frente y su mejilla. Daba la sensación de que llevase puesta una máscara rota. Utilizaba su pelo para ocultar esa parte de su rostro de miradas curiosas, aunque los corrientes no solían advertir los efectos de la magia. Pero ante ella se apartó la melena orgullosa.

—El fin no justifica los medios, y menos cuando el fin es tan egoísta —respondió Sofía, con la vista puesta en una estatuilla metálica con la forma de una bailarina de ballet que su madre adoraba. Un buen golpe con eso tenía que doler.

—¿Egoísta? ¿Qué crees que pienso hacer con el poder de la muerte, conquistar el mundo? —Resopló, al borde de una risa incrédula—. Eso se lo dejo al resto de nigromantes con delirios de grandeza. Te lo dije en Delfos y te lo repito ahora: si quieres que las cosas cambien a tu alrededor, los buenos modales no sirven de nada. Lo que se ha arrebatado no puede recuperarse pidiéndolo por favor. La muerte reparte el poder de forma injusta, solo valora quién eres cuando naces, pero no si la persona en quien te conviertes se lo merece o no. Una magia obligada a servir a personas crueles, sin capacidad de elegir si el uso que se le da es legítimo o no, es una magia herida. Y yo solo pretendo sanarla.

Sofía no se movió un solo paso.

—Casi me engañas una vez con tus discursitos, así que tendrás que pensar otra cosa. Estoy escarmentada.

Judith inspiró hondo y dejó escapar el aire con un largo suspiro.

—Espero que pronto comprendas que no somos enemigas. De hecho, queremos lo mismo. Como veo que no me vas a invitar a tomar un té, será mejor que me vaya antes de que vuelva a llover. La lluvia me pone de los nervios. —Le tendió la maceta de flores y, al ver que no la aceptaba, puso los ojos en blanco y se agachó para dejarla junto a la entrada—. Nosotras dos nos parecemos mucho, pero tú tienes más suerte que yo. Llevas toda la vida queriendo poder para cambiar el mundo y el poder ha venido a ti. Te ha elegido. Ahora que lo tienes, ¿qué vas a hacer con él? Porque, si decides no hacer nada, quizás el problema no eran las circunstancias, no eran los políticos ni los intolerantes ni la gente a la que le da igual todo…, igual el problema eras tú. No puedes

seguir avanzando y ser la misma persona, es imposible. Si quieres conseguir algo, tendrás que aceptar la pérdida. Guarda luto si lo necesitas, pero después… muévete. ¿De qué sirve el poder si no lo usas para proteger a los tuyos? Procura que no le dé mucho el sol. —Señaló la maceta—. Las flores de pascua florecen en invierno, cuando hay más oscuridad y la mayoría de las plantas languidecen. Me pareció que te sentirías identificada, pero a lo mejor me equivocaba.

Durante un segundo pesado como una eternidad, las dos jóvenes se miraron en silencio. Judith estaba muy seria, y cuando Sofía no respondió a su discurso, asintió con la cabeza, decepcionada. ¿Por qué le dolía tanto saber que no había cumplido las expectativas de una mujer a quien debería despreciar? «Espera —fantaseó con decirle mientras daba media vuelta—. Puedo ser todo eso que dices, puedo cambiar las cosas». Pero no fue capaz.

Judith bajó por las escaleras en lugar de esperar a que llegase el ascensor y dejó a solas a Sofía, que sentía cómo la corriente de aire le helaba la garganta, o puede que hubiese algo más en su interior que la hacía sentir fría y vacía. Estuvo a punto de tirar la maceta de una patada por el hueco de la escalera. Judith le había puesto un cuchillo en el cuello, la había engañado y utilizado. Eso era lo que hacían las personas malvadas. Lo sabía de sobra. Judith era el lobo feroz del que hablaban los cuentos. Pero… ¿qué clase de monstruo regalaba plantas a sus enemigos?

«Florecen cuando hay más oscuridad», recordó.

Se agachó para recoger las flores, preguntándose dónde podía ponerlas para que no se marchitasen, y cerró la puerta.

Capítulo 4

Elías agachó la cabeza para protegerse la barbilla y el cuello tras la abultada bufanda granate que había tomado prestada de Marcos. La tela se envolvía en torno a él como si tuviese vida propia y quisiese engullirle, aunque era una forma agradable de ser devorado. Dentro de la bufanda, que olía a hogar y café recién hecho, se sentía un poco más protegido. Era una extraña e inútil armadura, pero el efecto placebo funcionaba…, aunque no tanto como para que dos personas montando en la misma bici por Madrid le pareciese una buena idea.

—Es mi bici, ¿por qué tienes que llevarla tú? —protestó, haciendo que su aliento se convirtiese en vaho al salir de su boca.

—Porque soy el más grande de los dos —respondió Marcos con naturalidad mientras acomodaba el sillín a su gusto ante la mirada impotente de Elías, que le supervisaba malhumorado—. También soy el más guapo. Si voy delante, los viandantes madrileños podrán disfrutar de un rostro agradable que les alegrará el día. —Ladeó la cabeza hacia atrás un momento para lanzarle una sonrisa pícara. Le estaba provocando.

—Lo último que necesitamos es distraer a los otros conductores, pero no te preocupes, eso no va a pasar. Desde que te teñiste el pelo de castaño, no te miran tanto.

—¿Me estás diciendo que en realidad no soy guapo?

—No lo bastante para que me lance a los brazos del peligro.

Marcos se levantó y puso un mohín de niño pequeño.

—Y yo que pensaba que te iba a encantar la idea de ir abrazado a mí.

—Puedo abrazarte cuando quiera sin arriesgar nuestra integridad física.

—Eso es verdad. —Le guiñó un ojo y se sentó en el sillín, dejando el transportín de la parte trasera para Elías—. Pero así es mucho más divertido. Vamos, ponte cómodo. ¿O prefieres ir tu delante y que me siente en tu regazo?

—Me subo, pero solo para que dejes de chincharme. Procura que no nos atropellen.

Marcos tenía el don de convencerle para hacer cosas que jamás aceptaría si otro se las propusiese. Por suerte para él, el hechicero no era del todo consciente de que, a pesar de las quejas de Elías, si se levantase una mañana y le dijese «vamos a saltar de un paracaídas», no le costaría mucho persuadirle. Se ajustó el casco y se agarró al abrigo de Marcos como si la vida le fuese en ello.

Marcos comenzó a pedalear por la acera y, en un par de minutos, avanzaban por una avenida con coches pasando a toda velocidad a su izquierda. Elías logró mantener la calma hasta que una furgoneta de reparto les adelantó tan cerca que pudo sentir el retrovisor rozando su cara.

—¿No podemos ir por una calle un poquito menos concurrida? —preguntó, agarrándose a su novio con aún más fuerzas.

—No va a pasarnos nada —le reprochó—. Además, si la Muerte viene a buscarnos, al menos moriremos juntos.

Elías le habría dado un codazo si no estuviese dirigiendo la bici.

—¿¡Morirnos!? A mí me preocupaba romperme una pierna.

Después de quince minutos, que a Elías le parecieron dos horas, pidió a Marcos que girase a la derecha y tras callejear un rato se detuvieron delante de una tienda discreta. En lo alto de la entrada colgaba un centenario cartel de madera, con letras doradas que parecían haber sido pintadas ayer mismo y que rezaban: ANTIGÜEDADES BAENA. En el escaparate se acumulaban sillas del romanticismo, vajillas que pertenecieron a celebridades de otras épocas y feas estatuillas de cerámica que tuvieron que dejar de comprar porque cada poco venía algún heredero a venderlas porque no sabía qué hacer con ellas. Por supuesto, ninguna de las piezas

más interesantes de la colección estaba a la vista de los corrientes.

Marcos aparcó la bici junto a una farola y utilizó un lazo de sombras invisible a los ojos corrientes para atarla a ella y asegurarse de que nadie la robaba a la vez que Elías levantaba las protecciones mágicas de la tienda. Con la llave que su padre le había dado esa mañana, levantó la rejilla metálica y abrió la puerta. Ese había sido su trabajo diario durante varios años, así que cuando su padre le había pedido que se encargase de la tienda unas horas mientras solucionaba varios asuntos con la Hermandad, aceptó encantado. Si había un sentimiento más allá de la preocupación que le llevaba por el camino de la perdición, era la nostalgia.

Entraron en la tienda y Elías sintió una punzada de orgullo.

—Bienvenido a Antigüedades Baena —dijo cuando encendió las luces y los numerosos estantes, muebles y obras de arte se hicieron visibles.

Marcos cerró la puerta tras ellos, mirando hacia todas partes boquiabierto.

—No sabía que hubiese un lugar en el mundo donde cabían tantas cosas. ¿Cómo mantenéis esto limpio?

—Es técnicamente imposible: cuando acabas de limpiar la última pieza, la primera ya está cubierta de polvo otra vez; pero lo intentamos. ¿Quieres ver la mejor parte?

Marcos asintió decidido y dejó que Elías le guiase hasta una sala contigua, donde guardaban las piezas embrujadas que solo mostraban a un selecto grupo de clientes, en su mayoría hechiceros de la Hermandad, aunque en los últimos tiempos un par de brujas se habían sumado a la lista de habituales en la tienda. Se había corrido la voz de que los Baena plantaron cara a los nigromantes corruptos durante la batalla de Samhain, despertando la simpatía de muchas hechiceras.

—Mi padre me ha hablado mucho de estos, son para una subasta —dijo Elías, señalando una colección de cuadros que había colgados de la pared—. Están todos embrujados. Parece que este tipo de

obras se han puesto de moda desde que salieron a la luz los cuadros de William Asbridge. Dicen que el tipo se pasó doscientos años en el Reino de Sidhe con las hadas. ¿No es curioso? Deberíamos preguntarle a Beathan si llegó a conocerlo.

Avanzó hacia una de las pinturas. Representaba a una niña de aspecto vivaz, que te seguía con la mirada allá donde fueres.

—De día tiene un pase, pero creo que si la viese de noche en un pasillo a oscuras me daría un paro cardiaco —bromeó Marcos a su lado.

Elías arqueó una ceja.

—¿En serio? Solo es un cuadro…

—Un cuadro con aspecto de homicida.

Elías se rio. Parecía mentira que las únicas cosas que atemorizaban a Marcos fuesen conocer a sus suegros y los retratos siniestros.

El siguiente cuadro representaba una escena bucólica y estaba embrujado para adoptar la imagen de la persona que se detenía ante él, por lo que podías verte a ti mismo tumbado bajo un árbol en mitad del campo. También había un bodegón que te mostraba lo que quiera que te apeteciese comer en ese momento, un paisaje marino que imitaba el tiempo que hiciese ese día y un juego de cuadros hermanos donde podías ver tu rostro rejuvenecido o convertido en el de un anciano.

—Es como esos filtros para el móvil que nos pone siempre Sofía —comentó Marcos, detenido ante su yo anciano. Se frotó una frondosa barba repleta de canas y enarcó una ceja—. No estoy nada mal. Voy a ser un madurito interesante. Tendrás que ser muy buen novio, todo el mundo querrá robarme si te descuidas.

Elías le sacó la lengua, aunque que hubiese hablado con tanta naturalidad de seguir juntos después de tantos años le reconfortó.

En el cuadro de al lado le imitó su versión adolescente, que se parecía bastante a la actual salvo porque era todo mofletes. Las líneas de sus pómulos marcados y su barbilla afilada aún no se

percibían bajo ese rostro aún infantil.

—Yo que tú no me tomaría estos cuadros a broma. Según mi padre, ha habido personas tan cautivadas por el recuerdo de su pasado o la añoranza por el futuro que dieron la espalda a su vida entera para pasarse días enteros contemplándose.

Marcos frunció los labios y negó con la cabeza.

—Pues yo no querría viajar en el tiempo. Soy más feliz que nunca, ¿y tú? —Le guiñó un ojo y Elías le empujó de broma para que siguiese andando, azorado. Y no, él tampoco hubiese querido estar en otro momento que no fuese ese.

El último cuadro era el más espectacular de todos. Lo había pintado en el siglo XVI una bruja que compaginaba encargos de sus mecenas corrientes con obras embrujadas. En aquel cuadro, la imagen se movía y avanzaba. Era una especie de antepasado de las películas de animación. Si uno se detenía ante ella, podría disfrutar de una historia completa, con principio y final. Ellos llegaron justo para ver cómo una joven inconsciente era protegida de la intemperie por una mágica cúpula de cristal.

—Blancanieves —susurró Marcos al ver cómo la cúpula se teñía de negro.

—Lo dudo, el cuento original no se publicó hasta 1812. —Elías no pretendía sonar resabido, pero no podía evitar compartir los datos en cuanto los recordaba—. Además, no hay ninguna manzana y tampoco una bruja malvada.

Marcos se encogió de hombros.

—Puede que no sea Blancanieves, pero… no sé, me recuerda a la versión que solía contarnos mi padre de niño. Supongo que todos los cuentos vienen de algún lugar, ¿no? Tal vez esta historia, sea la que sea, sembró algunas semillas.

—¿Qué versión es esa? —preguntó Elías, más curioso por saber qué era lo que causaba ese inhabitual tono de melancolía en su voz que por la propia historia.

Marcos empezó a narrar sin desviar la mirada del cuadro. Su voz se tornó suave y cantarina. Elías pensó que podría pasarse días escuchándola, igual que los incautos que se habían dejado arrastrar por el reflejo que veían en aquellos cuadros.

—Érase una vez la hermosa hija de un nigromante. Su padre la adoraba con locura, pues además de bella también era sagaz y alegre. La Muerte, envidiosa al ver que uno de sus siervos amaba más a una vulgar humana que a ella, se vengó sumiéndola en un profundo sueño. No estaba ni viva ni muerta, así que el padre no podría volver a reunirse con su adorada hija ni en este mundo ni en el más allá. Para proteger su hermoso rostro y su inocente cuerpo de las alimañas y del paso del tiempo, la cubrió con un manto de sombras, una campana de cristal oscura y resplandeciente que la mantendría inmaculada hasta el día en que un hechicero descubriese como burlar los caprichos de la Muerte.

—Nunca había oído esa versión.

—Supongo que nuestros padres nos contaban cuentos distintos. —Marcos sonrió, pero la práctica había ayudado a Elías a ser capaz de distinguir sus sonrisas felices de las burlonas y las seductoras de las que estaban llenas de ira. Esa que había en su rostro era una de las sonrisas que utilizaba cuando intentaba protegerse de sus propios sentimientos. Elías rodeó su brazo con el suyo y apoyó la cabeza en su hombro.

—Tienes razón. Mi padre me leía libros sobre las Cruzadas. Los únicos dibujos que tenían servían para identificar las partes de la armadura de un templario.

Marcos volvió a sonreír, esta vez divertido.

—Y yo que creía que tenía traumas infantiles.

—Lo peor de todo es que me encantaban, supongo que porque no me paraba a pensar en lo horrible que era la guerra y todo eso. Pero me gustaban los dibujos de los castillos y los caballeros.

Se quedaron quietos, el uno apoyado en el otro, mirando el cuadro unos segundos más antes de seguir explorando la sección mágica de

la tienda.

Un cliente mágico podría encontrar todo tipo de curiosidades en la tienda de la familia Baena, desde pequeños objetos embrujados para hacer la vida de sus dueños un poco más cómoda (candelabros con velas que nunca se desgastaban, teteras capaces de calentar el agua en el acto y cepillos de pelo que alargaban el cabello) hasta auténticas piezas de coleccionista por las que cualquier museo hubiese matado. Su padre procuraba guardar las más valiosas bajo llave, en el almacén, lejos de las miradas curiosas. Elías conocía casi todos los objetos de memoria (salvo los que fueron adquiridos en su ausencia), así que Marcos se divertía preguntándole por unos y otros. Elías había intentado advertirle que era mejor que no tocase nada sin preguntarle antes, pero sus manos iban de un lugar a otro tanteándolo todo.

—Cuidado con eso. Y con eso también. Por el poder de las sombras, como no te estés quieto seré yo el que te lance una maldición —le advertía, apresurándose tras él. Los objetos más peligrosos también estaban a buen recaudo, pero siempre había que tener cierta cautela con todo lo que hubiese sido posesión de otro hechicero.

—¿Y esto qué hace aparte de dar la hora? —dijo, alzando un reloj de bolsillo en el aire. Su cuerda se había perdido hacía tiempo y la plata se había vuelto negruzca.

Elías necesitó unos segundos para ubicar el reloj.

—¿Eso? Es solo un viejo trasto. Lleva siglos ahí y nadie ha querido llevárselo. No estoy muy seguro de por qué mi padre lo compró. Creo que fue antes de que yo naciese.

—A mí me gusta —dijo Marcos.

Le dio vueltas en el aire, admirando las filigranas florales que lo decoraban, y lo abrió para comprobar si aún funcionaba. Elías vio cómo se lo acercaba a los ojos al descubrir una inscripción grabada en la tapa.

—«Volveremos a encontrarnos en París». París… Qué romántico.

—Es un vínculo. —Marcos ladeó la cabeza, intrigado, y Elías continuó con su explicación. A veces olvidaba que no todo el mundo sabía de qué estaba hablando—. Esa es la peculiaridad del reloj: sirve para sellar una promesa entre dos almas, las vincula. El hechizo se mantendrá hasta que se cumpla la promesa.

—Eso significa que quienquiera que hiciese la promesa no la cumplió… Qué triste. —Suspiró—. ¿Puedo quedármelo?

—¿Te lo quieres quedar porque es triste? —preguntó Elías, incrédulo. Aunque aprendiese a leer sus gestos, Marcos nunca dejaría de sorprenderle.

—Me parece un buen recordatorio de que hay que disfrutar del presente. Estas dos personas se importaban lo suficiente para unir sus almas, pero no volvieron a verse. Además, es bonito. —Acarició sus relieves—. ¿Qué crees que les pasó?

Elías se encogió de hombros. Esa era la misma pregunta que se hacía él cada vez que despertaba, cuando su destino se separaba del de las personas que le prestaban sus vidas durante unas horas. Había aprendido a vivir con la incertidumbre.

—Es tuyo —dijo, sintiendo cómo su pecho se expandía al ver la ilusión de Marcos.

—¿De verdad? ¿Estás seguro?

Elías asintió.

—Eres la única persona que ha visto algo hermoso en él en lugar de un trasto viejo e inútil, así que sí. Quédatelo. Creo que te ha estado esperando aquí todo este tiempo.

Marcos se lo agradeció con un fugaz beso, aunque a él con verle tan ridículamente contento le bastaba de sobra. Guardó el reloj en el bolsillo de su chaqueta de falso cuero y siguieron recorriendo los estantes, intentando exprimir el presente tal y como Marcos había prometido, pero, como de costumbre, una pequeña parte de la mente de Elías divagaba muy lejos de allí. París. Otra vez París. Y se preguntaba por qué la ciudad parecía perseguirle y si el momento

que Sofía había visto en sus visiones estaba más cerca de lo que había temido.

Styx se arrebujó en el interior de su abrigo, donde Judith le sostenía con una mano.

—Es bonito, ¿verdad? —preguntó, y el minino respondió dándole unos golpecitos en el pecho con la cola. Su piel había empezado a regenerarse y comenzaban a crecer pelos negros en su punta, aunque el resto de su cuerpo seguía siendo un espeluznante esqueleto. Pero eso no significaba que no pudiese disfrutar de las vistas. Sus sentidos funcionaban a la perfección a pesar de no haber recuperado sus órganos—. La colección de este museo es muy prestigiosa, pero no creo que hayan visto nunca un espécimen como tú.

Judith se había detenido junto a la fachada del Museo de Historia Natural de Londres, una construcción imponente, sobria y magnífica que exponía en su interior colecciones envidiadas por museos de todo el planeta. Aunque en ese momento a Judith le parecía mucho más interesante lo que sucedía en su exterior, en la pequeña plaza que se desplegaba a la derecha de la construcción neorromántica. Para celebrar las Navidades no se habían contentado con llenar las calles y árboles aledaños de luces festivas, sino que habían construido una pista de patinaje temporal al pie de un enorme árbol de Navidad. Cuando quiso darse cuenta, Judith estaba en mitad de la plaza, escuchando los villancicos, inhalando el aroma de los gofres recién hechos y mezclándose con la multitud con una mezcla de desdén y envidia. No tenían ni idea de los poderes que gobernaban el universo y sus diminutas vidas.

Comprendía por qué Sofía intentaba huir de sus dones, pero tenía que entender que no había marcha atrás. Ojalá llegase a ver que Judith no era su enemiga. También sentía celos al pensar en Sofía, aunque no estaba segura de si se debían a que prefiriese a Marcos antes que a ella o porque su hermano le hubiese abierto los brazos de par en par mientras le daba la espalda a su única hermana. Además de admiración por su rebeldía y envidia por su facilidad para ser amada y amar de vuelta, Judith también estaba siendo

pragmática. El nuevo poder de Sofía haría que encontrar la tercera Victoria fuese un juego de niños. En los últimos años había seguido varias pistas, pero todas la llevaron a callejones sin salida. Aun así, permanecía alerta; ahora que dos habían surgido a la luz, no le extrañaría que la tercera despertase de su letargo.

Styx maulló a modo de protesta, molesto por el ruido y las luces intensas.

—Ya, ya, lo sé. Un momento y nos vamos. Solo un momento más.

Estaba mirando a una niña que apenas era capaz de mantenerse en pie sobre sus patines, pero la chiquilla no tenía miedo ni motivos para preocuparse. Su padre le sostenía ambas manos desde lo alto mientras ella daba tumbos. Se le escapó una sonrisa.

Styx maulló de nuevo. Esta vez se trataba de una advertencia. Judith dio media vuelta para averiguar a qué se refería y vio a un hombre detenido a unos pasos de ella. Vestía de negro de los pies a la cabeza, aunque su rostro y su cabello eran tan pálidos que parecía un ser fantasmal. Su gesto impenetrable destacaba entre el ambiente alegre. Incluso aunque no pudiese sentir el hedor de la magia de muerte emanando de él, Judith habría sabido que se trataba de un nigromante. «Así que me están siguiendo». Estaba acostumbrada a estar en el lado opuesto de una persecución, pero no le disgustaba un buen reto.

—¡Gatito! —exclamó una vocecita aguda junto a ella.

Un bebe, en brazos de su madre, señaló hacia su pecho. Debía de haber oído el maullido y visto la pequeña cola agitándose. Cuando Styx asomó la cabeza desde el interior del abrigo, la pequeña comenzó a chillar y a llorar con todos sus pulmones, a la vez que pataleaba haciendo que su madre se apresurase a devolverla a su carrito sin comprender qué le ocurría. Otro niño algo mayor se asomó con curiosidad y gritó también, seguido de un tercer niño. Todos los críos a su alrededor corrieron aterrorizados en busca de sus padres, provocando el caos.

Esa era su oportunidad.

Se alejó entre la multitud y vio por el rabillo del ojo cómo el

nigromante se quedaba atascado en el pequeño alboroto que se había montado. Styx corrió tras ella tan rápido como su cuerpo de huesos se lo permitía. Tras asegurarse de que el gato la seguía, comenzó a callejear para despistar al nigromante. No tenía ni idea de quién era ese hombre, pero no quería conducirle a su hotel. Aunque sus motivos le preocupaban más que su identidad. Hasta ese momento, ninguna de las hermandades nigromantes la había considerado una amenaza y no parecía el tipo de persona con la que se relacionaría su hermano.

Oyó pasos tras ella y aceleró para subir la ligera cuesta de la calle residencial. Miró a su alrededor en busca de un posible refugio, pero solo había edificios de ladrillos blancos y rojos. Poco habituada a ser la presa, decidió ser la primera en atacar. La calle estaba desierta y la magia era invisible a ojos de cualquier corriente que se asomase por las ventanas, así que no planeaba contenerse.

Dio media vuelta y dirigió la magia de sangre de su anillo hacia el nigromante. Su rival detuvo el impacto con un manto de sombras y después hizo que la oscuridad se envolviese sobre sí misma, hasta formar una esfera que contenía una pequeña tormenta de relámpagos rojos.

—¿Qué quieres? —preguntó Judith, sintiendo cómo la magia crepitaba en sus manos, lista para golpear.

Los fríos ojos del hombre la recorrieron de los pies a la cabeza y una sonrisa burlona apareció en sus labios.

—Judith Vega, es verdad lo que se cuenta de ti. Eres voraz, incluso habilidosa, pero no dejas de ser una corriente.

Le lanzó la esfera de sombras y rayos con un chasquido de dedos. Judith se apresuró a tejer una red de energía roja frente a ella, pero sus fuerzas solo le alcanzaron para ralentizar el impacto. Las sombras golpearon su pecho de lleno, haciendo que cayese de espalda contra el suelo.

La sonrisa del nigromante se transformó en una mueca de desdén irónica.

—¿De verdad tú lograste matar a mi tío? El viejo debía de estar más oxidado de lo que pensaba.

La fuerza del golpe le había hecho perder el aliento, pero la amenaza velada en las palabras del desconocido le dio el impulso que necesitaba para ponerse en pie. A pesar de considerarla su enemiga, Judith solo había presenciado la muerte en tres ocasiones: cuando murió su padre, cuando sacrificó a Styx y cuando Basil Koch había cavado su propia tumba.

—A tu tío le cayó un templo de dos mil quinientos años encima porque no supo cuándo parar. Yo no le maté, fue su propia ansia la que lo llevó a su fin.

Algo no encajaba. ¿Estaba buscando venganza? ¿Y por qué entonces parecía tan desapegado, como si le diese todo igual? El nigromante se llevó la mano al pecho y rebuscó entre las capas de tela hasta extraer una pequeña esfera de cristal.

—Eso díselo a su testaferro.

La esfera se abrió y el denso y pringoso humo que contenía se convirtió en un espectro ante la sorpresa y horror de Judith. Se trataba de una mujer de mediana edad, no muy alta, pero con un cuerpo robusto que había trabajado sin tesón. Recogía su cabello en dos ordenadas y espesas trenzas negras, y la ropa que vestía cuando murió debió de haber sido colorida y festiva. El atuendo pertenecía a algún rincón del mundo que Judith desconocía. La mujer, o lo que quedaba de ella, murmuró palabras en un idioma que sonaba tan antiguo como la lengua de los nigromantes que su padre le enseñó de niña.

Su rival respondió con una breve frase en esa misma lengua y la furia del espectro se avivó como una hoguera a campo abierto, contenida en sus ojos. La mujer espectral se arrojó sobre ella con tal ímpetu que Judith apenas logró protegerse. Alzó una red de rayos que bloqueó al espectro el tiempo suficiente para que Judith pudiese resguardarse tras un coche mal aparcado.

—¡Haces bien al esconderte! Pero no servirá de nada —se burló el nigromante.

Judith contempló cómo los rayos se disolvían en el aire, consumidos por las emociones desbordadas del espectro. Sintió un escalofrío. Si el espectro lograba poseerla, ese tipejo podría hacer lo que quisiese con su cuerpo, dominarla como otra marioneta más. Prefería la muerte.

Su anillo chisporroteó en su dedo, advirtiéndole que no podía abusar de su poder. Al cabo de meses de persecución corriendo de aquí para allá tras ese incordio de Samuel Baena, ni siquiera el sacrificio de Styx duraría mucho más. La magia que tomó prestada de la sangre de su fiel gato estaba a punto de consumirse.

Pero no le quedaba otra opción que usarla.

El espectro saltó sobre el capó del coche y la miró desde lo alto. Extendió las manos hacia ella y, justo cuando la tenía encima, arrojó toda la magia que logró concentrar sobre sus pies, haciéndola caer y reteniéndola contra el coche. En ese mismo instante, el nigromante profirió un grito de dolor entremezclado con rabia, como si no diese crédito de que alguien se atreviese a herirle.

Styx había saltado sobre su rostro y le había arañado con las garras, ahora siempre al descubierto. El gato golpeó el cuerpo de su enemigo con las patas traseras y su cola y Engels trató de deshacerse de él. Fue entonces cuando Judith se percató. En el forcejó, el colgante de su cuello se despegó de su pecho durante unos segundos y el espectro, que no había cesado de atacarla, se detuvo en seco y dirigió toda su ira hacia su amo. «Los controla a través del colgante», comprendió. Ahí estaba su oportunidad. Aunque pareciese una locura, siguió su intuición y liberó al espectro, que se precipitó sobre su amo sin piedad.

—¡Styx! ¡Cuidado!

El gato saltó justo a tiempo y corrió junto a su ama, que avanzaba a la carrera hacia el final de la calle para ponerse a salvo.

Miró atrás por el rabillo del ojo y vio cómo su atacante se esforzaba por retomar el control que había perdido junto a su concentración. No pensaba quedarse a comprobar si lo conseguía o no. Corrió por Kensington hasta que se aseguró de que el nigromante se había rendido por esa noche. La adrenalina seguía recorriendo sus venas

cuando se apresuró a entrar en el vestíbulo de su hotel y el corazón aún le martilleaba el pecho. Acarició su anillo, que suplicaba un poco más de magia, hambriento. Siempre quería más y ella siempre ignoraba sus súplicas porque era suficiente para lograr sus objetivos, pero esta vez no le quedaba otra opción que escuchar.

Había otro jugador en el tablero, y las cartas que tenía en la mano eran mucho mejores que las suyas.

Necesitaba más sangre.

Capítulo 5

Aunque todos los años sucediese lo mismo al llegar el solsticio, Elías nunca dejaba de sorprenderse por lo pronto que anochecía en diciembre. Los animales y la naturaleza dormitaban, apacibles, a la espera de la primavera y los días más largos, mientras que la raza humana se forzaba a sí misma a permanecer inalterable ante los ritmos de la tierra, a golpe de cafeína y luz artificial. La civilización de los humanos nunca se detenía, pero Elías disfrutaba al replegarse con la luz, sin la presión de tener que salir a aprovechar el día; podía pasar tanto tiempo como quisiese arrebujado con sus libros y no sentirse culpable. Apenas eran las seis y media de la tarde cuando volvieron a casa y ya era noche cerrada. Su padre les había dado permiso para cerrar pronto la tienda y Marcos y Elías habían dado una pequeña vuelta por la ciudad para ver las luces. Después de pasear por el centro y comprar en una bulliciosa pastelería, el brusco silencio del piso le resultó tan ajeno como la penumbra.

—Deben de seguir reunidos.

Samuel y su padre habían acudido a José Herrera y al resto de nigromantes de mayor renombre para intentar convencerles de que Judith era un peligro para la magia de las sombras. No creyó que su encuentro fuera a alargarse tanto.

—Estoy seguro de que no servirá de nada —le confesó Marcos—. Nunca han creído que Judith mereciese su atención. Ya sabes cómo son.

—Las cosas han cambiado desde que te fuiste. No digo que ahora todo sea de color de rosa, pero han comprendido que su poder es más frágil de lo que creen.

—¿Han cambiado tanto como para considerar a una mujer revelada como su igual?

Elías prefirió no responder porque temía que Marcos tuviese razón y porque cualquier cosa relacionada con la política le ponía de los

nervios. Sacó los cupcakes que había comprado de la bolsa de tela que siempre llevaba consigo.

—Voy a ver si Alyssa está despierta —anunció.

Si él hubiese estado convaleciente en una casa extraña y muy lejos de su hogar, le habría gustado que alguien le trajese cupcakes.

Marcos asintió con la cabeza y se acomodó en el sofá, mientras se colocaba un par de auriculares en las orejas, seguramente para escuchar a ese grupo con el que estaba obsesionado. ¿Los Pretty Algo?

Abrió la puerta con cautela después de dar un par de golpecitos para avisar de su presencia y se quedó boquiabierto al ver que Alyssa no estaba sola en el dormitorio. Leticia Fonseca, agente de la Guardia, había tomado asiento en una silla junto a su cama y tomaba nota en una agenda de color negro y páginas ahuesadas. La agente alzó la vista hacia él y Elías comenzó a titubear.

—Yo… Lo siento… Solo venía… Lo siento. —Dio media vuelta para marcharse, pero Alyssa, incorporada en la cama, le detuvo.

—No, espera. Llevo todo el día con ganas de ver a mi cuñado favorito.

Con mucho esfuerzo, las brujas de Aquelarre habían conseguido devolverle gran parte de su audición, aunque su oído no volvería a ser el mismo y aquejaba un continuo pitido que no sabían si desaparecería algún día. Aun así, se las apañaba para mantener su expresión amable y serena, como si no hubiese sucedido nada malo.

Elías sonrió.

—Te he traído unos cupcakes —dijo, alzando la cajita de cartón—. No sabía cuáles te gustarían, así que he comprado de varios tipos. Te los puedes comer todos si quieres. No es lo más sano, pero por un día…

Alyssa sonrió de vuelta y Elías consideró cumplido su cometido.

—Eres un cielo. Tendrías que darle unas clases a tu hermano.

Cuando se obsesiona con el trabajo, se olvida de ser detallista.

Leticia se aclaró la garganta y se puso en pie.

—Bien, creo que tengo todo lo que necesito, te dejo que descanses. Gracias por tu paciencia. Espero que te recuperes del todo pronto, Alyssa. —Le tendió la mano con un ademán formal y Alyssa se la estrechó—. Elías, ¿tienes un momento? —le llamó mientras caminaba hacia la puerta.

Elías asintió con la cabeza, dejó la cajita de cartón con el logotipo de la pastelería en la cama junto a Alyssa y siguió a la agente hacia el salón. Aunque estuviesen en su casa, Leticia tenía ese aire de competencia y seguridad que hacía que uno sintiese que tenía que obedecerla por más que no diese ninguna orden.

—Oh, Vega, tú también estás aquí. Estupendo, así solo tendremos que hablar de esto una vez —dijo al ver a Marcos sentado en el sofá, cotilleando uno de los libros de arte de la biblioteca.

El joven se quitó uno de los auriculares y cerró el libro, sorprendido y algo receloso. Le costaba confiar en cualquier figura de autoridad y Leticia no era una excepción. Aun así, habían cumplido la promesa que le hicieron en primavera y le informaron de todas las novedades al respecto de la flauta con la ayuda del Aquelarre de Candem, que se había encargado de enviarles sus cartas embrujadas para que Judith no pudiese interceptarlas. La mayoría de sus mensajes habían consistido en resumir de distintas formas que Judith seguía tras la flauta y que ellos aún no habían dado con la tercera Victoria, si es que existía.

—¿La Guardia va a intervenir? —preguntó Elías, pero su fugaz esperanza se desvaneció cuando Leticia negó con la cabeza.

—No tenemos jurisprudencia sobre Judith, eso no ha cambiado. No es una bruja ni una nigromante, así que se niegan a romper con una norma centenaria por una vieja leyenda que nunca se ha podido demostrar.

—Lástima que no pensasen así cuando quemaban a corrientes acusadas de brujas por tener un jardín demasiado bonito, o la piel

lisa o con demasiadas pecas. Era difícil contentar a la Inquisición, ¿verdad? —Marcos se cruzó de brazos. Elías se sentó junto a él en el sofá, no sin lanzarle antes una mirada de reproche.

—Precisamente por eso es importante que no volvamos a cruzar esa línea —argumentó Leticia, que parecía toda una experta en mantener la calma. Debía de estar acostumbrada a las constantes comparativas entre la moderna Guardia y su antecesora, la Santa Inquisición.

Saltaba a la vista que la cautela de la Guardia no era suficiente para Marcos.

—Judith no utiliza la magia para cuidar de sus geranios. ¿Cómo pueden no darse cuenta de que es peligrosa?

—No depende de nosotros juzgar a los corrientes, aunque se valgan de la magia. Podríamos intervenir para incautar su anillo, o la flauta, pero si los usa para atacarnos no tenemos potestad para responder, solo para protegernos. Es demasiado arriesgado, por eso he pensado en otra alternativa.

Marcos y Elías intercambiaron una rápida mirada. Cualquier idea que pudiese parar los pies a Judith era buena para ellos.

—Te escuchamos —dijo Marcos. Su mano tanteó en el sofá en busca de la de Elías y luego la apretó con sutileza.

Leticia sacó unas fotos del interior de su cuaderno. En ellas podía verse a Judith paseando por Londres con una tranquilidad abrumadora y, junto a ella, un borrón pálido que la cámara no era capaz de captar el todo. La banshee.

—No podemos hacer nada con Judith porque no forma parte de la comunidad mágica. Una banshee, en cambio…

—¿Queréis detener a Vivien? —preguntó Elías. Sabía que la Guardia solía hacer la vista gorda sobre las actividades de dudosa legalidad que llevaban a cabo seres espectrales, demonios y hechiceros en los márgenes de la sociedad siempre y cuando no causasen daños a los corrientes.

—Gracias a vuestro testimonio y al de Alyssa, sabemos que ha atacado a una corriente y a varios practicantes de magia. Diría que es suficiente para justificar un breve interrogatorio. —Hizo suficiente hincapié en la última palabra para que ambos notasen lo que insinuaba. Iban a secuestrarla.

Marcos inspiró hondo.

—Vivien es su única aliada. Sin ella solo tiene el anillo y, por muy poderosa que sea su magia, es limitada. El problema es que no se dejará atrapar fácilmente. Tendríamos que pillarlas desprevenidas, y eso casi nunca pasa. Seguramente Judith ya sepa que estamos reunidos.

Leticia se inclinó para recoger las fotos de la mesita de té.

—Pensaremos en una manera de conseguirlo. Vosotros las conocéis mejor que yo; si se os ocurre algo, llamadme. Ahora tengo que irme a redactar un largo informe para justificar esta operación ante mi jefa. —Iba a marcharse, pero se detuvo antes de llegar a la puerta —. Otra cosa… ¿Cómo funciona el anillo?

Elías miró el rincón sobre la clavícula de Marcos, peligrosamente cerca de su cuello, donde Judith le había herido para alimentar su anillo. No le extrañaba que Leticia hubiese llegado tan lejos dentro de la Guardia. Tenía un don para hacer las preguntas adecuadas. Se llevó la mano a la frente y se masajeó suavemente las sienes; no estaba seguro de si se debía a la tensión tras la conversación y todo lo que implicaba, pero su cabeza empezaba a embotarse.

—Magia de sangre —explicó Marcos—, un poder ancestral, inusual y, sobre todo, prohibido. Comprime la energía mágica que corre por las venas de una persona y la utiliza en su favor. Pero antes hay que derramarla. Es imposible usarlo sin mancharte antes las manos de sangre, literalmente.

—Eso significa que su fuente de poder es inagotable —dijo la agente, alarmada—. Todo el mundo tiene un poco de magia en las venas, hasta el más anodino de los corrientes.

Marcos negó con la cabeza y Elías tuvo que esforzarse para escuchar

lo que decía. ¿Por qué se sentía tan cansado?

—Toda la magia tiene un precio, ¿no es así? El anillo exige un sacrificio, solo es capaz de extraer la magia de la sangre de un ser amado. —Disimuló el nudo en su garganta. Un desconocido lo hubiese pasado por alto, pero no Elías—. Por eso Judith se queda sin opciones. Cada día que pasa hay más odio en su corazón y menos amor. Dudo que quede una sola persona en la tierra a la que quiera.

Los ojos de Elías se cerraron y, de pronto, comenzó a caer, pero el mundo se había desvanecido antes de que llegase a tocar el suelo.

Apenas podía respirar, su pequeño tórax subía y bajaba a toda velocidad, incapaz de controlar el aire que entraba y salía de ellos mientras su nariz se llenaba de mocos y las lágrimas empapaban todo su rostro. Se abrazó a sí misma bajo la oscuridad de la escalera. Ahí abajo, en el sótano, hacía siempre frío, pero no le importaba porque podía dar rienda suelta a sus emociones. Sin embargo, su soledad se vio interrumpida cuando una cara pequeña y bonita se asomó bajo la escalera.

—¡Mads! ¡Aquí estás! —La niña llevaba puesto un impecable vestido de un azul celeste que combinaba a la perfección con sus ojos grises y sus ondas de color chocolate. El pecho de Mads se inundó de alivio al ver a su mejor amiga.

—A… Adrienne… —sollozó.

Adrienne se sentó junto a ella con cuidado de no manchar su bonito vestido, al contrario que Mads, que se había tirado sobre el suelo con las piernas extendidas sin ningún cuidado.

—¡Te está buscando todo el mundo! Nos has preocupado.

Aunque su amiga tuviese la misma edad que ella, su madurez la hacía sonar como alguien mucho mayor. Mads hizo un mohín al arrugar la nariz y encoger los labios hacia abajo.

—Pierre te ha vuelto a molestar, ¿verdad? —preguntó Adrienne,

refiriéndose a su hermano.

—Di… dice que…, que soy tan…, tan fea que nadie me va a querer nunca —sollozó. Su familia había ido a pasar unos días a la casa de campo de los Montauban y ese maldito mocoso no había dejado de molestarlas. Se creía mucho mejor que ellas porque era un año mayor, y porque era un chico, pero a ojos de Mads no era más que un tonto y un bruto—. Y…, y… dice que tengo la voz chillona.

—¡Yo te quiero! —exclamó Adrienne—. ¡Voy a darle su merecido!

Su amiga se puso en pie tan deprisa que a Mads se le escapó una risita. La idea de ver a la siempre correcta Adrienne pegando un puntapié al bruto de Pierre le hizo reír.

—¡No te rías! Lo digo de verdad, ¿quién se cree para meterse con mi mejor amiga? Además, es un mentiroso, eres la niña más bonita de nuestra calle. Y tu voz… es verdad que es un poco chillona, pero será hermosa cuando crezcamos, como la de las chicas mayores.

Mads sonrió, aunque aún seguía dando pequeños sollozos por el disgusto. Las dos sabían que la más bonita de su calle era Adrienne, pero sus palabras amables la hicieron sentir mejor.

—Mi madre dice que Pierre se mete conmigo porque le gusto —confesó Mads, cuando su amiga la ayudó a ponerse en pie—. ¡Pero eso es una tontería! A ti te gusto y eres buena conmigo.

—Es distinto, él es un chico. —Adrienne se encogió de hombros.

—Sigue siendo una tontería. Es malo, me dice cosas feas y siempre que jugamos en el jardín me tira piedras. Si hacemos una carrera y voy ganando, me empuja para que me caiga y pierda. No le gusto, me odia. Y si le gusto y hace eso, es que es aún más tonto de lo que parece.

Adrienne asintió para darle la razón.

—Adrienne…

—¡Elías! ¡Elías, abre los ojos!

El sótano campestre lleno de telarañas y ratones desapareció poco a poco, llevándose el olor de la campiña y la leña amontonada lejos de allí. Cuando Elías logró hacer caso a la voz que le llamaba y abrió los ojos, se encontró en el salón de su casa, tendido entre el suelo y los brazos de Marcos, que debía de haberle sostenido antes de que cayese.

—Bendita sea la muerte —masculló su novio al comprobar que recuperaba la consciencia.

—Estoy…, estoy bien. Solo me he dormido.

—¿Dormido? —Esta vez fue Leticia la que habló—. Te has desplomado como un árbol recién talado. Eso no es dormir, es quedarse inconsciente. —Le tendió un vaso lleno de agua blanquecina—. Bebe, es agua con azúcar por si te ha dado una bajada. ¿Quién es Adrienne?

—¿Qué? —preguntó Elías aún aturdido.

—Estabas llamando a una tal Adrienne.

—Oh, eso… no es nada, solo… un sueño. Voy a beberme esto —dijo para zanjar el tema.

Lo cierto era que ese día no había comido demasiado. Estaba tan nervioso por lo que había sucedido con Alyssa, por los recelos de su hermano y por Marcos que se le había cerrado el estómago. Asintió con la cabeza y bebió unos sorbos tras incorporarse lo suficiente sobre el suelo. Marcos seguía a su lado, agarrándole los brazos como si temiese que fuese a volver a desplomarse.

—Me encuentro bien —insistió, pero la preocupación de Marcos no se fue a ningún sitio.

—Estabas llorando —dijo el joven con el ceño fruncido.

Elías se llevó la mano a la mejilla y comprobó que tenía razón. Se esforzó por sonreír.

—No pasa nada. Solo ha sido un sueño.

Sofía estuvo a punto de declinar la invitación de sus amigas, pero la visita de Judith la había trastocado. No podía seguir escondiéndose para siempre, necesitaba recordarse que no todo en esta vida era fruto de la magia ni tenía que ver con ella. Seguía siendo una veinteañera normal en busca de una empresa en la que hacer prácticas a pesar de tener los exámenes a la vuelta de la esquina.

«Está bien. Nos vemos allí», escribió en el grupo que compartía con sus amigas.

Se aseguró de cubrir su piel tanto como le fue posible sin llamar la atención y se reunió con sus amigas en el centro de la ciudad. Londres siempre estaba abarrotado, pero a solo unos días de la Navidad sus calles parecían haber encogido. Sofía también se hizo tan pequeña como pudo, confiando en que su gorro, su abrigo de plumas y sus guantes la protegerían. Los compradores que acudían en busca de un regalo de última hora y los británicos que aprovechaban sus días libres para visitar la capital, fotografiar sus luces y ver sus musicales se entremezclaban con los turistas extranjeros. Allí nunca era temporada baja, pero la Navidad parecía ser su pico más alto.

«¿Por qué hay tanta gente en el mundo? —maldijo Sofía para sí misma. Parecía que hubiesen quedado todos allí a la misma hora. Se puso de puntillas sobre sus robustas botas para intentar encontrar a sus amigas en Leicester Square. A pesar de sus esfuerzos, casi todo el mundo seguía siendo más alto que ella y le bloqueaban la vista—. Maldita gente alta, no les importa nada lo que nos pase aquí abajo».

Por fin distinguió la mano de Katia agitándose en el aire. Era imposible no reconocer las largas uñas de metacrilato pintadas de rojo y verde a juego con el espíritu festivo. Era la más alta del grupo, así que enseguida distinguió su cabello trenzado entre la multitud. Caminó hasta ellas y ahí estaban todas sus mejores amigas.

Katia parecía eufórica por haber conseguido sacarla de casa, Caitlin la saludó con timidez y Sally empezó a hablar del hambre que tenía y de los scoones que servían en la pastelería que habían elegido.

Hablaron todas a la vez, debatiendo sobre el último reto que se había hecho viral en redes y comentando el videoclip que Harry Styles acababa de sacar. Una vez en la cafetería, se pusieron al día, charlaron sobre los exámenes, los profesores que más les sacaban de quicio y los que las inspiraban, pero sobre todo hablaron de sus planes para después de la graduación, que sería en solo unos meses. Sofía se dio cuenta de que había estado tan centrada en sus nuevos poderes que se había olvidado por completo de que ella también tenía un futuro. Ahora que sabía que estaba todo escrito le costaba involucrarse en él.

—¿De verdad que no tienes calor? —preguntó Katia al ver que su amiga removía su té sin quitarse los guantes.

—Últimamente estoy helada todo el tiempo —se excusó. Era mucho más fácil de explicar que eras friolera que definirte como una especie de bruja vidente. «Pitia», se corrigió por enésima vez.

—Deberías ir al médico —dijo Caitlin mientras dejaba caer una cucharada de mermelada de frutos rojos sobre su bollito—. Podrías tener anemia o algo así.

Sofía le dio la razón, aunque sabía de sobra que ningún médico corriente podría ayudarla ni encontraría en su cuerpo la fuente de todos sus problemas. El local empezó a llenarse de turistas con bolsas llenas de merchandising que aprovechaban los descansos de los musicales para tomar algo dulce.

—Será mejor que nos vayamos antes de que esto colapse —dijo Caitlin, y todas estuvieron de acuerdo. Sofía se alegró de que la ligera claustrofobia de su amiga las mantuviese alejadas de las zonas más concurridas.

Sally tenía pendiente el regalo de Navidad de su amigo invisible familiar (le había tocado su cuñada y no tenía ni idea de qué regalarle, «es la nueva, apenas la conozco»). Encontraron una tienda de cosmética vegana de camino a Covent Garden y acabó eligiendo una cesta con productos de baño. «Impersonal pero efectivo», bromeó Katia.

Sofía no se había dado cuenta de hasta qué punto había extrañado

su antigua vida hasta esa tarde. No tocó a nadie por accidente, no tuvo ninguna extraña visión. Por primera vez desde la primavera, sintió un hilo de esperanza naciendo en su pecho. Puede que tuviese que llevar guantes el resto de su vida, pero la reina de Inglaterra también lo hacía y a nadie le molestaba.

Caminaron de vuelta hacia Charing Cross Road para acompañar a Sally al metro y poco a poco esa sensación de ligereza se desvaneció de Sofía, sustituida por una súbita ansiedad que no sabía explicar.

—¿Estás bien? —le preguntó Katia, y ella asintió.

Sofía no era de las que se ponían nerviosas sin motivo, es más, incluso cuando tenía todas las razones del mundo para preocuparse se empeñaba en llevarle la contraria al mundo. ¿Por qué escuchaba los latidos de su corazón como si palpitasen en su cabeza? Tuvo un déjà vu tan potente que se quedó paralizada. La ropa de Katia, un abrigo blanco sobre un jersey con árboles de Navidad llenos de bolas rojas…, ya la había visto llevar eso antes, la había visto en pie en ese mismo lugar, mirándola igual que entonces.

Katia abrió los ojos de par en par y gritó, gritó como si la muerte acabase de devolverle una sonrisa. Retrocedió, intentando alejarse de lo que quiera que hubiese visto. Sofía trató de retenerla, agarrándola del brazo, pero todo sucedió demasiado deprisa. Katia quiso cruzar la calle, pero el taxi llegó a su altura en el peor momento posible. El coche la golpeó y Katia cayó primero sobre el capó y después hacia atrás, golpeándose la cabeza contra el suelo. Hubo más gritos, la gente corrió hacia el accidente, el taxista se bajó intentando comprender qué había sucedido, sus amigas se apresuraron a pedir ayuda y Sofía… Sofía se quedó paralizada, observando cómo la sangre brotaba entre las trenzas de Katia. Notó como su mochila resbalaba de su hombro y caía entre sus pies, pero ni siquiera se dio cuenta.

Su visión. Se había hecho realidad.

Miró hacia atrás para ver qué había hecho correr a Katia hasta olvidar su instinto de supervivencia, y ahí estaba. Un gato. Un esqueleto. Una criatura que no debería estar viva, sin músculos, sin pulmones con los que respirar, sin un solo recoveco donde cobijar

su alma. Aunque no hubiese ojos en sus cuencas vacías, Sofía notaba cómo la miraba fijamente. Solo se le ocurría una persona capaz de devolverle la vida al cadáver de un gato. Judith estaba vigilándola. Echó un vistazo en todas las direcciones, preguntándose si ella andaría cerca, observándola. «¿Qué quieres de mí?», quiso gritar, pero el sonido de la ambulancia la devolvió al mundo de los corrientes.

Capítulo 6

Los dientes de Elías castañearon tanto que su boca parecía un cascabel. La calidez con la que su cama le envolvía se desvaneció, haciendo que todo su cuerpo tiritase. A su lado ya no dormía Marcos, porque estaba completamente sola.

Después de diez años atrapada en aquel purgatorio, ya no estaba segura de si el frío estaba fuera de ella, en el gélido dormitorio y en los largos pasillos, o si había arraigado tanto en su interior que no sería capaz de sentir otra cosa nunca más. Acababan de llevarla de vuelta al dormitorio común tras una larga sesión de hidroterapia, lo que significaba que se había pasado varios días en el interior de una bañera llena de agua helada.

Se arrebujó tras la escueta manta, pero su cuerpo se negaba a entrar en calor.

Intentó pedir que le trajesen otra manta, pero apenas podía alzar la voz y el personal del sanatorio actuaba con cautela cerca de ella. Se había rebelado contra las enfermeras hacía una semana, después de que le arrebatasen el único derecho que le quedaba, el de escribir cartas a su familia que nadie contestaba. Se avergonzaban de ella, por supuesto. Estaba convencida de que habrían asegurado a sus vecinos y amigos que su hija menor había fallecido. Una hija muerta generaba compasión; una loca, por el contrario, provocaba recelos. Tras el incidente, los médicos decidieron que unos cuantos días en el agua la calmarían, y no se equivocaban: después de un par de horas, era incapaz de mover un solo músculo. Insistían en que era por su bien mientras la arrastraban a la horrible sala de paredes cubiertas por azulejos, lo único que vería en días, y le ataban las manos a los grilletes de cuero de la bañera, pero a ella le parecía más bien una venganza. Le había tirado del pelo a un par de enfermeras y no estaba orgullosa, pero su castigo le parecía desproporcionado.

Se abrazó a sí misma y a su endeble cuerpo, una vaga sombra de lo que fue. «Manías persecutorias y psicosis paranoicas» fue el diagnóstico del médico con el que convirtieron a una muchacha sana en un saco de huesos. Todo por culpa de esos condenados sueños, por culpa de los recuerdos de otra época que tal vez un demonio le mandaba para torturarla, imágenes tan reales que si de verdad eran inventos de su mente, como decían los doctores, su imaginación debería haberle valido alabanzas.

No estaba segura de si de verdad pretendían curarla o de si se limitaban a «mantenerla bajo control», pero era infrecuente ver a alguien saliendo del sanatorio vivo y con mejor salud que con la que entró. Allí el tiempo se dilataba hasta que resultaba imposible saber si habían transcurrido cinco minutos o cinco horas.

Se había cansado de luchar y presentía que su cuerpo también había comprendido que no habría escapatoria para ella. Extendió el brazo para sacar el trozo de papel y el carboncillo que había logrado esconder entre el endeble colchón y la estructura metálica de la cama. La mano le temblaba cuando comenzó a escribir y no dejó de hacerlo, a pesar de lo mucho que se esforzó por hacer su letra legible. Nadie había acudido a verla en esos diez años y tampoco le habían escrito. Aun así, quería despedirse. Sentía una pesadez en el pecho al respirar, punzadas tan hondas que volvían cada inhalación una tortura. Sin la voluntad para seguir viva, no aguantaría demasiado. Había visto cómo les sucedía lo mismo a otras mujeres del pabellón, pero durante mucho tiempo se negó a creer que ella fuese acabar de la misma manera.

Miró por una de las diminutas ventanas del dormitorio, a través de la que entraba una pálida luz. Vio los árboles pelados de hojas que parecían tiritar igual que ella, un montón de delgadas y oscuras ramas que amenazaban con la llegada de un invierno aún más gélido. Todavía recordaba el día en que había llegado hasta allí, aterrada por la fama del sanatorio de Île des Vagues y agotada por el largo viaje en tren. Lo primero que había visto del lugar que se convertiría en su prisión fue el gran jardín, cubierto por robles y cipreses. Entonces aún tenía la esperanza de que su hermano volviese a buscarla para llevarla a casa, de que tarde o temprano comprenderían que enviarla allí era un error. No se le había ocurrido pensar que aquellos árboles serían lo último que vería.

Se aferró con fuerza al carboncillo, guardando luto en su corazón por la vida que nunca tendría. Su despedida fue breve, pues no tenía nada que legar, ni una sola propiedad ni un mísero franco. Les dijo a sus padres que no les culpaba, porque ella tampoco hubiese sabido qué hacer con una niña que padecía visiones y sobresaltos sin motivo aparente. También se despidió de su hermano, al que había suplicado en tantas ocasiones que la sacase de allí. «Aunque mi vida haya sido corta y triste, me consuela haber pasado gran parte de ella en París. Tal vez sea parte de mi locura, pero siento que es el lugar donde debo hallarme, como si alguien muy querido me esperase allí. Puede que ahora que mi vida llega a su fin nos reencontremos… Volveremos a encontrarnos en París».

Estuvo a punto de firmar como Évangéline, el nombre que su madre había elegido para ella en homenaje a su abuela, pero su mano se movía con voluntad propia, como si estuviese en un trance, y escribió otro nombre, uno con el que se sentía más cómoda, por el que solo la habían llamado en sus sueños: Madeleine.

Elías despertó gritando su nombre, llamando a esa mujer con la que había soñado tres veces y a la que empezaba a conocer tan bien como a sí mismo. Marcos se levantó a su lado, preocupado, pero no en exceso. Había acabado por convertir las pesadillas de Elías en una parte de su rutina

—Elías… —Apoyó su mano sobre la cabeza del joven.

En vez de dejar que su presencia se convirtiese en un ancla de su vida real, de quien era en realidad, y volverse a dormir, Elías le devolvió una mirada consternada.

—Es ella, Marcos. La Muerte me la está mostrando, quiere que la encuentre.

—¿A quién? —preguntó confuso, algo adormilado aún. Pero lo que respondió Elías logró desvelarle más que una bofetada.

—A la mujer que venció a la muerte.

Sofía dejó caer su mochila en una silla junto a la puerta y se

aproximó a la cama con cautela, como lo habría hecho si tuviese miedo a despertarla, aunque supiese que Katia no iba a abrir los ojos tan fácilmente. Las horas que habían transcurrido desde que la ambulancia llegó a la escena del atropello hasta que por fin le habían permitido entrar a verla habían sido las más largas de su vida, y a la vez sentía que todo había sucedido en un parpadeo. El olor a desinfectante, los pitidos de las máquinas y el ruido blanco continuo de sus motores, el ir y venir de médicos y enfermeros… hacían que el mundo se tornase irreal.

Se detuvo al llegar a la altura de la cama de Katia y verla ahí tendida, llena de tubos para poder respirar, de viales y con esa horrible venda a presión en la cabeza le partía el corazón. «Tú podrías haberlo impedido —le susurraba una voz en su mente—. Tú sabías que esto iba a pasar y no hiciste nada».

—Katia… —susurró sin atreverse a tocarla.

Su familia estaría hablando en esos momentos con los doctores para que les explicasen «lo que sucedería a partir de ahora», los pasos que debían dar después de que su vida se hubiese trastocado. Sentía que no tenía derecho a estar triste, pero aun así sus ojos se empañaron de lágrimas.

—Lo siento… Si hubiese sido más valiente, si le hubiese plantado cara a lo que vi en lugar de huir, si hubiese intentado comprenderlo…

Todas las pistas habían estado presentes en su visión: las luces de Navidad, el jersey que Katia llevaba puesto, el color de su pintaúñas. Pero ella había estado demasiado asustada para reparar en ese tipo de detalles.

Extendió la mano para sostener la de su amiga, preguntándose si podría sentir su presencia de alguna forma, aunque fuese a través de la tela de sus guantes. Fue entonces cuando la vio: una brizna de color junto a la cama de Katia que desentonaba con los tonos asépticos del hospital. Una flor de pascua y, junto a ella, una nota.

Soltó la mano de Katia y se apresuró tanto a tomar la nota que casi tiró la maceta. No estaba firmada, pero la flor era más que

suficiente. Judith había estado allí, no le cabía duda, pero ¿cómo? ¿Por qué? Si Sofía no hubiese estado tan ocupada culpándose a sí misma, habría odiado y responsabilizado a Judith y a ese horrible gato suyo por lo sucedido. Ahora no le cabía duda de que la estaban vigilando.

Mira debajo de la cama. No te emociones, es solo un préstamo. Gracias a ti conseguí mi primera victoria, así que me parece justo compartir la segunda contigo. Siento lo de tu amiga, espero que tengas el valor para ayudarla.

Guardó la nota en su bolsillo y se apresuró a mirar bajo la cama de Katia con el corazón desbocado. Ni siquiera tuvo que buscarla, ahí estaba, escondida junto a la pared donde nadie la encontraría si no la estaba buscando. La flauta.

—¿Se ha vuelto loca? —susurró. No comprendía por qué hacía eso por ella. «¿Es su forma de pedirme perdón, de despedirse o de conseguir que cambie de opinión?».

Aunque no existiese tal cosa como el silencio en un hospital, un sollozo interrumpió la frágil paz. La madre de Katia. Sofía sintió un nudo en la garganta. Las noticias debían de ser aún peores de lo que esperaban.

«¿De qué sirve el poder si no lo usas para proteger a los tuyos?», le había dicho Judith el día de su cumpleaños. Sacó la flauta del escondrijo. Le sorprendió que un objeto con una apariencia tan mundana fuese así de poderoso. «Hay gente dispuesta a matar por esta flauta». Puede que el préstamo de Judith estuviese envenenado, pero seguía siendo demasiado generoso para rechazarlo.

Se llevó la flauta a los labios por puro instinto y sopló con delicadeza, procurando no hacer demasiado ruido. No sabía tocar una sola nota, así que siguió llenándola de aire con la esperanza de que fuese suficiente. Ya empezaba a creer que Judith le había gastado una broma de mal gusto, o que tal vez una corriente sin

más magia que las de sus visiones no sería capaz de utilizar la Victoria, cuando la frecuencia cardiaca de Katia en el monitor se disparó. La joven abrió los ojos, confusa. Sofía dejó la flauta sobre una de las sillas vacías y se apresuró a tomar la mano de su amiga.

—¿Sofía? —la llamó ella, aturdida—. ¿Qué ha pasado?

Sofía intentó responder, pero lo que acababa de suceder era tan imposible que solo acertaba a sollozar. «Su cuerpo sigue aquí, pero su mente se ha ido», les había explicado el doctor. «¿Adónde? —se había preguntado Sofía—, ¿adónde se ha ido?», pero esa pregunta ya no importaba. Fuera el lugar que fuese, el sonido de la flauta la había conducido de vuelta.

—Lo siento —balbuceó Sofía, abrazando a Katia.

—¿Por qué? Me estás asustando. ¿No voy a poder volver a andar? ¿Mi cara está deformada?

Sabía que debía ir a buscar a los médicos, avisar a su familia, pero necesitaba sostener a su amiga un segundo más. Vio un movimiento junto a la ventana y distinguió la figura de aquel gato que parecía sacado de un mal sueño paseándose sobre la repisa. Sofía señaló la flauta con la cabeza. Podía vigilarla cuanto quisiese, no pensaba quedarse con ese objeto tan maravilloso como terrible y tampoco tenía poder para protegerse de la venganza de Judith si tratase de hacerlo. La dejaría escondida donde la había encontrado para que Judith la recogiese.

—No, no es nada eso. Estás bien. Estás perfectamente. —Tenía los ojos empapados de lágrimas y no sabía si reír o enfurecerse, si estar agradecida o suspicaz, pero sí que sabía que no podía seguir cruzada de brazos, con las manos escondidas tras sus guantes—. Es solo que… no permitiré que nada malo vuelva a suceder, lo prometo.

El último en llegar a la tienda fue Samuel, a pesar de que era el primero al que Elías había avisado. Aún no había amanecido del todo y una fina capa de escarcha cubría los bordes del escaparate.

El viejo sistema de calefacción tampoco había tenido tiempo de calentar la estancia y todos se arrebujaban en sus abrigos en busca del calor que emanaba de sus propios cuerpos.

—Pues… parece que ya estamos todos —dijo Elías. El nudo en su estómago era tan grande que no había sido capaz de desayunar.

Samuel miró al resto de invitados. Era difícil adivinar qué presencia le desagradaba más, si la de Leticia o la de Marcos.

—¿Qué es todo esto, Elías? ¿Por qué estoy aquí de madrugada, por qué están ellos?

Marcos se cruzó de brazos, desafiante, y Leticia parecía estar demasiado curada de espanto como para darle más importancia a la bravuconería de Samuel. Por un instante, Elías dudó de sí mismo y de la certeza tan evidente que había sentido al despertar.

«Volveremos a encontrarnos en París». Las últimas palabras de Madeleine.

—Creo que he descubierto algo sobre la tercera Victoria.

Marcos ya había escuchado toda la historia, así que fue el único que no abrió los ojos de par en par con sorpresa por la revelación. Leticia permaneció en silencio, atenta, y Samuel avanzó hacia él tan deprisa que creyó que iba a empujarle o agarrarle de la chaqueta.

—¿Cómo? ¿Qué es lo que sabes?

—He… tenido un sueño.

La expectación en el rostro de su hermano se transformó en una indignación incrédula.

—¿Estás de broma? ¿Crees que este es un asunto con el que reírnos un poco?

—Haz el favor de callarte y escuchar a tu hermano —soltó Marcos, cortante. Elías sintió el desdén que fluía entre esos dos hombres a los que tanto quería y solo pudo suspirar, resignado.

—Está bien, te escucho —cedió Samuel al fin—. Un sueño.

—Se llama postcognición —explicó Elías, recordando la primera vez que había oído esas palabras en labios de la bruja Sabele. Su vida hubiese sido un poco más sencilla si hubiese sabido desde el principio que existía una palabra que describía a la perfección quién era y lo que experimentaba, la razón por la que siempre se había sentido diferente a los demás. No estaba roto por ser distinto, ese era su gran consuelo, pero hubiese sido más sencillo decirlo en voz alta sin ver la incredulidad en los ojos de su hermano ante una palabra que no había escuchado jamás—. Significa que soy… capaz de ver la vida de otras personas en mis sueños, pequeños fragmentos que sucedieron hace décadas o siglos, como si me estuviesen pasando a mí.

Leticia inclinó la cabeza, con los ojos entrecerrados por la curiosidad. Por un momento creyó que iba a sacar esa agenda suya para tomar nota de todo. A su hermano, en cambio, parecía que le hubiesen dado un puñetazo en el estómago.

—¿Desde cuándo te sucede eso?

—Años —admitió casi en voz baja, abochornado—. Pero no es nada malo, en serio.

—¿Por qué no me lo habías contado? —La hostilidad se desvaneció; ahora solo parecía herido o quizás arrepentido, preguntándose qué había hecho mal para que su hermano menor no confiase en él.

—No quería ser un bicho raro —reconoció, y sonó absurdo a sus oídos; saltaba a la vista que ya era un chico un tanto peculiar, con o sin sueños mágicos. Lo que quería decir, supuso, era que le preocupaba parecer demasiado raro, de una forma que nadie podía comprender.

—¿Qué es lo que has averiguado? —preguntó Leticia. Aunque sabía que lo hacía por mera profesionalidad, Elías le agradeció que le sacase de ese atolladero.

—Es una mujer, se llama Madeleine. He soñado tres veces con ella, pero lo verdaderamente peculiar es que fue en épocas distintas. En

el siglo XIX y en los años veinte.

—¿Crees que podría ser…? —preguntó Leticia, pero Samuel se le adelantó:

—La tercera Victoria, la reencarnación.

—Adelante, interrúmpeme. No me importa —replicó Leticia, aunque su expresión incrédula dijese todo lo contrario.

—¿Viste dónde estaba? ¿Sabes si vive ahora? —preguntó Samuel en un estado de alteración en el que Elías jamás le había visto. Primero Basil, después Judith. «Encontrar la tercera Victoria se ha convertido en algo personal», supo, y tuvo miedo.

Elías negó con la cabeza.

—Sé muy poco de ella, pero tenemos algunas pistas. —Como si fuese su señal, Marcos dio un paso adelante y les mostró el reloj de bolsillo—. Está embrujado a través de un vínculo de almas, la inscripción dice: «Volveremos a encontrarnos en París». La mujer de mi sueño también uso esa frase ¿Y si esa mujer está destinada a reencarnarse una y otra vez hasta que cumpla su promesa? Además, mi amiga Sofía…, ¿la recordáis?, es la nueva Pitia de Delfos y me vio en una de sus visiones. Me contó que estaba en París. Todas las piezas encajan.

—¿Estás diciendo que la tercera Victoria a la Muerte lleva años en un viejo estante de la tienda sin que ninguno nos hayamos dado cuenta? —preguntó Samuel. Tenía las ojeras muy marcadas y tan mala cara que su encantadora belleza pasaba por un rostro corriente —. Incluso con la inscripción y la visión de tu amiga. ¿No era una corriente hasta unos meses? ¿De verdad sabe interpretar sus visiones? Elías, sé que tienes ganas de ayudar, pero es demasiada casualidad.

Elías iba a defenderse, pero fue Leticia la que les sorprendió a todos al hacerlo.

—No tiene por qué. Cuando uno está en el tablero de juego de una diosa, a veces las cosas están justo donde deberían, todo ocurre por

algo. —Extendió la mano hacia Marcos—. ¿Puedo verlo? —Marcos le dio el reloj y la agente lo examinó en silencio—. Es bonito, pero no parece especialmente poderoso. Lo llevaré a la Guardia para que lo examinen.

—¡No! —exclamó Elías, que se encogió al darse cuenta de que acababa de chillar—. Si el reloj fuese la Victoria en sí mismo, como sucede con la flauta, ya lo sabríamos. Nos faltan piezas, pero es nuestra única pista. Si la Guardia se la queda, no tendremos nada.

—¿Y qué sugerís que hagamos, entonces? —preguntó Leticia.

—Ir a París, cumplir la visión de Sofía y encontrar a esa tal Madeleine para averiguar qué hizo exactamente para poder reencarnarse una y otra vez.

—Esto es una pérdida de tiempo —protestó Samuel—. Has soñado con dos mujeres que se parecían, o puede que no tanto, uno no siempre recuerda bien sus sueños. Quieres ver pistas donde no las hay.

Elías sintió una punzada en el pecho ante la desconfianza de su hermano. De todas las personas en esa sala, no creyó que fuese a ser Samuel quien dudase de él. Lo sucedido con Alyssa le había vuelto receloso, pero creía que después de su viaje a Grecia había empezado a verle como un adulto de verdad. Al parecer, se equivocó.

—Vamos a ir a París —intervino Marcos—, con o sin ti. —Extendió la mano hacia Leticia y ella le devolvió el reloj.

—En cuanto lo hagáis, Judith os seguirá. —La agente suspiró—. No me puedo creer que vayáis a arruinarme la Navidad… Está bien, iré con vosotros.

Toda la atención recayó sobre Samuel.

—Alyssa me necesita aquí. —Inspiró hondo—. Pero también necesita que se haga justicia, que su sacrificio haya servido de algo. —Miró a su hermano y Elías sintió un escalofrío por todo el cuerpo que no tenía nada que ver con el gélido invierno—. Espero que no

te equivoques.

Elías asintió con la cabeza, porque no hubiese sabido cómo explicar que, a pesar de estar lleno de dudas desde que tenía uso de razón, por una vez estaba seguro de algo. París les estaba esperando.

Capítulo 7

Sofía no era capaz de identificar el momento exacto en que Beathan había pasado a formar parte de su vida. El hada se abrió paso en sus días con la misma sutilidad con que cambian las estaciones, sin que te percates de los brotes hasta que de pronto los árboles han florecido y vuelven a ser verdes donde antes solo había ramas desnudas. Tampoco tenía claro de dónde ha-bía surgido la suficiente confianza entre ellos para que se atreviese a preguntarle por qué, de entre todos los lugares del mundo donde se podría haber refugiado, había elegido Londres. ¿Por qué no un lugar boscoso, verde, limpio? Beathan había sonreído.

—Es por las librerías. Ninguna ciudad tiene librerías como las de Londres.

—Pero ¿no echas de menos la naturaleza?

—A veces, pero por ahora estoy huyendo del bosque de Sidhe en el lugar que menos se le parece. Tendré tiempo de vivir en la naturaleza cuando muera y mi cuerpo se torne uno con la tierra.

—¿Morir? Creía que las hadas erais inmortales.

—El tiempo no nos afecta, pero seguimos formando parte de este mundo. Y mientras yo respire en él, nadie me convencerá para que deje Londres, a no ser que puedan superar a Foyles y Hatchards —dijo, refiriéndose a dos de las librerías más célebres de la ciudad, aunque la lista de tiendas que Bethan visitaba parecía no tener fin: Gosh! Comics, Daunt Books, Watkins Books, The Notting Hill Bookshop, Brick Lane Bookshop, Persephone Books, Gay's the Word, la librería del Teatro Nacional, los puestos de libros de segunda mano bajo el puente de Westminster y los mercadillos que se celebraban aquí y allá por toda la ciudad; incluso había librerías en barcos que flotaban en los canales.

—Estamos en el siglo XXI, hay librerías en todas partes —replicó Sofía, que llevaba tanto tiempo en guerra con esa ciudad que le

costaba admitir una derrota.

Su empeño parecía entretener al hada, que estaba acomodada en su sillón con una novela entre las manos a la que había dejado de prestar atención hacía un buen rato.

—Las librerías de Londres tienen un aroma diferente que no encontrarás en ningún otro sitio: húmedo, abundante… El papel es como yo, absorbe todo lo que le rodea y no lo deja ir.

Beathan siempre tenía una respuesta ingeniosa para todo; por eso después de lo sucedido con su visión cumplida como una maldición, con la flauta y con Judith solo podía pensar en hablar con él. Sabía que le daría un punto de vista lógico y sensato, libre de las emociones que a ella la nublaban. Sin Marcos o Elías, no tenía ninguna manera de cruzar la barrera entre su mundo y el Londres Oculto, que se escondía entre las grietas de la realidad. Pero tenía claro dónde podría encontrar a Beathan un viernes por la tarde: en alguna de las seis plantas de la Waterstones de Piccadilly. Sofía ni siquiera había tenido que buscar mucho: estaba junto a unas de las mesitas de novedades en la planta de literatura contemporánea, palpando la cubierta del último libro de Sally Rooney. El hada nunca leía las contracubiertas, decía que se dejaba guiar por la «sensación» que le causaba el libro al sostenerlo.

—¿Qué miras? —le preguntó Sofía al detenerse a su lado.

El hada no se sobresaltó, seguramente había presentido sus emociones desde que entró en el edificio (los sentimientos de cada persona tenían un matiz diferente, un sabor propio, le había explicado).

—Libros firmados. Siempre tienen una capa extra de sentimientos impregnados. Cómo lo llamaríais los humanos…, ¿la guinda del pastel?

—O las virutas del helado. Aunque eso solo funciona si el helado no es muy bueno; si no, es un crimen.

Beathan sonrió y ella le imitó. Nunca dejaba de sorprenderle lo hermoso que era, la punzada que le atravesaba el corazón cuando le

miraba demasiado rato, como si estuviese detenida ante el Duomo de Florencia o el David. Aunque nunca estaba segura de si aquellos gestos tan humanos eran espontáneos o un intento premeditado por parecer accesible en lugar de un ser feérico centenario e inalcanzable. Fuera como fuese, con ella funcionaba.

—Me parece que no has venido a por una lectura para el fin de semana, ¿me equivoco? —preguntó el hada, con su fino y ondulado cabello dorado cayendo sobre sus ojos mientras devolvía el ejemplar a la mesa.

La sonrisa se esfumó del rostro de Sofía.

—Hay una cosa que necesito pedirte.

—No pareces muy entusiasmada al respecto.

Sofía se encogió de hombros, con las manos guardadas en los bolsillos para protegerse del contacto con otros. Aunque con el hada no tuviera que mantenerse en guardia, la costumbre se había enraizado en ella como una hiedra venenosa en una fachada abandonada.

—Es algo que preferiría no hacer.

Beathan la observó en silencio, aunque Sofía sabía que estaba mirando mucho más allá de su cuerpo y su piel.

—¿Por qué no me lo cuentas mientras te invito a un trozo de pastel? Es lo que hacéis cuando celebráis vuestro envejecimiento, ¿no es cierto? Comer un bizcocho embadurnado de chocolate o nata. Considéralo mi forma de decir «feliz cumpleaños».

—Celebrar nuestro envejecimiento —repitió Sofía con una sonrisa. Por mucho que el hada se esforzase, seguía perteneciendo a otro mundo—. De acuerdo. Hagamos eso.

Subieron a la cafetería de la última planta y pidieron dos tés y un pedacito de tarta de chocolate para Sofía, aunque cuando el camarero la dejó sobre la mesa, ella se preguntó cómo iba a deshacer el nudo en su estómago para digerir la merienda.

—¿Qué ha sucedido para que ni siquiera el chocolate te abra el apetito? —preguntó Beathan cuando notó la desgana con que Sofía probaba la tarta—. Los humanos seguís adorando el chocolate, ¿verdad?

Sofía sonrió y asintió con la cabeza, aunque tampoco esta vez logró mantener el gesto.

—Beathan, cuando te conocí, Marcos bromeó pidiéndote que le librases de sus emociones, que las… Ya sabes.

—¿Consumiese, devorase, engullese como si nunca hubiesen existido?

Sofía dejó caer las manos sobre su regazo y se frotó la una con la otra. Se había quitado sus guantes para comer y porque sentir su propio tacto suponía un alivio, era mejor que nada.

—Con un sinónimo valía, pero sí. ¿Podrías hacerlo si quisieses? Vaciar a alguien por completo de sus emociones, quiero decir.

Beathan frunció el ceño y dejó su taza sobre el diminuto plato de porcelana con un movimiento brusco.

—¿Por qué querrías hacer eso?

Sofía le contó todo. La visita de Judith por su cumpleaños, su regalo envenenado, cómo se había pasado meses huyendo de sus visiones porque era incapaz de soportar las emociones que le producían, cómo Katia había pagado las consecuencias de su cobardía y cómo había sido la propia Judith quien la había ayudado.

—Me siento confusa —admitió—. Se supone que Judith es malvada y egoísta, pero me ha ayudado sin pedirme nada a cambio y yo… he tomado ese poder al que se supone que debemos renunciar. He hecho lo mismo que ella, lo que todos creen que es algo horrible. Solo sé que me he cansado de esconderme. No puedo seguir dándole la espalda a mis visiones. Pensaba que tal vez, sin mis emociones de por medio, me sería más fácil entender lo que estoy viendo. No hablo de algo permanente, solo… una especie de ayuda temporal mientras me acostumbro.

Beathan se cruzó de brazos y se tomó unos segundos antes de responder.

—Qué curioso que haya sido Judith la que te ha empujado a pedirme algo así.

—¿Crees que es un error?

Beathan negó con la cabeza

—Lo que yo crea no importa. Si piensas que usar el poder de la pitia es lo correcto, debes hacerlo con independencia de lo que opinen los demás. Es lo que haría la protagonista de una novela. Pero, por otra parte, renunciar a tu don no te convierte en egoísta. Los humanos sois frágiles y hacéis lo que podéis para sobrellevar la existencia, eso no es malo.

—Ya no estoy segura de qué es lo que está bien y lo que está mal —confesó Sofía con un suspiro—. Y eso no es nada propio de mí.

—Judith está tan segura de poseer la verdad que estaría dispuesta a hacer cualquier cosa por convertir su visión en una realidad, y Marcos está convencido de que lo correcto es impedírselo. Puede que sea una suerte que haya alguien entre medias que se cuestione las cosas en lugar de asumir certezas.

—Eso sí que se me da bien —admitió. Se mordió el labio, dudando de si su siguiente pregunta sería adecuada—. ¿Por qué Marcos odia tanto a Judith?

Beathan inspiró hondo, a pesar de que no necesitase respirar para sobrevivir.

—No creo que la odie, pero está dolido. Los Vega son complicados, nunca parecen lo que son. Él fue a buscarla, cuando se asentó en Londres, para pedirle que se mudase con él. Pero ella ya había tomado su decisión.

—¿Le rechazó?

—Podría decirse que fue mutuo. Ella le pidió que le ayudase a buscar las Victorias, que no se conformase con ser un perro faldero

de los otros nigromantes, y cuando se negó, le apuñaló entre la yugular y el pecho.

Sofía se llevó la mano a su propio cuello por la impresión.

—Judith eligió la venganza y necesitaba su sangre para eso. Desde entonces, las cosas han estado tensas entre ellos, como comprenderás. Los dos se están esforzando mucho por limpiar el apellido de su familia, pero de formas muy distintas. Marcos intenta demostrar que son personas de fiar y Judith, que da igual el tipo de personas que sean porque tienen razón.

—¿No sientes que le estás traicionando por intentar comprender a Judith? —preguntó Sofía, y el hada negó con la cabeza.

—Si alguien intentase herir a Marcos, tendría que pasar por encima de mí. —Dio un sorbo a su taza de té como si nada—. ¿Es eso lo que te atormenta tanto, empatizar con Judith?

—Entre otras muchas cosas…

—Otear en el futuro no te proporcionará claridad si no aceptas antes tu presente. —Beathan había adoptado un aire muy serio, como si se hubiese deshecho temporalmente de esa pose jovial y moderna para volver a ser la criatura centenaria que era—. Puede que solo consiga confundirte aún más. ¿Qué harás si no te gusta lo que te muestra el destino?

La voz de Judith volvió a pronunciarse al respecto antes que ella: «¿De qué sirve el poder si no lo usas para proteger a los tuyos?».

—Encontraré la forma de cambiarlo —afirmó con una determinación que no sabía cómo iba a justificar.

Beathan asintió con la cabeza y se puso en pie. Le tendió la mano y Sofía tardó unos segundos en procesar lo que le estaba sugiriendo.

—¿Ahora? —No se había preparado mentalmente.

—¿Por qué esperar?

El corazón de Sofía se desbocó, pero logró dominarlo lo suficiente

para aceptar su mano. Su piel estaba tibia y suave al tacto, pero sus dedos se aferraron a su mano con fuerza. Era la primera vez que Sofía tocaba a otra persona en meses, y que fuese una criatura tan hermosa solo contribuía a que su corazón se encabritase hasta hacer que le doliese el pecho. Era agradable poder tocar a alguien y no ver nada más que a quien tenías delante.

—Puede que yo no tenga un destino que puedas ver—dijo Beathan—, pero espero ayudarte a encontrar el tuyo.

Sofía asintió con la cabeza.

—Hagámoslo.

Capítulo 8

La mayoría de los jóvenes soñaban con hacer un viaje en carretera con sus amigos, pero Elías estaba seguro de que en esas fantasías no tenían que recorrer media Europa en pleno invierno con su hermano mayor frunciendo el ceño mientras pensaba en la venganza y un montón de armas mágicas como equipaje. Por suerte, él no era ese tipo de jóvenes, así que no se sentía decepcionado, solo continuamente estresado. Para que nadie dudase del tipo de cometido que los había llevado allí, Leticia se encargó desde el principio de recordarles que no habría nada de festivo en aquel viaje, aunque todo apuntase a que fuesen a pasar las Navidades juntos.

Leticia dobló la esquina de la calle en que vivían los Baena al volante de aquella monstruosa caravana que la Guardia había incautado (les dijo algo de que tenía que ver con demonios y un centro de masajes clandestino con aceites mágicos, Elías había preferido no preguntar por los detalles, sobre todo porque iba a tener que dormir ahí dentro). Cuando les ayudó a subir el equipaje al maletero, aprovechó para mostrarles el pequeño arsenal del que iban a disponer: redes diseñadas para contener a seres espectrales, pistolas con munición embrujada capaz de atravesar cualquier barrera de protección mágica, esposas que anulaban el poder de aquel a quien retenían…

—Qué lástima no haber sabido que todas estas cosas existían antes de lo de Delfos —comentó Marcos mientras examinaba una especie de vara metálica que hacía que sus sombras crepitasen cada vez que se acercaba a su piel.

Leticia se la arrebató de la mano con un movimiento firme y calculado.

—No son juguetes y no son para vosotros. —Cerró la puerta del maletero y se rascó la cabeza, haciendo que la peluca negra en su cabeza se moviese de un lado a otro.

Toda aquella idea del viaje por carretera no era más que una pantomima para engañar a Judith. Si volaban directamente a París, sospecharía que algo extraño ocurría. A estas alturas sabían de sobra que reservar un billete a tu nombre era como lanzar una bengala en mitad de la noche anunciando tu posición. Debían hacerle creer que intentaban ocultarse de ella, aunque lo que en realidad querían era que les siguiese la pista. Un largo viaje por carretera, evitando la ruta más habitual para que pareciese que se esforzaban, era la opción más sencilla. En lugar de cruzar el centro de Francia en una línea casi recta entre ambas capitales, subirían hasta el norte de la península y después bordearían la costa. La única razón por la que alguien haría un trayecto más largo y hostil en pleno invierno era que se estuviese escondiendo. Uno de los inconvenientes era que el plan les dejaba muy expuestos. Judith no podía saber que trabajaban con la Guardia, así que Leticia había tenido que disfrazarse con uno de los elegantes conjuntos de Alyssa (una blusa negra escotada con las mangas de encaje y una larga falda granate), una peluca negra y gafas de sol. Puede que de lejos diese el pego, pero si conocías lo suficiente a ambas mujeres, incluso la forma de moverse la delataría. Mientras que Alyssa se mecía con la gracia y suavidad de un junco en una tarde de primavera, había algo en la rectitud y determinación de Leticia que exclamaba «¡alto en nombre de la ley!». Por si alguien necesitase más pruebas, la frialdad de Samuel y su cara de pocos amigos no se parecían en nada a la devoción y felicidad ciega que aparecían en su semblante cada vez que la bruja estaba cerca. Elías suspiró; iban a echar mucho en falta la templanza de Alyssa.

Prometía ser un viaje curioso, aunque de momento se habían pasado la mayor parte del trayecto jugando a las cartas en torno a la mesita del «comedor» para matar las horas. Llevaban ya varios cientos de kilómetros a sus espaldas, viendo por la ventana cómo la baldía meseta que acogía Madrid daba paso al verde norte y también al frío invierno que les había obligado a poner las cadenas al cruzar los Pirineos (no había ningún tipo de magia que hiciese el proceso menos engorroso). Al otro lado les aguardaban el País Vasco francés y una gran cantidad de bosques y praderas que hacían que Elías se distrajese a menudo mirando por la ventana en mitad de una partida. Después de un par de días en ruta, ya solo les quedaban ciento cincuenta kilómetros para llegar a la capital,

donde esperaban encontrar a Madeleine.

A medida que la caravana se acercaba a su destino, el nudo en el estómago de Elías se iba convirtiendo en un ardor insoportable. «¿Me habrá salido una úlcera?», se preguntaba como si no reconociese a su familiar compañero de viaje: el miedo. Tenía miedo de haberse equivocado, de estar arrastrando a su familia y amigos por Europa para descubrir que el reloj solo era un reloj y sus sueños, solo sueños.

La voz de Marcos le distrajo de sus pensamientos:

—Sube el volumen —le pidió a Leticia, asomándose hacia el asiento del conductor—. Me fascina esta canción.

Leticia le complació a regañadientes, y la voz del cantante de The Pretty Tomboys llenó el interior de la caravana: Protect your feelings, hide your soul, their heart of stone want you to crawl. Dance dance dance to the court of faes, dance dance dance until your feet hurt. Marcos mecía la cabeza de un lado a otro mientras sus labios repetían el estribillo: dance dance dance. Leticia, en cambio, profirió un quejido exasperado.

—Tendrían que prohibirles cantar sobre estas cosas. ¿La corte de las hadas, en serio? ¿Qué vamos a hacer si la gente descubre que las cosas de las que habla no son el fruto de su imaginación?

—Por eso The Pretty Tomboys gustan tanto: los corrientes creen que son genios de las metáforas y los practicantes de magia por fin podemos escuchar música sobre cosas que nos afectan —replicó Marcos sin dejar de moverse al son de la música.

Don't taste a bite, don't have a sip, keep their baits far from your lips.

No había muchos humanos que visitasen el reino de Sidhe y saliesen indemnes, pero todos los que lo hacían acababan advirtiendo al resto sobre sus peligros, ya fuera en forma de cuentos o de canciones.

Leticia siguió maldiciendo mientras apretaba el volante con tanta fuerza que Elías se compadeció de él.

—No podía escribir sobre drogas, sexo y desamor como el resto de los músicos, no, él tenía que hablar sobre su novia bruja y su tío fantasma.

Sus protestas solo lograron que Marcos sonriese aún más.

—«Ghost Patrol» tiene que ser la mejor canción de la historia.

Leticia puso los ojos en blanco.

—A mi abuela casi le dio un infarto cuando salió el tema las Navidades pasadas. Eso es lo que pasa cuando tienes primos segundos corrientes y bocazas a los que no ves nunca.

—Espera… —Marcos se inclinó tanto para ver a Leticia que casi se resbaló del asiento—. ¿Tu abuela? ¿Quieres decir que tu Fonseca y su Fonseca…?

—Sí, el famosísimo Luc Fonseca es mi hermano. —Suspiró como si odiase cada segundo que pasaba viva—. ¿Podemos superarlo cuanto antes?

Marcos alzó las manos en el aire y abrió los ojos de par en par, inmóvil durante unos segundos mientras contenía la necesidad de fangirlear.

—Bendita. Sea. La. Muerte.

—No me puedo creer que seas un prettier —maldijo Leticia, refiriéndose al nombre de los más fieles adeptos del grupo—. Si no vuelves a mencionar el tema nunca más, te consigo su autógrafo.

—Hecho, solo déjame decirte que tu hermano es un maldito genio.

—No pensarías lo mismo si le hubieses visto con seis años mordisqueando las pinturas de crayón para ver «a qué sabe el color rojo». Seis años, Marcos. No dos ni tres. Seis.

Elías sonrió, disfrutando de esa conversación tan mundana que por un momento les permitía olvidar que iban a desafiar a fuerzas mágicas oscuras y poderosas. Le encantaba ver a Marcos apasionado por algo. Siempre era Elías el que hablaba sin parar sobre la magia

en alguna civilización perdida como si fuese lo más increíble que había existido jamás.

—Me suena que dentro de poco tocan en Londres, podíamos ir —sugirió sin darle mucha importancia, pero Marcos se detuvo en seco y le miró tan fijamente que por un instante temió que su alma hubiese abandonado su cuerpo.

—¿Tú, Elías Baena, en un concierto? ¿Rodeado de gente y de ruido? ¿Lo harías de verdad?

Elías se encogió de hombros. Dicho así sonaba como su peor pesadilla.

—¿Por qué no? Podría ser divertido. —Se esforzó por sonar convincente.

No dormiría la semana anterior pensando en formas de salvar sus vidas si había un incendio, una estampida humana o un atentado terrorista, pero valía la pena por ver la sonrisa de Marcos. Si Samuel no les estuviese observando con recelo, estaba seguro de que Marcos se hubiese levantado para besarle hasta que llegasen a la mismísima Notre Dame.

Aquella deliciosa normalidad no duró demasiado.

La canción había terminado y Elías miraba distraído por la ventana mientras la comentarista de la radio hablaba en francés. Le entretenía comprobar cómo los kilómetros que quedaban para llegar a París se iban reduciendo cada vez que cruzaban un nuevo cartel y leer los nombres de los pueblos y ciudades a los que conducían los desvíos. Caen, Cabourg, Branville, Beaumont en-auge eran algunos de los numerosos pueblecitos y ciudades costeras que habían dejado tras de sí. Se asomó para ver mejor el siguiente cartel. El desvío estaba a dos kilómetros y les conduciría a «Île des Vagues» si lo tomasen. Île des Vagues. El nombre le estuvo rondando por la parte trasera de su mente, como un mosquito que no dejaba de zumbar e incordiarle. ¿Por qué le resultaba tan familiar? Île des Vagues… Siguió rumiando hasta que recordó dónde había escuchado ese nombre.

—¡Toma el desvío! —Se puso en pie de golpe, sobresaltando a la conductora.

—¿Qué?

—El desvío a Île des Vagues. Luego os lo explico.

Leticia había aprendido a escuchar las intuiciones de los practicantes de magia, así que, sin hacer más preguntas, tomó el desvío y una rotonda que les condujo a través de una carretera comarcal en dirección a la costa.

Samuel se puso en pie y se sentó junto a él, tan interrogante como el resto de sus compañeros de viaje.

—¿Adónde vamos? —preguntó, aunque Elías sabía que más bien quería decir «por qué».

—Ese pueblo…, creo que Madeleine estuvo allí en una de sus vidas. Tenemos que encontrar el antiguo psiquiátrico.

—Dijiste que la encontraríamos en París —protestó su hermano.

Lo que Elías tenía claro era que la mujer de sus sueños habría hecho todo lo posible por regresar a París. Madeleine podría tener noventa años y estar en un asilo en Marsella o cuatro y haber nacido en la otra punta del mundo.

—Lo sé, pero quizás haya alguna pista que nos lleve a ella.

De todos los caminos que podrían haber elegido para llegar hasta París, condujeron precisamente por ese. Sintió el mismo escalofrío gélido correteando por su espalda que le invadía cada vez que pensaba en ella. La Muerte volvía a tenerle justo donde quería.

Leticia condujo hasta que llegaron a las afueras de un pueblecito que parecía sacado de una postal. La mayoría de las casas eran de nueva construcción, pero imitaban dos de los estilos tradicionales de la zona, con ladrillos claros y rojos o intercalando vigas y soportes de madera con fachadas pintadas de blanco. Leticia detuvo la caravana en el arcén al ver que las calles eran demasiado estrechas para el enorme vehículo.

—¿Estás seguro de que es aquí? —Leticia oteó a través de la luna de la autocaravana—. No parece el tipo de pueblo con un oscuro pasado.

La agente estaba en lo cierto: las calles recién asfaltadas, la acera de adoquines, los cuidados jardines irradiaban el halo de un lugar en el que nunca ocurre nada.

—Voy a por mis cosas, esperad aquí —dijo Leticia, y por sus cosas todos sabían que se referían a sus «instrumentos».

—¿Dónde crees que las guarda? —le preguntó Marcos al oído cuando la agente reapareció sin armas a la vista.

—Colgadas dentro del abrigo, como los vendedores de relojes falsos de la tele —sugirió.

La agente bufó al pasar junto a ellos.

—Dejad de hablar de mí y démonos prisa, este sitio es tan idílico que me da escalofríos.

Avanzaron por la urbanización hasta llegar a lo que parecía la plaza del pueblo. Allí los edificios eran mucho más antiguos, incluyendo tiendecitas que presumían de haber nacido en el 1800 y una iglesia de piedra.

—Lo siento, pero esta parada es una pérdida de tiempo —protestó Samuel, mirando hacia un asador de pollo—. No creo que este lugar venga a visitarlo ni la Muerte.

Una mujer de mediana edad salió de la panadería local, cargada con una bolsa de la que asomaban varias baguettes y Leticia se apresuró a interceptarla. Al principio la mujer la miró con recelo, pero después de un intento bastante pobre por parte de Leticia de comunicarse en francés, pareció lo bastante complacida porque no le hablasen en inglés como para escuchar. Aunque poco ortodoxo, el francés de Leticia cumplió con su función y la lugareña asintió al darse cuenta de a qué se refería. Señaló hacia la derecha e hizo un par de gestos de que girasen en varias direcciones. Siguió hablando con Leticia hasta que la agente asintió.

—Merci! Merci beaucoup! —Se despidió de la señora y Leticia caminó de vuelta hacia ellos—. Vale, Elías tenía razón: hay un viejo sanatorio abandonado al que traían a enfermos de París. No me he enterado de todo, pero creo que ha dicho que estuvo a punto de convertirse en un museo en homenaje a todas las personas que murieron allí, pero como nadie quería recordar algo tan triste, se canceló el proyecto.

—Suena más a una cárcel que a un hospital —observó Samuel, y no le faltaba razón.

Siguieron las indicaciones de la mujer y avanzaron hacia la costa. La humedad y el olor a salitre de la cercana playa les iba llenando la ropa de gotitas de agua que se enfriaban y hacían que hasta sus huesos protestasen por el frío. Elías supo que habían llegado al ver los gruesos muros de piedra, rodeados de humildes casitas. El espacio que ocupaba la institución mental era con diferencia la parcela más grande del pueblo. Se imaginó lo monstruoso que debía de haber parecido a los habitantes de Île des Vagues cuando lo abrieron, tanto que habían preferido dejarlo abandonado a los elementos que aprovecharlo a pesar de que hubiese pasado un siglo.

—Está cerrado —informó Leticia cuando se acercaron a la verja metálica—. Para que los jóvenes no lo utilicen para hacer travesuras o algo así. Ojalá se me diese tan bien hablar francés como entenderlo. En fin, parece que en los noventa se puso de moda jugar a la ouija en su interior. Una pésima idea. No os imagináis las cosas que he visto por culpa de corrientes que se han tomado a risa las películas de terror…

Una cadena de hierro y un candado cerrado no eran grandes desafíos para un nigromante. Elías caminó decidido hacia la entrada y susurró las palabras que invocarían a las sombras:

—Ohm suazam ile urgas.

Un fino hilo de oscuridad se introdujo en el ojo de la cerradura y el candado se abrió de par en par. El metal golpeó el suelo con un sonido seco y Elías se apresuró a quitar la cadena. Sin esperar a que sus compañeros opinasen, abrió la puerta, que chirrió a modo de protesta por su presencia, y caminó por los jardines tan rápido

como pudo. Sabía que le seguían porque oyó pasos tras él, pero hubiese seguido avanzando de todas formas.

Las pitias de Delfos se valían de antiguos y sagrados rituales para entrar en trance, baños en aguas purificadas, hojas de laurel que masticaban metódicamente, gases que emanaban bajo sus pies desde el interior de la tierra. Tenían lugar el mismo día de cada mes hasta que el gélido invierno les impedía conectar con el poder de una diosa adormecida, o puede que se abstuviesen de hacer predicciones porque el frío y la nieve desalentaban a los viajeros que en verano se agolpaban a sus puertas. Sofía esperaba que fuese lo segundo, porque en esa antigua casa, aclimatada con las pocas comodidades que su dueña se había permitido, incluso sacar las manos de los bolsillos requería fuerza de voluntad a sabiendas de que cada uno de sus dedos se iba a entumecer.

—¿De verdad crees que esto va a funcionar? —preguntó, tumbada sobre la cama de Beathan. Otra de las cosas que el hada no necesitaba hacer era dormir, así que se preguntó para qué la quería.

A pesar de su escepticismo, el hada siguió agitando la varilla de incienso en el aire.

—No soy una bruja, pero hasta donde yo sé la importancia de sus rituales no radica en los detalles, sino en el estado al que les permite llegar. Concentración, paz interior…

—¿Y crees que quemando el incienso que le has robado a Mathilda y poniendo música ambiental voy a alcanzar ese trance? —Al Londres Oculto no llegaban las ondas de radio ni de wifi, así que también habían tenido que pedirle prestado a la casera de Beathan su viejo tocadiscos.

El hada no dejó que su burla le afectase y le metió una hoja de laurel en la boca sin miramientos.

—Quieres deshacerte de tu miedo y tu rabia, pero también podemos hacer algo con ese irritante cinismo.

—No es cinismo —dijo, y escupió la hoja seca—. Es capacidad crítica. Fuiste tú quien me dijo que era bueno.

—En su justa medida, como todo. Ahora el laurel —le indicó el hada cuando ya hubo inhalado suficiente incienso como para no poder oler otra cosa durante el resto de su vida.

Sofía se llevó una hoja seca de laurel a la boca y la masticó con desgana. Dudaba que ninguna de las pitias del poderoso y respetado oráculo de Delfos hubiese tenido nunca que invocar sus poderes tumbada en una cama que no era la suya mientras escuchaba música pasada de moda en un tocadiscos y masticaba hierbas resecas robadas de la despensa de una anciana.

—Creía que era buena idea, pero ya no tengo tan claro que vaya a funcionar —confesó.

—Dentro de ti sobrevive la sabiduría de todas las brujas que observaron el futuro. No estás sola, Sofía, presta atención.

La joven siguió masticando hasta que el sabor balsámico comenzó a adormecer su boca. ¿Era cierto? ¿Podía ser que Delfos le hubiese legado algo más que un don que no sabía controlar? Poco a poco, el ritual fue surtiendo efecto, y quizá fuese el blando colchón, el denso aire o la suave melodía, pero la habitación comenzó a desvanecerse a su alrededor. Sintió la mano de Beathan, suave y fría, cerrándose sobre la suya. El miedo y las mariposas desaparecieron, dejándola a solas con los latidos de su propio corazón. La escuchó con más claridad que nunca, una llamada que tiraba de su pecho y su conciencia, a la que se había resistido durante meses. Esta vez, en lugar de forcejear, se dejó llevar por ella.

«Muéstrame mi futuro», pidió, sin saber si había alguien escuchando.

Pensó que era la visión más simple para empezar. Lo que la aterraba no era presenciar qué suerte le esperaba a ella, sino otear en el futuro de sus seres queridos por si les ocurría alguna desgracia.

La petición debía de haber funcionado, porque se vio a sí misma, como si estuviese en mitad de un sueño, corriendo en la oscuridad. El escenario fue cobrando forma poco a poco hasta volverse nítido. «Este parque está cerca de mi casa», se dijo al reconocer los árboles,

el sendero curvilíneo cubierto por asfalto y la pequeña colina decorada con flores, además de un pequeño mirador a unos pasos de distancia. La escena cambió ligeramente, pero lo suficiente para provocarle la misma extrañeza que si estuviese viendo una película y alguien se hubiese olvidado incluir todos los fotogramas.

La Sofía de la visión ya no estaba sola.

Un hombre vestido de negro, con el pelo más claro que había visto jamás, la estaba acorralando contra una farola. «¿Qué narices…?».

—¿Dónde está Judith Vega? —preguntaba el hombre mientras ella se quedaba sin aliento. Sus manos le rodeaban el cuello.

De nuevo la visión dio un salto y Sofía fue testigo de una escena que le heló el cuerpo. Una especie de ser fantasmal había aparecido de la nada y, mientras ella se debatía inútilmente, invadió su cuerpo haciendo que la luz se desvaneciese de sus ojos.

—Y ahora, llévame hasta ella —ordenó el desconocido, y Sofía avanzó hacia el frente con movimientos antinaturales, como si no estuviese familiarizada con su propio cuerpo.

La imagen fue lo bastante perturbadora para sacarla del trance.

De vuelta a la habitación, en el Londres Oculto, Sofía tomó una bocanada de aire que le desbordó los pulmones y se incorporó hasta quedar sentada sobre la cama.

—Está bien —le recordó Beathan a su lado, a la vez que apretaba su mano con fuerza—. Todo está bien.

Sofía asintió. Si la experiencia había sido de lo más perturbadora con su ayuda, sin Beathan absorbiendo sus emociones dudaba que hubiese resistido un solo segundo plantando cara a su futuro. Sin embargo, su mente fría le había permitido permanecer en la visión el tiempo suficiente para poder mirar a su alrededor y comprender lo que veía, lo cual era un gran avance. «Puede que algún día llegue a conseguir usar mi poder».

—¿Ha funcionado? —preguntó el hada.

Sofía asintió con la cabeza.

—Me he visto a mí misma, cerca de mi casa. Alguien…, alguien me estaba atacando.

Beathan frunció el ceño y Sofía sintió cómo liberaba la presión de los estilizados dedos sobre los suyos para cruzarse de brazos.

—¿Quién? ¿Cuándo? ¿Dónde?

Muy a su pesar, Sofía reconoció que la intensidad de su preocupación, teniendo en cuenta que su corazón era de piedra, le reconfortaba. Se preguntó si aún estaría digiriendo sus emociones y si por eso se mostraba tan pasional.

—No lo sé, eran un tipo vestido de negro y sus espíritus esbirros. Supongo que será un nigromante. ¿Los nigromantes tienen espíritus esbirros? Estaba buscando a Judith en un parque de mi barrio. Es donde voy a correr todas las mañanas, así que no sé qué pintaba ahí tan tarde… No tengo ni idea qué día era ni si quedan meses u horas para que ocurra, solo sé que era de noche y que llevaba ese abrigo. —Señaló la prenda de color naranja doblada sobre una silla.

—No vuelvas a ponértelo —le pidió Beathan.

—¿Y ya está? ¿Crees que será tan fácil eludir el destino? Si decido no ponérmelo, el otro que tengo se manchará por accidente o mi madre lo tomará prestado sin avisarme. No es tan sencillo.

—Entonces, no vuelvas a acercarte a ese parque.

Sofía sopesó aquella opción.

—Eso sí puedo intentarlo. Es la primera vez que trato de llevarle la contraria a mis visiones, pero parece un cambio lo bastante grande. No pasa nada porque no haga ejercicio unos días. Me limitaré a ir a la biblioteca por las mañanas y volveré a casa pronto. Me llevaré el espray de pimienta a todas partes por si acaso. ¿Satisfecho?

El hada asintió a regañadientes

—Y ahora, sigamos.

Volvió a tumbarse sobre la cama y le tendió la mano a Beathan, que la observó escéptico.

—No tienes por qué forzar tus límites más de la cuenta. Nada nos impide parar aquí y continuar otro día.

—Puedo hacerlo. Quiero hacerlo —se corrigió Sofía—. ¿A no ser que empieces a sentirte empachado?

Beathan respondió con una sonrisa que incluso a ella le provocó un escalofrío.

—El apetito de las hadas nunca se sacia, me temo.

—Genial. Quiero decir, no, parece horrible, pero es muy conveniente en esta situación.

—No me compadezcas. Podría ser peor. Las emociones son baratas y están por todas partes.

Beathan la tomó de la mano y el vacío retornó al pecho de Sofía. Si no hubiese tenido tan claras las razones por las que estaban allí, se habría sentido tan aturdida que no hubiese sabido qué hacer, sin ninguna emoción que le indicase el camino. En cambio, extendió su mano libre para coger otra de las hojas de laurel de un pequeño cuenco y la masticó con los ojos cerrados, dejando que el incienso la aturdiese de nuevo. «Quiero ver el futuro de mis amigos», rogó y en esa ocasión se sumió en el trance con mucha más facilidad, a pesar de que podía sentir cómo la escena que iba a presenciar era más lejana en el tiempo y espacio.

«¿Dónde estoy?», se preguntó mientras miraba a su alrededor. Había árboles por todas partes y una espesa sensación de humedad en el aire. Estaba nevando y era casi de noche. Oyó voces llamándose a gritos y sintió el movimiento de gente corriendo.

La escena se difuminó y distinguió la silueta de Elías en la distancia, caminando junto a una mujer con los cabellos de un peculiar dorado anaranjado. Aunque estuviesen de espaldas, supo que ya había visto a esa mujer en su primera visión, cuando tocó a Elías sin saber lo que sucedería después. Estaban entrando en una especie de

castillo que parecía sacado de un cuento de hadas, cuyos muros blancos se confundían con la fina capa de nieve que cubría el suelo. Sofía miró a su alrededor, preguntándose si era algún parque de atracciones. Era imposible que un castillo auténtico se conservase en tan buen estado.

Se produjo otro salto en su visión y lo que presenció la habría hecho gritar si Beathan no estuviese a su lado, domando sus agitadas emociones.

Elías intentaba atravesar a Judith con un cuchillo y la mujer se zafaba a patadas. Ambos estaban en lo alto de una de las torres del castillo.

«¿Qué está pasando?».

Por muy enfadado que pudiese sentirse Elías, nunca se convertiría en un asesino; ni siquiera era violento, sino más bien el tipo de persona que anda de puntillas cuando ve un rastro de hormigas en el suelo y pega saltos para evitar pisarlas. ¿Cómo iba a apuñalar a Judith a sangre fría? La nieve caía a su alrededor, cada vez con más intensidad, pero ni el gélido viento ni los gemidos ahogados de Judith parecían afectar a su agresor. El rostro de la joven se encogió de dolor cuando Elías logró clavar el filo entre sus costillas, pero en un órdago desesperado, agarró a Elías por el borde de su chaqueta y tiró de él, aprovechando el desequilibrio para hacerles caer a ambos al vacío desde lo alto de la torre. Si ella iba a perecer, se llevaría por el camino a quien hiciese falta.

—¡No! —exclamó Sofía, y reparó en que estaba de vuelta en el cuarto de Beathan. Aunque el hada absorbiese sus emociones tan rápido que ella no llegaba a sentirlas, su cuerpo sí lo hacía, y temblaba de los pies a la cabeza.

—¿Sofía? —la llamó Beathan a su lado.

Se dio cuenta esta vez de que era ella quien le estaba apretando la mano con tanta fuerza que le extrañaba que el hada no gritase también. No se sentía preparada para dejar ir el bálsamo con el que su presencia la protegía de aquellos tormentos, así que en vez de soltarle, le agarró con ambas manos.

—¿Qué has visto?

Ella apenas logró mirarle a los ojos cuando admitió lo que su don le había mostrado:

—Van a morir… Van a morir todos.

Capítulo 9

Elías reconoció aquellos árboles, delgados y desnudos. Tenían el mismo aspecto descorazonador que el invierno en que Madeleine no pudo resistir más y se dejó llevar por el frío. Aunque los años de abandono hubiesen convertido el jardín en un espacio salvaje, donde las malas hierbas se abrían paso por doquier y los arbustos que un día estuvieron cuidadosamente recortados crecían de forma caótica, seguía resultando cautivador. Qué crueldad construir un edén tan hermoso ante los ojos de quienes solo pueden ver las paredes de su celda. El tosco edificio de piedra, al contrario que el jardín, parecía haberse erigido con el propósito de resultar inhóspito. Tenía solo dos plantas alzadas sin gracia alguna, con pequeñas ventanas en su fachada y una sencilla techumbre de tejas rojas, aunque algunas se habían caído o resquebrajado por el paso del tiempo y el viento marítimo sin que nadie se molestara en sustituirlas.

—¿Estás seguro de que quieres entrar ahí? —preguntó Marcos a su lado, y él asintió decidido.

Elías dio un leve empujón a la puerta de madera y comprobó que la cerradura estaba tan rota y olvidada que no servía de nada. Se adentró en el oscuro recibidor y una sensación de desamparo hizo que se abrazase a sí mismo.

—Puede que haya algún documento que nos sirva de ayuda. Parece que se marcharon y lo dejaron todo tal y como estaba —dijo Elías. Supuso que averiguar en qué año había muerto podría servirles de ayuda para rastrear la siguiente vida de Madeleine.

—Yo me encargo de eso —se ofreció Leticia, que sacó una pequeña linterna del interior de su abrigo y alumbró el pasillo.

Si cada recoveco del edificio no hubiese destilado sufrimiento, Elías se habría girado hacia Marcos para dejarle caer un «te lo dije, lleva los cachivaches colgando de la gabardina».

—De acuerdo, nosotros exploraremos la planta baja —dijo en su lugar—. Quiero ver si reconozco algún lugar de mi sueño.

—Te acompaño —se apresuró a decir Marcos, adelantándose a Samuel.

—Tened cuidado —advirtió su hermano, aunque solo miraba a Marcos con recelo.

Samuel caminó tras Leticia escaleras arribas mientras la agente le aseguraba que no necesitaba que un nigromante la supervisase. Elías suspiró. Si acababan aquel viaje sin despellejarse los unos a los otros, sería un milagro.

Miró a ambos lados del recibidor, preguntándose cuál de los dos pasillos sería el indicado. Los dos se encontraban en un estado bastante deplorable, con humedades que recorrían casi todo el techo, baldosas levantadas y cristales rotos. Cerró los ojos, intentando recordar su sueño, lo que Madeleine veía desde la ventana.

—Por aquí —indicó, girando hacia la izquierda.

Avanzaron a través de lo que parecía haber sido el comedor. Aún quedaban algunas mesas de madera medio podridas y había desperdigados varios platos y cucharas de latón.

—Este lugar me da escalofríos —confesó Marcos, que caminaba a su lado con las sombras crepitando sobre su cuerpo, preparado para defenderles de cualquier enemigo. Elías le tendió la mano para que Marcos pudiese tomar prestada su magia si fuese necesario y siguieron avanzando agarrados el uno al otro. Aunque, en este caso, Elías sentía que necesitaba el contacto mucho más que su compañero.

Elías también podía percibir los malos recuerdos que empapaban cada estancia; las consecuencias del abandono y los quejidos de los fantasmas a su alrededor se unían para formar una pesadez capaz de agarrotar cada músculo de su cuerpo.

Los fantasmas de hombres y mujeres de todas las edades vagaban

por los pasillos y estancias, aunque la mayoría rondaban los cincuenta y los sesenta. Pertenecían a personas que habían pasado allí toda su vida, encerrados hasta que la muerte vino a liberarles. También había muchos que no sobrevivieron demasiado, no en aquellas condiciones. Algunos fantasmas murmuraban palabras sin sentido o llamaban a sus seres queridos, otros se limitaban a aullar con desesperación.

Marcos y Elías siguieron andando hasta encontrar la cocina y una capilla en cuyo interior no quedaba un solo objeto sagrado. «Hasta el dios cristiano ha abandonado este lugar», se dijo, y aunque los nigromantes adorasen a una deidad muy diferente, el pensamiento le hizo sentir aún más desamparado.

Por un momento, Elías creyó que habían llegado al pabellón de mujeres por el tamaño de la estancia, pero los azulejos de cerámica desgastada que cubrían las paredes no encajaban con el aspecto de un dormitorio común. El estómago le dio un vuelco al ver las bañeras supervivientes, en pie o tiradas contra el suelo. Debían de haberse llevado el resto.

—¿Qué es esto, el baño? No parece que haya cañerías —preguntó Marcos, agachándose junto a una bañera volcada. Alzó una correa de cuero marrón y, al moverla, una hebilla de metal oxidado tintineó—. Bendita sea la Muerte…

El cuerpo de Elías se paralizó cuando los recuerdos prestados volvieron a él. La humillación de la desnudez, los gestos exasperados y condescendientes de las enfermeras, las súplicas, el agua fría clavándose en su piel y órganos como cuchillos hasta que sus dedos se ponían morados y dejaba de sentir.

«Hace frío…, hace frío…, mucho frío…», susurraba un fantasma anclado en una esquina de la sala. El hombre, menudo y con la cabeza cubierta de calvas, se abrazaba a sí mismo en posición fetal. Aunque no quedase rastro de su cuerpo, aún tenía el reflejo de llevarse los dedos a la cabeza en busca de cabellos que arrancar.

—Me sorprende que todos estos fantasmas no se hayan convertido en espectros —dijo Marcos, comprendiendo las torturas que se habían cometido allí, supuestamente en nombre de la medicina y la

ciencia.

Cuando un humano moría con el corazón repleto de emociones intensas y oscuras como la rabia o el odio, corría el riesgo de dejar una impronta de sí mismo en el mundo, no como un fantasma, sino en forma de una emoción pura. Todo lo que esa persona fue se desvanecía con su cuerpo, pero esa obsesión que los acompañaba en su último instante de vida permanecía. Se transformaban en espectros que vagaban por toda la eternidad en ese lugar que las brujas llamaban el Valle de Lágrimas, a no ser que fuesen invocados de vuelta por algún hechicero desalmado.

Elías se estremeció.

—Puede que ya no sintiesen nada, que después de tantos años aquí encerrados, solos, se olvidasen de que fueron personas. —Eso no significaba que no sufriesen, solo que ya no pudieron soportarlo más y se olvidaron de sí mismos para protegerse. No estaba seguro de qué destino era peor, si que un pedazo de tu alma perviviese convertida en ira o que vagases por la tierra sin recordar quién fuiste.

Como si presintiese que hablaban de él, el fantasma que se encogía en la esquina se giró hacia ellos, revelando un rostro castigado por el envejecimiento precoz y la delgadez extrema. Sus ojos, temblorosos y perdidos en el vacío, se enfocaron en Elías. Sintió un miedo mucho más visceral y rotundo que el de sus habituales preocupaciones, pero no por el fantasma, sino por su olvido y su soledad. ¿Cuánto tiempo hacía que nadie reparaba en su existencia y lo miraba a los ojos?

El fantasma se incorporó y se movió tan rápido que Elías no tuvo tiempo para esquivarle. El hombre cruzó la sala de lado a lado para refugiarse en la esquina más lejana, lejos de los intrusos que interrumpían su eterno tormento. Por el camino traspasó el cuerpo de Elías sin ninguna dificultad.

Ser atravesado por un fantasma siempre producía una sensación desagradable. A todo el mundo le sucedía alguna vez. Cuando los corrientes contenían el aliento o les daba un vuelco el estómago sin motivo, invadidos por un «mal presentimiento» o una molestia en el

pecho que desaparecía tan pronto como llegaba, había muchas probabilidades de que hubiesen caminado justo por el lugar que atravesaba un fantasma sin saberlo. En cambio, cuando un hechicero o un revelado sufrían el mismo percance, las sensaciones se multiplicaban por mil. En lugar de un pasajero malestar, sus músculos podían llegar a pasar horas doloridos y agarrotados; náuseas, mareos e intensos pitidos en el oído eran algunos de los síntomas capaces de arruinarte el día. Pero los efectos sobre la propia alma eran mucho peores. Elías había oído a otros nigromantes describir la experiencia como «una muerte temporal», aunque los más poéticos decían que era como «bailar con la muerte y temer que nunca vaya a soltarte». Para Elías se parecía más a que alguien te pidiese que te sentaras antes de darte una mala noticia.

Intentó apoyarse en el borde de una de las viejas bañeras, pero estaba fría y resbaladiza, y acabó cayéndose de costado en el suelo mientras Marcos lo llamaba.

—¡Elías! —se agachó a su lado y le dio unos suaves golpecitos en la cara—. Elías, mírame.

Su consciencia se desvaneció el tiempo suficiente para que una nueva escena cobrase forma a su alrededor.

Su dedo meñique estaba empapado de tinta, pero se las había apañado para no emborronar el largo párrafo que acababa de escribir. Se sintió orgullosa de sí misma. Le entretenía leer y charlar sobre distintas ideas, pero más allá de unos cuantos fracasos a la hora de registrar su vida en un diario, era la primera vez que se aplicaba a la hora de plasmarlas en el papel. Observó la hoja con tanto orgullo que no se fijó en la presencia de Marie, el ama de llaves, junto a ella hasta que no alzó la voz.

—Señorita Etienne, tiene una visi…

Antes de que pudiera concluir, Adrienne se abrió paso por el coqueto salón hasta llegar a su lado.

—¡Mads! No has respondido a ninguno de mis recados, así que he tenido que venir yo. ¿Se puede saber qué estás haciendo?

La hermosa niña de cabellos castaños se había convertido en una jovencita de excepcional belleza. Su elegante moño dejaba a la vista una cara pequeña y vivaz, pues sus mejillas parecían aún más sonrosadas gracias al vestido de tela rosa. La madre de Adrienne insistía en que llevase el miriñaque que daba forma a las desproporcionadas caderas al gusto de la época y, como buena hija, ella procuraba mantenerse a la moda para contentar a su madre y a su larga lista de pretendientes.

—¡Estoy practicando mi nuevo oficio! —exclamó Madeleine con entusiasmo, alzando la pluma en el aire y salpicando tinta a su alrededor. Adrienne evitó echar a perder su vestido al dar un salto hacia atrás en el momento adecuado.

—¡Mads! Tienes manchas de tinta hasta en la cara, podrías haber elegido una vocación menos farragosa. —Se acercó a ella y limpió con el pulgar una pequeña mancha en su moflete, con esa naturalidad con la que solo te pueden tocar las personas que son, ya sean de sangre o no, tu familia—. Hay que ver… Creía que decías que tu oficio iba a ser el de modista.

—Es demasiado complicado. No tengo paciencia para aprender a seguir patrones. Además, he descubierto que me da igual la ropa.

Adrienne la miró de los pies a la cabeza, sonriendo ante su atuendo. Llevaba puesto un vestido de topos azules más propio de una sirvienta que de una señorita, y aunque la falda tenía un vuelo considerable, no incluía esas rígidas estructuras de metal que eran imprescindibles entre las jóvenes de la alta sociedad. En otras palabras, iba echa un adefesio.

—¿De verdad? ¿Cómo te has dado cuenta?

—Me estás tomando el pelo, ¿es eso? Supongo que me lo merezco.

Adrienne tomó asiento junto a ella, en un coqueto diván donde las mujeres de la familia recibían a sus visitas. Madeleine se resignó a abandonar su nueva pasión y se sentó frente a su amiga.

—¿Has vuelto a discutir con tu madre? —preguntó Adrienne, preocupada.

Madeleine se encogió de hombros.

—Es lo mismo de siempre. Quiere que conozca al sobrino de una de sus amigas. Es militar, nada menos. Un patriota. Pero me parece que no quiere presentarnos para que hablemos de la cuestión de Crimea y Napoleon III.

—Se preocupa por ti. Es normal —intentó animarla, pero nada de lo que dijesen ni Adrienne ni ninguna otra persona iba despejar la niebla que congestionaba el pecho de Madeleine cada vez que meditaba sobre la idea de casarse o tener hijos.

—Para ti es fácil decir eso. Tu madre no te persigue para que te cases.

—¡Por ahora! Cuando sea demasiado mayor para bailar, se preocupará igual que la tuya.

—Porque no tenemos oficios, porque no ganamos dinero por nuestra cuenta. Por eso encontraré algo que funcione. No se me da mal escribir, puedo buscar un seudónimo masculino y escribir para algún periódico. Ganaré un montón de dinero y compraré un apartamento frente a la ópera, así podrás venir a verme hasta que dejes de bailar a los cincuenta y entonces te haré masajes en tus doloridos pies.

—¡A los cincuenta! Mads, ¿qué locura es esa?

—No has dicho que no. Vamos, piénsalo. ¿Se te ocurre algo mejor que envejecer junto a tu mejor amiga sin nadie que os diga qué hacer o cómo vivir?

—Te parece idílico porque la que va a tener que trabajar hasta los cincuenta soy yo. ¡Qué descaro!

Las dos se rieron y una voz se abrió paso a través del sonido liviano. Eran risas que camuflaban dos corazones jóvenes que empezaban a temer por el futuro al darse cuenta de que, antes o después, se harían adultas.

—¡Elías!

Marcos le palpaba el rostro. Apenas había cerrado los ojos un momento.

—Estoy bien —dijo, incorporándose a duras penas.

El sufrimiento impreso en aquellas paredes, los restos que había dejado el fantasma al atravesarle y las sensaciones en su cuerpo provocadas por los recuerdos, nada de aquello era suyo. Pero eso no significaba que no fuesen reales. Las lágrimas empezaron a brotar sin que él se diese cuenta hasta que notó cómo goteaban sobre su jersey granate.

—¿Y si…, y si un día mis sueños se descontrolan y olvido quién soy? Si yo hubiese nacido en otra época, creo que hubiese acabado en un lugar como este —admitió, pronunciando en voz alta el pensamiento que llevaba días rondándole la cabeza.

A Madeleine la ingresaron porque tenía recuerdos que no podía explicar. ¿Qué hubiese ocurrido con él y sus sueños, con su insomnio, con su perpetuo temor? ¿Lo hubiesen llamado paranoico y lo hubiesen arrojado a una de esas bañeras? Durante la primavera se había atrevido a hacer cosas que jamás hubiese creído posibles y por un instante creyó que había vencido a sus demonios, pero no habían tardado en volver a buscarle.

Marcos le secó una lágrima solitaria con el dedo índice e inspiró hondo.

—Si eso hubiese pasado, me habría asegurado de que me internasen contigo para estar a tu lado.

—Tú no estás…, no estás… loco —protestó Elías.

—Mírame —dijo, señalándose—. He tenido que teñirme el pelo para que tus padres no piensen que soy un lunático en plena década del 2020. Creo que podría haber convencido a unos cuantos doctores arrogantes y retrógrados del siglo XIX de que soy un peligro para la sociedad.

Elías bajó la mirada, aún más devastado.

—Eh, no pasa nada. Me lo puedo volver a decolorar cuando quiera. De hecho, estaba pensando en volver al azul.

Elías negó con la cabeza.

—No es eso, es que… creí que ibas a decirme que yo tampoco estoy loco.

Vio cómo el chico reprimía una de sus sonrisas burlonas y en lugar de eso le tendió la mano para ayudarle a levantarse.

—No estás loco. Pero si algún día pierdes el juicio y crees que estás viviendo en un sueño, te prometo que te compraré una casita en el campo donde nadie nos moleste. Nos iremos allí tú y yo. Tú podrás hablar solo todo lo que quieras mientras yo horneo pan y galletas. ¿Qué me dices?

Elías frunció el ceño.

—No te ofendas, pero si eso ocurriese algún día, preferiría que me tratase un profesional. Además, quemas las tostadas. ¿Cómo vas a hornear pan?

Marcos se echó a reír. Por un instante, Elías volvió a transportarse a los recuerdos de Madeleine; ellas también compartían fantasías ingenuas que las llenaban de ilusión, aunque ambas supiesen que no se cumplirían. Era la segunda vez que la tal Adrienne aparecía en sus sueños. ¿Era ella la persona a la que había hecho aquella promesa? Se preguntó qué había ocurrido para esas dos amigas, que un día fueron tan jóvenes y felices como ellos, tan seguras del vínculo que les unía, nunca llegaran a reencontrarse.

Un rápido movimiento, que percibió por el rabillo del ojo, le sacó de sus pensamientos y su estómago se encogió de golpe.

—¿Qué pasa? —Marcos se giró para seguir la trayectoria de su mirada.

Negó con la cabeza. Por un instante le había parecido ver una cola de huesos meneándose en el aire junto a la ventana. Puede que el lugar pareciese una casa embrujada, pero dudaba que además de fantasmas hubiese esqueletos pululando por allí. «Habrá sido un destello».

—Nada. Vámonos de aquí. Creo que no ha sido buena idea venir.

—Esperemos que Leticia y el borde de tu hermano hayan

encontrado algo útil.

Elías asintió y retrocedieron lo más rápido que pudieron. Al llegar al rellano vaciló entre subir las escaleras y buscar a Leticia y Samuel o salir del sanatorio de Île des Vagues para no volver jamás a ese pueblo costero que podría haber sido encantador sin aquella sombra en su pasado.

El destino decidió por él.

Se escuchó un sonoro crujido cuando la barandilla de madera que separaba la planta de arriba del hueco de las escaleras se rompió y un borrón cruzó el vacío hasta impactar contra el suelo. Elías se apartó tirando de Marcos con él y el hechicero invocó a sus sombras para defenderse, aunque aún no supiesen de qué. Tardaron unos segundos en comprender lo que veían.

Leticia había caído a horcajadas sobre una red metálica que envolvía a la banshee. «El gato esqueleto», recordó. Así que no se lo había imaginado. La criatura espectral tenía un amasijo de sombras en la boca que le impedía gritar y Samuel corrió escaleras abajo para ayudar a la agente, pero cuando llegó, la red había surtido su efecto y la banshee fue perdiendo la conciencia poco a poco, agotada por la magia que embrujaba el metal.

Leticia se puso en pie entre jadeos. La peluca debía de habérsele caído en algún momento del peculiar combate y tenía la ropa llena de rasgones. Se llevó la mano a la mejilla y comprobó con una tranquilidad pasmosa que tenía un corte ensangrentado justo bajo el ojo.

—¿Estáis bien? —preguntó Elías.

Samuel asintió con la cabeza.

—Descubrimos que nos estaba siguiendo y nos atacó, pero Fonseca fue más rápida que ella. Tengo que admitir que no me esperaba que una revelada pudiese ser tan intuitiva.

—Yo tampoco contaba con que un nigromante pudiese hacer algo más aparte de jugar a hacer animalitos con sus sombras. Lo de

bloquearle las cuerdas vocales no ha estado nada mal.

—¿Habéis… encontrado algo? —preguntó Elías, algo azorado por interrumpir el extraño intercambio de halagos.

—Oh, sí. Casi lo olvido. —Leticia sacó una página envejecida que parecía haber arrancado—. Esto estaba en un libro de registros. ¿Es la mujer que buscamos?

Le tendió la hoja y Elías se apresuró a leerla. Se trataba de una vaga entrada donde anotaban las causas del ingreso y el diagnóstico de la paciente —«manía persecutoria y psicosis paranoica»—; a continuación, describía cómo la paciente creía haberse reencarnado y describía «vívidas escenas fruto de una imaginación desbocada». Como tratamiento sugerían disminuir los estímulos que pudiesen alimentar su psicosis. Elías tragó saliva ante el peso de las palabras. A nadie se le había ocurrido que Madeleine pudiese estar diciendo la verdad. «Évangéline Aisne». Las fechas también encajaban. Habían anotado varias entradas, una el día en que fue internada y otra con la fecha en la que la transfirieron de una habitación privada al pabellón de mujeres, quizás porque su familia se hartó de pagar la elevada tarifa. El resto de entradas se referían a sus cambios de tratamiento hasta llegar, por último, a la fecha de defunción. Enero de 1899. La quemazón en el pecho de Elías se intensificó. Solo tenía veintinueve años.

—Es ella —confirmó.

No estaban cazando un espejismo. Madeleine era real.

—Deberíamos marcharnos —advirtió Marcos, que empezaba a moverse intranquilo—. Si Vivien está aquí, puede que Judith no ande lejos.

—Estoy de acuerdo —asintió Samuel—. Pero ¿qué hacemos con la banshee?

No habían contado con que sus perseguidoras les localizasen tan pronto. Tampoco tenían ningún lugar donde esconderse o pasar la noche. Si Leticia volvía a Madrid con la banshee para interrogarla, tendría que llevarse a los nigromantes con ella o dejarles tirados y a

merced de Judith.

—Estamos a un par de horas de París. Tendremos que seguir conduciendo —suspiró la agente, resignada. Elías descendió la mirada hacia la banshee, encogida en posición fetal entre las redes y anulada, pero lo bastante lúcida para lanzarles una mirada de odio. Esperaba que los cachivaches de la guardia fuesen resistentes, porque si la banshee se liberaba de la red que la contenía, no iba a pasar por alto su atrevimiento.

Judith acarició las tapas de los libros a saldo, de esos que venden con etiquetas que te ofrecen la segunda unidad a la mitad de precio y que llevas un tiempo queriendo leer, aunque no son exactamente bestsellers. No abrirían la puerta de embarque de su vuelo hasta dentro de tres cuartos de hora y tenía algo de tiempo libre. No obstante, la avidez con la que perseguía a la Muerte le había enseñado que ningún segundo, por insignificante que pareciese, merecía ser desperdiciado.

Vivien y Styx se habían puesto en marcha en cuanto descubrieron que su Marcos y el pequeño de los Baena habían salido de Madrid a toda velocidad. Los últimos informes de la banshee apuntaban a que pretendían llegar a algún lugar en el norte de Francia, quizá más allá de las fronteras francesas, pero Judith había tenido una corazonada y había decidido apostar sus cartas en la forma de un billete de ida a París. Llevaba todo cuanto necesitaba con ella: su móvil, su anillo y la flauta escondida en la bolsa negra que cargaba a modo de equipaje. La única persona a la que le había permitido tocar la flauta era Sofía, y aún no estaba segura de por qué había sido tan indulgente con ese arrebato de compasión. «Te estás volviendo blanda», se regañó, aunque una cosa era ser cruel con nigromantes engreídos que la habían tratado como escoria y otra ver sufrir a gente inocente por su culpa.

En cualquier caso, ni culpables ni inocentes importarían demasiado cuando se hiciera con la última Victoria.

«¿Dónde estará? ¿Lo tendrán aquí?», se preguntó mientras deambulaba por una de las librerías de Heathrow que abastecían a

los aburridos viajeros de historias entretenidas. Avanzó entre los estantes de las ofertas hasta encontrar la sección de novelas históricas. Ahí estaba, con el lomo doblado y las páginas amarillentas. Ese libro llevaba mucho tiempo esperando a ser rescatado. Judith lo sacó de la estantería y lo hojeó sin prestar atención a su contenido.

Tres vidas en París, se titulaba. Cuando lo descubrió, se obsesionó durante un tiempo creyendo que podría tratarse de una de las Victorias a la muerte, aunque al final tuvo que rendirse cuando se encontró en un callejón sin salida. Pero ¿y si no se había equivocado? Al leerlo tuvo la certeza de que quienquiera que lo hubiese escrito anhelaba ser encontrado. El problema de gritar para pedir ayuda es que nunca se sabe quién te va a oír.

Caminó hacia la caja, decidida a comprar y releer esa novela pasada de moda, cuando sintió un pinchazo en el pecho.

«Vivien».

La banshee había empleado su poder para establecer un vínculo entre ambas, ideado para que Vivien acudiese en su ayuda si Judith estaba en peligro, pero también funcionaba a la inversa. El libro se escurrió de entre sus manos y cayó abierto por la mitad.

«Vivien, ¿me oyes?».

El silencio la inquietó aún más, pero al fin presintió a la banshee al otro lado.

«Lo siento, me han engañado… Me siento muy débil».

El primer impulso de Judith fue perseguirles hasta encontrarles y hacerles pagar por lo que quiera que le estuviesen haciendo a su amiga, pero enseguida comprendió que había una forma más inteligente de devolverles la jugada.

«No sientas nada, Vivien. No tardarán mucho en comprender que han cometido un error. Sé mis ojos, dime dónde te llevan y qué es lo que están buscando».

Aunque los pensamientos de la banshee no fueron lo bastante

fuertes como para traducirse en palabras, sintió su determinación. Para Judith era más que suficiente.

Se agachó para recoger el libro y retomó la marcha hacia la caja mientras su mente urdía la siguiente parte de su plan. Ellos no eran los únicos que sabían golpear donde más dolía.

Capítulo 10

Aunque le hubiese prometido a Beathan que sería cuidadosa, Sofía había tenido un día de lo más intenso. «No pasa nada, aún no es de noche y ya casi he llegado a casa». El sol había empezado a ocultarse entre los elevados edificios de su barrio, pero le sobraba tiempo para volver y asegurarse de que su visión nunca llegaba a cumplirse. El mundo no iba a detenerse por ella y no pensaba bajarse de él otra vez. Por la mañana hizo una visita a Katia, que seguía ingresada en el hospital mientras los médicos le hacían una prueba tras otra para asegurarse de que su cuerpo funcionaba correctamente a pesar del accidente y para intentar comprender qué clase de milagro la había salvado. El recuerdo del sonido de la flauta vibrando por la habitación hizo que Sofía se estremeciese.

Katia la había recibido con su habitual sonrisa y lo que más parecía molestarla eran la comida del hospital y que le hubiesen quitado sus uñas postizas. «Esto es peligroso, demasiado tentador», fue lo que pensó mientras la observaba comer una compota de manzana porque, según decía, era lo único que no sabía asqueroso. Había devuelto la salud a su amiga en apenas un segundo, ¿quién no se volvería adicto a un poder semejante?

Dedicó la tarde a comportarse de la forma más aburrida y cauta que pudo. Fue a la biblioteca de su universidad con una carpeta llena de apuntes bajo el brazo y su tablet, decidida a ser como cualquier otra estudiante que se prepara para los exámenes de enero (¿por qué las llamaban vacaciones de Navidad si en los últimos cuatro años se las había pasado estudiando?). A pesar de sus esfuerzos por hacer esquemas y memorizar datos, su mente divagaba continuamente hasta su última visión.

La silueta del castillo, la nieve comenzando a cuajar sobre la hierba, la expresión de ira de Elías, la determinación con la que Judith les sacrificó a ambos con tal de no ser la perdedora.

Las pitias habían predicho el futuro durante cientos de años, tenían

que haber dado con alguna forma de desafiar al destino. No pretendía alterar el porvenir de una nación ni nada parecido, solo que su amigo no llegase nunca a pisar ese castillo de cuento de hadas. ¿Tanto pedía?

Estaba tan distraída que no se percató de la velocidad a la que anochecía. Aceleró el paso para entrar en calor. Una siempre creía que el sol de Londres, tan tenue a través de un manto de nubes, no servía de nada hasta que se desvanecía y las temperaturas se hundían sin compasión.

—¡Sofía!

Dio media vuelta al oír su nombre y vio que era una de sus vecinas, que avanzaba con una pesada bolsa en una mano y su perrito en la otra, un chihuahua peludo con cara de gremlin que debía de tener cien años, pero que siempre había hecho sonreír a Sofía en cuanto lo veía.

—Señora Polastri, buenas noches. ¿Necesita ayuda? —Se apresuró a sujetarle la bolsa a pesar de las protestas de su vecina—. ¡Hola, Pepper! —El chihuahua saludó con un ladrido alegre, meneando la cola con forma de plumero de un lado a otro.

—¿Tan mayor me ves? Debo de serlo porque, cada vez que me acuerdo de que ya no eres esa niña con coletas que iba todos los días al cole de la mano de Panos, me siento como una vieja —bromeó—. ¿Te has graduado en la universidad ya? No te quedará mucho. Tus padres estarán orgullosos.

Sofía no tuvo la ocasión de responder. Pepper mostró sus dientes y comenzó a gruñir, agitándose en el brazo de su dueña con su cara de grandes ojos distorsionada por la rabia.

—¿Pepper? Pero ¿qué bicho te ha picado? —preguntó su dueña, sorprendida. Lo cierto es que Sofía tampoco había visto al animal reaccionar así nunca, ni ante humanos ni ante otros perros. Pepper era una bolita de pelo y amor con orejas.

Ante el asombro de la señora Polanski, saltó de su regazo y echó a correr.

—¡Pepper! —Sofía dejó caer la bolsa y corrió tras él sin pensarlo dos veces.

Era un acto temerario, la gente conducía con muy poco cuidado en esa zona, por no hablar de los repartidores de comida a domicilio que siempre iban con el tiempo justo, pero precisamente por eso tenía que atrapar a Pepper antes de que un coche o una bici le pasase por encima.

—¡Pepper!

La adrenalina invadió cada fibra de sus músculos y corrió por las calles hasta que el asfalto dio paso a una arboleda. Estaba tan preocupada por el viejo perro que no se dio cuenta de que había recorrido medio barrio a toda velocidad. Pepper había desaparecido en algún lugar entre los arbustos, pero ella estaba a plena vista en mitad del parque. Se apoyó sobre sus muslos, exhausta por el largo sprint, y cuando alzó la vista se dio cuenta de su error.

Había creído que podría combatir el futuro, impedirlo si se esforzaba…, y, sin embargo, ya estaba sucediendo.

El nigromante surgió de la nada con un cuchillo en la mano. Puso su filo sobre su cuello y, en cuestión de segundos, la tenía retenida contra una farola. En su visión la estrangulaba antes de convertirla en una especie de esclava posesa cuando no respondía a sus preguntas como quería. ¿Y si cambiaba las respuestas? Intentó recordar la conversación que había presenciado, pero su cuerpo estaba al borde del pánico y su mente, frenética en busca de una vía de escape.

—¿Dónde está Judith? ¿Por qué no puedo rastrear su presencia? ¿Se ha ido de la ciudad? —preguntó con frialdad, como si ponerle un cuchillo en el cuello fuese un mero trámite para él.

—No lo sé.

—Haz un esfuerzo por deducirlo.

—Judith no es mi amiga, no me cuenta cuáles son sus planes para el fin de semana.

El tipo alejó el cuchillo con una mano a la vez que la otra envolvía el cuello de Sofía y empezaba a apretar. Sofía sintió como su aliento se entrecortaba, pero sobre todo un intenso dolor que no le permitía pensar. ¿Por qué nadie hablaba de ese dolor? En las películas parecía que se retorcían porque les faltaba el aire, pero el dolor era insoportable.

—A mí me da la impresión de que sois muy cercanas, eres la única persona a la que ha visitado en Londres. ¿De qué hablasteis?

Liberó la presión lo suficiente para que pudiese hablar.

—De nada, me felicitó por mi cumpleaños. Me pidió que colaborase con ella, le dije que no.

—¿Tú? ¿Colaborar con ella? —La miró de los pies a la cabeza con una mueca de desdén. El hombre era mucho más alto que ella, e incluso con la plataforma de sus botas apenas le llegaba al pecho—. ¿Cómo ibas tú a serle útil? ¿Tiene debilidad por las criaturas endebles?

—No…, no sé nada —fue todo lo que logró farfullar.

Pensó en dar patadas al aire, en escupirle o arañarle la cara, pero temió enfurecerle aún más. Eso era lo aterrador de una persona que podía ser tan cruel sin perder la calma: imaginar de lo que era capaz cuando se enfadaba.

—Deja que me asegure de eso. —Rebuscó bajo su camisa hasta extraer una esfera de su interior.

Sofía recordó lo que venía a continuación, ya lo había vivido. De su interior surgiría un ser fantasmagórico, aún más terrorífico que su dueño, y le robaría su cuerpo.

—No, no, de verdad. De verdad que no sé nada. —Se resistió todo lo que pudo, odiando a ese hombre que la había convertido en su presa solo para conseguir sus caprichos.

—¿Dónde está Judith Vega?

La idea de volver a perder el control de su cuerpo como cuando la

invadió la maldición de la estatua, de que desapareciese quien era, la atemorizaba más que la muerte.

El nigromante ignoró sus súplicas, listo para liberar a su espectro, cuando su rostro empalideció y su expresión determinada se convirtió en pavor. Dejó caer la esfera y, en lugar de caer contra el suelo, voló hasta la cadena de la que había colgado. Su atacante se llevó la mano al pecho, como si fuese él quien se ahogaba.

—¿Qué…, qué clase de brujería es esta? —logró articular—. ¿Qué me estás haciendo?

Sofía no supo qué responder. Aquello no era lo que había visto en su sueño. Y no tenía ni la menor idea de qué sucedía a continuación.

—Ya veo por qué Judith te quería. Para…, para de una vez.

Sofía ignoraba de qué hablaba, pero no iba a dejar pasar la oportunidad de librarse de él.

—Cuando te marches. Vete lejos de aquí, déjame en paz y olvídame. Entonces pararé. —Proyectó la voz, como le habían enseñado en clases de oratoria, y procuró sonar segura de sí misma.

Para su asombro, funcionó. El nigromante dio varios pasos atrás, tan airado como humillado, y corrió. Corrió tan rápido como pudo sin soltarse el pecho.

Sofía se quedó sola bajo la luz de las farolas, en mitad del parque desierto.

¿Qué acababa de ocurrir?

Palpó su cuello, aún dolorido, con la palma de la mano. Sin duda, los dedos del nigromante iban a dejar una fea marca en su piel. Tendría que llevar jerséis de cuello alto.

Escuchó una salva de ladridos y se giró esperando ver a Pepper, pero no a la persona que lo cargaba en su mano, apretado entre su pecho y su hombro.

—Debería hacerme con una de estas criaturas: no parece que le moleste que no sea humano y es de lo más gracioso. Mira qué ojos y qué orejas tan grandes en una cabeza tan diminuta —comentó Beathan, que avanzaba hacia ella con calma. Acarició al chihuahua entre la oreja y la mandíbula con un solo dedo y el perro entrecerró los ojos, complacido.

—Beathan, ¿qué haces aquí? —preguntó Sofía mientras intentaba procesar la escena.

En lugar de responder, le entregó a Pepper, que no parecía querer abandonar el cómodo hueco contra el pecho del hada. Sofía le sostuvo con ambas manos y Pepper le lamió la cara como si quisiese darle las gracias y asegurarle que todo estaba bien. El peso del perro en sus brazos hizo que se tranquilizase un poco.

—Así que corriste para perseguir al hombre malo, ¿eh? Sabías que me estaba siguiendo, perro loco. —La idea de que Pepper, que pesaría unos tres kilos de hueso y pelo, pretendiese enfrentarse a un poderoso hechicero de un metro noventa la conmovió.

—¿Estás bien? —preguntó Beathan—. ¿Quieres que haga algo con toda esa agitación?

Sofía negó con la cabeza.

—No, no quiero olvidar lo que ha pasado hoy. Y si no siento esto —posó la mano sobre su corazón—, puede que lo haga.

—La memoria de los humanos es frágil —asintió el hada.

—¿Qué… es lo que le has hecho?

—Le he robado sus sentimientos más intensos: ambición, despecho, rabia, envidia…

—¿Sus sentimientos? Más bien parecía que se estuviese muriendo de dolor.

—Supongo que se sentía así. No es la primera vez que veo a una persona de su calaña paralizarse cuando desaparece la oscuridad de su interior. Es su motor, su razón para vivir. Ese tipo de emociones

nunca son una buena brújula.

—Me alegro de que lo hicieses, no me malinterpretes, pero… no lo entiendo. ¿Por qué mi visión no me mostró nada de esto?

Llevaba todo el día dándole vueltas a cómo podían modificar el futuro y, ahora que lo habían hecho, no tenía ni la menor idea de por qué lo habían logrado.

Beathan dio un paso hacia ella y alzó su mano en un rápido movimiento. Antes de que pudiese reaccionar, sintió su palma sobre el rostro. Deseó que estuviese lo bastante oscuro para ocultar su rubor. Beathan la miró fijamente y se dio cuenta de que era una tontería. Con o sin luz, el hada podía leer todos y cada uno de sus sentimientos igual que si fuese el menú de un restaurante en el que se detallaban los ingredientes de los platos.

—¿Qué es lo que ves? —preguntó el hada.

—¿Qué?

—¿Qué ves cuando me tocas?

Técnicamente, él la estaba tocando a ella. Tragó saliva.

—A ti… Te veo a ti.

Beathan no tuvo que añadir nada más. Le veía a él, en el presente, detenido frente a ella, no en una visión del futuro como le sucedía al rozar la piel de cualquier otra persona. El hada alejó su mano lentamente y Sofía sintió el vacío con mucha más intensidad que su presencia.

—No soy humano, no tengo un porvenir que puedas ver o predecir. Antes de que me contases tu visión, lo que presenciaste era lo que iba a suceder porque el destino nunca me tuvo en cuenta. Pero, después de saber que estabas en peligro, no podía quedarme cruzado de brazos.

—Puedes cambiar el futuro —comprendió, y su corazón dio un vuelco, esta vez de alegría.

—No, tú y yo podemos cambiarlo juntos. Aunque no estoy muy seguro de si debemos.

Sofía le agarró del antebrazo, de la forma en que se había acostumbrado a tocar a la gente para evitar el contacto directo con su piel.

—Ven, vamos a mi casa. Hay algo que tengo que comprobar.

Si estaban en lo cierto, Hagne no solo le había entregado el poder para prever el futuro, sino para cambiarlo a placer. Ya pensaría por el camino cómo explicar a sus padres que tenían un invitado un tanto peculiar.

El París de los turistas se limitaba a un pequeño oasis de historia rodeado por el inexorable avance de las necesidades del presente. Los edificios de reciente construcción y calles nuevas se expandían en todas direcciones casi con vida propia, algunos barrios se fusionaban con antiguos pueblos, engulléndolos, y otros daban forma a ciudades que aparecían de la nada donde antes todo era campo. Aunque fuesen independientes, todos se nutrían de la capital a la vez que la alimentaban, como si fuese el corazón de un gran cuerpo en pleno crecimiento. Elías había podido comprobar, desde la ventanilla de la caravana, que no todos esos barrios se parecían entre sí. Algunos estaban repletos de árboles que ocupaban el espacio entre las coquetas viviendas unifamiliares, con jardín y algunas incluso con piscinas, mientras que en otros barrios gobernaban el hormigón y el asfalto. Los trabajadores más humildes y los que no encontraban un oficio por más que lo intentasen se hacinaban en elevados y feos edificios que crecían sobre la ciudad igual que espinas clavadas en su fina piel. «Parece que te castigasen por ser pobre —comentó Marcos al pasarlos de largo—. ¿Les costaba tanto hacerlos menos… claustrofóbicos? Al menos podían haberlos pintado de un color alegre». A Elías le recordaban al bloque en el que vivía Sofía y comprendió por qué se quejaba tanto por no vivir en Colina Blanca, el pueblo natal de su abuela griega.

Leticia había optado por alquilar un piso turístico en uno de esos grandes barrios, uno que parecía ser el término medio entre los

chalés y los suburbios. No tuvo problemas para encontrar una plaza libre donde aparcar la caravana. El edificio ante ellos era algo antiguo, quizás de mediados de siglo, así que Elías dedujo que no siempre había pertenecido a la capital, sino que se había tratado de uno de los pueblos independientes que habían sido absorbidos.

—Me hubiese quedado más tranquila no teniendo vecinos —dijo Leticia mientras avanzaban hacia la entrada del portal.

—Puede que tengamos suerte —comentó Samuel junto a ella.

La vieja construcción solo tenía tres plantas y, según el anuncio de la web, carecía de ascensor. Las cortinas de todas las viviendas estaban echadas, aunque Elías presentía movimiento en su interior. Se preguntó si serían ancianos que se refugiaban en el interior de sus casas porque no reconocían lo que veían al salir a la calle, porque tal vez el mundo de su infancia se hubiese desvanecido. Comprendía su reticencia. A él tampoco le entusiasmaban los cambios.

Leticia se las apañó para cargar a hombros a la banshee, aún atrapada en la red en un estado de semiletargo. Samuel se ofreció a ayudarla a subir las escaleras, pero la agente desdeñó el gesto con un aspaviento.

Marcos fue el último en bajarse de la autocaravana. Se había pasado la mayor parte del trayecto desde la costa en silencio, mirando a ninguna parte. Elías extendió la mano para agarrar su brazo, aunque apenas podía sentirlo bajo el pesado abrigo y su jersey de rayas azules y negras.

—¿Estás bien?

El nigromante asintió con la cabeza.

—Solo quiero que todo esto se acabe de una vez. Las Victorias, Judith, las misiones a contrarreloj que la Muerte te manda en sueños… —Lo miró y el cansancio traspasó los límites de su cuerpo, como si fuese un olor que le empapaba.

—Ya queda poco. Solo tenemos que encontrar a Madeleine y

devolverle su reloj. Tampoco es que Judith pueda utilizarlo para reencarnarse sin más.

—A no ser que la encuentre antes que nosotros y le sonsaque cómo se las ha apañado para renacer una y otra vez.

—No lo hará. Esta vez camina a ciegas, vamos diez pasos por delante —dijo decidido, pero Marcos no compartía su seguridad.

—Judith siempre averigua cómo enterarse de todo. Puede que naciese sin magia en las venas, pero tiene otros talentos.

—Según los informantes de Leticia, Judith está en Londres y nosotros en París. Aún tenemos tiempo hasta que descubra lo que ocurre y venga en busca de la banshee.

—Espero que Sofía esté bien —suspiró Marcos. Sin teléfonos móviles no tenían ninguna forma de comunicarse con ella sin intermediarios.

—Me parece que Sofía es la más dura de los tres —le recordó Elías, y Marcos sonrió para darle la razón.

Le tomó de la mano y siguieron al resto hasta el interior del edificio. Subieron las tres plantas de escaleras hasta llegar al apartamento y encontraron las llaves colgando de un candado. Samuel introdujo el código para abrirlo y se apresuraron a entrar en el 3B antes de que los vecinos decidiesen curiosear. Por dentro parecía haber sido reformado hacía unos pocos años, con un moderno parqué grisáceo y paredes lisas decoradas con muebles prefabricados un tanto impersonales. Incluso los cuadros que colgaban de la pared resultaban familiares y fríos a la vez.

En cuestión de minutos, Leticia logró irrumpir la anodina decoración con un toque extravagante. Trazó un círculo de sal en el suelo y a su vez intercaló unas cuantas monedas de un metal oscuro, seguramente hierro. Lo que para un humano cualquiera solo era un montón de basura amontonada para una criatura como la banshee era un sinónimo de dolor.

Colocó una silla en el centro y sentó sobre ella a la banshee

mientras los demás presenciaban la escena en silencio, sin saber muy bien qué hacer. Al cabo de un rato, Marcos se sentó en el sofá negro, con los brazos cruzados. Puede que prefiriese ser un espectador esta vez o que no tuviese demasiadas esperanzas de que el plan de la agente fuese a salir bien.

Leticia extendió la mano hacia Samuel, que vaciló unos segundos hasta que comprendió lo que quería. Le tendió su daga de hechicero, resplandeciente y afilada. Leticia la usó para cortar las hebras que mantenían la red unida y se apresuró a salir del círculo. En su interior, la banshee extendió los brazos para deshacerse del resto de la red y dio una enorme bocanada de aire, asfixiada por la opresora energía. La criatura tardó unos minutos en recuperarse lo suficiente para poder sentarse recta en la silla. Samuel alzó una barrera de oscuridad y sombras en torno a ella para asegurarse de que nada ni nadie pudiese entrar o salir del círculo. Al comprobar que seguía estando atrapada, la banshee les perforó uno a uno con miradas de desdén. Después agachó la vista, estudiando con atención el círculo en busca de fisuras.

—Yo que tú dejaría de pensar en eso. Si rozas la sal, te descompondrás, pero no vas a poder ir muy lejos —dijo Leticia, señalando a la barrera de sombras—. Tardarás horas en recuperar tu forma para nada, y tengo entendido que es un proceso extremadamente doloroso.

—No vais a conseguir lo que queréis de mí —advirtió, con la voz aún ronca por la falta de aire.

—En realidad, nosotros no pintamos nada, todo esto va de lo que tú quieres. —Leticia se encogió de hombros y, al ver cómo el ceño de la banshee se encogía, Elías supo que su estrategia no iba a funcionar.

—Quiero que estalléis en llamas.

—Ya… ¿Y algo menos violento, tal vez? La Guardia está dispuesta a ser generosa con quienes la ayudan.

La banshee arqueó una ceja, incrédula.

—¿Desde cuándo?

—Me temo que desde siempre, lo que pasa es que no es algo sobre lo que queramos que se corra la voz, ¿no te parece? Todo el mundo vendría a pedirnos favores y nos convertiríamos en una institución diferente. La Guardia no se creó para pactar con criminales, pero tú… tienes suerte. A ti sí te haremos el favor que quieras. Podemos romper el hechizo que te vincula a ella, podrás ser libre.

La banshee empezó a resoplar, pero al cabo de unos segundos Elías se dio cuenta de que se estaba riendo.

—Pensáis que soy su esclava, ¿no es cierto? Ese es el problema de la Guardia: os creéis por encima de los seres mágicos, así que todos necesitamos que nos salvéis de nosotros mismos. ¡Soy libre! —exclamó, dando una sonora patada en el suelo.

—Judith… ¿no es tu nueva dueña? —preguntó Leticia, a quien la criatura había pillado desprevenida.

El desdén desapareció de su rostro al hablar de la joven. Sus músculos se relajaron pese a estar atrapada entre enemigos.

—Yo nunca he tenido dueños, no soy una cosa. Pero sí ha habido algunos que han intentado esclavizarme. Judith me salvó. Llevaba más de mil años sirviendo a la misma familia, corrientes arrogantes que presumían entre sus amigos de tener una banshee a su servicio. No se daban cuenta de que anhelaba el día en que pudiese aullar y anunciar sus muertes. Judith rompió el contrato que me unía a ellos sin pedirme nada a cambio y me dio un nuevo nombre.

—¿La consideras tu amiga? —preguntó Samuel, confuso. Para un nigromante, entablar amistad con una criatura que casi era un espectro resultaba tan absurdo como ponerle nombre a una zanahoria antes de hincarle el diente.

—No solo eso, también creemos en lo mismo. Ninguno de vosotros lo entendería. Veis cómo la magia sufre, herida, y miráis a otro lado. Preferiría desintegrarme un millón de veces antes que hacer algo que perjudicase a Judith.

Sin que pudiesen impedirlo, la banshee se agachó y agarró un puñado de sal con la mano. Apenas lo había sostenido en su puño cuando su cuerpo se deshizo en mil pedazos, finos hilos y motas de polvo que floraron en el aire, atrapados en la jaula de sombras tal y como Leticia le había advertido.

—Estupendo… —suspiró la agente.

—¿Qué tal si la próxima vez me dejas a mí? —sugirió Samuel, cruzándose de brazos.

—Oh, por supuesto, adelante. Si se te da mejor interrogar a un criminal que a una agente con años de experiencia en el terreno, entonces ilumínanos con tu talento natural.

Samuel no pareció darse por aludido ante la ironía, así que asintió decidido. Por su parte, Marcos se puso en pie.

—Ha sido… interesante. Pero creo que será mejor que Elías y yo busquemos pistas sobre la Victoria mientras pensáis qué vais a hacer cuando venga Judith.

Su hermano mayor frunció el ceño.

—¿Iros? ¿Los dos solos?

Marcos tomó a Elías de la mano a modo de desafío y él carraspeó. Hubiese preferido no estar en mitad de su tiroteo de pullas.

—No pienso enviarle un mensaje con nuestra ubicación a mi hermanita, si es lo que temes. Vosotros encargaos de la banshee y nosotros buscaremos la relojería de la que salió la Victoria. Cuanto más rápidos seamos, menos posibilidades tendrá Judith de anticiparse a nuestros movimientos, ¿no te parece?

Se miraron con una intensidad que podría haber provocado una explosión. Elías tiró de Marcos con gentileza para evitar que siguiese discutiendo con su hermano.

—Tendremos cuidado —prometió.

Samuel acabó por asentir, resignado. Elías le agradeció que hiciese

el esfuerzo de tratarle como un adulto, aunque le hubiese gustado que no le costase tanto.

—Volved pronto. París no es una ciudad muy segura de noche.

—Y ya que estáis, parad en el supermercado y traed algo de cena —agregó Leticia. Lanzó una mirada de reojo al círculo donde flotaba la esencia de Vivien—. Y más sal.

Capítulo 11

«Tengo que independizarme de una vez». A sus veintiún años recién cumplidos, Sofía fantaseaba a menudo con el día en que dejase de ser estudiante, y después becaria mal pagada, para tener un sueldo más o menos digno que le permitiese compartir un piso con sus amigas y llenarlo de plantas. Pero después de ver la expresión de asombro e indignación en el rostro de su sobreprotector padre hubiese firmado para dormir eternamente en el sofá mugriento del sótano de la universidad donde planificaban manifestaciones. Solo necesitaba un poquitín de espacio, una pizquita de libertad. O por lo menos que no la abochornasen.

—Hola, papá; hola, mamá; vamos a repasar el temario del examen de derecho internacional II. Ya sabéis que las leyes me apasionan, pero se me atascan y aprobé derecho internacional I por los pelos. Luego hablamos. —Tiró de Beathan a través del salón, ignorando las protestas de su padre sobre qué horas eran esas de llegar de la biblioteca sin avisar y algo sobre la importancia de cenar en familia.

—¡Dejad la puerta abierta! —fue lo último que le oyó decir, como si estuviesen en una comedia romántica estadounidense. Qué vergüenza. Por supuesto, cerró la puerta tras de sí con un portazo.

—Por favor, finge que nada de esto ha pasado —le pidió a Beathan, que la ignoró mientras su atención se perdía entre sus viejos libros.

Ver a Beathan, con su cabello resplandeciente, sus rasgos ambiguos y uno de sus elegantes trajes de tres piezas en mitad de su habitación, cotilleando primero sus libros y después las fotos que había colgado de un tablón junto a su escritorio, era una imagen tan extraña que ni siquiera la había soñado. Su habitación y Beathan pertenecían a dos mundos opuestos. Las fotografías del instituto, de los campamentos a los que fue de niña y de sus amigas de la uni se mezclaban con los amuletos que le había regalado su abuela, entradas de conciertos y envoltorios de caramelos que acumulaba sin un verdadero motivo, solo porque le parecían bonitos y

graciosos.

—Hacía mucho que no estaba en la habitación de la infancia de alguien. Uno puede leer toda tu vida en las emociones que emanan de estas fotos. ¿Es tu abuelo? —preguntó, señalando a la única que había enmarcada sobre su estantería.

Sofía asintió con la cabeza.

—¿Por qué tus padres han creído que somos una pareja esporádica? ¿Doy esa impresión a los humanos? —quiso saber, cambiando de tema tan bruscamente que Sofía casi se tropezó con la silla.

La habitación ya resultaba lo bastante pequeña y estrecha sin tener que compartir el espacio con un hada que la hacía sonrojarse cada dos por tres.

—En realidad, no creo que hayan pensado eso, no exactamente. Supongo que no te pareces en nada a mis amigas.

—Eso lo noto —asintió él, sin dejar de mirar las fotos.

Sofía se sentó en el borde de la cama y, cuando Beathan por fin dejó de rebuscar en su pasado y la miró, le señaló la silla para que se sentase frente a ella. Había tan poco espacio entre el escritorio y la cama que sus rodillas se chocaban.

—Lo siento, no hay mucho sitio para moverse. —Sonrió azorada.

—Está bien, es agradable. Después de probar las emociones de ese nigromante, es un alivio estar en un lugar como este. Tienes un hogar muy acogedor, Sofía. Hay amor por todas partes.

Puede que fuese la mención del concepto de hogar, que la estuviese halagando o la forma en que pronunció «Sofía», pero por un instante, al mirar aquellos ojos verdosos como esmeraldas…, no, como el musgo que resplandece en lo más profundo del bosque, olvidó por qué estaban allí.

«¿Verde como el musgo? ¿De verdad, Sofía?», se recriminó. Sacudió la cabeza y se sentó todo lo lejos que pudo sobre la cama, cruzando las piernas.

—Necesito que me ayudes otra vez —dijo antes de que se descubriese a sí misma divagando sobre la forma de sus labios o alguna estupidez por el estilo.

—¿Qué es lo que vas a buscar?

—Quiero comprobar si lo que sucede en el castillo va a cambiar después de lo que ha pasado esta noche. Lo que sucederá…, lo que sucedería, quiero decir. Aún sigo intentando entender todo esto, perdona.

Beathan se tomó unos segundos para reflexionar y asintió con la cabeza.

—De acuerdo, comprendo lo que quieres decir. De hecho, es una conclusión muy inteligente. ¿Tienes incienso?

—Tengo una vela que huele a galletas, ¿será suficiente?

—No es lo ideal, pero supongo que lo importante es el ritual.

Sofía tomó la vela de su estantería, la encendió y la colocó sobre la mesita de noche. Reprodujo desde el móvil una lista de música de «piano relajante» y echó las cortinas para que no entrase demasiada luz. Igual que en la última ocasión, se tumbó en el colchón, cerró los ojos y se esforzó por respirar hondo. Beathan acercó la silla un poco más a su cama y tomó una de sus manos entre las suyas. A Sofía le mortificaba pensar que el hada sería capaz de percibir no solo su ansiedad, sino también cómo se le aceleraba el corazón al darse cuenta de lo cerca que estaban. «Céntrate, lo que estamos haciendo aquí es importante».

—¿Estás preparada? —preguntó Beathan, y ella asintió con la cabeza.

Cerró los ojos e intentó concentrarse en las notas que tocaba el piano, en las trazas de vainilla que emanaba la vela prendida y en cómo su mente se iba vaciando poco a poco. El miedo, la agitación y el subidón de cortisol en sus venas por el ataque del nigromante se fueron desvaneciendo hasta que solo quedó su determinación. Era curioso: cuando Beathan absorbía todas esas emociones, no se

sentía como si le hubiesen arrebatado algo. Al contrario que el nigromante, no tenía la sensación de asfixia producida por un hueco en el pecho, sino que se sentía llena de sí misma, más fuerte que nunca.

Una vez que su mente estuvo despejada, se concentró en la imagen del castillo que había visto, en Judith y en Elías, para alejar las distintas visiones que pululaban en su interior. «Muéstrame lo que sucede esa noche», pidió, y la magia cumplió su deseo.

Elías seguía intentando clavar una daga en el cuello de Judith contra el muro de la torre, pero había algo diferente en esta versión.

—¡Elías! —Sofía se sorprendió al escuchar su propia voz a pesar de haberse visto a sí misma en numerosas profecías—. ¡Piensa en Marcos! Piensa en él —le pidió, pero el joven no escuchaba ninguna de sus palabras. Le agarró con fuerza y tiró de él hasta hacerle caer contra el suelo de piedra. La daga rebotó en el suelo y fue a parar lejos de ellos dos.

Judith resbaló sobre su espalda y quedó en cuclillas contra la pared durante unos segundos mientras recobraba el aliento.

—Elías… —volvió a llamarle Sofía, pero cuando el joven alzó los ojos hacia ella, Sofía se dio cuenta de que no había ni rastro de su amigo en aquel cuerpo.

Le habían poseído.

El chico bondadoso y tímido había desaparecido, engullido por una ira desmedida que no le pertenecía.

Deseó ayudarle, liberarle del control del espectro, pero la Sofía de la visión no tuvo tiempo de hacer nada más. Una guadaña de sombras cayó sobre ella a una velocidad casi imperceptible y lo último que vio fue la oscuridad.

Abrió los ojos, siguiendo de vuelta el olor a vainilla y el sonido de la música. Por fin entendía para qué servía toda aquella parafernalia. No solo se trataba de entrar en trance, sino de tener un hilo al que aferrarse para volver, un caminito de migas que

seguir de regreso a casa.

—¿Qué ha pasado? —inquirió Beathan.

—Se podría decir que tengo una buena noticia y una mala. La buena es que la visión ha cambiado, lo que confirma nuestra teoría, y que gracias a eso Judith y Elías sobrevivirán.

—¿La mala es que siempre hay un precio?

Aunque ella no lo dijese en voz alta, supo que el hada lo habría adivinado.

—En la nueva visión… soy yo quien muere.

Beathan la soltó con brusquedad.

—Sofía… —Supo lo que le iba a decir, que tal vez había cosas con las que era mejor no jugar, que solo eran una veinteañera humana y un hada enfrentándose a poderes que no podían comprender, que no valía la pena. Pero ella nunca habría sido capaz de quedarse cruzada de brazos sabiendo que la vida de sus amigos estaba en sus manos, así que le interrumpió:

—Podemos hacerlo, sé que podemos. Llevo meses aterrorizada por el futuro, creyendo que al ganar este don había perdido todo mi poder, que estaba todo escrito y daba igual lo que hiciese, pero por primera vez siento que mi futuro vuelve a estar en mis manos. Usando mis visiones y tu…, tu…

—¿Falta de humanidad?

Se miraron en silencio mientras Sofía intentaba descifrar su expresión, serena pero algo dolida.

—Creo que eres más humano de lo que piensas, Beathan. —El hada la miró intrigado y ella agitó la cabeza—. Tu inmunidad, eso es. Mis visiones y tu inmunidad. Podemos cambiar las cosas. Cuando te conté lo que había visto, ¿qué fue lo que hiciste?

—No lo sé, supongo que pensé que haría lo que estuviese en mi mano por impedirlo.

—Muy genérico. No, tiene que ser algo más concreto. Decidiste seguirme y lo hiciste. Por eso estabas ahí para impedirlo. —Chasqueó los dedos—. Solo tenemos que descubrir cuál es la decisión adecuada.

Como si fuese tan sencillo. Una decisión de entre las infinitas opciones, una decisión que desencadenase el efecto mariposa en el que todos se salvaban. No conocían ningún precedente para lo que se disponían a hacer, así que tendrían que confiar en su instinto.

—Hay algo más que debemos averiguar primero —le recordó Beathan, y Sofía ladeó la cabeza, interrogante—. Dónde está ese castillo y cómo vamos a llegar hasta allí.

El entusiasmo de Sofía se aplacó al darse cuenta de que estaba en lo cierto. Había cientos de castillos en Europa, y ella no sabía lo suficiente sobre historia y arquitectura para saber diferenciar el estilo, la época y el lugar donde construirían un castillo como ese. Seguro que a Elías le habría bastado con un vistazo para adivinar las coordenadas exactas de la construcción. En teoría Marcos y él estaban en Madrid, pero no tenía una forma segura de contactar con ellos, y Judith había procurado esconderse al abandonar la ciudad.

«Eso es». Judith, Judith era la respuesta.

—No somos los únicos que la están buscando. —Sonrió, recordando la urgencia con la que el nigromante trataba de descubrir su paradero. Parecía que estar a punto de ahogarse iba a servir para algo.

Enseguida se dieron cuenta de que esa tarde no iban a poder culminar su plan inicial de visitar las relojerías más antiguas de París (que inexplicablemente habían sobrevivido cien o doscientos años a pesar de la llegada de los relojes digitales y los teléfonos móviles). Cuando Marcos y Elías llegaron al centro de la ciudad, encontraron todos los locales pequeños con el cerrojo echado. Se adentraron en el metro y, cuando volvieron a salir, descubrieron que era de noche, aunque las luces navideñas alumbrasen las calles con tanta potencia que podría haber sido mediodía.

—Deberíamos volver —dijo Elías después de encontrar la tercera relojería de su lista cerrada a cal y canto en una estrecha callejuela, en algún lugar entre el centro comercial de Les Halles y las tiendas de Châtelet.

—¿Para qué, para ver cómo Vivien regenera su cuerpo átomo a átomo? —Marcos negó con la cabeza y le tendió la mano—. Demos una vuelta.

—¿Qué pasa con Judith?

—Sin Vivien necesitará buscar otros recursos y Judith es, sobre todo, sensata. Pragmática. Divirtámonos un poco ahora que podemos, ya pensaremos en las Victorias y en nuestros enemigos mañana. Puede que sea nuestra última oportunidad de tener una cita en mucho tiempo.

Elías dudó antes de seguirle la corriente. «Divertirse» no estaba dentro de su hoja de ruta, pero si había alguien en el mundo capaz de convencerle para que fuese espontáneo y se dejase llevar, ese era Marcos Vega. Y más si utilizaba la palabra «cita» para persuadirle.

—Vamos —insistió, perdiendo la paciencia y tirando de él—. ¿Cuándo vas a volver a estar en París en Navidad? Es la ciudad del amor en la época más feliz del año.

—¿Desde cuándo te gusta la Navidad? —Elías arqueó una ceja con recelo.

—Desde que puedo pasarla contigo. —Le guiñó un ojo y Elías se rindió. A fin de cuentas, Marcos tenía razón. París era una ciudad llena de encantos, pero París en Navidad era algo diferente.

Los antiguos edificios y las avenidas rectilíneas emitían un fulgor propio, una mezcla de rojo, violeta, azul y amarillo. Las calles se habían engalanado para ellos. La gente paseaba con bolsas llenas de regalos colgando del brazo y bebían chocolat chaud en sus vasos para llevar, al ritmo de los villancicos que emanaban del interior de las tiendas y locales. Elías se sentía ligeramente sobreestimulado, pero en lugar de querer marcharse, esta vez notaba que su mente empezaba a nublarse con una peculiar euforia. Se imaginó que así

debía de ser la ebriedad. Marcos sonreía igual que cuando eran niños, como si todos los problemas se hubiesen desvanecido de golpe. «No pasa nada porque seamos felices durante un par de horas», se dijo al notar cómo Marcos tiraba de él para correr hasta la place de l'Hôtel-de-Ville. En la amplia explanada ante el ayuntamiento, un edificio que parecía sacado de una película de Disney a la vez que una mansión embrujada, los parisinos habían sacado a relucir toda la artillería pesada. Un modesto mercadillo de Navidad, un tiovivo e incluso una pista de patinaje competían por el espacio y la atención de los visitantes.

—¡Hay un puesto de árboles navideños! —exclamó Marcos, incrédulo y emocionado.

Como no tenían móviles, insistió en comprar una cámara de fotos desechable en uno de los puestos. Se retrataron juntos riendo junto a los árboles, posando frente al grandilocuente edificio decorado con un millar de bombillas e intentando compartir una crepe de crema de avellanas sin ponerse perdidos. Por un momento, Elías llegó a creer en la fantasía de que eran una pareja normal disfrutando de una escapada.

Recorrieron la ciudad hasta perder la noción del tiempo y la distancia, sin que les preocupasen el frío ni el dinero que llevaban gastado. El aire salía de sus pulmones con un color blanco que parecía casi sólido y, por más que Elías se aplastaba el gorro de lana negro, le seguían doliendo los oídos por las bajas temperaturas, pero ¿qué más daba? Llegaron hasta el bulevar Haussmann y entraron en las galerías Lafayette solo para sacarse una foto con el barroco árbol. Debían de quedar muy pocas en el carrete, pero eso tampoco les preocupaba. También visitaron Printemps, otro enorme centro comercial en un edificio de estilo art déco, para refugiarse durante unos minutos del despiadado clima invernal.

—¿Sabes qué? Acabo de darme cuenta de que, con todo este lío, no te he comprado nada y mañana es Nochebuena —dijo Marcos, detenido ante un puesto donde vendían pasteles y macarons.

—Yo tampoco —admitió Elías. Tenía pensado dedicar una mañana en Madrid a buscar algo especial, pero las visiones de Madeleine habían echado a perder sus buenas intenciones.

—Estamos en el mayor centro comercial de Europa, ¿eso no te da alguna que otra idea?

—Te acabas de inventar ese dato, ¿verdad? —replicó Elías, incapaz de dejar pasar una imprecisión de ese calibre.

—Vale, puede que no sea el más grande, pero seguro que es de los más bonitos. ¿Qué me dices? ¿Quedamos aquí en media hora? Quien haga el regalo más original gana.

Marcos le miró expectante y no fue capaz de negarse.

—Está bien, media hora.

—Sé exactamente lo que busco, me sobran veinticinco minutos. ¿Serás capaz de aguantar tanto rato separado de mí? —se burló Marcos, separándose de él para apresurarse hacia las escaleras mecánicas.

—¡Ni se te ocurra regalarme libros, eso es trampa! —le advirtió.

Lo cierto era que él también sabía lo que quería regalarle. En los meses que habían estado juntos, Marcos había acabado por contarle con todo lujo de detalles cómo llevaba años ahorrando e invirtiendo para, algún día, reunir suficiente dinero y comprar de vuelta el piso de su padre en Madrid. Su sueño era convertirlo en una especie de hogar de acogida temporal para los nigromantes y brujas que no encajasen en las hermandades y aquelarres, o quizás en una escuela donde los marginados como él aprendiesen a sacar partido de sus dones en lugar de verse obligados a recurrir a los bajos fondos como le había sucedido a Marcos. El corazón de Elías se había reblandecido tanto mientras le escuchaba narrar esa historia, con los ojos iluminados, que casi se volvió mantequilla, pero también le había invadido una mezcla de rabia y vergüenza. Rabia por todas esas personas que le habían juzgado mal solo por su apellido o por los medios a los que tuvo que recurrir para sobrevivir, y vergüenza por haber sido una de ellas.

Marcos sabía que tardaría años en reunir todo ese dinero, puede que décadas, pero era la ilusión que le mantenía cuerdo y que le hacía saltar de la cama cada mañana. Elías quería demostrarle que

creía en él y que le apoyaría en todo lo que pudiese, a pesar de haber sido un elitista arrogante. Por eso planeaba regalarle un llavero para que algún día pudiese guardar en él las llaves de ese apartamento.

Buscó la zona del centro comercial en que vendían carteras, bolsos y todo ese tipo de cosas. Los llaveros se entremezclaban con artículos más lujosos y distintivos sin que nadie les prestase demasiada atención, a pesar de lo importantes que eran. Las llaves que llevabas contigo eran un pequeño resumen de tu vida, se dijo Elías, y merecían un bonito lugar donde vivir. En la sección de caballeros solo encontró sobrios y aburridos llaveros de cuero marrón, negro y azul marino. Esa parecía ser toda la libertad de elección que ofrecían a los hombres. Ninguno de ellos le pegaba nada al vivaz y carismático Marcos. Por suerte, a él palabras como «hombre» o «mujer», «masculino» o «femenino» le resultaban indiferentes. Casi había agotado sus treinta minutos cuando encontró un llavero plateado recubierto de cristales brillantes del que colgaban pompones de distintos colores: azul, rosa y amarillo. Puede que Marcos se hubiese teñido el pelo, pero nunca dejaría de ser Colorines. Sonrió, satisfecho por su hallazgo. Lo pagó y logró explicar con torpeza a la dependienta que era un regalo para que lo envolviese en una diminuta cajita. Tuvo que darse prisa para llegar al punto de reencuentro a tiempo. Cuando llegó, Marcos le estaba esperando con una caja más grande que la suya envuelta con el papel blanco de la tienda.

—Es imposible que me ganes, Baena —dijo agitando el regalo en el aire.

—Te dije que nada de libros —dijo Elías al ver la forma rectangular de la caja.

—No es un libro, eso sería demasiado predecible. ¿Por quién me tomas? —Marcos se llevó la mano al pecho, fingiendo estar ofendido—. Siento ser un aguafiestas, pero creo que ahora sí que deberíamos ir volviendo, antes de que tu hermano empiece a creer que te he raptado.

Elías miró la hora y se dio cuenta de que eran cerca de las diez. «¡Imposible!». Si le hubiesen preguntado, habría dicho que apenas

llevaban una hora caminando por la ciudad. Tardarían otra hora en llegar desde el centro al barrio en el que se alojaban. Marcos tenía razón en algo: Samuel iba a desquiciarse como tardase un solo minuto más de las once en llegar al piso.

—Además, tenemos que comprar la cena.

—Que pidan una pizza. —Marcos se encogió de hombros y juntos buscaron la parada de metro más cercana.

Cuando por fin estuvieron en el subterráneo, necesitaron un buen rato para aclararse con el mapa antes de dar con la ruta adecuada. Tendrían que recorrer la línea entera de metro y hacer un transbordo en un tren de cercanías. Una vez bajo tierra, no quedó ni rastro del hermoso espejismo en el que habían vivido. Aunque París presumiese de ser una de las ciudades más bellas del mundo, no dejaba de ser una ciudad y el metro fue una bofetada de realidad. Los viajeros malhumorados, las personas sin hogar que buscaban un rincón tranquilo donde pasar la noche y el sonido de los pasitos de las ratas les recordaron que no estaban en un parque de atracciones. París era un lugar repleto de sueños, pero también de problemas a los que no se les prestaba la suficiente atención. Viajaron en silencio en el vagón del tren, donde Elías se sorprendió al ver a mucha gente que se parecía a él, con el pelo muy rizado o muy negro, la piel ni clara ni oscura y todo tipo de rasgos. Tras cerca de cuarenta minutos y un montón de paradas, por fin llegaron a la última estación. Salieron del metro y comprobaron cómo el andén del tren RER estaba desierto. Se sentaron en un banco metálico resguardado de la lluvia por una cubierta translúcida.

—Ha sido un buen día —sentenció Marcos, mirando hacia las vías del tren—. ¿No te parece?

Hacía solo unas horas, Elías estaba encogido en el suelo temiendo volverse loco, reviviendo la desesperación de Madeleine. Marcos había conseguido que olvidase todo eso. «Ah…, por eso ha insistido tanto en que saliésemos», comprendió, algo tarde. Después de lo que había ocurrido en Îles des Vagues, los dos necesitaban un respiro.

—Lo ha sido.

Extendió la mano hacia la de Marcos y él la sostuvo con un gesto certero. Nunca se lo había confesado, pero le volvían loco sus manos, firmes pero suaves, como una invitación a una acogedora cabaña con robustos troncos por paredes, un montón de alfombras calentitas y una chimenea. Así se sentía cuando entrelazaban los dedos. Elías apoyó la cabeza sobre su hombro y notó la mejilla de Marcos rozando su pelo. Era el tipo de momento que deseabas que durase para siempre.

Permanecieron así, en silencio, esperando a que el tren llegase. Su preciada paz se entrecortó cuando la megafonía de la estación anunció que habría retrasos debido a un «obstáculo en la vía», o eso le pareció entender a Elías.

—No volveré a criticar nunca más el metro de Londres. Es igual de viejo que este, pero al menos es puntual —refunfuñó Marcos, sin darle más importancia al retraso. Elías, en cambio, empezó a sentirse inquieto.

—Algo no va bien…

—Tranquilo, será una rata muerta o algo así. Las hay a pares. En media hora estaremos en el piso.

Estaba en lo cierto, las ratas correteaban por el borde de las vías, puede que en busca de restos de comida o simplemente huyendo de un lugar a otro.

Al principio solo había una, pero un segundo roedor, tan grande que parecía un perro pequeño la siguió, y después otro, y un cuarto. No solo fue la repulsión hacia esos animales lo que le hizo soltar la mano de Marcos y ponerse en pie, alerta. También fue la música, una distante canción que se acercaba poco a poco. Las ratas treparon hasta el andén y Elías se dio cuenta de por qué le inquietaban tanto. A la mayoría de ellas les faltaban pedazos de carne que otros seres subterráneos habían arrancado, o estaban en un avanzado estado de podredumbre que desprendía un olor nauseabundo. En ellas había rastros evidentes de la forma en que murieron: aplastadas por un tren, electrocutadas, atacadas por otro roedor… Era imposible que hubiesen sobrevivido a esas heridas. Sus dudas se despejaron cuando a los roedores que aún conservaban su

carne le siguió un pequeño ejército de huesos que tintineaban al entrechocar con cada movimiento.

La flauta. Solo la flauta podría mantenerlas con vida en semejante estado.

Marcos se incorporó e hizo que Elías se refugiase tras él, aunque las ratas les rodeaban en todas direcciones. Invocó a sus sombras y para evitar que se agotase antes de tiempo Elías le prestó parte de su poder. Los látigos de oscuridad golpeaban el suelo cada vez que una rata se volvía osada e intentaba atacarles.

Por fin, la música desentonada de la macabra flautista de Hamelín cesó. Aun así, las ratas siguieron obedeciendo sus mandatos, como si le debiesen lealtad a la mujer que les había devuelto a la vida, aunque fuese en un estado tan lamentable.

Judith subió las escaleras de la estación, con las manos dentro de los bolsillos de su largo abrigo de cuadros grisáceos y su melena castaña recogida en una coleta. No parecía que tuviese frío ni tampoco que estuviese enfadada. Todo aquello solo era un trámite más para ella, la tercera Victoria era lo único que le importaba.

—Perdonad por el olor —dijo, deteniéndose entre ellos y las ratas —, una tiene que aprovechar lo que encuentra. Aunque esta ciudad apesta a muerte de todas formas.

Capítulo 12

Marcos dio un paso adelante, interponiéndose entre Judith y él. «Todo irá bien», se recordó Elías. Con o sin la flauta, Marcos era un nigromante lo bastante poderoso, capaz de derrotar a la mismísima Pitón con su ayuda, y Judith era una revelada. Incluso en Delfos había precisado del poder de Basil Koch y el de la banshee para luchar contra ellos. Solo podía amenazarles y usar palabras grandilocuentes. «Todo irá bien», se dijo pese al miedo en su corazón. Esa era la magnitud de la fe que tenía en Marcos.

—Sé que no os complace mi compañía y os aseguro que el sentimiento es mutuo, así que acabemos con esto rápido, ¿queréis? —Judith extendió la mano hacia los nigromantes—. Entregadme la tercera Victoria y no volveréis a verme, os lo aseguro.

—Esta vez no te serviría de nada aunque la tuviésemos —respondió Marcos.

Elías miró hacia el bolsillo donde Marcos guardaba el reloj, como si así se asegurase de que permanecía en su sitio. Tendrían que habérselo dejado a Leticia y Samuel, aunque ya era tarde para lamentarse por eso. Cuando alzó la vista, vio en la sonrisa de Judith, que se había percatado de su gesto.

—Mentís de pena.

—Solo es una antigualla —se apresuró a decir Elías, dando un paso adelante a pesar de los intentos de Marcos por detenerle—. No es como la flauta, no puede utilizarse.

—Pero seguro que no tardarás en descubrir cuál es su secreto, ¿no es cierto, Elías? Está claro quién es el listo de los dos. Así que usa esa cabecita tuya y resuelve el enigma —dijo Judith dándose un par de golpecitos en la frente.

—¿Crees que vamos a ayudarte así porque sí? —reprochó Marcos, entre la risa y el enfado.

—¿Ayudarme? No, no espero tu ayuda, pero tampoco sacas nada de intentar detenerme y yo tengo mucho que ganar. ¿Qué más te da lo que haga?

—Uno de nosotros tiene que hacer lo correcto —dijo Marcos, desafiando a su hermana.

—Algún día te darás cuenta de lo ridículo que suena eso. Sería mejor que admitieses que solo lo haces por llevarme la contraria, porque te crees mejor que yo.

—No pones el listón muy alto.

—Dijo el marginado, el mono de feria que prostituye su magia y trapichea con baratijas a cambio de palmaditas en el hombro. Los mismos que te dan migajas de atención vendrán a mi puerta a suplicar dentro de poco. Incluido tu novio.

Judith extendió la mano y su anillo empezó a crepitar, preparándose para arrojar la magia de sangre sobre ellos, como una descarga de energía pura. Las sombras detuvieron los destellos rojos, pero se trataban de una mera distracción.

Mientras la magia de sombras se concentraba en protegerles de Judith, las ratas se abalanzaron sobre Elías. Saltaron a sus piernas y treparon las unas sobre las otras hasta que pesaron tanto que le hicieron caer. Gritó, asqueado y muerto de miedo cuando le arrastraron lejos de Marcos. Si Judith les ordenaba usar sus dientes putrefactos, sería una forma horrible de morir. Eso suponiendo que su peso no lo aplastase antes. Intentó invocar sus gorriones, pero la opresión en su pecho era tan grande que no podía respirar, mucho menos recitar un conjuro. Cuando se dio cuenta de lo que sucedía, Marcos hizo un esfuerzo titánico por desviar el ataque de Judith y empleó todas sus energías en apartar a las ratas de Elías, que ni siquiera podía mover los brazos o las piernas para alejarlas por sí mismo.

Elías logró dar una bocanada de aire e incorporarse lo suficiente para ver que habían cometido un error fatal. Las ratas también eran una distracción. La mano de Judith se alzó tras ellos y, antes de que pudiese gritar para advertírselo, dejó caer la punta de una daga

contra el cuello desprotegido de Marcos. El nigromante gritó al sentir el punzante dolor, pero el bramido se quebró cuando la punta afilada se deslizó por todo su cuello. Marcos se llevó las manos a la herida, intentando contener la sangre que caía a borbotones entre sus dedos.

Elías luchó por levantarse, pero las ratas siguieron tirando de él hacia abajo.

Marcos le miró, con una certeza en sus ojos claros que revolvió cada fibra de su ser. Lo sabía, sabía lo que iba a pasar y que no podrían impedirlo. La sangre empapó su jersey, su abrigo, y goteó hasta formar un charco en el suelo. Marcos permaneció en pie, luchando, convulsionándose, hasta que su cuerpo se quedó sin fuerzas y se desplomó contra el suelo.

Lo que Elías estaba viendo no era real, no podía serlo.

Hacía unos segundos, Marcos le sostenía la mano mientras esperaban a que llegase el tren; hacía dos horas, miraban las bolas de Navidad de los puestos preguntándose si comprar una con una torre Eiffel sería demasiado tópico. Era imposible que ahora Marcos se estuviese desangrando sobre las baldosas sucias de un andén solitario sin que él fuese capaz de evitarlo. Era imposible.

Judith se acercó a su hermano y se agachó junto a él. Giró su cuerpo lo suficiente para rebuscar en sus bolsillos. Sacó el regalo recién envuelto y, tras agitarlo junto a su oído, lo descartó dejándolo caer sobre el charco de sangre. Luego siguió buscando hasta que dio con el reloj de bolsillo. Lo abrió y resopló al leer la inscripción en su tapa.

—«Volveremos a vernos en París».

Judith miró a Elías y bajó la vista, con una mueca en los labios que él no supo comprender. ¿Asco? ¿Pena? ¿Culpa? No podía comprender lo que pasaba por la mente de alguien capaz de asesinar sin que le temblase el pulso.

—Si hubieseis estado dispuestos a ayudarme, no tendría que haber recurrido esto. Me habría conformado con que me escuchaseis. Pero

tengo que valerme sola y en mi sangre no hay magia.

La joven extendió la palma de su mano sobre el charco y dejó que su anillo recolectase la sangre vertida. Elías recordó lo que Marcos les había contado sobre el poder de ese anillo. Solo la magia de un ser querido le serviría. ¿Cómo podías querer a alguien y hacerle eso? No tenía ningún sentido.

Judith no era lo único que le resultaba incomprensible. Todo lo que sucedía a su alrededor le parecía irreal. Los movimientos de las ratas junto a él y los gestos que hacía Judith al hablar estaban ralentizados, como si se hubiesen transportado a un mundo donde la gravedad era demasiado pesada y el tiempo se volvía gelatinoso.

Tras una orden de su ama, las ratas le liberaron. Saltaron de su cuerpo y corretearon de nuevo para perderse en las mismas alcantarillas y túneles mugrientos donde habían pasado toda su vida.

—Eh, atrápalo —dijo Judith antes de lanzarle el reloj de bolsillo. Sus músculos se movieron por su cuenta y logró atraparlo en el aire —. Eres una persona inteligente y con recursos. Averigua cómo funciona la Victoria y, si te portas bien y me ayudas, tocaré la flauta para Marcos. Será como si se hubiese pasado el día durmiendo. Te esperaré mañana en el cementerio de Montparnasse, justo después de que lo cierren al público.

Marcos estaba muerto, y, sin embargo, no podía morir. No así. No entonces. No así. Tenían planes, se querían, eran jóvenes y la vida les aguardaba con los brazos abiertos. La muerte tendría que esperar antes de reclamarle. La flauta. Sí. La flauta le traería de vuelta. Solo tenía que encontrar a Madeleine, descubrir cómo lograba retornar a la vida una y otra vez y contárselo a Judith. Podía hacerlo, y ya no le importaba si debía o no. «Uno de nosotros tiene que hacer lo correcto», fueron de las últimas palabras de Marcos, pero todo apuntaba a que Elías no iba a ser esa persona y ni siquiera se arrepentía.

—Lo haré, lo haré, pero no metas a nadie más en esto. Deja a mi familia en paz.

—Podríais haberlo pensado antes de raptar a mi única amiga —le reprochó Judith—. Pero no soy una mala persona, Elías. Solo tengo un objetivo. Si ellos me dejan en paz a mí, no pienso perseguirles. —«Pragmática», así la había descrito Marcos hacía unas horas. Asesinar a su hermano, herir a Alyssa no era una cuestión personal para ella, solo daños colaterales—. Nos vemos mañana.

Judith se marchó y él permaneció inmóvil durante mucho tiempo, más del que fue consciente. Pero el mundo seguía avanzando a su alrededor. Vio las luces del tren asomándose en la distancia. Si alguien veía la escena, la policía intervendría, le alejarían de Marcos, le abrirían y examinarían, y entonces Judith no le devolvería a él a la vida, sino a una especie de Frankenstein cosido una y otra vez. La idea le horrorizó lo bastante para ponerle en marcha. Se arrastró a gatas hasta Marcos y alzó una barrera de sombras en torno a ellos. El suelo tembló cuando el tren llegó al andén. Las puertas se abrieron, pero nadie bajó. Esperó en silencio hasta que el tren reanudó la marcha y el último vagón hubo desaparecido de su vista.

—Marcos… —susurró. Quería tocarle, pedirle que despertase, decirle que tenía frío y quería ir a casa. Pero, aunque agarrase su mano o golpease los hombros, Marcos ya no estaba en ese cuerpo.

Los nigromantes veneraban la muerte y aceptaban sus mandatos. No debían desafiarla cuando reclamaba un alma. Pero no tenía ningún derecho a exigir la de Marcos. No podía jugar con Elías y arrebatarle lo que más quería.

Por si le quedaba alguna duda, se percató del regalo sobre el suelo. El envoltorio se había rasgado y entre el papel se podía distinguir un juego de figuritas de soldados templarios, muy parecidas a aquellas con las que solían jugar de pequeños. Se había acordado de esa tonta historia que le contó sobre los libros de las Cruzadas.

No era capaz de renunciar a ese chico, no podría ni aunque quisiese.

Encontraría la última Victoria y así Marcos volvería a él.

Recordó las ratas putrefactas y supo que tenía que hacer algo.

Dudaba que el emperador Qin Shi Huang hubiese previsto esa forma tan imperfecta de volver a la vida, o puede que sí, que hubiese encontrado la forma de conservar su cuerpo incorruptible o que los efectos se revirtiesen con el tiempo, pero no tenía forma de saberlo. Recordó la peculiar versión de «Blancanieves» que Marcos le había contado y supo lo que tenía que hacer. Le cerró los ojos para que pareciese que dormía y comenzó a recitar.

—Ohm seieshem ohmed yihsah.

Sintió como la oscuridad se apoderaba de un pedazo de su cuerpo, pero nunca había renunciado tan gustosamente a su carne a cambio de la magia. Una fina barrera de sombras, tan cristalina que casi parecía transparente, se alzó para envolver a Marcos en un manto que le mantendría a salvo hasta que la flauta le trajese de vuelta. Aislado del aire, la humedad, el frío, el calor o las bacterias, permanecería incorrupto. Las sombras le elevaron en el aire, convirtiéndose en una procesión fúnebre. Elías recogió el regalo de Navidad y la cámara de fotos, que se había resquebrajado, arruinando el carrete repleto de recuerdos, y se puso en pie. El papel blanco que lo envolvía se había vuelto granate por la sangre que había absorbido, pero no le importó. Lo abrazó con fuerza contra su pecho.

Tenía que esconderse.

Si Leticia o Samuel se enteraban de lo que pretendía, intentarían detenerle. Samuel le llevaría a rastras a su casa y Leticia le confiscaría el reloj. Por primera vez, estaba solo.

Judith descendió las escaleras del andén y, cuando llegó al túnel que conducía hasta la salida, se detuvo para apoyarse contra la pared. Muy a su pesar, las piernas le temblaban. Aún podía sentir el entusiasmo sediento con que el anillo había absorbido toda la magia en la sangre de Marcos. Una magia que no era como la de Styx, sino mucho más poderosa. El don de las sombras siempre fue generoso con su hermano. A él le otorgó todo cuanto le había negado a ella. Se miró las manos y, aunque estaban secas y limpias gracias al anillo, por un momento creyó verlas ensangrentadas, igual que le

sucedió a Lady Macbeth. «Es como si estuviese dormido», se aseguró. Elías resolvería el misterio en el que ella había fallado y tocaría la flauta. Todo se arreglaría. Sería como si nunca hubiese sucedido.

—Idiota… —maldijo a su hermano—. ¿Por qué no podías estar de mi parte por una vez?

Guardó las manos en los bolsillos para no verlas, qué importaba si estaban manchadas o no. Siempre se las había ingeniado para salirse con la suya y esta vez no sería diferente. A pesar de que todos la viesen como un monstruo, desde niña lo único que había ansiado era un final feliz y estaba cada vez más cerca de lograrlo.

El cuerpo de Vivien se había descompuesto en una infinidad de pedazos, hebras de materia y energía que escapaban a los conocimientos de la ciencia. No era del todo terrenal, como los humanos, pero tampoco era un espíritu. Descomponerse resultaba un proceso de lo más desagradable, pero no era el dolor físico ni el tedio de la espera lo que más detestaba.

En algún lugar entre su esencia etérea y las partículas de su cerebro material se almacenaban los recuerdos de una longeva existencia, borrosos y nítidos a la vez. Mientras retornaba a su forma original, revivía aquel cúmulo de penas y dichas. Volvía a sentir cómo las cadenas de sombras se cerraban en torno a sus muñecas cuando un nigromante, aunque en aquel entonces aún fuesen confundidos con los druidas, ató su destino al de una familia de sangre noble a la que llegaría a conocer demasiado bien. A veces los detestaba, cuando cometían atrocidades y demostraban hasta dónde podía llegar la crueldad humana, pero otras veces, cuando eran ellos las víctimas de guerras, tragedias y epidemias, se compadecía de ellos, aullando para augurar y lamentar su muerte, tal y como sus cadenas le obligaban a hacer. Ese era su cometido, advertir un final que rara vez podía evitarse. No le permitían hacer acto de presencia ni celebrar los momentos más dulces, esos fugaces instantes de paz y regocijo que en ocasiones le habían hecho sentir envidia por la libertad de la que gozaban los humanos y que tantas veces malgastaban. Bodas, nacimientos, celebraciones de toda índole se

entremezclaban con dulces caramelos de cotidianeidad. El estrecho lazo entre dos hermanas, cuando uno de los muchachos se enamoraba o cuando veía a una anciana abuela tejiendo una bufanda para asegurarse de que los chiquillos no pasasen frío en el húmedo invierno irlandés. Los pequeños vínculos hicieron que se preguntase qué se sentiría al ser humana, al crecer, amar, envejecer, tener hijos…

Con el paso de los siglos, la sangre de la familia se había diluido y expandido tanto que Vivien dejó de conocer a las personas que custodiaba. En los últimos años de servidumbre, su existencia se había limitado a descomponerse para aparecer muy lejos de su hogar, en Australia, Argentina, Estados Unidos o dondequiera que los descendientes del clan hubiesen emigrado. Auguraba la muerte de un completo desconocido y apenas había podido recuperarse del trance cuando volvían a reclamarla.

Se había resignado a pasar así el resto de sus días o hasta que toda la humanidad fuese barrida de la tierra por algún desastre natural o a causa de su propia necedad, pero mucho antes de que eso sucediese, apareció ella.

Judith la encontró en su viejo castillo en ruinas, lo más parecido que tuvo a un hogar y donde se refugiaba en los escasos momentos de paz. La humana tenía un aspecto premeditadamente común, pero una impronta difícil de olvidar. Se sentó junto a ella, entre las rocas y el musgo, y empezaron a charlar como si fuesen dos amigas que se veían a diario. Vivien hubiese hecho cualquier cosa que le pidiese con tal de que no se fuese y la dejase sola. Había olvidado lo agradable que era alguien te viese, que te escuchase como a una igual. También había estado a punto de olvidar cómo hablar después de una eternidad entre chillidos.

Judith ansiaba saberlo todo sobre la muerte y pensaba que ella, que la conocía de primera mano, lograría ayudarla. Quería descubrir sus puntos débiles, si podía ser derrotada y cómo. Cuando Vivien le explicó que ella no había visto a la muerte, que solo tenía un don especial para saber cuándo y dónde iban a suceder cosas malas, temió que se marchase. Aunque se hubiese tomado tantas molestias por encontrarla y por llegar allí, no parecía enfadada, solo frustrada y no con ella. En lugar de irse cuando supo que no podría obtener

lo que buscaba, Judith la miró a los ojos y le hizo una simple pregunta que lo cambió todo para Vivien.

—Esas cadenas… —Señaló la oscuridad que ataba sus muñecas al destino de sus protegidos, un centenar de hilos que se dispersaban en todas direcciones—. ¿Te gustaría librarte de ellas?

—Las cadenas son lo que soy. No recuerdo haber existido de otra forma, aunque supongo que lo hice. —La habían llamado muchas cosas: mensajera de otro mundo, espíritu protector, mal augurio, alma en pena. Pero, cuando miraba a sus cadenas, no se sentía como ninguna de ellas—. Soy su esclava. Mis amos nunca me liberarán, ni siquiera saben que existo. Así que da igual lo que yo quiera.

Judith le apoyó la mano en el hombro. La mayoría de los humanos no eran capaces de verla siquiera, pero quienes lo hacían la rehuían tanto como podían, presintiendo la llamada de la muerte en su ser. Judith fue la primera persona que no tenía miedo.

—Las esclavas no existen, solo las personas que son esclavizadas por otros. Su crueldad no te define. —Judith apretó la cadena con su mano, y las sombras, en lugar de herirla o de obligarla a retroceder, reconocieron su presencia—. Esta no eres tú. ¿Quieres averiguar quién eres en realidad?

Vivien sintió una punzada de temor a lo desconocido. Descubrir tu camino, cuando llevas tanto tiempo sin existir apenas, es como saltar al abismo. Pero también sintió la emoción de descubrir un futuro al que ya había renunciado.

Asintió y la muchacha apretó aún más las cadenas. Una caótica red de relámpagos rojos brotó del rubí que resplandecía en su dedo, en el centro de un delicado y hermoso anillo de plata. A Vivien le gustaban los rayos, había algo en ellos que le hacía preguntarse si no habría una criatura como ella atrapada en esa luz, gritando, pero no hubo ningún trueno ni electricidad en los relámpagos, solo magia. Los cepos se deshicieron como si nunca hubiesen existido y el peso de los miles de almas que custodiaba se desvanecieron con ellos. Ya no sentía sus preocupaciones ni sus miedos, su alma no se agitaba torturada cuando sabía que algo terrible estaba a punto de

sucederles ni la invadía un vacío cuando dejaban este mundo. Era libre.

—¿Cómo? —logró preguntar, abrumada. Pero la joven de la mirada segura no respondió, solo le hizo otra pregunta más, una propuesta:

—¿Te gustaría trabajar conmigo?

Su cuerpo casi se había regenerado del todo; aunque aún quedasen pequeños parches por cubrir, sus formas eran ya reconocibles: brazos, piernas, manos y dedos, su piel blanquecina y su mirada recelosa. Su mente estaba más cerca del presente que de sus recuerdos. Podía oír a ese condenado nigromante hablar y sus cristalinos enfocaron lo suficiente para ver su silueta moviéndose de un lado a otro del salón.

—Es medianoche, deberían haber vuelto ya.

—Son dos veinteañeros enamorados en París —dijo la agente de la Guardia, sentada en el sofá con un ejemplar de Chéri, de Colette, abierto sobre las piernas—. ¿De verdad te sorprende que no se hayan ido a dormir pronto?

Las palabras no tranquilizaron a Samuel, que empezó a moverse con aún más nerviosismo.

—Enamorados… —maldijo—. No creo que un Vega pueda sentir algo parecido. Mira la vida a la que condenó a sus hijos ese maldito loco. Le importaba más demostrar que el resto nos equivocábamos que su familia. Ese chico… es igual.

—No es fácil tener que vivir demostrando que eres suficiente todo el tiempo. —Leticia se encogió de hombros cuando el nigromante le lanzó una mirada asesina—. Solo digo que Elías es mayorcito y que no hace falta que andes preocupado de un lado a otro como si fueses el padre de un adolescente.

—¿Es que tú no te preocupas por tu hermano?

Leticia respondió con una risotada divertida.

—Todo el tiempo; ese mocoso es un imán para los problemas absurdos y peligrosos, y no tiene ningún reparo en pedirme ayuda, te lo aseguro.

—Pues Elías no es así. Él es todo lo contrario, huye del peligro, o eso hacía hasta que conoció a ese hereje embustero.

—¡Hereje! Discúlpame, creo que no estoy vestida para la ocasión. ¿Dónde crees que puedo comprar un jubón y unas calzas?

—Búrlate todo lo que quieras, pero ese chico no es bueno para Elías. Mi hermano no es como los demás, nunca lo ha sido. Ni siquiera se da cuenta de que necesita ayuda, se la tienes que dar y punto. Antes creía que si le daba un empujoncito aprendería a valerse por sí mismo, que ganaría confianza, pero solo conseguí arrojarle a las garras de ese tipejo.

Siguió moviéndose y Vivien recordó la forma que adoptaban sus sombras. La expresión «un tigre en una jaula» parecía literal cuando lo mirabas a él, grande, poderoso y atrapado en sus propios pensamientos. Pobre ingenuo. Marcos no era el Vega por el que tenían que preocuparse.

—Tipejo, hereje… ¿No te parece que estás siendo un poco melodramático? —repuso la agente, pero Samuel la ignoró.

—No aguanto más. Elías me necesita, estoy seguro.

Caminó hacia el perchero de la entrada en un par de zancadas y comenzó a vestirse para salir.

—Podría estar en cualquier sitio, ¿no crees que es mejor esperar a que vuelva? Seguro que han estado comiendo crepes por ahí.

—Puedo encontrarle sin problemas. —Sacó un pequeño amuleto de un brillante metal perlado con forma de gorrión.

—¿Eso es lo que creo? —Leticia frunció los labios—. ¿Sabe tu hermano que le has puesto un rastreador?

—No. No lo hubiese permitido, pero después de lo que pasó en Grecia… Le dejé cinco minutos solo en el baño y desapareció sin

previo aviso —dijo como si fuese una razón de peso.

Vivien quería que se olvidasen de que estaba ahí, por eso contuvo una carcajada. Judith había acertado en todo. Los nigromantes creían que el mundo les pertenecía, que no tenían que pedir permiso ni perdón por nada.

—Entonces ¿le estás espiando, sin más? Eso no parece muy sano.

—Con todos mis respetos, ni siquiera sé por qué sigues aquí, así que puedes ahorrarte tu opinión sobre cómo funcionan las cosas entre mi hermano y yo.

Leticia alzó las manos exasperada, como si dijese «de acuerdo, haz lo que te dé la gana». Y así fue. Samuel invocó a las sombras y una pequeña llama negra titiló sobre la palma de su mano hasta envolver el amuleto. Una segunda llamarada apareció en el aire a unos pocos pasos de él, en dirección a la salida, abrió la puerta y Vivien se asomó lo suficiente para ver un rastro de llamas de sombras en el aire. Samuel salió del apartamento con un portazo, dejando a las dos mujeres a solas.

—«Ni siquiera sé por qué sigues aquí» —masculló Leticia, imitando la voz grave del nigromante—. Como si él hubiese hecho gran cosa. «Gracias por poner tu equipo de la Guardia a nuestra disposición aunque te estés jugando el puesto, Leticia», querrás decir. —Agitó la cabeza, decidida a volver a su lectura, pero sus ojos se cruzaron con los de Vivien antes de llegar a las páginas—. Vaya, has vuelto. ¿Has oído todo eso?

Por un momento estuvo tentada de ignorarla. Había aprendido que a los humanos su presencia les resultaba mucho más aterradora cuando permanecía en silencio que cuando chillaba, pero una punzada de lealtad absoluta fue más poderosa que su sentido común.

—He escuchado cómo ese nigromante desprecia a los Vega cuando son mucho más nobles que él.

Leticia se mordió el labio.

—Admitirás que Judith es… poco ortodoxa.

—Es valiente, piensa por sí misma en vez de obedecer a los viejos de la Hermandad como ganado —dijo sin meditar sus palabras, dejándose llevar por sus emociones. Eran muchos los que creían que los seres semiespectrales como ella no podían albergar sentimientos, pues su cuerpo era frágil y etéreo, pero lo habían entendido todo al revés. Sin una piel sólida que los contuviese, sus emociones se desperdigaban por doquier.

Leticia cerró el libro y lo dejó sobre la mesita de café. Movió una de las sillas del comedor y se sentó frente a ella.

—Desde que Judith ha decidido hacer acto de presencia, ha muerto un nigromante y una bruja ha sido herida de gravedad. Entiendo que Baena esté preocupado por la moral de los Vega.

—Judith no es la mala de la historia. Me advirtió que esto ocurriría.

—¿«Esto»? ¿El qué?

—Lo que ocurre cuando desafías el statu quo. La gente se pone nerviosa y se olvida de cuál es el verdadero problema, nos culpamos los unos a los otros en lugar de ver que es todo el sistema el que falla. Preferimos seguir encadenados que comprender nuestro verdadero poder. Me pasé mil años atada a unas cadenas y Judith las deshizo en un suspiro. Yo podría haber hecho lo mismo si lo hubiese intentado, pero nunca lo hice. Así sois vosotros, siervos de diosas que deciden si vivís o morís, si tenéis poder o si solo podéis suplicar y rezar.

Creyó que la agente despreciaría sus palabras, pero Leticia inspiró hondo y asintió para responder con una irritante tranquilidad:

—Entiendo que le estés agradecida por haberte ayudado, pero…

—¿Ayudado? Judith no me ayudo, me creó. Me dio un nombre, un propósito, la libertad. Y no me pidió nada a cambio. No podéis entender lo que es eso para alguien que ha olvidado que no está indefensa.

—¿Sabes qué? Es cierto —dijo la agente después de una pausa.

Parecía que había optado por cambiar de estrategia—. Judith tiene razón en que hay demasiadas injusticias en la sociedad mágica, pero está cometiendo errores de los que se va a arrepentir. La Guardia no tiene jurisprudencia para juzgarla o encarcelarla por sus actos, así que no he venido hasta aquí para eso. Solo pretendo evitar que cruce la línea y haga una estupidez irreparable. Tal vez la Guardia tenga las manos atadas, pero los nigromantes no dudarán en tomarse la justicia por su mano.

Vivien no era tan estúpida como creían. ¿Ahora pretendía convencerla de que le preocupaba el bienestar de Judith? Si fuese así, alguien habría estado allí cuando era una niña que necesitaba ayuda, pero la dejaron de lado, la olvidaron hasta que se convirtió en una mujer que les aterraba. No les inquietó su abandono, pero sí que dejase de lado la cordialidad para reclamar lo que le pertenecía por legítimo derecho.

—¿Te preocupan las injusticias, revelada? ¿O quieres que tus sucios jefes de la Guardia te den unas palmaditas en el hombro y te digan que lo has hecho genial? Fingís que sois bondadosos, pero solo os preocupáis por vosotros mismos. Buscáis a esa tal Madeleine para utilizarla y desecharla como hacéis con todo el mundo. Cuando Judith la encuentre, la ayudará como hizo conmigo y después salvará a muchas otras personas a las que vosotros le habéis dado la espalda. Las ayudará a las dos.

Hubo un instante de silencio en el que Vivien creyó que había vencido, que la había desarmado con la verdad en la mano, pero Leticia no parecía derrotada.

Vivien apretó los brazos, furiosa consigo misma. «No hables con ellos cuando les encuentres, aprovecharán cualquier palabra que digas», le había advertido Judith.

—A las dos… —dijo Leticia, pensando en voz alta consigo misma—. Claro, el vínculo tiene dos extremos: Madeleine y esa otra chica…, ¿cómo la llamó Elías? Adrienne. ¿Judith cree que ella también se está reencarnando?

—Aunque te lo dijese, no serviría de nada. Judith está a un paso de conquistar a la Muerte y conseguir sus dones mientras vosotros dais

tumbos en la oscuridad.

La agente miró hacia abajo, a la sal que formaba su prisión.

—No me obligues a hacerlo, banshee.

—Me llamo Vivien. ¿Vas a torturarme hasta que confiese? —preguntó, sospechando que no era más que un farol—. No las encontraréis a tiempo.

En un rápido movimiento, se agachó y agarró un puñado de sal con sus manos desnudas. Vio cómo Leticia se ponía en pie de un salto para intentar impedirlo, pero ya era tarde. Su cuerpo volvió a descomponerse y la sal se esparció por el suelo.

Capítulo 13

El encanto de la Navidad y las multitudes felices, tan poderoso como un auténtico embrujo, habían conseguido que Elías olvidase que París era una ciudad cimentada sobre la Muerte, la morada de la Grande Faucheuse. El símbolo de la parca portando una guadaña, con la que arrebataba vidas como si de una cosecha se tratase, se había popularizado cuando la primera oleada de peste arrasó Europa en el siglo XIV, pero antes y después de ese negro acontecimiento París fue el escenario de todo tipo de matanzas y epidemias. La fe, la clase social, la libertad fueron las palabras tras las que se justificaron masacres religiosas, cazas de herejes, guerras y revoluciones en las que hasta los propios sublevados acabaron con la cabeza cercenada. Tenía sentido que hubiesen acudido allí para reencontrarse con Ella. La Muerte debía de sentirse como en casa en una ciudad bajo la que transcurrían túneles con paredes de huesos y cráneos. Puede que París fuese la ciudad más bella, pero también era la más macabra. ¿No es eso lo que decían? Cuanto más fuertes las luces, más profundas las sombras.

Elías era muy consciente de la presencia de la Muerte mientras caminaba junto al río con el cuerpo sin vida de Marcos flotando en el aire, envuelto por la cúpula de sombras. Prefería pensar que estaba dormido y que en cualquier momento despertaría. Eso era lo que le había prometido Judith a cambio de su ayuda. Pero hasta que despertase tenía que encontrar un lugar seguro para él. Podría haber buscado cualquier edificio vacío o un rincón abandonado del metro, había mil rincones en la ciudad que nadie visitaría, pero se sentía incapaz de dejarle a solas en un lugar frío y oscuro.

«París es un regalo del Sena». ¿Quién había dicho esas palabras? No lo recordaba.

La mente de Elías estaba inusualmente centrada. Ahora que sus mayores miedos se habían cumplido sin piedad, podía centrarse en el presente. Si un rayo le cayese encima y le fulminase de pleno, puede que le estuviese agradecido al cielo, así que ¿por qué seguir

preocupándose? Rebuscó en sus recuerdos, en aquellos libros que leyó hacía años sobre la arquitectura de la ciudad, y la imagen de un lugar hermoso, pero mucho más tranquilo que el resto de los templos de la ciudad, acudió casi por arte de magia. En la Île de la Cité, flotando entre los dos brazos del río Sena, se alzaba una construcción gótica que casi pasaba desapercibida entre los famosos monumentos que la rodeaban. La mayoría de los turistas pasaban a unas decenas de metros de ella sin sospechar que estaba ahí. La Sainte-Chapelle.

Recordaba aquel lugar porque al leer su historia hubo algo en ella que hizo que Elías se sintiese identificado. Con su creador, con el propio edificio, no estaba seguro. Era una sensación extraña. ¿Cómo puedes verte reflejado en un montón de piedras? La Sainte-Chapelle era una hermosa obra maestra, pero su fama había empalidecido frente a su hermana, la catedral de Notre Dame. Fue alzada de la nada en solo siete años y el rey que la ordenó construir pasó a la historia por sus extrañas y persistentes manías. Algunos historiadores tachaban de «neurótico» y obsesivo a Luis IX, mientras que según los valores de su época fue considerado como un rey devoto y modélico. Elías tenía la impresión de que en realidad solo era un hombre aterrado que intentaba controlarlo todo para no caer presa de sus temores. Podía comprender esa sensación aunque no aprobara su empeño por asesinar herejes e infieles.

Cerca de una década después de haber leído aquella historia, Elías cruzaba los puentes que se alzaban sobre el Sena para llegar a la isla y encontrar la olvidada capilla, rodeado por más luces navideñas que personas. La decoración que hacía unas horas le embriagaba de felicidad le hacía sentir más vacío que nunca. Por un momento se imaginó que se sentaba en mitad del puente de piedra y que dejaba que el frío le calase los huesos hasta que dejase de sentir cualquier cosa que no fuese frío, igual que en el fondo de aquella bañera con la que soñó. Pero no podía hacer eso. Si no encontraba a Madeleine, Marcos seguiría…, seguiría…

«Muerto», dijo una voz en su cabeza, zanjando su dilema.

«No por mucho tiempo», se dijo.

«Marcos nunca hubiese aprobado esto —respondió la voz en su

cabeza, su conciencia, o quizás la parte más cruel de sí mismo, una que quería hacerle sufrir—. Él sabía que nadie debería tener poder sobre las reglas de la vida y la muerte, ni siquiera para salvarse».

«Soy yo el que tiene que vivir sin él. Vivir requiere esfuerzo, es más fácil seguir…».

«¿Muerto?».

«Soy un hipócrita. ¿Eso es lo que quieres decir?».

«Supongo que lo somos. Querías detener a Judith por motivos egoístas y ahora quieres detenerla por lo mismo. ¿En qué te diferencias de ella?».

Estuvo a punto de echarse a reír. Parecía que el bien o el mal no eran conceptos que le importasen tanto después de todo. No era tan distinto de los emperadores que ansiaban vivir para siempre ni de las videntes que convertían a sus amados en piedra para salvarles de una muerte segura. La desesperación te convertía en un tipo muy concreto de persona a una velocidad imparable. Tal vez por eso la muerte le había escogido para mostrarle las vidas que guardaba en su colección.

Elías siguió caminando por la isla, a través del Boulevard du Palais, donde los comensales de los restaurantes apuraban los últimos minutos antes del cierre. Ahí estaba la Sainte-Chapelle, atrapada entre modernos edificios, camuflada a plena vista. Era una tragedia que un lugar tan místico y bello no estuviese a pie de calle, sino enclaustrada por las fachadas de otras construcciones y un aparcamiento. Elías se cubrió a sí mismo entre sombras y se inmiscuyó por la entrada del bulevar, abriendo cerrojos y candados con su magia como si fuese un juego de niños.

Por fin se detuvo ante su estrecha fachada, que ofrecía un pequeño bocado para abrir el paladar ante lo que ofrecía su interior. El colosal rosetón se erguía sobre un pórtico de arcos apuntados, que se propagaban por todo el edificio para acoger sus célebres vidrieras. En lo alto de su tejado a dos aguas se alzaba una aguja que hacía parecer el edificio aún más pequeño, igual que las verjas que lo rodeaban. Aunque fuese soberbia por fuera, Elías no pudo

vaticinar la belleza que le esperaba en el interior de la capilla superior.

La luz de la ciudad se inmiscuía entre las vidrieras, tiñendo la alargada estancia de un rojo visceral y un azul místico. Elías no soñaba como el resto de las personas, pero se imaginaba que la sensación de estar en un mundo irreal tenía que ser parecida a lo que sentía al avanzar por la nave entre las escenas bíblicas que se relataban en los mosaicos de color. Los cirios de los candelabros permanecían encendidos, como si las estrellas pintadas en el techo cian hubiesen cobrado vida para descender entre los mortales. Elías avanzó sobre un camino de baldosas pintadas con los mismos colores que la vidriera hasta detenerse ante el altar. Luis IX ordenó construir la capilla para albergar reliquias sagradas, como la corona de Cristo, que más tarde le sería arrebatada por Notre Dame. Igual que él, ni siquiera podía cumplir con su propósito inicial. ¿Qué era un templo sin sus reliquias? ¿Y una persona sin una causa?

Acababa de dar la espalda a la diosa a la que sus antepasados habían servido fielmente y no esperaba que el dios cristiano fuese clemente con él a cambio, pero sí que acogiese a Marcos. Él no había hecho nada malo.

Se inclinó sobre él tanto como pudo sin atravesar el féretro de sombras.

—Lo siento —susurró con la esperanza de que la Muerte le transmitiese su mensaje—. Siento ser tan egoísta. —Se llevó la mano al rostro en un movimiento veloz para apartar una única lágrima. No se iba a permitir llorar porque no le había perdido, aún no—. Siento haber dejado que todos te señalasen, no debería haberlo permitido. Tú eres mejor que yo, pero esta vez haré las cosas bien, ya verás. Lo arreglaré todo y la próxima vez que vayamos en bici tendrás que dejarme ir delante.

Retrocedió un paso y permitió que las sombras alzasen su cuerpo sobre el altar, hasta que le acogió el techo de falsas estrellas. Era lo más parecido que podía darle a una constelación, a un cobijo donde hibernar. Dejó que la oscuridad se entremezclase con la luz cálida de los cirios hasta que quedó oculto y protegido, se dijo. Nadie vendría a buscarle allí, nadie molestaría su sueño ni interrumpiría

el solitario velatorio.

Aún se preparaba para despedirse, «para decir hasta pronto», se corrigió a sí mismo, cuando comprobó que ni siquiera allí encontraría un segundo de paz.

Oyó pasos tras él, pesados golpes contra las baldosas que irrumpían el mudo crepitar de las llamas. Reconoció esa manera de caminar, segura, como si cada palmo de suelo que pisaba le perteneciese.

—Samuel…

Por un momento creyó que el shock le había hecho delirar, pero era real. Su hermano estaba detenido en mitad de la Sainte-Chapelle con el entrecejo fruncido y los puños apretados. Parecía enfadado y también preocupado, pero Elías no tenía fuerzas para ver más allá de su enojo.

—¿Qué haces aquí? ¿Qué ha pasado? —Samuel siguió avanzando hacia él, pero Elías alzó un manto de sombras entre ambos. No quería que se acercase, ni él ni nadie. No podría soportar que le tocasen.

Su hermano le miró dolido.

—Eso tendría que preguntártelo yo a ti. ¿Cómo me has encontrado?

Normalmente no hubiese sido capaz de desafiar así a Samuel, pero una rabia que no sabía que albergaba empezó a florecer, o más bien a bullir. Puede que se hubiese equivocado al pensar que se había quedado vacío, que no sentía nada… Tal vez el problema era que sentía demasiadas cosas a la vez, más de las que alguien acostumbrado a vivir a través de sus libros podía soportar.

—Eso no importa, vámonos a casa. Baja esa barrera y salgamos de aquí, este lugar me da escalofríos.

Elías negó con la cabeza.

—Sí que importa. ¿Me has rastreado? —Elías comenzó a rebuscar en sus bolsillos y, entre los tiques de sus compras y los regalos, encontró una figurita de metal en la que no había reparado. La

sostuvo entre los dedos y la sacó de ahí para comprobar que se trataba de un tigre metálico, tallado con esmero—. Has debido de encargarle esto a un hechicero artesano muy talentoso… ¿Cuánto tiempo llevabas planeando seguirme?

—Es solo una medida de prevención, y parece que no fue del todo mala idea.

—No confías en mí.

—No confío en Vega ni en su hermana demente. —El corazón de Elías se estremeció al darse cuenta de que solo él y Judith sabían que Marcos…, que él…—. Mira lo que le ocurrió a Alyssa, no quiero que te pase lo mismo. Ya lo discutiremos luego en un lugar seguro.

Las palabras de Samuel empezaron a emborronarse y dejó de distinguir su significado. Estaba furioso porque Judith les había derrotado, porque estaba solo y no podía contar con nadie, porque su hermano jamás podría entenderle, ni su amor por Marcos ni sus sueños tormentosos ni su pavor a la Muerte. Estaba solo.

—Elías…

—¿Traicionarías a los nigromantes por mí? —Alzó la vista y la súbita seriedad en su mirada sorprendió a Samuel; parecía que no reconociese a su dulce hermanito en esos ojos furiosos.

—¿A qué viene eso?

—Responde. Si la única manera de salvarme fuese renunciar a la Hermandad, a todo lo que consideras superior, puro, correcto, ¿lo harías?

Samuel vaciló, el tiempo suficiente para que Elías tomase una decisión.

—Sí, supongo que sí. ¿Importa?

—No serías capaz. No tienes ni idea de lo que es ser un marginado, que te den la espalda.

—Haría lo que fuese por ti, ¿es eso lo que quieres oír? ¿Acaso no lo

estás viendo? He cruzado media Europa porque me lo has pedido.

—Has venido porque crees que debes reparar tu error, porque Judith tiene la flauta por tu culpa y no podrías soportar la vergüenza de que consiga lo que se propone gracias a ti. Tienes miedo de que te traten como tú has tratado a Marcos.

Samuel dudó de nuevo, intentando comprender qué había cambiado en su hermano en solo unas horas. Empezó a caminar hacia él y Elías supo que resquebrajaría su barrera de sombras con la misma facilidad que levantaba una taza de café.

—No sé qué ha pasado o qué te ha dicho ese chico, pero…

—¡Basta ya! —gritó, con los ojos cerrados y la mandíbula apretada con tanta fuerza que creyó que sus dientes reventarían.

Sus sombras se descontrolaron y salieron despedidas de su cuerpo como agujas que habrían perforado a Samuel si su propia magia no hubiese desviado los proyectiles. Cuando volvió a abrir los ojos, su hermano le observaba como si estuviese ante un desconocido.

—Yo… —«No ha sido a propósito», quiso decir, pero Samuel no le dio la oportunidad de explicarse.

—Nos vamos. A casa. A Madrid.

Elías negó con la cabeza y Samuel comenzó a susurrar un poderoso conjuro. Contempló, impotente, cómo la oscuridad se arremolinaba hasta dar forma a un tigre descomunal, de músculos y fauces tan poderosas que podían desgarrar y desmembrar la carne de una presa en segundos. Era la manera que tenía su hermano de decirle que lo harían por las buenas o por las malas.

Durante muchos años, Elías creyó que la única forma que podía dar a sus sombras era otra muestra más de debilidad. Un tímido gorrión no era rival para lobos, arañas gigantes o tigres. Pero hacía solo unos meses había descubierto que, mientras que un gorrión no es capaz de gran cosa, una bandada unida puede ser tan peligrosa como el mayor de los depredadores. Invocó su poder y varias docenas de pájaros aparecieron a su alrededor, listos para unirse y

torpedear con sus picotazos al tigre si era preciso. Samuel parecía sorprendido porque estuviese respondiendo a su desafío.

—Si eso es lo que quieres… —dijo Samuel, convencido de que era un farol, de que en cuanto presionase un poco a Elías, el muchacho cedería a sus muchos temores. Era incapaz de ver las caóticas emociones en su rostro pidiendo salir. Les había dado la oportunidad ideal para desbordarse.

El tigre saltó hacia delante y comenzó a dar zarpazos a las aves, que se desvanecían con cada golpe. Samuel era mucho más poderoso que Elías, pero, al contrario que su hermano, no quería hacerle daño. Elías respondió al ataque con toda su rabia, haciendo que los gorriones picoteasen sin clemencia al felino. Samuel comprendió por fin el alcance de la ira del joven. El tigre dejó de atacar para limitarse a defenderse de los continuos pellizcos, hasta que Elías les ordenó que se detuviesen.

—Me estás dejando ganar.

—Estoy intentando hacer lo mejor para ti.

—¡Pues déjame en paz!

Elías había visto a otros nigromantes invocar a un torbellino de sombras antes, pero jamás soñó con lograr una proeza así. Aquella fue la primera vez en que lo intentaba, y para su asombro, la oscuridad acudió a su llamada. La capilla desapareció a medida que el revoltijo de sombras le envolvía y sintió esa desagradable náusea que le invadía al no distinguir dónde estaba arriba y dónde abajo. «Llévame lejos de aquí, todo lo lejos que puedas», pidió, y en cuestión de un pestañeo el denso ambiente de la Sainte-Chapelle fue remplazado por la gélida brisa nocturna. Cayó de rodillas sobre el suelo, entre jadeos, cruzando los dedos para que ningún corriente le hubiese visto aparecer de la nada. Estaba solo, junto a la orilla del Sena, a la misma altura del río. No había ido demasiado lejos, pero sí lo bastante para despistar a su hermano.

Se incorporó con torpeza y comprobó los estragos que las sombras habían causado en su cuerpo. Aunque podía distinguir el avance de las marcas negras, seguían ocupando una fracción diminuta de él en

comparación con otros hechiceros. Le dolía la palma de la mano, pero no tenía nada que ver con su poder. Había apretado el tigre de plata con tanta fuerza que sus patas y sus orejas le habían dejado marca en la piel. Sabía que Samuel le quería, pero, por más que lo intentase, no entendía a Elías. Los hermanos, a pesar de cuánto les quieras, no siempre logran ser amigos ni aliados, pero él nunca creyó que Samuel y él estarían en bandos opuestos. Apretó el tigre una última vez antes de lanzarlo al agua tan fuerte como pudo. Permaneció inmóvil, viendo cómo la figurita se hundía en el agua y era arrastrada por la corriente.

«Estás solo», se recordó para no caer en la tentación de pedir ayuda. Todos le habían abandonado, pero solo había una persona en París a la que necesitaba. Madeleine. Subió las escaleras que conducían desde la orilla del río a las calles parisinas y se apresuró a perderse entre los edificios, en busca de un lugar donde esconderse hasta el amanecer, donde poder cerrar los ojos y dormir. Sabía que, tan pronto como lo hiciese, la vería a ella.

No: se convertiría en ella, y sería testigo de las pistas que la Muerte decidiese mostrarle.

Capítulo 14

Los nigromantes de las altas esferas londinenses se referían a ese lugar como el Club. Su verdadero nombre era El Club de los Viernes 13, fundado a finales del siglo XIX por dos caballeros que estaban hartos de ver cómo los nigromantes de baja alcurnia, impulsados por el desarrollo industrial y tentados por la popularización de absurdas ideas como la de «igualdad», se creían en posición de mezclarse con las familias más poderosas y ancestrales. Por desgracia para los caballeros del Club, una buena familia y una cartera abultada no siempre significaban una magia portentosa, aunque sí estaba en su mano la opción de comprar el poder ajeno.

Engels sentía una mezcla de fascinación y repulsión por lugares como aquel. Les detestaba por creerse en el derecho de mirarle por encima del hombro, pero en el fondo ansiaba ser uno más. Uno de los chicos del Club.

La sede original se encontraba en uno de los céntricos edificios del Soho, pero hacía años que habían optado por trasladar el Club a una zona más discreta de la ciudad, menos «vulgar».

Engels se aseguró de dejarse ver bajando de un lujoso vehículo con chofer, por supuesto, de alquiler, que había pagado con la última de sus tarjetas de crédito. Había alcanzado el límite de pago en todas las demás, pero no importaba. Cuando cumpliese la venganza de su tío, tendría de sobra para pagar sus deudas. Cruzó entre las columnas jónicas que decoraban el palacete y presentó su nombre ante el mayordomo que custodiaba la puerta.

—Lord Hurst me está esperando —dijo, procurando sonar confiado, un tanto altivo.

Tras revisar la agenda de visitantes, el mayordomo asintió con la cabeza y le condujo hacia el interior, o más bien le escoltó, tras un «sígame, por favor».

La luz del día se desvaneció en cuanto cruzó el umbral de la puerta,

sumiéndose en un aura de penumbra atemporal. Las cortinas estaban medio corridas y el aire olía a oporto, a coñac y a puros importados. Las paredes recubiertas de madera le daban un aire anticuado que los sillones de cuero confirmaban. Algunos de los miembros leían el periódico y fumaban, como estampas recién sacadas de un álbum de fotos antiguo, mientras que otros comían y bebían en mesas redondas cubiertas con impolutos manteles blancos. Ya no se veían manteles como esos en muchas partes.

Engels inspiró hondo, intentando llenarse con aquellos aromas, observó y memorizó la forma en que los hombres más mayores cruzaban una pierna sobre otra y se llevaban el puro a sus labios, tan finos que resultaban casi inexistentes. Dentro de cuarenta años, él sería exactamente así, o puede que lo fuese en un par de semanas. Desde que el viejo murió, soñaba con el día en que viviría en la lujosa mansión frente a Regent's Park y sería el dueño de una obscena colección de obras de arte que le abrirían las puertas del Club de los Viernes 13. Competirían por invitarle a comer langosta o entrecot. Puede que incluso colgasen una foto suya de la pared como hacían con sus miembros ilustres.

La fantasía no resistió demasiado ante la realidad, el mayordomo hizo una fugaz reverencia y señaló hacia una mesa donde dos hombres disfrutaban de un desayuno tardío. Engels toqueteó fugazmente las esferas que colgaban de su cuello para recordarse que no era él quien debía sentirse intimidado. Avanzó hacia la mesa y saludó a lord Hurst con un derroche de energía que no fue recibido como él esperaba. Su mano tendida permaneció inmóvil en el aire el tiempo suficiente para pasar de ser incómodo a bochornoso.

—Siéntese, por favor —dijo el hombre que acompañaba a Hurst.

Lord Hurst tenía exactamente el aspecto que uno se espera de un aristócrata inglés de sesenta años que despreciaba cualquier indicio de progreso a la vista. Piel pálida y sonrosada por las tardes de caza (disparando a aves especialmente preparadas para él) y el brandy, un par de ojillos fríos y azules hundidos entre unas mejillas flácidas que no recordaban cómo se sonreía y una frente arrugada que permanecía imperturbable. Engels se preguntó cuántos espectros habría invocado ese carcamal, si las sombras de veras se doblegaban a su voluntad.

Permanecieron en silencio, Engels mirando a Hurst y este apurando su copa con calma. Engels sabía a la perfección lo que estaba haciendo Hurst. Solo era un jueguecito para demostrar quién ostentaba el poder.

—Mi secretario, Archer, me ha comentado que quieres un préstamo.

—Así es, señor; me temo que estoy teniendo dificultades para transferir mis fondos desde América y un préstamo me permitiría agilizar ciertos trámites —mintió.

Lord Hurst asintió con la cabeza, distraído, como si sus asuntos personales no le interesasen lo más mínimo.

—Trámites relacionados con la herencia de tu tío, entiendo.

—Así es, señor.

—Basil era un hombre admirable a pesar de sus orígenes humildes. Un gran amante del arte y un anfitrión sin igual. Era capaz de entretener a todo Londres en una de sus veladas. Por eso he accedido a escucharte, pero no me da la sensación de que te parezcas a tu tío.

Más insultos. Tendría que contener su sed de venganza y acallar su orgullo herido para más adelante. Por ahora conseguir el dinero era lo único que importaba.

—Me temo que soy muy estadounidense, señor. Allí las cosas son diferentes.

—Ya…, me figuro que será eso.

—Le aseguro que, pese a llevar un apellido diferente al de mi tío, he sido educado con sus mismas virtudes. Diligencia, discreción y honradez.

Lord Hurst hizo una mueca fugaz. Así que después de todo era capaz de demostrar emociones… No le sorprendía nada que fuese la de desagrado.

—No es lo que he oído sobre tu padre, si me permites la

indiscreción.

—Hemos tenido altibajos, señor. Nada que no esté solucionado. Le aseguro que puede confiar en mí, se trata de un préstamo sin riesgos.

—De nuevo, gracias a una cuantiosa herencia, ¿no es así? —Se giró hacia su secretario, un hombre algo más joven que él, pero con el mismo aspecto rígido e impenetrable—. Me abruma la frivolidad con la que los americanos disfrutan hablando de dinero, incluso con la muerte de por medio. —Volvió a mirar a Engels, alzó la mano en el aire y una pequeña llama de penumbras titiló sobre su palma. Un pacto de sombras—. Te prestaré el dinero que pides, a cambio de un interés simbólico, por la amistad que me unía con tu tío, pero si estás jugando con mi generosidad y no recupero la suma completa antes de que acabe el año, pondrás tus… peculiares habilidades a mi disposición. —Le tendió la mano, con la llama de oscuridad florando en el aire junto a ella.

Parecía que no solo había investigado su historial familiar. No había muchos invocadores con su talento, era la única carta que la vida le había dado a su favor. Fueron muchos los hechiceros que habían intentado comprar sus favores, pero Engels no era ningún siervo a la venta. El mero riesgo de convertirse en el fiel perro de un hechicero arrogante y sin poder le revolvía el estómago, pero negarse a sus condiciones significaba renunciar a su única oportunidad de cambiar su situación. Los espectros que invocaba eran de utilidad para rastrear, poseer y destruir, pero no pagaban los billetes de avión ni las habitaciones de hotel.

Extendió la mano hacia lord Hurst y sintió la llama de sombras abrasando su mano mientras la estrechaba. El pacto había quedado sellado.

—La transferencia se hará a tu cuenta británica de inmediato. Y ahora, si nos disculpas, tenemos otro compromiso —dijo, pero no se movió un solo milímetro. Le estaba urgiendo a que se marcharse.

El estómago de Engels rugió para su bochorno. El muy cretino ni siquiera iba a invitarle a desayunar después de hacerle ir hasta allí. Por supuesto, no protestó. Inclinó la cabeza, le dio las gracias y se

puso en pie para marcharse, decidido a volver a entrar como miembro del Club la próxima vez que pisase ese edificio.

Sin embargo, antes de que llegase a la salida, una conversación ajena atrajo su atención. Un nombre revoloteó en el aire hasta llegar a sus oídos, deteniéndole en seco.

—Hablando de tener un mal día, he oído que han hecho picadillo al chico Vega —comentó uno de los tipos que jugaban al bridge junto a la ventana.

—¿Vega? No me sorprende, siempre andaba metido en asuntos extraños.

—Por no hablar de su familia… —añadió otro mientras manoseaba su espeso bigote negro.

Marcos y Judith Vega eran dos de los nombres que siempre afloraban en los rumores sobre la muerte de su tío. Como no estaba seguro de quién de los dos era el responsable, Engels había decidido matarlos a ambos, pero parecía que ellos mismos le estaban facilitando el trabajo.

—Precisamente dicen que ha sido su hermana la que le ha rebanado el cuello —dijo el hombre que había iniciado la conversación.

El cuarto nigromante, que aún no se había pronunciado, hizo una mueca asqueada.

—Qué forma tan vulgar de matar.

—Es lo que tienen los corrientes —se encogió de hombros.

—¿Cómo te has enterado? —preguntó el asqueado.

—Sharp, ya sabes que tiene a los fantasmas de medio mundo observando y murmurando para él.

El hombre del bigote resopló.

—Un fantasma aburrido diría lo que fuese con tal de que alguien le hiciese caso. Hasta que no lo confirme una fuente fiable, será mejor

que no vayas difundiendo el rumor por ahí.

Engels tomó nota de cada palabra y reanudó la marcha antes de que alguien se diese cuenta de que estaba escuchando. Ya había oído todo lo que necesitaba. Parecía que si quería descubrir dónde encontrar a Judith Vega tendría que hacerle una visita al señor Sharp. Esperaba que aquel caballero estuviese más predispuesto que Hurst para invitarle a comer y responder a sus preguntas, a no ser que tuviese la intención de unirse a sus fantasmas.

«Los sentimientos son como la miel contenida en la jarra: cuando la inclinas, tarda en llegar hasta el borde porque es densa y espesa, pero cuando por fin se asoma, comienza a brotar sin control y, aunque intentes detenerla, sigue goteando durante un tiempo. Con los humanos ocurre lo mismo; una vez que sus emociones fluyen, se vuelven líquidas y melosas». Así le había explicado Beathan la conexión que aún permanecería unas pocas horas más entre el nigromante que les había atacado y él.

Para pavor de su padre, Beathan pasó la noche en su casa, leyendo sus viejos libros de Percy Jackson mientras Sofía daba vueltas en la cama intentando dormir. En cuanto amaneció, emprendieron una búsqueda que los llevó hasta las puertas de un edificio de aspecto lujoso y exclusivo. El tipo dio su nombre en la entrada y le dejaron pasar, pero Sofía dudaba que fuesen a permitir la entrada a un ser paranormal y a una chica que no se quitaba sus Dr. Martens. Se sentaron junto a la ventana de una cafetería cercana para mantener la vigilancia, aunque solo pudiesen adivinar lo que estaría haciendo el nigromante. «¿Estará planificando cómo matarnos uno a uno?», se preguntó Sofía. Dentro del edificio, que debía de ser algún tipo de club, solo entraban y salían tipos vestidos con elegantes atuendos negros. Todos ellos bajaban de coches que seguramente valían más que el piso de sus padres.

—¿Así que ese es el aspecto de los nigromantes poderosos? —preguntó tras cansarse de mordisquear un sándwich que no le apetecía comer—. Se parecen bastante a cualquier pez gordo de la City, no me extraña que Elías y Marcos no encajen con ellos.

—A los hijos de la muerte siempre les ha gustado permanecer cerca del dinero y las personas con influencia. Es así como han procurado no correr el mismo destino que las brujas. Si alguna vez se quemó en la hoguera a un nigromante, no pertenecía a ninguna Hermandad, eso tenlo por seguro. En su mundo, estar solo significa tener muchas más probabilidades de morir joven.

Sofía suspiró y dejó el tenedor sobre el plato con un golpe, haciendo más ruido del que pretendía.

—El mundo mágico se parece demasiado al corriente. ¿De qué sirve tener poderes si al final acaban ganando los mismos de siempre? Dime, ¿cómo es Sidhe? —Sofía había oído a Marcos y a Elías usar esa palabra y, tras una rápida búsqueda en Google, descubrió que así se conocía al reino de las hadas en algunas leyendas celtas.

El hada alzó las cejas, sorprendido ante su pregunta, pero respondió de buen grado:

—Allí no existe el dinero, y tampoco el poder. Somos todos iguales y no tenemos palabras para describirnos como hacéis vosotros. Nadie es hombre o mujer, guapo o feo, rico o pobre, inglés o francés, solo somos el pueblo de Sidhe. Tampoco hay grandes ciudades, porque no necesitamos edificios con paredes y techos que nos protejan de los animales y de los caprichos del clima. No existen las posesiones materiales, no usamos camas o sillas. Vivimos entre los bosques, donde encontramos un refugio silencioso, y las lagunas, una llanura don-de celebramos un festejo eterno. Aunque puede ser muy peligroso para los humanos. Una vez que empiezan a bailar, muchos son incapaces de detenerse.

—Un festejo eterno… —repitió Sofía, intentando imaginar cómo sería vivir en un mundo donde lo único que existía era el silencio entre los árboles y la música a campo abierto—. Suena… aburrido. Lo siento —añadió rápidamente, temiendo haberle ofendido, pero Beathan se rio, un sonido melodioso que podría haber sido el principio de una canción. A pesar de sus advertencias, sus pies sintieron el impulso de bailar.

—Está claro que no eres el tipo de humana que encuentra tentadoras las promesas de Sidhe: una vida infinita sin

preocupaciones ni problemas, sin dolor ni frustración.

Sofía resopló.

—Hay demasiadas cosas que arreglar en este mundo para pasarse la vida bailando por ahí.

—Más que un baile, es una especie de trance colectivo. En él los humanos pueden vaciarse de todo aquello que les atormenta o inquieta. Pero sí, supongo que después de unos cuantos cientos de años resulta un tanto repetitivo.

—¿Por eso te fuiste? —preguntó Sofía, intentando no prestar demasiada atención a la expresión «unos cuantos cientos de años».

Beathan miró por la ventana, y por un segundo Sofía creyó que no iba a responderle.

—En parte, supongo que tenía curiosidad por ver qué clase de mundo provocaba emociones tan intensas y variadas. —Sonrió, aunque sus bonitos labios no pudieron eclipsar la nota de melancolía en su gesto.

—Y ¿qué tal? ¿Es como esperabas?

—No podría haber imaginado nada parecido. No solo lo que habéis construido, también vuestra forma de destruir. En las décadas que he explorado esta isla, he descubierto que no es el mundo el que lleva a los humanos a huir de sí mismos en Sidhe, son los propios humanos.

—Sí, eso suena a algo típico de nosotros… Espera. ¿Has dicho que no has salido nunca de Gran Bretaña?

Asintió con la cabeza.

—Aún estoy intentando comprender a quienes habitan estas tierras. Aunque, en cierto modo, en Londres existe un pedazo de toda la humanidad.

—Pero… ¿no tienes curiosidad?

Beathan la miró fijamente y ella se estiró, alerta en su asiento, sin ni siquiera darse cuenta.

—Te preguntas por qué un ser inmortal con el mundo a sus pies se limita a leer sobre la vida en lugar de experimentarla, ¿verdad? Es porque me interesan más las personas. Puedo percibir las emociones que emanan de vosotros, pero no leer vuestros pensamientos. La única forma que tengo de saber qué es lo que os pasa por la cabeza es a través de los libros. —Alzó el ejemplar de bolsillo de La batalla del laberinto que había tomado prestado.

—¿Y no prefieres sentirlo por ti mismo?

—Las hadas no experimentamos las sensaciones igual que los humanos. Puedo notar el calor del sol en mi piel, pero no su calidez. A no ser que lo haga a través de otras personas. Puedo saborear todos los matices del té, pero nunca comprenderé por qué el chocolate os causa tanto placer.

—Vaya, eso es…

—¿Triste? ¿Descubrir el mundo a través de las vivencias de otros? ¿Por qué debería serlo? He vivido mil vidas humanas en los libros. He sentido todo lo que los personajes experimentaban, lo que sus autores anhelaban transmitir al escribir cada palabra. No sientas lástima por mí.

—¿Cómo podría sentir lástima yo? —Sofía se cruzó de brazos—. Eres una criatura eterna, divina e inaccesible.

—¿Inaccesible? —preguntó Beathan, que parecía divertido por la forma en que la muchacha le veía—. En vuestro folclore preferís describirnos como peligrosos. Cuando un humano sigue a un hada, solo le aguarda la desgracia. —Ahí estaba, el destello oscuro en sus preciosos ojos que le recordaba que no se hallaba ante un querubín. Y a pesar del recordatorio, Sofía no logró eludir la trampa de belleza y encanto que había cautivado a tantos antes que ella.

—¿Podéis sentir amor? —preguntó, sintiéndose un poco estúpida por su pregunta. «¿Y a ti que más te da?».

El hada se recostó, meditativa.

—No hace falta que respondas. Tengo fama de entrometida, ¿sabes?

—No. Es… agradable hablar contigo. Estimulante. Me obligas a pensar en cosas que nadie se ha atrevido a preguntarme. Conversar contigo es tan interesante como leer un buen libro.

Sofía se recogió el pelo tras la oreja, embriagada ante el halago. ¿Sería parte del engañoso encanto de las hadas? Entendía por qué los incautos de los cuentos se arrojaban a un lago sin saber nadar siguiendo los cantos de los feéricos. Ningún humano le había dicho algo tan hermoso. Tras reflexionar unos segundos, Beathan respondió a la pregunta lo mejor que pudo:

—¿Si sentimos amor? Tal vez sí, a nuestra manera. No existen los amantes en Sidhe, ni padres y madres, pero cuando un hada toma a otra de las manos para bailar, en ese momento su compañera de baile es lo único que importa. Supongo que eso se parece a vuestro amor. Ni siquiera con el corazón de piedra es posible sobrevivir sin unirte a otros. En este mundo he tomado las manos de unas pocas personas.

—Marcos —dijo ella, casi sin pensarlo—. Y Mathilda y Lorreine.

—Y las tuyas —añadió Beathan con naturalidad, como si fuese obvio y no comprendiese por qué la muchacha se excluía de la lista.

—Ah… —Sofía sonrió y miró hacia abajo.

«¿Pero ¿qué haces? —se reprendió a sí misma. En su día a día procuraba que no le gustase nadie porque, bien, por muy inteligente que fuese, cuando eso sucedía notaba que se volvía… tonta. Y no soportaba sentirse así. Tenía mil tareas pendientes, demasiados frentes abiertos como para malgastar el tiempo en eso—. Vives con tus padres, no puedes enamorarte de un hada inmortal. Así que para, cerebro. Tiene el rostro más bello que has visto en el mundo y es amable de una forma anticuada pero elegante, ahí se acabó su encanto».

—Sofía, no te atormentes por tus sentimientos. —Sofía sospechaba

que el hada era consciente de su enamoramiento, pero la naturalidad con que Beathan lo admitió la sobrecogió—. No sabía si debía mencionarlo o no, pero ignoramos cómo acabará esta aventura, así que me gustaría agradecértelo.

—¿Agradecerlo? ¿El…, el qué?

—Tu amor naciente. Mi condición me impide devolvértelo; aun así, lo acepto de buen grado. Es… muy hermoso. La mayoría de los humanos se limitan a sentirse fascinados o aterrados ante mí, pero tus sentimientos son más profundos y complejos. Resulta reconfortante. Nunca te avergüences de cómo te sientes ni por sentir mucho, es una capacidad más valiosa de lo que crees. Gracias, Sofía. Me alegra haber tomado tus manos en este mundo.

Sofía asintió, azorada. Sentía que Beathan acababa de rechazarla elegantemente y de desarmarse ante ella a la vez. «Mi condición me impide devolvértelo». ¿Y si no fuese un hada, si fuese un chico normal y corriente?

—¿Nunca has deseado…, ya sabes, ser humano?

El hada sonrió.

—Ser humano parece muy complicado, farragoso y lleno de inconvenientes, pero admito que la idea tiene su encanto romántico. Poder sentir amor con certeza, tener miedo a la pérdida de aquello que atesoras hasta el punto de que te paralice… Sería interesante experimentar lo que motiva a los humanos a escribir todos esos libros. Oh. Ahí está nuestro hombre misterioso. —Beathan señaló a través de la ventana y Sofía comprobó que estaba en lo cierto.

Engels había abandonado el edificio con cara de muy pocos amigos y se apresuraba con brío hacia un nuevo destino. «¿Te das cuenta?, ni siquiera lo habrías visto si no fuese por Beathan, así de tonta te vuelves. Para ya». Se pusieron sus abrigos a toda velocidad y siguieron al nigromante todo lo cerca que pudieron sin llamar su atención. Engels se alejó aún más del centro de la ciudad hasta llegar a una zona igual de antigua; sin embargo, allí los edificios habían sido construidos con más rudeza y materiales menos atractivos. Era donde solían vivir las clases humildes hasta que se

gentrificaron, alcanzando precios por metro cuadrado tan altos que sus habitantes originales no podrían haber pagado ni con toda una vida de trabajo.

Sofía ya empezaba a maldecirle en su fuero interno por hacerles correr por medio Londres cuando el nigromante se detuvo junto a unas escaleras que conducían a una especie de semisótano. En la fachada había un sencillo cartel que identificaba el lugar como un estudio fotográfico, Sharp Studio.

—No creo que haya venido a sacarse unas fotos para renovar el pasaporte, ¿verdad? —comentó Sofía con ironía, pero antes de que pudiesen preguntarse qué estaba haciendo allí, oyeron golpes y el alboroto de un montón de cacharros cayendo al suelo, acompañados por los gritos atemorizados de un hombre.

Sofía se dispuso a correr directa hacia el peligro sin pensárselo dos veces, pero Beathan agarró la manga de su abrigo y señaló hacia el callejón que había frente a ellos.

—Por ahí.

Ella asintió con la cabeza. Se apresuraron a rodear el edificio y Sofía se agachó junto a unos estrechos ventanales que conectaban el semisótano con el exterior. El estudio fotográfico era más bien una mezcla entre taller y galería. Pudo distinguir un atisbo de alguna de las fotos colgadas. «Me suenan de algo… Espera, ¿este tipo es conocido?». Se agachó un poco más y vio cómo el nigromante había reducido al fotógrafo contra un escritorio de oficina, aunque todos los papeles, el ordenador y los bolígrafos que usaba estuviesen desperdigados por el suelo.

—¿Es cierto? —preguntó, tirando del brazo del fotógrafo hacia atrás para retorcerlo aún más.

—No…, no lo sé, podría serlo. Es lo que dijo el fantasma —balbuceó el hombre, que llevaba puesto un gorro negro a juego con el resto de su atuendo. «También es un hechicero», comprendió Sofía, aunque su estilo fuese distinto a los de los peces gordos—. Solo estaba sacando fotos en los suburbios para una exposición. Pregunté a un fantasma cuáles eran los lugares más embrujados de la zona y

me contó que un nigromante había muerto cerca de allí hacía poco. Cuando quise saber más, empezó a decir cosas sin sentido sobre una mujer que alzaba a los muertos desde el más allá. —«Judith, la ha encontrado», comprendió Sofía al escuchar las explicaciones del hombre.

—¿Qué más dijeron sobre ella?

—No estoy seguro, me pareció una exageración, a los fantasmas les gusta llamar la atención. Dijo que tenían miedo de su poder, de que desafiase a la Muerte. Se preguntaba qué sería de los fantasmas si eso llegaba a suceder, pero ¿qué sentido tiene, cómo va a desafiar una corriente a una diosa? Entonces fue cuando dijo que no debíamos subestimarla porque había matado a su hermano.

Sofía perdió el equilibrio y cayó sobre sus codos, justo encima de un pequeño charco. «Había matado a su hermano». No podía referirse a Marcos. Marcos estaba en Madrid, muy lejos de Londres y de Judith.

—¿Dónde están esos suburbios? —preguntó el nigromante. No necesitaba seguir agarrando al fotógrafo de esa manera para que siguiese hablando, pero no le soltó de todos modos.

—Al sur de París, no sé exactamente dónde —sollozó el hombre.

El nigromante se rio.

—Sabía que había huido. Creyó que podía esconderse de mí, esa revelada arrogante. —Por fin le liberó—. Espero por tu bien que estés diciendo la verdad.

El nigromante se marchó con la misma tranquilidad con la que llegó, pero ninguno de sus dos perseguidores logró ponerse en pie para vigilarle de cerca. Ya habían averiguado lo que necesitaban saber, aunque no se sentían victoriosos.

—Beathan… —susurró Sofía. Se atrevió a mirarle y comprobó que estaba de rodillas sobre el asfalto, con la mirada perdida en el vacío —. Estoy segura de que hay alguna explicación. Judith… no es una asesina. Marcos es la única persona que le queda. No tiene sentido.

Es una mentira, seguro. —Se oyó a sí misma y supo que se estaba engañando. La visión del castillo por fin cobraba sentido, el odio con el que Elías miraba a Judith, su ira, y por qué no había ni rastro de Marcos en aquella torre.

—Me temo que puede ser cierto. No es la primera vez que Judith anda tras la sangre de su hermano.

Sofía le estudió en busca de alguna emoción que revelase su estado. «Las hadas no sienten como los humanos», se recordó, pero estaba segura de ver una pátina de rabia tras sus ojos, demasiado fina para que se dejase llevar por ella. Puede que su tiempo en Londres le hubiese vuelto más humano de lo que él creía.

—La flauta, seguro que planea usar la flauta para traerle de vuelta —dijo, recordando cómo Katia había recobrado la conciencia con solo tocar una nota.

—¿Y por qué no lo ha hecho aún?

Sofía vaciló.

—No lo sé, pero podemos arreglarlo.

Beathan negó con la cabeza.

—Jugando con la muerte, eso es lo que Marcos quería evitar. Creía que nadie debería tener un poder como ese y no hubiese cambiado de opinión ni para salvarse a sí mismo.

Los recuerdos de su primera visión, esa que tuvo en Delfos hacía meses, retornaron a ella como si les hubiese llamado a gritos. Elías vestido de negro de los pies a la cabeza, a solas en un frío día de invierno, calentado por el tenue sol de un día que no había amanecido del todo. Recordó haber visto su expresión y haber pensado que tenía que haberle sucedido algo terrible porque parecía una persona distinta. También acudieron a su mente los centenarios edificios que le rodeaban y la tienda frente a la que estaba detenido. ¿Cómo se llamaba? Le había descrito a Elías la escena semanas más tarde, pero por más que lo intentaba, no acertaba a recordarlo, solo que estaba en latín y que el lugar estaba en París. París. El destino

volvía a cerrarse sobre ellos, voraz e implacable.

—El castillo de mi visión… ¿crees que está en Francia? —preguntó al hada, que de nuevo se había sumido en sus pensamientos.

—Parece que, después de todo, tendré que salir de esta isla.

Capítulo 15

Madeleine estiró sus brazos en el aire, sentada sobre la fina tela sobre la que habían desplegado un improvisado pícnic. Qué agradable era seguir viva. En tardes así de plácidas, los recuerdos de Île des Vagues o los de los largos días de la Ocupación en los que París se envolvió en banderas rojas con horrendas esvásticas parecían pesadillas retorcidas. Mientras oía a los jóvenes estudiantes de la Sorbona reír junto a la orilla del Sena, en el extremo de la Île Saint-Louis, podía llegar a olvidar.

Extendió la mano para tomar un pedazo de queso y llevárselo a los labios, saboreando la delicada grasa que se desprendía hacia su paladar.

Dio un sorbo a su vaso de vino escuchando cómo sus compañeros de clase, que adoraban a Sartre igual que a un mesías, debatían sobre la diferencia entre los ideales y la revolución, si los unos debían ir ligados a los otros y cuáles eran sus límites. Durante años, Madeleine había estudiado con una devoción casi religiosa para ganarse una plaza en la universidad más prestigiosa de París. Creyó que los intelectuales que daban clase allí le proporcionarían las respuestas que no había encontrado después de vivir tres vidas, a cuál más turbulenta, pero pronto las palabras escritas por hombres de otras épocas y los profesores que fumaban sin parar mientras intentaban seducir a sus alumnas despertaron en ella la misma sensación que la fiesta parisina de los años veinte: un tedio insoportable.

—¿Y tú que piensas, Sylvie? —preguntó una de sus compañeras—. Estás muy callada hoy.

Sus dedos viajaron hacia el cuchillo frente a ella, cortó una rebanada de pan y extendió encima un poco de queso de untar. Se llevó el sencillo majar a la boca y cerró los ojos para disfrutarlo.

—La mantequilla, el azúcar, el queso y el pan… Esa es la respuesta a nuestras preguntas. He estudiado las ideas de los grandes filósofos y de los sociólogos más cultos, pero lo único que me ha reconfortado de verdad es la comida.

—¿Que coman pasteles? —se burló uno de los muchachos, citando esa frase que María Antonieta nunca dijo, pero que la historia le había atribuido como un lema imperecedero.

—Sí —respondió Madeleine, más decidida de lo que se había sentido en los últimos cien años—. Llenaré el estómago de todos los parisinos de pasteles. Eso haré. Ricos, pobres, creyentes, ateos, comunistas y capitalistas. Todo el mundo es igual cuando huele algo recién horneado.

Durante unos breves segundos, el sueño se diluyó lo bastante para que Elías recordase quién era y dónde se encontraba en realidad. El presente que se encontró no le gustó nada, así que despertó el tiempo justo para volver a cerrar los ojos y decidir que, por una vez, prefería ser otra persona. Volvió a dormirse.

Aunque el teatro estaba bastante lleno, la afluencia y el entusiasmo de la audiencia no eran comparables a las multitudes entregadas que colgaban la señal de «agotado» en sus días dorados. El ballet se había pasado de moda en una ciudad que no perdonaba lo que la aburría con la monotonía. Los grandes compositores y las obras novedosas florecían muy lejos de París y el aroma de la decadencia podía presentirse en los pequeños detalles. Los asientos vacíos intercalándose por doquier, la indiferencia de los acomodadores, la elevada edad media de los asistentes, que conversaban distraídos entre sí igual que lo harían en un café, el largo minuto que tardaron en guardan silencio cuando la función comenzó… Madeleine no alcanzaba a comprender por qué su amiga estaba dispuesta a renunciar a todo a cambio de pasar un par de horas balanceándose sobre unas tablas viejas, mientras la audiencia susurraba, bostezaba o, peor aún, se encogía de la emoción, conmovida al recordar tiempos mejores.

Los bailarines del coro salieron al escenario, con sus giros y piruetas, andando de puntillas. Cada movimiento, por sutil que fuese, tenía un nombre concreto y requería meses o años de práctica, pero para Madeleine eran «saltitos». La última en aparecer fue ella, la bailarina principal, envuelta en un vaporoso vestido que marcaba su cuerpo de una forma que rozaba lo indecoroso, pero no había nada de obsceno en

sus movimientos ni en la serenidad de su rostro. Ni siquiera una negada de la danza como Madeleine se hubiese atrevido a cuestionar su actuación. Durante un instante fugaz, bajo la tenue iluminación del teatro, la terrenal Adrienne, su amiga de carne y hueso, se convirtió en un ser etéreo.

Adrienne extendió sus finos brazos por el aire, como si estuviese intentando atrapar una pequeña libélula, se encogió y se expandió, alzó su pierna y todo su cuerpo giró, de una forma tan natural que Madeleine no era capaz de distinguir el momento que diferenciaba una postura de otra igual que no podía distinguir una gota de agua en plena tormenta. Sabía que se había pasado la vida ensayando para moverse de esa manera, pero hacía que pareciese fácil.

Habían transcurrido años desde la última vez que Madeleine vio a su amiga bailar sobre un escenario, pero ella se lo había pedido con insistencia. «Puede que sea mi última función en París». Madeleine había intentado detenerla de todas las formas posibles, hacerla entrar en razón. El baile no merecía que sacrificase su vida, el baile nunca haría nada por ella, no le devolvería el favor. Sin embargo, ante la gracia y precisión de cada paso que daba, fundiéndose con la música, al presenciar la luz que irradiaba su pálido rostro…, llegó a comprenderla.

La penumbra de las velas se disolvió bajo los rayos del sol.

—Dime que es una estupidez, un rumor infundado —la acusó sin que le importase estar en público.

El teatro se había transformado en la ordenada naturaleza de los jardines de Luxemburgo, donde las damas y caballeros de la ciudad se dedicaban al arte de pasear. Era uno de esos días radiantes que llegaban después de semanas de lluvia y cielos grises, y todo París se había echado a las calles en procesión, buscando los rayos del sol.

Adrienne le pidió a su hermano mayor que se adelantase y caminó hacia Madeleine con esa aura suya de impasibilidad. Por una vez, Madeleine quiso verla enfadada, saber con certeza que algo la afectaba hasta ese punto, como cuando eran niñas. Pero ahora eran adultas. Adrienne llevaba un bonito vestido de un pálido color azul que resaltaba su hermoso pelo castaño, y un chal para protegerse del frío. Madeleine carecía de su elegancia, con su cómodo y práctico vestido siempre mal

puesto y las botas llenas de barro por correr de aquí para allá sin cuidado.

—¿Y qué es lo que dice ese rumor infundado? —le preguntó Adrienne con calma, pero también con un deje de descaro. Sabía de sobra el contenido de los murmullos porque eran ciertos.

Esa mañana, nada más sentarse en la mesa del comedor para desayunar, su madre le había dejado caer la noticia que había sobrecogido a todas las buenas familias del arrondissement. La hija de los Montauban iba a casarse, nada menos que con un extranjero. Lo que debía haber sido una excelente noticia se convertía en una desdicha con el último matiz. Desposar a una hija con un forastero era el equivalente a perder una hija. «Después de todo lo que han hecho esos padres por la chiquilla». Clases de pintura, de inglés y alemán, de piano, de danza, y todo para qué. «No tendrían que haber permitido que Adrienne trabajara. Exponerse en público de esa forma no es propio de una muchacha de buena cuna como ella», decían las malas lenguas. Puede que los padres de Adrienne fuesen a perder su principal inversión, pero Madeleine tendría que renunciar a la única persona que le importaba de verdad.

—Creía… Dijimos que el matrimonio era una trampa, que nunca querríamos eso para nosotras —la acusó, atrayendo unas cuantas miradas.

—Será mejor que paseemos y que lo hablemos con calma —sugirió su amiga, pero Madeleine no quería escucharla.

—No, dijimos…

—Tú lo dijiste, Mads. —La serenidad de Adrienne flaqueó por un instante y, aunque sus palabras fuesen desgarradoras, para Madeleine era una pequeña victoria—. ¿Qué futuro me espera en París? Dime. Tú tienes tus artículos, tus panfletos y tus amigos de los cafés. ¿Qué tengo yo?

«No son amigos —quiso decirle Madeleine—. Son meros conocidos, colegas. Mi única amiga eres tú», quiso gritar, pero el orgullo inflamado en su pecho le impidió ser sincera y admitir que el miedo de perderla y quedarse sola la abrumaba.

—¿Y vas a convertirte en la propiedad de un hombre solo para poder bailar ballet en Rusia unos pocos años antes de que te descarten como a un trozo de pan duro? —dijo con sorna—. Nunca te permitirán pisar uno de sus teatros, el nivel de sus bailarinas es…

—Puede que tú no creas en mí, pero Nikolái sí lo hace.

—¿Te ha prometido que te ayudará? ¿Es eso? —Resopló—. ¿Y tú le has creído? —De pronto, los sentimientos de su amiga no le parecieron tan importantes como hacerla entrar en razón.

—Puede que sea una ingenua, puede que me equivoque con la decisión que he tomado, pero sé qué es lo que me espera si me quedo aquí. Contaba con que al menos tú lo entenderías.

Lo entendía, claro que lo entendía, porque Madeleine nunca había sentido esa intensidad por un oficio o afición, pero siempre había sido devota a su amiga. «Yo te cuidaré, nos mantendremos la una a la otra, no necesitamos a nadie más», pensó, pero supo que esa promesa no serviría de nada. Tras el carácter calmado de Adrienne se escondía una determinación sin precedentes. Puede que viviese su vida de una forma callada, sostenida como una llama protegida del viento, pero cuando tomaba una decisión lo hacía con la fuerza de un incendio a la intemperie. Adrienne no cambiaría de opinión, pero Madeleine no sabía vivir sin ella.

—No quiero perderte —logró confesar, con los ojos húmedos, y las barreras de Adrienne se desplomaron. Caminó hacia ella y se fundieron en un abrazo tan estrecho que podrían haberse convertido en una sola persona.

—No me vas a perder, tonta —prometió, pero Madeleine no se sentía aliviada. En el fondo, las dos sabían que era mentira.

El corazón de Elías se encogió. ¿Por qué incluso en sueños tenía que experimentar la pérdida? Sentía que la diosa se burlaba de él. Se giró para seguir durmiendo.

La escena volvió a transformarse, pero la comodidad y la ligereza de ser

otra persona perdió su atractivo cuando la inquietud en el cuerpo de Madeleine fue tan grande que superó la suya propia. Cada fibra de su ser le pedía que se marchase de allí, pero no lo hacía, ¿Por qué no lo hacía? ¿Por qué no escuchaba la intensidad con que su instinto le advertía?

—¿Estáis seguras de esto? Es la última vez que puedo preguntarlo —dijo una voz carrasposa y varonil. No insistía porque le preocupase su bienestar, sino porque su total consentimiento era fundamental para que el hechizo funcionase. Las dos asintieron con la cabeza, habían llegado demasiado lejos como para rendirse ahora.

El hombre comenzó a murmurar en una lengua extraña que le puso la piel de gallina. Sonaba como si tuviese la boca llena de serpientes luchando, las unas contra las otras, por escapar. Madeleine tenía la cabeza embotada por el incienso y le costaba enfocar la vista, así que puede que sus sentidos estuviesen exagerando la inquietud que le provocaban aquellas palabras incomprensibles. Extendió la mano por encima del reposabrazos del sillón y tanteó el aire en busca de la mano de Adrienne. Después de varios intentos fallidos, fue su amiga la que la agarró con fuerza. Quiso girar la cabeza para mirarla, pero un súbito dolor atravesó su pecho. «Me estoy muriendo», pensó, y estaba convencida de ello, de que su corazón explotaría, incapaz de soportar la punzada bajo su esternón. Apoyó la cabeza sobre el respaldo del asiento de terciopelo verde y su mundo se redujo al intenso dolor y al techo de madera sobre su cabeza.

Puede que esa vocecita en su cabeza tuviese razón y que el precio fuese demasiado alto.

Pero la alternativa le resultaba aún más insoportable: ser testigo de cómo Adrienne se marchaba, dejando que el tiempo las convirtiese en dos desconocidas incapaces de reconocerse.

Adrienne era parte de su mundo desde que tenía uso de razón, su mejor amiga, su confidente, su persona. Era a quien buscaba cuando tenía buenas noticias para compartir y a quien le pediría ayuda si hubiese cometido un asesinato y tuviese que deshacerse de un cuerpo en el Sena. Sus almas y sus vidas ya estaban unidas sin importar lo que un hechicero, ataviado de negro de los pies a la cabeza, se dispusiese a hacer. Sintió la mano del hombre apoyándose sobre su frente mientras

que sus dedos trazaban una extraña forma sobre su pecho. El dolor se detuvo y, en cuanto la liberó lo suficiente, supo que algo había cambiado en ella para siempre.

Sintió el frío metal del reloj sobre la palma su mano.

—Está hecho —aseguró el hombre, y ella asintió, tendiéndole el reloj a su amiga.

—Es tuyo. Para que, estés donde estés, siempre sepas qué hora es en París.

Elías se incorporó con su mano apretada sobre el pecho, compartiendo por un instante el dolor de Madeleine. «El hechizo», se dijo, estaba seguro. El hombre que había visto en su última visión era un nigromante, los murmullos inteligibles que Madeleine no había comprendido eran el lenguaje de la muerte. «Rápido, un papel», pensó, rebuscando en sus bolsillos para apuntar las palabras sueltas que había retenido, pero lo único que halló en el abrigo era el regalo envuelto con papel navideño, manchado de sangre.

Los recuerdos de la noche anterior barrieron de un golpe las palabras que había escuchado en su sueño.

Elías había vagabundeado sin rumbo hasta que encontró una calle desierta que le pareció tan buena como cualquier otra para detenerse. Se apoyó contra una pared, rodeado por las cajas de cartón que uno de los negocios había dejado en la calle a modo de protección. Su plan era el de reposar unos segundos para recuperar fuerzas, pero su cuerpo, su mente y su corazón habían sufrido tanto que se entregaron totalmente al sueño. Había dormido profundamente hasta que la ciudad dio sus primeros coletazos de vida. Al pitido de los vehículos de limpieza le siguieron las furgonetas de transporte que se adentraban entre las callejuelas con la mercancía que los comercios recibían a primera hora de la mañana. Le sorprendía haber permanecido tanto tiempo dormido en mitad de aquel alboroto. La gente que pasaba a su lado le esquivaba sin prestarle atención, demasiado acostumbrada a ver a personas sin hogar por toda la ciudad como para sorprenderse de que un muchacho durmiese en plena calle. Elías se incorporó y se limpió la suciedad del abrigo con la mano. En otras circunstancias se hubiese

horrorizado al pensar en todas las bacterias que debía de haber en su ropa.

Su estómago rugió y Elías se maldijo por tener necesidades mundanas. No le sobraba el tiempo, así que sus exigencias físicas tendrían que esperar. La magia de las sombras protegería a Marcos del paso del tiempo, pero su poder era limitado. Su hechizo no sería eterno. «Aun así, tal vez debería comprar algo de desayunar».

«Que coman pasteles», irrumpió una voz en su cabeza.

Había soñado con tres momentos de la vida de Madeleine esa noche, pero el primero no le había ayudado demasiado. Sabía, en cambio, que el conjuro que enlazaba el alma de Madeleine al reloj había sido obrado por uno de los suyos, un nigromante. Y en cuanto a Adrienne… Ojalá tuviese algo de tiempo o los medios para investigar su historia. Tal vez la clave de la tercera Victoria residiese en ella.

Por el momento sería mejor que se centrase en seguir las pistas mágicas, sobre todo ahora que sabía que buscaba a un nigromante.

Elías sacó la lista de relojerías de su bolsillo y repasó sus nombres. La mayoría habían elegido apellidos franceses o alemanes, algunas incluían un «e hijos» o «hermanos». Nada que llamase demasiado la atención. Descartó los que no le parecieron propios de un hechicero, como «Unión de relojeros», «El reloj de Oro» o «Relojeros de París». Había elaborado la lista basándose únicamente en la fecha, pero ahora que sabía lo que buscaba no le pasó desapercibida una relojería con un nombre un tanto peculiar: «Memento Mori».

«Recuerda que has de morir».

¿Quién si no un nigromante sería tan retorcido como para vender y reparar relojes bajo el recordatorio constante de que cada tictac te acerca a la muerte? Si los actuales dueños también fueran nigromantes, lo habría sabido, así que era muy probable que el negocio hubiese cambiado de manos las suficientes veces como para acabar teniendo dueños corrientes. Buscó la dirección de la relojería en su mapa e inició la marcha en dirección a Le Marais.

Atravesó las mismas calles que había recorrido con Marcos la tarde anterior, pero ahora las estrechas callejuelas le llenaban de desconfianza y las grandes avenidas se le antojaban anodinas y decadentes. Se apresuró hasta dejar atrás la zona más comercial y se adentró en el antiguo barrio judío, ahora repleto de boutiques, galerías de arte y restaurantes de moda. El suelo de las calles peatonales estaba empedrado con sencillez y los edificios que las arropaban apenas llegaban a los tres pisos de altura, lo que le daba cierto aire de pueblecillo. Los caminos serpenteaban entre las construcciones, que parecían haber sido levantadas de forma improvisada allá donde los antiguos habitantes de la ciudad encontraban un hueco libre. Ese era el aspecto que debió de tener casi toda la ciudad a orillas del río antes de que Haussmann trazase las líneas rectas de la nueva París sobre ellas.

Tras un brusco recodo, encontró una plaza oculta entre las casas, demasiado pequeña como para figurar en el mapa. Uno de los edificios tenía una de las fachadas recubierta de enredaderas verdosas y granates, y otra había sido decorada con una obra de arte callejera de un intenso color azul. Ninguno de ellos era el que local que buscaba. La relojería pasaba desapercibida entre las muchas curiosidades de «una de las zonas más cosmopolitas de París» con su fachada pintada de un tono neutro que se confundía con el gris y el ocre del viejo edificio y dos estrechas ventanas a cada lado de la puerta. «Memento mori. Horlogerie», decían las letras pintadas sobre un toldo negro.

A pesar de que aún no habían abierto, Elías vio las luces encendidas en su interior y no se lo pensó dos veces antes de caminar hacia la entrada y llamar a la puerta con insistencia. Al cabo de unos segundos distinguió una figura avanzando hacia él. La puerta se abrió de golpe y tras ella apareció un chico muy joven, quizás un adolescente, aunque su complexión fornida le hacía parecer más adulto de lo que era. El chico le miró de los pies a la cabeza con las cejas alzadas. Se llevó la mano a la oreja y se quitó un auricular para guardarlo en su sudadera. Su ropa deportiva habría parecido un pijama en Elías, pero en él resultaba estilosa.

—¿Qué desea? —preguntó en francés al cabo de unos segundos de incómodo silencio—. Aún no hemos abierto.

Elías dedujo lo que le había preguntado más que entenderlo. Intentó desempolvar el francés que aprendió de niño.

—Vous… Je suis… Es ce que vous…? —Quería preguntarle de forma sutil si pertenecían a la Hermandad Nigromante, pero en un acto de desesperación optó por la vía rápida y usó un idioma que conocía mucho mejor—: Ohm seshez yanam. —Una sombra se arremolinó sobre la palma de su mano y se agitó como una llama.

El joven parpadeó unos segundos y se giró hacia el interior de la tienda con un aire de desgana casual.

—Maman! —gritó, y al cabo de unos segundos una mujer cruzó la puerta que conducía a la trastienda.

—¡Ya te he dicho que no me grites en la tienda! ¿Qué pasa ahora? —Enmudeció al comprobar que su hijo no estaba solo y que su primer cliente del día era un hechicero—. Pasad adentro, deprisa.

Para sorpresa de Elías, le trató con la misma brusquedad que a su hijo aunque no entendiese la mitad de lo que decía. El parecido físico era evidente: compartían el mismo cuerpo fuerte, la mandíbula de líneas marcadas y una piel oscura e inmaculada, pero al contrario que el joven ella vestía con la clásica elegancia con la que las parisinas parecían nacer, como si no requiriese ningún esfuerzo vestir una camisa blanca y una rebeca y parecer una actriz famosa.

—¿Cómo se te ocurre hacer eso ahí fuera? ¿Estás loco?

Elías intentó explicarse sin éxito en francés.

—Parlez vous anglais? —preguntó desesperado. La mujer le miró como si acabase de preguntarle dónde podía comprar una bomba fétida.

—No, pero conosco el español —preguntó con un marcado acento —. Me llamo Pauline, este es mi hijo Gaël.

Le invitó a pasar a la trastienda, donde se encontraba el viejo taller, y Elías sintió una náusea de vértigo al reconocer el olor a madera vieja y a metal que había experimentado en los recuerdos de

Madeleine. Por fortuna, el sillón verde ya no estaba allí; en su lugar había varias sillas de plástico plegables donde Pauline le indicó que se sentara mientras mandaba a su hijo a por un café a la tienda de al lado. Entre su francés y el español de Pauline logró explicarle que estaba buscando a una persona, y que la única pista que tenía era aquella tienda, le preguntó también si conservaban registros de mediados del siglo xix.

—Je suis désolé, la tienda era de mi padre, pero no había ningún document.

—Esta tienda es un imán para gente que busca a alguien —comentó Gaël en su francés despreocupado cuando volvió con un café para su madre y otro que le tendió a él.

Elías no se había sentido tan agradecido en su vida como cuando inhaló el aroma del café recién hecho y sintió su calor entre las manos heladas.

—¿Recuerdas a esa mujer tan rara? —continuó diciendo Gaël con la boca llena después de darle un mordisco a una enorme napolitana de crema—. Esta tienda me pone los pelos de punta. Tendríamos que venderla, maman. Tampoco es que me entusiasmen los relojes y no da demasiado dinero.

Elías iba a darle un trago a su café, pero se quedó congelado. «Cette femme bizarre».

—No nos haremos ricos, pero es un buen negocio, tiene clientes fieles. No te vi quejarte cuando compraste esas zapatillas absurdas tan caras con el dinero que ganamos aquí —dijo, señalando las rojas y blancas que llevaba el joven.

—¿Qué mujer? ¿Quién es la femme bizarre? —preguntó Elías, interrumpiendo la conversación.

Gaël tardó unos instantes en conectar la pregunta con su comentario.

—Oh, hay una señora que viene todos los meses. Siempre quiere saber si alguien ha preguntado por Madeleine Etienne.

Elías se puso de pie con tanto ímpetu que casi se tiró el café encima. A pesar de que Gaël podría haberle derrotado en un combate sin problema, retrocedió un paso ante su brusco movimiento. Su aspecto debía de ser lamentable.

—¿¡Madeleine Etienne!?

—¿Es ella a quien buscas? ¿A Madeleine? —preguntó Pauline, y Elías asintió entre la euforia y la incredulidad.

—Esa tía está un poco cucú, pero cómo cocina… —Gaël se llevó los dedos a la boca, formando un círculo con el pulgar y el índice, y lanzó un beso de admiración al aire.

«Que coman pasteles».

—¿Es cocinera? —preguntó al borde de un ataque de risa. La mujer que había derrocado a la mismísima Muerte había decidido que lo mejor que podía hacer con su don era algo tan mundano como cocinar en Francia.

—Pâtissière. No cocina, hornea —le corrigió Pauline.

La relojera se puso en pie para rebuscar en el contenido de una enorme papelera, sacó una caja de cartón abollada, de un precioso azul cielo, y se la mostró. Sobre la tapa había un logotipo sencillo y elegante de color blanco que representaba la forma de un pedazo de tarta con una fresa en su cima. Miss Mads Café, decían unas bonitas letras bajo el logo.

—A veces nos trae dulces para compenser la insistencia, dice.

Elías quiso abrazarse a la caja a pesar de que estuviese manchada con restos de otras comidas que habían tirado a la papelera. Le dio la vuelta en busca de una dirección o un número de teléfono y memorizó ambos.

La había encontrado. Madeleine estaba viva y se encontraba en París. Sus sueños habían vuelto a guiarle, aunque sospechaba que, igual que en Grecia, tendrían un precio que aún no sospechaba.

—Merci, merci beaucoup.

Le devolvió la caja y salió de la tienda tras hacer todos los gestos de agradecimiento que se le ocurrieron ante la sonrisa amable de Pauline y la mirada incrédula de Gaël. En cualquier otra situación le habría aterrado pensar lo que se les estaría pasando por la mente, pero se sentía demasiado eufórico. Una vez en la calle caminó unos cuantos pasos y, de pronto, sus piernas se detuvieron.

Lo había conseguido con una facilidad insultante. Sabía dónde se hallaba Madeleine, la Victoria que Judith ansiaba, la moneda de cambio que le permitiría recuperar a Marcos. Solo tenía que reunirse con su asesina y ella misma le devolvería a la vida con la misma facilidad que se la arrebató. Y sin embargo… No había nada que desease más que abrazar a su novio de nuevo, como si nada hubiese sucedido, pero era difícil traicionar a alguien cuando habías vivido todos sus tormentos de primera mano. Si iba a arrebatarle el don de la reencarnación a Madeleine, al menos necesitaba conocerla primero. Hablar con ella. Ver qué tal le iba en esta vida, si al fin había encontrado su sitio, si era feliz.

Por mucho que le doliese, Marcos tendría que esperar un poco más.

Samuel entró en el piso con la energía de un terremoto a pesar de no haber pegado ojo en toda la noche y, ante la mirada sorprendida de Leticia y la indiferencia de su prisionera, puso el salón patas arriba. Extendió un mapa de la ciudad sobre la mesa del comedor, rebuscó entre sus pertenencias hasta dar con un espejo que colocó junto al mapa y empuñó su daga.

—¿Qué ha pasado? ¿Dónde están los chicos? —preguntó Leticia. Tenía el pelo revuelto y la ropa arrugada. Pese a la incomodidad del sofá, se había quedado dormida.

«No lo sé», pensó él, pero no fue capaz de admitirlo en voz alta. Se había pasado toda la noche buscando a Elías sin resultado y tampoco tenía ni la menor idea de dónde habría ido Marcos Vega, pero se había cansado de comportarse como un corriente.

—Voy a averiguarlo en un momento.

—¿El amuleto no ha funcionado?

—Sí.

—¿Y…?

Samuel miró a la agente molesto, cansado de sus interrupciones. Lo único que le preocupaba era localizar a Elías y arrastrarle de vuelta a casa.

—¿Y qué?

—¿Qué ha pasado?

—Hemos… discutido.

—¿Por qué? —preguntó Leticia, cada vez más confusa.

—No estoy seguro. —Y era cierto: Elías le había echado en cara que no confiase en él, que no aprobase quién era y sus decisiones, pero estaba seguro de que se trataba de algo más.

No había muchas cosas que atemorizasen a Samuel Baena, pero ver a su hermano menor sufrir era una de ellas. Siempre había creído que podría proteger a los suyos, pero lo que le ocurrió a Alyssa… había sido una dura lección de humildad. Dejó el cuchillo sobre la mesa. ¿Qué estaba haciendo? Si volvía a rastrear a Elías contra su voluntad, nunca se lo perdonaría.

—Creo que necesitas dormir un rato —dijo Leticia, acercándose a él con el mismo cuidado con el que uno intenta calmar a un perro maltratado que muestra los dientes por puro terror.

—No hay tiempo para eso.

—Todo el mundo duerme, Samuel, incluso los villanos.

—¿Debería hacerlo?

—Sí, te vendrá bien. Son más de las cuatro…

—No, no me refiero a dormir. —Samuel negó con la cabeza y señaló el mapa. Solo tenía que pronunciar las palabras adecuadas, ofrecer su sangre y el espejo le mostraría a su hermano.

—Ah… Entiendo. Verás, como agente te diría que no tenemos tiempo que perder y que el don de Elías es demasiado valioso. Pero como hermana… No sé qué ha pasado entre vosotros, pero si se ha marchado, puede que lo mejor sea que le dejes algo de espacio. Además, no es un necio, ya sabrá que intentarás buscarle y se habrá protegido. Si nota que intentas atravesar sus defensas, se molestará aún más.

Samuel asintió con la cabeza.

—Es cierto, deberíamos centrarnos en encontrar a esa malnacida —dijo refiriéndose a Judith. Se empeñaba en culparse a sí mismo, pero ella había sido quien lo había complicado todo. Avanzó hacia la banshee, que seguía regenerándose del todo en el interior de su diminuta celda.

—¿Aún está así? Creí que sería más rápido.

—Va por su segunda regeneración —aclaró Leticia tras él.

—¿Sabes qué? Por una vez estoy de acuerdo con alguien de la Guardia: creo que debería dormir aunque sea un par de horas.

—Vaya, qué honor ser la primera.

—¿Y tú no vas a dormir?

—He echado varias cabezadas. Además, hay algo que quiero comprobar.

El roce del sol a través de las cortinas le puso de mal humor y Samuel se levantó de un salto al darse cuenta de que el par de horas se habían alargado casi hasta el mediodía. Se incorporó a la carrera, como si llegase tarde a algún sitio aunque no tuviese claro a dónde ir.

—¿Por qué no me has despertado? —gruñó con las legañas aún en los ojos.

Leticia, que leía en el sofá mientras tomaba notas en su cuaderno, alzó la vista de mala gana. Frente a ella, la banshee permanecía sentada en el centro de su celda de sombras, tan inmóvil que daba

escalofríos.

—Porque estabas tan mono dormidito que me ha dado pena despertarte.

Samuel frunció el ceño aún más. Los nigromantes no eran célebres por su gran sentido del humor, precisamente, y ese no iba a ser el día en que él desarrollase uno.

—Estamos perdiendo un tiempo muy valioso.

—No, tú estás perdiendo el tiempo. Yo estoy encontrando las piezas de la Victoria. —Señaló hacia el libro.

Se trataba de una edición en tapa dura, con una sobrecubierta de colores claros en la que aparecía una mujer de espaldas, vestida de época, y un fondo difuminado de las calles de París. Habría en el mundo cientos de cubiertas idénticas a esa.

—¿Qué es eso? —preguntó, y fue entonces cuando vio, encendido sobre la mesa del comedor, un ordenador portátil—. ¿Te has vuelto loca? Judith puede rastrearnos con eso en cinco minutos. —Se apresuró a bajar la tapa aunque el gesto no sirviese de nada.

—¡Tranquilo! Solo me he conectado a la red un segundo para descargar un informe y después lo he puesto en modo avión. Ya que he puesto a mi equipo a vigilar a Judith, me pareció que teníamos que averiguar por qué no estaba con su buena amiga banshee y por qué no ha venido a rescatarla. Además, no sabe que yo estoy con vosotros, ¿por qué me iba a rastrear? Por si acaso, tengo la cámara tapada con un adhesivo y un buen antivirus, no soy una necia.

Samuel se cruzó de brazos, malhumorado. Vaya forma de despertarse. Ni siquiera le había dado tiempo a tomarse un triste café.

—¿Y qué has averiguado? —Si les había puesto en peligro, más valía que al menos fuese a cambio de información útil.

Alzó el libro en el aire para que Samuel pudiese ver el título. Tres vidas en París.

—¿Una recomendación literaria?

Leticia puso los ojos en blanco, dejó el libro sobre el sofá y se inclinó para abrir el portátil. Después le mostró unas imágenes de Judith en lo que parecía una librería de una estación o aeropuerto, con el mismo libro entre las manos. De pronto, el ejemplar que sostenía se cayó de sus manos y se encogió aturdida.

—Las cámaras del aeropuerto de Heathrow la grabaron a la hora en que atrapamos a su socia. Justo después se subió a un avión con destino a París.

—¿Cómo podía saber que veníamos a París? —preguntó Samuel, molesto porque Judith se adelantase a sus pasos.

—Eso me preguntaba yo hasta que me di cuenta de qué libro estaba mirando. Da la casualidad de que lo leí hace unos años. Trataba sobre una bailarina que se casa con un coreógrafo ruso para poder viajar y formar parte de una compañía de ballet. Recuerdo que era muy verosímil, como si a la escritora le hubiese sucedido todo lo que le ocurrió. ¿No te parece extraño? Por no hablar del título, Tres vidas en París —repitió.

—¿Crees que lo escribió Madeleine? Lo más probable es que el título lo eligiese un equipo que buscaba algo con gancho.

—Puede que sí, o puede que estuviese dejando un rastro. Piénsalo: si te reencarnases y quisieses encontrar a alguien que podría estar en cualquier lugar del mundo, te pasarías la vida buscando.

—Sería más sencillo hacer señales de humo, llamar su atención. —Se cruzó de brazos—. Admito que en teoría tiene lógica.

Leticia le mostró un pantallazo de una entrada de Wikipedia que había hecho en su ordenador.

—La autora se llama Gabrielle Astiers. Apenas hay información sobre ella, pero venden sus libros en cualquier librería. Creo que Judith también conocía la historia. He investigado y hay hilos de foros conspiranoicos sobre la novela. Creen que Gabrielle Astiers es en realidad un vampiro, lo cual es ridículo, los vampiros no existen.

Bueno, no como ellos creen, pero ¿y si…?

—¿Y si Judith llegó a la misma conclusión? Puede que lo investigase, que sepa algo que se nos escapa.

—Gracias por dejarme terminar siempre las frases, ¿te han dicho alguna vez que eres todo un caballero? —suspiró—. Sí, ayer, al hablar con la banshee, me dio esa impresión. La historia de Madeleine y Adrienne no es nueva para ellas. Pero eso no es todo. Lee la dedicatoria.

Samuel lo hizo. La autora no había agradecido a sus padres, a su pareja o a sus hijos su afecto y apoyo como haría cualquier otro escritor. Se había limitado a escribir: «Volveremos a encontrarnos en París».

—Es la misma inscripción que había en el reloj.

—Mira el nombre de la protagonista.

Samuel pasó las páginas en busca de algún inicio de capítulo y enseguida lo encontró, nítido como un faro que les señalaba el camino en mitad de una tormenta. Adrienne Montauban.

Leticia volvió a mostrarle la cubierta.

—Tres vidas en París. En realidad, es una metáfora: habla de su juventud como su primera vida, la segunda es la que podría haber tenido si se hubiese quedado en París y la tercera la que en realidad tuvo, lejos de Francia. Solo volvió en su vejez, buscando a su íntima amiga de juventud, pero nunca la encontró. ¿Y si…, y si Madeleine no fuese la única que se está reencarnando?

—¿El otro extremo de la promesa?

—Hemos dado por hecho que solo Madeleine ha seguido volviendo, pero no sabemos quién ha escrito este libro. Solo que se hace llamar Gabrielle.

—Genial, averigüemos dónde vive esa tal Gabrielle y hagámosle una visita antes de que Judith lo haga.

—Ya… No va a ser tan sencillo.

Samuel suspiró resignado

—Nunca lo es.

—Este libro lo publicaron en 2004 y la autora ya era bastante mayor. —Leticia le dio la vuelta al libro y Samuel pudo ver la foto de la contracubierta, en la que aparecía una mujer que rondaría los setenta con una larga melena completamente blanca y un jersey negro de cuello alto que encajaba a la perfección con su imagen mental de «una intelectual francesa»—. He llamado para preguntar a la editorial y me han dicho que llevan años sin saber nada de ella, que los derechos de autor se donan a una fundación que da becas de danza a niños de barrios desfavorecidos.

—¿Crees que podría estar muerta?

—Es muy posible. No he encontrado ni hijos ni sobrinos ni parejas…, nada. Se ha esfumado.

—Así que puede que estemos buscando a un bebé de dos meses, a una niña de diez años o a una anciana senil. —Samuel asintió con la cabeza. Normalmente un reto como ese le estimularía como una taza de café bien cargada, pero con Judith de por medio solo le daba dolor de cabeza—. En ese libro… ¿qué más pone?

Leticia pareció complacida porque estuviese cediendo. Sonrió.

—¿Te apetece hacer un poco de turismo?

Capítulo 16

El local era más grande de lo que Elías esperaba. Parecía que a Madeleine le iba bastante bien en aquella vida. La puerta y el toldo eran del mismo azul claro que la caja que Pauline le había mostrado y no dejaban de circular clientes que entraban y volvían a salir con una baguette y una caja de pasteles. Elías lo sabía porque llevaba un rato observando, detenido en la acera, junto a una marquesina publicitaria que anunciaba una colonia de lujo, sin atreverse a cruzar la calle y entrar. Una vez que lo hiciese, la joven con la que había soñado tantas veces se convertiría en una persona real. Nunca había conocido en carne y hueso a nadie con quien hubiese soñado.

Si cruzaba esa puerta, no habría marcha atrás.

Se sintió tentado de dar media vuelta, de buscar a Judith, darle esa dirección y desentenderse de lo que sucediese después. Antes de que la tienda cerrase por la noche, Judith estaría allí, reclamando la última Victoria y, junto con ella, los dones de la muerte. Sería lo más cómodo, lo más fácil. La gente lo hacía todo el tiempo en esa ciudad como en tantas otras: mirar a otro lado cuando caminaban frente a tiendas de campaña de refugiados o cuando compraban una camiseta fabricada por trabajadoras explotadas. Él no lo hacía mejor, tan absorto en sus propios miedos y prisas del día a día que nunca se paraba a mirar una etiqueta. Pero Madeleine no era un rostro anónimo ni una cifra en una estadística que fuese fácil obviar. Había visto el mundo con sus ojos, sentido un frío que no imaginaba posible en sus huesos, saboreado pan y queso con sus labios, compartido miedos e ilusiones como si se tratasen de una sola persona.

Una de las clientas salió con un sándwich en la mano y un empalagoso aroma a mantequilla caliente la acompañó hasta el exterior. Algo en ese olor conmovió a Elías; nada en el mundo podía ser tan terrible si había una masa horneándose. Lo siguiente que supo era que lo estaba siguiendo en busca de su origen. Se apresuró a sostener la puerta antes de que se cerrase y entró en el Miss Mads

Café.

El local resultaba elegante y acogedor a la vez; parecía que Madeleine se había esforzado mucho por conservar el aire parisino que podías encontrar en Ladurée sin llegar a intimidar a los clientes, como si les invitase a relajarse y dejar de aparentar que eran adultos exitosos durante un rato. Había plantas en macetas azules por todas partes, mesitas redondas y sillas elegantes con asientos tapizados con un estampado de flores. En las paredes, pintadas de un beige cálido, colgaban fotografías de distintos rincones de la ciudad.

Se giró hacia el mostrador y allí la encontró, inclinada sobre el expositor de cristal con unas pinzas metálicas en las manos. Sus cejas se fruncieron y sus labios se arrugaron cuando las usó para agarrar un pastelito. Después lo introdujo en una de sus cajas azules, con la misma concentración que un artificiero desactivando una mina. Había algo muy artístico y puro en su trabajo, o más bien en la forma sagrada en que lo llevaba a cabo. Interrumpirla se le antojó una auténtica herejía. Tras repetir el proceso varias veces y cerrar la caja con un movimiento meticuloso pero ágil, le tendió la caja a un hombre que rondaría los sesenta con una enorme sonrisa.

Madeleine tenía la misma apariencia que en sus sueños, pero parecía una persona distinta. Sus rizos, de un castaño anaranjado que se confundía con el dorado, caían rebeldes en torno a su rostro, a pesar de que hubiese recogido la mayoría de ellos con un pañuelo rosa. Llevaba un jersey amarillo y un montón de joyas con piedras multicolores, a juego con sus uñas, que sin duda atraerían miradas condescendientes en el metro parisino, donde la norma eran el negro y los tonos neutros.

El hombre le devolvió la sonrisa antes de marcharse con sus pasteles, más dichoso de lo que era cuando entró.

Los ojos de Madeleine le buscaron y Elías se sintió como si acabasen de alumbrarle con un foco en mitad de la multitud. Había pensado mucho en si debía ver o no a Madeleine, pero no había reparado en que ella también le vería a él.

—Bonjour! —exclamó—. ¿Te puedo ayudar en algo?

La certeza de que Madeleine tenía una vida sobre la que él no sabía nada le abrumó. Después de tanto sufrimiento, de sentirse sola y perdida, por fin había encontrado la felicidad y aparecía él para arrebatársela.

Elías se dio cuenta de que estaba llorando cuando notó una gota cayendo al vacío desde su barbilla.

—Oh, mon Dieu. —Madeleine se apresuró a cruzar al otro lado del mostrador y le ayudó a sentarse junto a una mesa cercana.

Todos los sentimientos que llevaba conteniendo desde la noche anterior se liberaron de golpe en el momento en que se permitió relajarse un solo segundo. Por fortuna, Madeleine estaba acostumbrada a tratar con los problemas de un corazón roto y en cuestión de un segundo estaba sentada frente a él, ofreciéndole un éclair de chocolate y una infusión caliente. Elías los miró como si no supiese muy bien qué hacer con ellos.

—Allez, allez. Come, te sentará bien.

Elías no tenía ganas de masticar o tragar nada, pero obedeció por inercia. Dio un tímido bocado al pastel y el sabor de la masa y la crema de chocolate estallaron en su boca. Puede que Madeleine tuviese algo de bruja, porque la sensación reconfortante que detuvo su llanto parecía cosa de magia.

—Y ahora bebe algo calentito —le alentó, señalando la infusión.

Al darle un sorbo, Elías reconoció el sabor de la manzanilla. Había bebido muchas tazas intentando relajarse y conciliar el sueño por las noches, pero nunca había servido de gran cosa. Esa vez, en cambio, el calor que descendió hacia su estómago fue suficiente para tranquilizarle.

—¿Cómo lo haces? —preguntó en inglés, porque Madeleine no parecía el tipo de parisina que se enfadaba si le hablabas en otro idioma. La pastelera se rio, irradiando calor y luz, y supo lo que iba a contestar antes de que lo hiciese:

—Es la mantequilla. —Se puso en pie para volver al mostrador

desatendido—. Si no lloras más, invita la casa. D'accord?

Si el éclair se hubiese convertido en cianuro en su boca, Elías se hubiese sentido más agradecido que ante aquella demostración de bondad desinteresada hacia un completo desconocido. Quería salvar a Marcos, necesitaba hacerlo, pero no tenía ni idea de qué estaría dispuesta a hacer Judith para obtener el poder de la Victoria. Lo peor de todo era que estaba convencido de que, si le explicaba la situación, Madeleine accedería a ayudarle sin pensarlo dos veces.

—Espera —le pidió, y como le faltaban las palabras, optó por sacar el antiguo reloj de su bolsillo y mostrarlo.

La sonrisa se desvaneció del rostro de Madeleine y Elías sintió que, aunque no fuese contra las leyes, acababa de cometer un crimen.

—Tengo que atender la tienda, pero cierro a la hora de comer. Si puedes esperar hasta entonces…

Elías asintió con la cabeza. Para su asombro, Madeleine inspiró hondo y volvió al mostrador como si nada para atender a una pareja que acababa de entrar al café. Supuso que a lo largo de cuatro vidas llegaba un momento en que aprendías a conservar el temple. Dudaba que hubiese alguna emoción o problema que Madeleine no hubiese experimentado antes. Él, en cambio, sentía que todo era demasiado nuevo. Tal vez su hermano tenía razón, puede que hubiese sido mejor que saliese ahí fuera desde joven para recibir golpes en lugar de protegerse de ellos; así la soledad, la incertidumbre, tener que traicionar tus ideales y a los tuyos ya no le dolería tanto.

Se acabó el pastelito, vació su taza y observó a Madeleine trabajar, preparando cajas para llevar, sirviendo en las mesas, limpiando y recogiendo con la ayuda de una empleada. Parecía estar en todas partes y aun así tenía tiempo para dedicarle a todo el mundo sin dejar de ser amable. No le extrañaba que el flujo de clientes fuese incesante. Había algo en la energía que Madeleine creaba a su alrededor que era tan adictivo como el azúcar.

Cuando llegó la una, Madeleine se despidió de los últimos clientes, despachó a su compañera y dio la vuelta a un cartel pintado a mano

que decía fermé. Se quedó unos instantes detenida frente a la puerta y de espaldas a Elías antes de girarse hacia él con una sonrisa apagada.

—Nunca pensé que volvería a ver ese reloj —dijo mientras tomaba asiento—. Aún hay veces en las que llego a creer que lo he soñado todo. —Extendió la mano hacia Elías—. ¿Me permites?

—Es tuyo —respondió él, sin pensárselo dos veces antes de confiarle el reloj de bolsillo.

Madeleine lo contempló con asombro, incluso lo abrió para comprobar que la inscripción siguiese ahí. Sonrió de nuevo y Elías se percató de que sus ojos estaban algo húmedos.

—Aunque en el fondo siempre he sabido que todo era real, me alivia mucho poder confirmarlo. Saber que no estoy loca.

Elías asintió con la cabeza. Comprendía la sensación. Alzó la vista hacia él, inquisitiva, y supo que querría saberlo todo.

—¿Dónde lo has encontrado? ¿Y cómo me has encontrado a mí? Me llamo Cristine, por cierto, aunque todos me llaman…

—Madeleine —se adelantó Elías, temiendo causarle aún más confusión—. Yo soy Elías, Elías Baena. Mi padre tiene una tienda de antigüedades en Madrid y encontré este reloj allí.

—¿En Madrid? —Madeleine acarició los sinuosos relieves del reloj con la yema de los dedos—. La última vez que vi este reloj, su dueña se estaba subiendo a un tren camino a San Petersburgo. Es curioso, de niña siempre fui yo la que soñaba con viajar y al final este reloj ha llegado más lejos que yo.

—Su… ¿dueña?

—Adrienne, se lo regalé para que no se olvidase de mí, de nuestra promesa. Incluso… es una estupidez. —Sacudió la cabeza.

—Hicisteis un hechizo —completó Elías por ella—. Prometisteis volver a encontraros, aquí en París, y enlazasteis vuestras almas.

—¿Cómo puedes saber todo eso?

—También sé que no creías del todo que el hechizo fuese real hasta que lo sentiste. Es el culpable de que vuelvas una y otra vez, y seguirá siendo así hasta que se cumpla la promesa, aunque aún no estoy muy seguro de cómo es posible —explicó, señalando el reloj.

—Dices… ¿que nuestra promesa sigue aquí dentro? —Madeleine apretó el reloj con fuerza y lo alejó de sí, como si se debatiese entre huir de él o tragárselo pieza a pieza si era preciso.

Elías asintió con la cabeza.

—Pero cumplirla significaría que…, que la próxima vez que mueras será definitivo. —Quería asegurarse de que entendía las verdaderas implicaciones de lo que estaban discutiendo.

Madeleine se echó a reír. Esa reacción le pilló desprevenido.

—No te preocupes por mí. He visto suficiente de este mundo, o de esta ciudad al menos. Supongo que en el fondo estaba esperando a que llegase este día. ¿Cómo arreglamos este entuerto?

—Yo… Verás, es complicado. Conozco a alguien que nos ayudará —dijo con un nudo en el estómago. Si Judith quería ese poder, y Madeleine librarse de él, ¿acaso no era lo correcto?

—¿Y esa persona está en París? —preguntó Madeleine.

—Sí, pero… no estoy seguro de que sea una buena idea. El poder en ese reloj, en tu alma, es muy codiciado y peligroso.

Le explicó la existencia de las Victorias, de los dones que lograría quien derrotase a la muerte tres veces, le habló de los nigromantes, del delicado equilibrio de poder entre la vida y la muerte, de los peligros de que un mortal tuviese en sus manos un poder tan desmedido, y en secreto deseaba que le dijese que todo eso daba igual y que lo haría de todas formas. También le confesó que la había conocido a través de sus sueños, que sabía lo que había sucedido en Îles des Vagues, sus intentos por evadirse en los locos años veinte y el tedio y desamparo que sintió en los años sesenta al darse cuenta de que no había respuestas para sus preguntas.

Por fin concluyó su relato y observó a Madeleine meditar en silencio. La mujer depositó el reloj sobre la mesa y se cruzó de brazos, pensativa.

—¿Qué sacas tú de todo esto?

—¿Cómo? —vaciló Elías, no esperaba que fuesen a hablar de él.

—Suenas como si intentases convencerme de que es una pésima idea, pero entonces ¿por qué venir hasta aquí en primer lugar? Suena como si no tuvieses más remedio que hacerlo, así que ¿qué sacas tú?

Elías bajó la mirada, abatido por la vergüenza.

—He perdido a alguien. Se llama Marcos y… —Sintió un nudo en la garganta—. Es la mejor persona que he conocido. Aunque creo que no se lo dije lo suficiente.

Madeleine inspiró hondo y suspiró.

—Conozco la sensación. Y si esa mujer consigue el poder de la muerte…, ¿le recuperarás?

Asintió con la cabeza.

—¿Sabes?, no pasa nada por ser egoísta a veces —respondió ella.

—¿Estarías dispuesta a hacerlo? —preguntó Elías, incrédulo.

Madeleine se encogió de hombros.

—No creo que sea casualidad que me hayas encontrado en esta vida. Primero creí que estaba loca, luego que me estaban castigando y en mi soberbia llegué a pensar que tal vez había vuelto al mundo por una buena razón, que había algo que debía hacer y que en cuanto lo averiguase me liberarían. —Se mordió el labio—. Pero la vida no tiene un sentido, solo el que le damos. Me ha costado un par de siglos, pero al final me he dado cuenta de que no sufría ninguna maldición y que tampoco tenía una misión. He tenido una oportunidad que no se le ha concedido a nadie más, la de volver a empezar y vivir a mi manera en lugar de como quieren los demás.

Llegaré a mi lecho de muerte orgullosa, sin miedo ni arrepentimientos. Así que no te preocupes por mí. —Extendió la mano sobre la mesa para tomar la suya—. Además, aún planeo vivir unos cuantos años más.

Elías la miró a los ojos, sorprendido y abrumado. No comprendía por qué algunas personas creían que los ojos castaños eran ordinarios, como si lo común o infrecuente del color fuese lo que caracterizaba una mirada. Los iris de Madeleine se iluminaban y ensombrecían con vivencias que ninguna otra persona podría comprender, luces y sombras que hacían que aquellos a los que miraban sintiesen que lo sabía todo sobre ellos. No había nada de ordinario en esos ojos.

—Vayamos a ver a esa tal Judith, veamos si puede hacer lo que asegura.

—¿Estás…, estás segura?

—Claro, saber que esta es mi última vida hará que sea más especial. No necesito volver a empezar si ya he hecho todo lo que quería. Para serte sincera, no sé si tengo fuerzas para empezar de cero otra vez. Antes de que nos marchemos, come algo. —Cruzó al otro lado del mostrador, preparó un par de platos con sándwiches caseros y colocó dos macarons a cada lado—. Para el postre. —Le guiñó un ojo.

—No…, no sé si me merezco postre.

—¿Qué dices? Todo el mundo se merece postre. Además, alimentar a los demás es mi verdadera vocación, así que hazlo por mí. ¿Quieres? Come, allez.

Elías la observó boquiabierto mientras colocaba un par de servilletas y de cubiertos en la mesa. Nunca había oído de nadie que reaccionase con semejante calma al descubrir que la magia era real y que estaba en mitad de una batalla por un poder que ni siquiera alcanzaba a comprender.

—¿De verdad que no tienes miedo?

—Lo desconocido siempre da miedo. Pero lo imprevisible no tiene por qué ser malo; por ejemplo, no esperaba que esta mañana un chico apareciese en mi café con el reloj de Adrienne y aquí estamos.

Elías no pudo evitar sonreír. De verdad que esperaba que estuviese en lo cierto al decir que tenía una larga vida por delante, porque no le cabía duda de que, cuando Madeleine se reuniese de verdad con la muerte, iba a dejar un vacío irremplazable en el mundo.

El VII arrondissement representaba a la perfección lo que cualquier forastero esperaba de París: edificios distinguidos, cafeterías pintorescas a pie de calle donde tenías que competir por cada centímetro de espacio personal, floristerías donde comprar rosas de una en una, museos de todo tipo y una vista privilegiada a la torre Eiffel desde todos los rincones. Por desgracia, no habían acudido hasta allí para tomar café ni para comprar flores. Samuel y Leticia se detuvieron frente a la puerta de madera de uno de esos elegantes edificios con balcones engalanados y fachadas de color ocre.

—Según la novela, aquí es donde se crio Adrienne —explicó Leticia.

Leticia caminó hacia el telefonillo y presionó para llamar al timbre. Adrienne provenía de una familia muy acomodada, pero no verdaderamente rica. Si lo hubiese sido, en lugar de vivir en uno de los apartamentos hubiese contado con un edificio al completo. Tras unos segundos, una voz femenina respondió en francés y Leticia maldijo por lo bajo, como si se hubiese olvidado de que ese era el idioma que se hablaba en Francia. Balbuceó palabras inconexas con un cómico acento (uno más parecido al que fingían los españoles al imitar a los franceses que al que de verdad tenían los galos), hasta que Samuel no pudo aguantarlo más.

—Somos periodistas de un medio español y estamos escribiendo sobre la historia de Adrienne Montauban, escrita por Gabrielle Astiers. Sabemos que vivió aquí, ¿podríamos hablar al respecto con el actual propietario? —dijo en un perfecto francés.

Leticia le lanzó una mirada despechada.

—¿Has hablado francés todo este tiempo? ¿Y no podías decirlo antes?

En realidad, Samuel hablaba ocho idiomas de forma fluida, varios de ellos lenguas muertas, y chapurreaba en otros tantos, pero Leticia había parecido tan empeñada en tomar la iniciativa a la hora de intentar comunicarse con los locales que después de varios días le parecía embarazoso confesarlo.

La mujer al otro lado del telefonillo dudó, pero al final acabó por invitarles a pasar. Aunque el edificio contaba con uno de esos ascensores de principios de siglo que parecían jaulas, Samuel comenzó a subir por las escaleras por pura impaciencia. Cuando llegaron al rellano del cuarto piso, encontraron la puerta abierta y a una mujer de mediana edad y aspecto sofisticado esperándoles junto a la puerta. Llevaba puesta una camisa negra que le quedaba un par de tallas grande y unos pantalones beige que, junto con su flequillo destartalado, hacía imposible ubicar su edad exacta entre el margen de treinta y cincuenta. La mujer se presentó como Marguerite Montauban y Samuel presintió la mirada de triunfo de su compañera.

—Mi compañera no habla muy bien el francés —dijo, regodeándose más de lo que debería—. ¿Le importa si me encargo de traducir?

La mujer asintió y los acompañó al interior de la casa. También les invitó a tomar un café que declinaron amablemente.

—Et bien, ¿qué es lo que les trae aquí?

—Adrienne vivió en esta casa antes de casarse, ¿no es cierto? —se apresuró a preguntar Leticia. Samuel tradujo sus palabras, al igual que la respuesta de Marguerite.

—Así es. ¿Por qué están escribiendo sobre ella, tiene algo que ver con ese libro?, ¿cómo se titulaba…?

—Tres vidas en París —le recordó Samuel con una sonrisa educada. La mujer hizo un aspaviento con la mano—. ¿No le gustó a su familia?

—Esa escritora… acertó en algunas cosas, pero el resto debió de inventarlo todo. Jamás entrevistó a nadie de la familia ni pidió permiso a los Montauban para contar esa historia. Pensamos en demandarla, pero no merecía la pena, el libro no vendió tanto. Adrienne era una buena chica, ¿sabe? Casarse con ese ruso fue lo único rebelde que hizo en su vida y fue por amor, no por interés.

—No me cabe duda —asintió Leticia—. Aunque el amor puede ser muy subjetivo.

—¿Es eso lo que quieren saber? ¿Si fue una historia de amor verdadero? —preguntó la mujer con una mueca de acritud.

Samuel se apresuró a cambiar de tema.

—¿Alguna vez contactó la autora con ustedes después de publicar el libro?

—Ni una sola vez, ni para disculparse ni para darnos las gracias por no demandarla. ¿Quieren ver el retrato de mi tía abuela Adrienne?

—Nos encantaría —dijo Leticia.

—¿Estás segura de que todo esto no es una gran casualidad? —susurró Samuel mientras la seguían por la casa—. Me parece extraño que si Gabrielle es Adrienne no haya tenido interés por contactar con tus tátarasobrino nietos o lo que sea.

Leticia resopló.

—Si su hermano era tan encantador como cuenta en la novela, no me sorprende, lo que también explica por qué el libro no les entusiasmó.

Aunque habían mantenido la estructura de la casa, la heredera había procurado decorarla con un estilo actual y chic, combinando cuadros contemporáneos y abstractos con estanterías cubiertas de libros amarilleados por el tiempo. Dentro de ese equilibrio, destacaba el retrato de una joven con un sencillo vestido rosáceo que posaba sentada con las manos enguantadas sobre el regazo. Tal y como la había descrito su pariente, tenía el aspecto de una muchacha dócil y discreta. Había algo en su mirada que le resultaba

familiar, una profundidad silenciosa.

—Tenía que gustarle mucho el baile —susurró Leticia, absorta en el rostro de la muchacha que no podría tener más de quince años cuando posó para el retrato—. Para dejar todo lo que conocía, la seguridad de su casa, y subirse a un tren que la llevaría a un país frío y lejano. O estar muy enamorada, vaya.

—Lo pintó mi tatarabuelo. Era pintor —presumió la mujer—. Pintaba sobre todo retratos por encargo, nada que se exhiba en el Musée D'Orsay. Adrienne era su modelo favorita, la retrató una decena de veces, pero solo conservamos este retrato.

—Samuel…. —dijo de pronto Leticia, agarrándole del brazo para llamar su atención. Ante la mirada de extrañeza de su anfitriona, sacó el pesado libro de su bandolera y le mostró la foto de la contraportada. Comprendió en el acto por qué esos ojos castaños le resultaban familiares. Era lo único que quedaba de esa chiquilla inocente en el rostro de la anciana—. La hemos encontrado.

Capítulo 17

Como muchos de los parques y monumentos de la ciudad, el cementerio de Montparnasse cerraba sus puertas a las seis de la tarde en invierno, lo que significaba que cuando el reloj rozaba las siete el lugar estaba desierto. Judith aguardó hasta que se marcharon los escasos visitantes, que paseaban y hacían ejercicio en el recinto como si fuese un espacio verde más. Recorrió los caminos asfaltados hasta que encontró la escultura de un ángel de bronce, que se elevaba con gracia sobre un pedestal en el que habían grabado la palabra Souvenir. La escultura sostenía un ramo de flores en una de sus manos, como si acudiese a despedirse de alguien.

—Génie du sommeil éternel, el genio del sueño eterno —susurró Judith, detenida ante el ángel de rasgos andróginos—. No creo que la Muerte acepte ayudantes, solo siervos. Pero es hermoso, ¿verdad?

Styx maulló a modo de asentimiento junto a los pies de su ama. Ya había recuperado gran parte de su diminuta cabeza y de sus patas, aunque la mayoría de su cuerpo se componía de parches que se regeneraban a distintas velocidades. En algunas partes podía verse el hueso desnudo, mientras que otras se cubrían por finas capas de piel o por su tupido pelaje. Sintió una punzada de envidia y palpó la piedra que cubría su frente. Ella no recuperaría la parte de su cuerpo a la que había renunciado. A veces, sus habituales pesadillas se veían interrumpidas por un nuevo tormento, soñaba que todo su cuerpo se convertía en mármol y se volvía una mera escultura, a merced de las personas que la miraban igual que ella contemplaba al ángel.

—¿Dónde se ha metido ese chico? —preguntó en un murmullo.

Miró a su alrededor en busca del nigromante, pero allí solo había fantasmas que paseaban entre lamentos o que permanecían inmóviles sobre las tumbas.

El cementerio de Montparnasse fue construido con fines prácticos

con el nombre de Cimetière du Sud cuando los cementerios del interior de la ciudad estuvieron demasiado llenos. Entonces la ciudad no había llegado aún al que ahora era el distrito XIV; de hecho, todavía podía verse en pleno cementerio uno de los muchos molinos que se extendieron por la zona rural. El terreno había sido dividido en cuadrículas con varias avenidas adornadas con tilos y fresnos, una planificación que lo diferenciaba del misterio y romanticismo del más famoso Père-Lachaise. A medida que la ciudad fue avanzando terreno, el cementerio quedó rodeado por edificios en todas direcciones. Judith no hubiese querido vivir en una casa con vistas al cementerio, por muy célebres que fuesen sus inquilinos. Una cosa era anhelar el poder de la muerte y otra muy distinta, recrearse.

«Ahí está».

Por fin distinguió la delgada figura del hechicero acercándose por uno de los caminos, junto a una mujer de mediana edad. Había muchos árboles, pero ninguna farola que rodease la rotonda. Lo único que parecía iluminar el cementerio eran las luces encendidas en la torre Montparnasse, un feo amasijo de hierro y hormigón que se veía desde cualquier punto de la orilla izquierda.

—Buenas noches —lo saludó Judith cuando estuvieron a su altura —. Confiaba en que la encontrarías, pero ha sido más rápido de lo que esperaba.

Elías evitó mirarla a los ojos. No podía culparle.

—Esta es Madeleine —dijo, señalando a su acompañante—. Ha accedido a ayudarnos, pero te lo advierto, si le haces algún daño…

—No te preocupes, no le ocurrirá nada. No suelo dedicarme a herir a mujeres inocentes por capricho. Dejémonos de ceremonias y hagámoslo. A nadie le apetece pasarse la noche hablando del tiempo y siendo educados, ¿verdad?

Elías y su acompañante intercambiaron una mirada recelosa. A Judith le convenía mantener la imagen de una villana peligrosa y capaz de cualquier cosa, pero a veces se le rompía un poco el corazón al comprobar lo convencidos que estaban de que podía

asesinarles en cualquier momento. De nuevo, las escenas de sus pesadillas la abordaron. Solía soñar con su padre, con la última vez que le vio con vida y con todo lo que ocurrió después, pero esa noche fue Marcos el que acudió a visitarla, con el rostro pálido y el cuerpo empapado de sangre. «Solo es una medida temporal, no cuenta —pensó, pero tuvo que meterse las manos en los bolsillos del abrigo para que no se percatasen de que le temblaban—. En unos minutos, la persecución, la soledad, la injusticia, todo habrá acabado».

Les condujo entre las tumbas, serpenteando a través de las líneas rectas del cementerio, rompiendo el orden del cuadriculado descanso eterno de sus habitantes, aunque no eran los únicos. A lo lejos podían escuchar a los coches pasando de largo y el barullo de la ciudad. Por fin se detuvieron frente a una lápida de aspecto sencillo, colocada de forma horizontal sobre el suelo. Las malas hierbas cubrían sus bordes e incluso habían provocado alguna que otra grieta y podía decirse a simple vista que hacía mucho que nadie la visitaba para limpiarla o dejarle flores.

Madeleine cayó de rodillas frente a la tumba, con las manos cubriendo su rostro angustiado. Elías se apresuró a agacharse junto a ella y a rodearla con los brazos.

Judith leyó el epitafio grabado en la lápida de piedra una vez más.

ADRIENNE GABRIELLE KÓTOV, 1834–1912.

TE SIGO ESPERANDO. VOLVEREMOS A ENCONTRARNOS EN PARÍS.

Aunque pensasen que no tenía corazón, siempre le apenaba ver las tumbas cuyas fechas revelaban una muerte prematura, pero Adrienne había tenido una larga vida por más que el epitafio fuera un tanto triste.

—Volvió, Adrienne volvió y yo no estaba aquí —masculló Madeleine entre sollozos—. Je suis desolé. Je suis desolé…

—Nunca es tarde para saldar una deuda —intentó consolarla Judith —. Ahora estáis aquí las dos.

—¿Cómo la has encontrado? —preguntó Elías.

—Descubrí esta historia hace tiempo, pero cuando la investigué a fondo no encontré nada mágico en la vida de Adrienne. Descarté que fuese una Victoria, pero resulta que solo me faltaban piezas. Me faltaba ella, para ser más concretos. —Señaló hacia la mujer encogida sobre la tumba.

—Hazlo. Haced lo que quiera que sea necesario —dijo Madeleine. Tenía los ojos hinchados de llorar y el rostro enrojecido.

—¿Estás segura? —preguntó Elías, y la mujer asintió decidida.

—Nunca debimos firmar ese pacto, ya es hora de remediarlo. —Sacó el reloj de bolsillo de su abrigo y se lo tendió a Judith, pero ella negó con la cabeza.

—Yo no puedo hacer nada, tienes que romper el vínculo tú. Jurasteis reencontraros, pues bien, es el momento.

Tras unos segundos de confusión, Madeleine volvió a agacharse junto a la tumba, pero en esta ocasión lo hizo para depositar el reloj sobre ella.

—Llego tarde, pero ya estoy aquí. Creí que no volverías y rompí mi promesa. Me equivoqué. Nunca debería haberme marchado, tendría que haberme esforzado más, haber confiado en ti… Ahora estamos juntas, juntas en París.

Judith observó atenta cualquier cambio que pudiese producirse en el reloj, en la mujer, en el ambiente, pero no sucedió nada. Se llevó las manos a la cintura, exasperada.

—Puede que estén demasiado lejos para considerar esto un reencuentro. Hay unas cuantas toneladas de tierra de por medio.

—No podemos hacer nada más… Puede que nos hayamos equivocado —dijo Elías—. Puede que Madeleine no tenga nada que ver con las Victorias, que haya otra explicación.

—¿Otra explicación para reencarnarse durante dos siglos? Es ella. Y sí que hay otra cosa que podemos hacer.

Elías abrió los ojos de par en par, incrédulo, al comprender a qué se refería.

—No vamos a profanar su tumba.

Madeleine dejó escapar un gritito horrorizado ante la mera idea de irrumpir el sueño eterno de su amiga. Judith no se inmutó.

—¿Por qué no? Eres un nigromante, sabes de sobra que solo son huesos, pero es lo único que queda de ella. Al menos de su yo de esa vida.

Elías frunció el ceño, confuso.

—¿Así que no habéis sopesado esa posibilidad? Te creía un tipo listo, Elías.

Antes de que el muchacho pudiese preguntar la duda que le rondaba la mente, Judith sacó la flauta del bolsillo interior.

—Si su alma ha vuelto a la tierra en otro cuerpo, igual que la de Madeleine, no sucederá nada cuando toque la flauta.

Se llevó el instrumento a los labios, decidida a completar su misión cuanto antes. Llevaba años esperando ese momento, no iba a perder un solo segundo más hablando. Se disponía a tocar la flauta cuando un murmullo la detuvo en seco.

—Estoy… cansado —dijo una voz distante, que se mezcló con los rumores de la ciudad.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Madeleine.

—Será un fantasma, los cementerios están plagados de ellos —dijo Judith—. Una lástima que no sea el caso de tu amiga, ya hubiésemos acabado.

—No es un fantasma. —Elías señaló entre las lápidas a una diminuta figura que permanecía inmóvil.

Muy a su pesar, el nigromante tenía razón.

Mientras que los fantasmas tenían un aspecto limpio, algo descolorido, el ser que los miraba irradiaba una perturbadora luz rojiza y su cuerpo parecía formado de una sustancia de color cambiante, inestable. Tenía el aspecto de un niño perdido que necesitaba amor, pero la energía que emanaba de él no invitaba a ofrecerle ayuda o cariño, sino a huir en dirección contraria.

—Estoy cansado…

—Maldita sea la Muerte —protestó Judith—. Otra vez él no.

Desde el otro lado del camino les observaba un hechicero vestido con un elegante traje negro, que contrastaba con el brillo de su cabello, de un rubio que rozaba el blanco. Engels jugueteaba con una esfera de cristal que hacía girar entre sus dedos.

—Timmy —dijo sin inflexión alguna en la voz—. ¿Has terminado tus tareas?

Como si se tratase de una orden, el espectro comenzó a gritar y corrió hacia ellos.

—Madeleine, no permitas que te toque —advirtió Elías, cuyos músculos se habían tensado tanto que de pronto parecía mucho más alto—. Si lo hace, podría poseer tu cuerpo.

La mujer asintió con la cabeza y retrocedió. Judith sintió una punzada de dolor al verla tan desprotegida, impotente. Hacía mucho que se había jurado no volver a ser así, pero el mero recuerdo de sentirse a merced de los demás le partió el corazón. «Por personas como ella, como tú, es importante que esto salga bien», se recordó a sí misma.

—¡Baena! —le llamó Judith—. Encárgate del espectro, yo me quedo al invocador.

Hizo sonar la flauta y el suelo empezó a temblar bajo sus pies. La sencillez de la melodía contribuyó a crear una atmósfera aún más opresiva. Sintió que algo rozaba su pierna y vio una mano de huesos saliendo de la tierra. Apartó la vista porque prefería no ver cómo el resto del cuerpo seguía a esa primera mano. Una cosa era

resucitar gatos y roedores, y otra muy distinta interrumpir el descanso de los muertos «Lo siento, pero os necesito». Se aseguraría de mandarles de vuelta a dormir en cuanto Engels estuviese de rodillas y suplicando piedad.

Invocó un ejército de esqueletos a su alrededor, a los que manejaba usando la flauta como si no fuesen más que marionetas. Era como si una de sus pesadillas se hubiese materializado en la forma de una Danse Macabre, pero Engels no parecía impresionado.

Los esqueletos avanzaron hacia su atacante, algunos a una velocidad sorprendente, otros arrastrándose como podían, con huesos perdidos o demasiado podridos y astillados para servirles de apoyo. Engels se defendió del ataque sin esfuerzo. Escogió otra de las esferas de su cuello, la desenganchó del colgante, se lo acercó a los labios y sopló con delicadeza, haciendo que la brillante y amorfa sustancia brotase de su interior, utilizando el soplido como impulso para entremezclarse con el suave viento. Un nuevo espectro cobró forma ante ellos, la misma mujer que había atacado a Judith en Londres.

Detestaba reconocerlo, pero la situación no estaba a su favor. A unos cuantos metros de ella, Elías utilizaba todas sus fuerzas para mantener a raya al pequeño Timmy aturdiéndolo con sus gorriones de sombras, pero cada vez que el espectro agitaba la mano en el aire, las sombras desaparecían y Elías tenía que volver a invocarlas desde cero. Marcos podría haber seguido con ese juego durante horas, pero el poder de Elías no alcanzaba esa magnitud. «No es momento de echarle de menos, quién sabe si se hubiese dignado a protegerte. Recuerda que te detesta», se dijo Judith para alejar cualquier sentimentalismo.

—¡Tenemos que marcharnos! —exclamó.

Reunió a todos los esqueletos hasta que formaron una sólida barrera entre el espectro, Engels y ellos. Su plan era que les sirviesen de protección mientras huían del cementerio, pero Engels comenzó a susurrar una frase corta en el mismo idioma que los lamentos de la mujer sin nombre. Igual que sucedió con el niño, lo que quiera que dijese encendió la ira del espectro, que atacó a los esqueletos con una furia desmedida. El sonido de los huesos entrechocando y

quebrándose llenó el cementerio.

—He oído que has matado a tu propio hermano, ¿es cierto? —preguntó el hombre con aire condescendiente—. Hablan de ti como si fueses a desafiar la muerte, pero yo sé la verdad: solo eres una carroñera, una revelada sin magia propia que roba la de los demás.

Judith era consciente de que solo trataba de provocarla, pero Engels había elegido muy bien el blanco donde apuntar. «No eres el único con una lengua afilada». Se trataba de un necio si creía que no había empleado su magia en averiguarlo todo sobre Walter Engels y su caída en desgracia.

—Al menos no necesito suplicar una limosna a mi tío muerto.

Vio cómo Engels apretaba los dientes de pura rabia. Como si su ira y la del espectro se retroalimentasen, la figura de la mujer pareció engrandecerse.

—Un nigromante endeble y una corriente. Desde luego, el viejo Basil no podía habérmelo puesto más fácil.

El espectro se arrojó sobre ella, arrasando a todos los esqueletos que había a su paso. Judith supo que correr no serviría de nada, así que le plantó cara mirándola a los ojos. Vio cómo Elías intentaba lanzar una bandada de gorriones en su ayuda, pero la mujer sin nombre fue más rápida. Una intensa luz roja envolvió a Judith y tuvo la sensación de que alguien la estaba abriendo en canal para rebuscar en su interior, apartando órganos y carne. Su cuerpo giró el cuello, pero no fue ella quien hizo el movimiento.

«No —sentenció—. No tienes ningún derecho».

Sacudió los brazos y agitó la cabeza solo por llevarle la contraria al espectro dentro de su cuerpo.

—¡Largo de aquí! —exclamó, y sintió cómo el espectro se despegaba de su interior igual que cuando arrancabas la pegatina protectora de una pantalla. Inspiró hondo, reclamando su cuerpo.

Solo por la expresión de desconcierto en la estúpida cara de Engels mereció la pena pasar por esa desagradable experiencia.

—Dices que yo soy una carroñera, pero ¿qué puedes hacer tú sin tus espectros?

Tal vez no debería haberle retado. Al comprobar que intentar poseerla no serviría de nada, hizo que sus dos espectros retornasen a él, dando un alivio momentáneo a Elías, que se apoyó sobre sus rodillas intentando recuperar el aliento.

—¿Estás bien? —le preguntó—. Nunca había visto nada parecido, repeler a un espectro con fuerza de voluntad.

Judith se sintió tentada de recordarle que seguían siendo enemigos.

—¿Serás capaz de invocar un remolino de sombras para sacarnos de aquí?

Elías parecía abrumado ante la idea, pero asintió decidido.

—Lo haré lo mejor que pueda.

Engels, lejos de rendirse, agitaba las manos en torno a los dos espectros, haciendo que se acercasen el uno al otro cada vez más hasta que sus esencias comenzaron a fusionarse. «Me parece que esto no va a gustarnos». Los espectros perdieron toda su forma hasta convertirse en una masa amorfa que se movía en patrones ondulantes entre los brazos de Engels. Junto a ella, Elías conjuraba en el lenguaje de la muerte un remolino que no acababa de llegar. «Es demasiado débil y está cansado». Tendría que ganar algo de tiempo.

Judith comenzó a tocar la flauta para revivir a más esqueletos, pero su enemigo no se lo permitió. La masa ondulante se concentró hasta reducir su tamaño y también su fuerza, y voló en el aire a toda velocidad hacia ella. La flauta absorbió el impacto, probablemente salvándola de una muerte en el acto.

El chasquido de la madera de bambú al partirse en dos la petrificó.

La flauta cayó al suelo, rota en dos pedazos simétricos.

Y con ella, su plan se hizo añicos.

«Marcos».

Judith contempló la Victoria, la fuente de su poder presente y futuro, el único pasaje con el que traer de vuelta a su hermano, sobrecogida, con los ojos abiertos de par en par. Samuel y Alyssa habían tratado de destruirla durante meses en vano, así que Judith había dado por hecho que era inquebrantable. Se había equivocado.

Se agachó para recoger los pedazos con la misma delicadeza con la que habría auxiliado a un animalillo herido. Alzó la vista hacia Elías, que se había quedado lívido, y supo que estaba pensando lo mismo que ella.

Sin la flauta, le habían perdido. ¿Cómo iban a traer de vuelta a Marcos?

Al no tener ninguna respuesta, toda su atención se volcó en hacérselo pagar al culpable. Engels.

—Rata cobarde —maldijo, aunque para llegar a él tendría que plantar cara al espectro.

La masa ondulante retrocedió, preparada para asestar el golpe de gracia.

«Demasiado tarde —se dijo Judith cuando las sombras la envolvieron junto a Madeleine y Elías para llevarlos lejos de allí. Engels gritó de impotencia al comprobar que su presa escapaba de nuevo—. Guárdate tus lamentos —se dijo—, los vas a necesitar la próxima vez que nos encontremos».

Capítulo 18

La parada de metro de Saint Sulpice cobró forma ante sus ojos cuando el torbellino de sombras se dispersó. Elías pidió a las sombras que les alejasen del cementerio tanto como pudiesen. Nunca había sido capaz de transportar a otras personas y no estaba seguro de que pudiese repetir la proeza, que sin duda tenía más que ver con la adrenalina que bombeaba su corazón acelerado que con su habilidad como hechicero. O puede que su tiempo con Marcos le hubiese ayudado a crecer como obrador de sombras. Pensar en él provocó una punzada honda y aguda en su pecho.

Miró hacia atrás y vio la torre de Montparnasse en la distancia. No se habían alejado demasiado de su perseguidor. El sentido común le decía que debían buscar refugio, pero sus piernas apenas podían sostenerle.

La flauta. Habían perdido la flauta.

Se giró en busca de Judith y la encontró justo a su lado, observando los dos pedazos en que se había roto el instrumento. Cuando alzó la cabeza, sus miradas se encontraron.

—No la necesitamos —se apresuró a decir, respondiendo a los temores que Elías no había llegado a pronunciar en voz alta, pero que al parecer compartían como si fuesen una sola persona. Ese miedo era lo único que podía mantenerles unidos—. Cuando los dones de la muerte sean míos, podré traerle de vuelta sin esfuerzo, ya verás.

Elías empezó a apretar su puño sin darse cuenta.

—¿Y si no lo consigues? ¿Y si solo es un mito, un cuento para dormir? ¿Qué pasará si nunca encontramos la tercera Victoria o si lo hacemos y ese tipo te impide utilizarla?

—Funcionará, está todo bajo control…

—¡No, no lo está! —gritó Elías.

Una pareja que pasaba a su lado hacia el metro se apartó con recelo, pero le dio igual. Se habían aparecido de la nada en mitad de una calle transitada y nadie había reparado en ellos, así que dudaba que fuesen a recordarles en un par de minutos.

Judith lo miró durante unos segundos e inspiró hondo.

—Funcionará, tiene que funcionar. Tiene que hacerlo —repitió, y por primera vez en mucho tiempo, Elías sintió que alguien tenía tanto miedo como él. Aunque Judith se esforzase en mantener la compostura, su incapacidad de fijar la mirada y sus músculos rígidos la delataban. Nada de aquello formaba parte de su plan.

—¿Por qué tuviste que hacerlo? —se lamentó Elías—. Marcos podría habernos protegido, podría…

Judith resopló con sorna.

—Podría haberte protegido a ti. Él nunca me apoyó, no creo que hubiese movido un dedo por salvarme de ese invocador. Aunque sí que ha hecho todo lo posible para que no pueda demostrar que papá tenía razón. ¿Y todo por qué, por miedo a que el poder de las sombras se gane en lugar de heredarse?

—Nadie puede decidir quién merece y quién no ese poder.

Judith se rio con una carcajada seca e indignada.

—¿Cómo que no? Pero si ya lo estáis haciendo. Todos vosotros, cada uno de los nigromantes, os quedáis cruzados de brazos viendo cómo a vuestras hijas, hermanas y madres se les niega lo que vosotros dais por hecho. Podríais haber intentado cambiarlo. Mi padre lo hizo a solas y pagó un precio muy alto por ello. Le repudiasteis, humillasteis su recuerdo. No es la Muerte la que dicta las normas, sois vosotros.

Elías enmudeció.

Se había pasado media vida pensando que ninguno de los problemas de la Hermandad eran asunto suyo porque le daba igual

la política, porque él ni siquiera era lo bastante poderoso, pero no había dedicado un solo segundo a considerar a las personas como Judith, a las que les habían negado hasta esos pequeños privilegios que él despreciaba.

—Vosotros me hicisteis vuestra enemiga. Nunca pretendí serlo. Tampoco os pedí ayuda, habría bastado con que me dejaseis en paz. Pero no, no podíais, ¿verdad? No después de llamarme «peligrosa». ¿Peligrosa por qué, para quién? ¿Por reclamar lo que es justo?

—No, es porque estás dispuesta a amenazar a una chica inocente como Sofía, porque eres capaz de…, de… A tu propio hermano —dijo sin poder mirarla a los ojos, sin poder decirlo.

—Estoy dispuesta a hacer lo que sea para conseguir lo que quiero, sí. Pero si es eso me hace peligrosa, tengo una noticia para ti, Elías Baena. —Judith sonrió—. Tú también eres peligroso. ¿No te parece?

Vaciló de nuevo. Todas las personas a su alrededor se habían pasado la vida animándole a que se implicase más en las cosas, a que diese lo mejor de sí, en cualquier cosa menos en lo que estaba haciendo. «Deja de pasar tanto tiempo entre libros o te volverás loco como Don Quijote», «sal y haz amigos», «vive la vida». Sabía bien que cuando te animaban a esforzarte había una nota muda que nadie añadía: «Esfuérzate en cosas aceptables». Dudaba que traer a Marcos Vega de entre los muertos fuese una de ellas y, sin embargo, habría arrastrado a todo París a las puertas del infierno para conseguirlo.

—Lo arreglaré —prometió Judith—. Aunque mi estúpido hermano siga sin querer entenderme, lo arreglaré.

—Aunque lo hagas, no puedo perdonarte por lo que has hecho —afirmó Elías, rotundo, en un desesperado intento por proteger lo que aún quedaba de sus convicciones morales.

Judith volvió a reírse.

—Estupendo, nunca te he pedido disculpas —suspiró y se llevó las manos a las caderas—. Deberíamos buscar un lugar para pasar la noche. La tumba no ha funcionado, pero hay otra opción.

Madeleine…

Los dos miraron a su alrededor solo para darse cuenta de que la mujer había desaparecido en algún momento de su discusión.

—Venga ya… —protestó Judith.

Elías barrió la calle con la mirada, en busca de algún lugar donde Madeleine pudiese haberse refugiado, pero allí solo había tiendas cerradas, un café y un cine con un rótulo que parecía sacado de otra época. Madeleine conocía la ciudad como la palma de su mano, así que cruzó los dedos para que no estuviese intentando esconderse o jamás la encontrarían. «Piensa —se pidió a sí mismo—. ¿Dónde habrías ido tú si fueses ella?». De hecho, lo había sido, había experimentado la vida a través de sus ojos, sentido con su piel, amado a quien ella quería. También compartió la necesidad de buscar un lugar tranquilo, y en soledad, donde procesar sus sentimientos, como esa niña que se escondía debajo de las escaleras. No, Madeleine no estaba huyendo de ellos; por muy impactante que hubiese sido lo ocurrido en el cementerio, solo estaba aclarando sus emociones y su mente. Fue entonces cuando la distinguió, una de las dos torres de una iglesia que se asomaba entre los edificios, y tuvo una corazonada. Puede que Madeleine conociese bien París, pero Elías también había vivido en la ciudad a través de sus recuerdos.

—Creo que sé dónde está.

Sin más explicaciones, caminó por una corta callejuela, repleta de boutiques de diseño, con Judith apresurándose tras él. En menos de un minuto estaban detenidos frente a una plaza a los pies de la iglesia de Saint Sulpice, ocupada por una enorme fuente de la que no brotaba una sola gota de agua. Distinguió el jersey amarillo de Madeleine en la distancia, bajo su abrigo rosa. Estaba sentada en el bordillo de la fuente, como solía hacer en su época de estudiante universitaria, con la vista clavada en el cielo. Elías corrió hacia ella, ignorando los confusos semáforos parisinos que aún no había descifrado. Cruzó la calzada y la plaza hasta detenerse frente a Madeleine. La mujer tenía los ojos humedecidos por lágrimas secas.

—Madeleine…

—Le fallé. Vino a buscarme y yo ya no estaba aquí. Dejé de esperarla, dejé de esperar sus cartas. Creí que nos habíamos convertido en dos extrañas, pero ella volvió. Volvió a pesar de que dejé la ciudad.

Elías se apresuró a hacer cálculos mentales a partir de la fecha de la muerte en la tumba de Adrienne. Tomó asiento junto a ella. Sabía lo importante que Adrienne había sido para ella, el gran espacio que ocupaba en su corazón, y no había ninguna manera de que le hubiese hecho daño a propósito.

—Puede que ya fuese tarde. Vivió una vida larga y quizás cuando volvió tú estabas en tu segunda vida, no podrías haber hecho nada.

—Pero nunca lo sabré, ¿verdad? Si fue feliz en su matrimonio, si tuvo hijos como quería, si siguió bailando durante muchos años, si volvió porque echaba de menos la ciudad o porque quería cumplir su promesa…

—Si alguien me escuchase alguna vez, podría daros una alegría. ¿Habéis acabado ya con la autocompasión? —protestó Judith con los brazos cruzados. La confusión dio paso a un breve silencio y los dos la miraron expectantes—. Eso está mejor.

Judith llevó la mano al interior del discreto bolso que llevaba cruzado sobre su pecho y sacó un libro de bolsillo lleno de notas adhesivas. Se lo tendió a Madeleine, que lo tomó a modo de acto reflejo.

—¿Qué…, que es esto?

—Una bengala en el cielo. Me parece que alguien quería que la encontrases. Di con este libro hace años en un portal web de noticias paranormales. La mayoría de las cosas que lees ahí son pura basura, pero este caso me llamó la atención porque no encajaba con el resto. La historia de una vida pasada, según la autora. Lo investigué y no encontré ninguna conexión con las Victorias, así que asumí que era una obra de ficción muy lograda, pero después de tu reacción ante su tumba… Me parece que mi instinto no falló.

Madeleine abrió el libro apresurado y comenzó a leer, boquiabierta.

—Esto es… No puede ser. La autora… —Dio la vuelta al libro para ver la foto en la contracubierta y el libro se escurrió de entre sus manos.

Elías vio el rostro de una mujer anciana que miraba a la cámara sin ninguna pretensión, sin posar ni ocultarse. Recordó lo que había dicho Judith en el cementerio: «Es lo único que queda de ella. Al menos de su yo de esa vida». Estaba exponiendo su teoría cuando Engels les atacó, pero Elías no necesitaba más explicaciones.

—Las dos están conectadas con el vínculo, y las dos se han reencarnado desde entonces.

—Pero nos sigue faltando una pieza del puzle. La razón por la que cumplir la promesa del reloj no sirvió de nada. Si bastase con hacer un vínculo para vencer a la muerte, todo el mundo volvería a la vida indefinidamente. —Judith extendió la mano hacia Madeleine y agarró su barbilla con firmeza—. Y ¿sabes qué? Creo que tú tienes esa pieza, pero estás demasiado ocupada haciéndonos creer que eres una criaturilla inocente.

—Pensaba que solo me había sucedido a mí…, que era mi castigo —intentó defenderse Madeleine de una acusación que Elías no acababa de comprender. Pero entonces recordó aquel sueño, el que le había hecho despertar con náuseas y un horrible dolor en el pecho. La noche del hechizo.

—¿Qué es lo que hicisteis? Porque no fue solo una promesa —exigió saber Judith. Liberó su barbilla y se inclinó para mirarla a los ojos—. Vamos, no tienes nada que temer, no voy a juzgarte. ¿Y qué si pensamos que eres malvada? He hecho cosas mucho peores que tú, te lo aseguro. Deja de pretender ser una buena chica, eso no existe.

—Yo… tenía miedo de perderla.

—E hiciste una estupidez —completó Judith por ella—. ¿Cuál?

Madeleine miró hacia Elías en busca de una confirmación y él

asintió con la cabeza. Judith tenía razón, ninguno estaba en posición de juzgarla sin importar la gravedad de su error. Madeleine cerró los ojos y se humedeció los labios antes de pronunciar su confesión:

—Confié en Gustave Durant. Ese fue mi pecado. Confié en él y le vendí un pedazo de mi alma.

Capítulo 19

Elías reconoció el olor metálico y mineral que parecía flo-tar en el hogar de todos los nigromantes. Al menos en aquellos en los que se practicaba la magia de forma habitual. En su propia casa, Mariam se había encargado de disimular ese aroma con esencias florales e inciensos, pero la nigromancia siempre dejaba ese peculiar rasgo, el de la sal y las cenizas que formaban jaulas perfectas, el de la sangre vertida a modo de ofrenda. La mayoría de los hechiceros estaban tan acostumbrados a él que dejaban de percibirlo, y en ese momento, Elías ya no era uno de ellos, sino una hermosa y angustiada joven con las ojeras hundidas por el insomnio.

Era la primera vez que visitaba aquel lugar, pero Elías ya la había visto antes allí. La trastienda de la vieja relojería, Memento Mori. Sus sueños debían de haberle llevado a lo que sucedió antes de que se sellase el pacto que desafió a la Muerte, cuando Madeleine conoció al infame Gustave Durant en persona.

—Por favor, siéntese —le pidió el hechicero.

Elías no pudo distinguir su rostro cuando ejecutó el hechizo, pero ahora tenía un asiento en primera fila. Por supuesto, se trataba de un hombre de aspecto elegante, demasiado para tratarse de un simple relojero. Lucía una melena oscura, espesa pero pulcra, domada con paciencia, y dos patillas igual de frondosas que desviaban la atención de su pronunciada nariz. Habitaba en él esa mezcla de modales impecables y un aire salvaje y misterioso que podrían haber cautivado a cualquiera, pero no a Madeleine, inmune a esa clase de encantos. Su único propósito era el de conservar a su amiga y poco o nada le importaba la apariencia del relojero.

Hizo como le indicó y tomó asiento en el sillón verde escarlata. Se inclinó hacia delante, incapaz de permanecer quieta mientras el mundo seguía en movimiento.

—¿Es cierto lo que he oído? Usted… ¿hace cosas imposibles?

El hechicero se rio divertido mientras se sentaba frente a ella.

—No se anda con reparos o medias tintas, ¿no es cierto? En efecto, ha oído bien: mi especialidad es lo inverosímil. ¿A quién le debo la indiscreción? —La atravesó con sus ojos negros y ella se removió en su asiento, inquieta.

La presencia del hechicero le incomodaba y no comprendía por qué; aún no había aprendido a distinguir la impronta que dejaba la muerte, la misma que hacía bufar a los gatos y ladrar a los perros a su paso.

—No estoy segura —mintió ella, temiendo delatar a alguno de sus colegas—. Son cosas que se oyen por ahí, ya sabe, en los cafés.

—Claro —asintió él—, en los cafés. ¿Y qué es lo que la señorita ansía tanto convertir en realidad como para acudir a un desconocido con una fama tan peculiar?

—Hay una persona… que no quiero perder.

—Ya veo, ¿un amante? —preguntó con total naturalidad, haciendo que la joven Madeleine se sonrojase.

—¡En absoluto! Una amiga, mi mejor amiga.

El hombre abrió los ojos de par en par y suspiró.

—Ya veo. Eso es aún más complicado —dijo, ganándose una mirada de incomprensión por parte de su clienta—. Verá, con los amantes es sencillo. Un poco de pasión, una pizquita de desesperación y algo de drama. Pero la amistad… está llena de matices. Es más sencillo lograr que una persona se enamore febrilmente de otra durante unos años que unir a dos amigas para siempre.

En lugar de amedrentarse, Madeleine se estiró en su silla, procurando adoptar la misma pose que su madre cuando se enfadaba con ella.

—¿Puede hacerlo o no?

—Por supuesto que puedo, pero tendrá un precio.

El nigromante se puso en pie y caminó hacia una vitrina cerrada con

llave. De su interior extrajo un hermoso reloj de bolsillo, plateado y reluciente. Negó con la cabeza cuando se giró hacia Madeleine y vio el sobre de dinero que la joven estrujaba con fuerza.

—No ese tipo de precio. Haré algo por usted, pero deberá hacer algo por mí a cambio. Dígame, señorita Etienne: ¿estarían usted y su amiga dispuestas a formar parte de un pequeño experimento?

Donde deberían estar los instrumentos para la reparación y fabricación de relojes, había matraces, pipetas, alambiques e incluso un horno. Aquel lugar no era un taller ni un despacho, era un laboratorio. El aroma metálico del aire no solo emanaba de la magia de muerte, sino que también se empapaba del rastro del mercurio al volatilizarse, del agrio hedor del oro y la plata fundidas, una mezcla de vapores que pertenecían a un arte tiempo atrás olvidado.

—¿Va a hacerme beber una pócima embrujada? —bromeó con acritud, mirando a su alrededor.

—No soy un brujo. —El hombre parecía divertido en lugar de ofendido —. Yo no cocino «pócimas», pero mis elaboraciones necesitan la fuerza de un principio vital para ser efectivas, perfectas. Uniré su destino al de su amiga para siempre, pero para ello necesito que me presten un pedazo de su alma.

Elías despertó de un sobresalto, dando manotazos al aire al sentir cómo algo le tocaba. Le llevó unos cuantos segundos darse cuenta de que el perturbador nigromante no se encontraba allí. Estaba tumbado en el salón de Madeleine, echado sobre un sofá azul, y el aire no apestaba a magia de sombras, sino que olía a croissants calientes y café recién hecho. Lo que le había rozado era ni más ni menos que la cola del gato de Judith, Styx, que le dio los buenos días acomodando las patas sobre su hombro como si estuviese mullendo un cojín.

—Así que ahora ya te caigo bien, ¿eh? —Dejó que el minino le olisquease la mano y le acarició la cabeza hasta que el felino estuvo satisfecho con el nivel de afecto y saltó hacia la repisa de la ventana.

Escuchó voces que provenían de la diminuta cocina, pero no se

sentía preparado para interactuar con otro ser humano. Se estiró en el sofá, aguardando a que su corazón se ralentizase tras el agitado sueño, y se puso de pie con desgana. Había una ventana justo frente a él, así que pudo comprobar que no había amanecido del todo y que las nubes estaban teñidas de un color rosáceo. Las vistas del pequeño apartamento no dejaban dudas sobre dónde se encontraban. Desde allí podía ver las fachadas ocres de los edificios y sus inconfundibles tejados de cinc pintados de ese tono a medio camino entre un azul apagado y un gris pletórico. En las buhardillas también había pequeñas ventanas tras las que se escondían todo tipo de historias. Si hubiese sido un muchacho corriente de intercambio o visitando a una amiga, se habría hecho con un café para sentarse junto a la ventana mientras leía un libro en una estampa de lo más romántica, pero ni siquiera podrían permanecer mucho más tiempo allí.

Elías se había valido de sus sombras para alzar una fina barrera de sombras que impidiese a Engels rastrearles, pero ya se atisbaban grietas en el delicado manto que volvía la ciudad un poco menos luminosa. «Marcos podría haber hecho una barrera mucho más sólida», pensó, apretando un nudo en su estómago que se negaba a marcharse del todo.

Styx se había escabullido hasta el exterior del piso y se movía de un lado a otro, haciendo guardia. Ya casi había recuperado su forma, aunque seguía habiendo huecos que dejaban entrever hueso y órganos, y que resultaban perturbadores hasta para un nigromante. Lo vivo seguiría existiendo todo el tiempo que pudiese, y lo muerto debía permanecer de esa manera, era lo que dictaba el sentido común. Y sin embargo, Elías, que no se atrevía a replicar a sus padres por miedo al conflicto, se preparaba para desafiar uno de los principios fundamentales del universo.

«No puedes seguir huyendo para siempre», se recordó, y tras una rápida visita al cuarto de baño para lavarse la cara y asearse tanto como pudo, entró en la cocina de Madeleine. Al ver a las dos mujeres sentadas alrededor de una mesita, volvieron a él todos los recuerdos de la noche anterior.

Al entrar en el apartamento por primera vez, Elías pensó que era igual que su dueña. Tan pronto como Madeleine abrió la puerta, les

golpeó una explosión de colores brillantes pero agradables. Amarillo aterciopelado, azul cielo y un rosa eléctrico parecían ser sus predilectos. Los utilizaba en sus cortinas, muebles y cojines sin ningún reparo o sin preocuparse por si combinaban o no. Lo segundo que percibió Elías fue el olor a recién horneado, que debía de haberse convertido en una esencia permanente en el lugar a causa de las constantes pruebas que Madeleine hacía en busca de nuevas ideas para su café. La cocina era diminuta y estaba empotrada en una estrecha pared entre la entrada y el salón. Aun así, la repostera se las había apañado para alegrarla con tarros repletos de virutas de colores, gotas de chocolate y un montón de moldes con todo tipo de formas y tamaños.

—¿Queréis algo de cenar? Tengo pan de molde casero, tardo cinco minutos en prepararos un sándwich —se ofreció voluntariosa, como si no estuviesen huyendo de un hechicero que pretendía asesinarles y no fuesen a interrogarla a fondo sobre su pasado.

La idea de comer le revolvió el estómago, y Judith tenía aspecto de ser la única persona de la tierra capaz de alimentarse en exclusiva de ambición y mucha cafeína, así que ambos rechazaron la oferta.

—Preferiría que nos contases quién es ese Gustave y qué papel tiene en toda esta historia —dijo Judith, que se acomodó en el sofá, cruzando una pierna sobre la otra con una elegancia felina.

Madeleine se apoyó en el reposabrazos del sofá, pero no llegó a sentarse del todo. Suspiró y se dispuso a contarles su verdadera historia.

—Los rumores sobre un hombre que lograba prodigios que rozaban lo milagroso llevaban tiempo rondando por los cafés que solía frecuentar, pero no les había prestado atención. En aquel entonces seguían estando de moda las tertulias y había conseguido hacerme un hueco en ellas, leyendo y debatiendo sobre artículos; incluso escribí algunos de ellos. Era divertido, pero creo que sobre todo lo hacía para desafiar a mi madre y no por verdadera vocación… La cuestión es que mis colegas aprendieron a confiar en mí, a contarme cosas que normalmente no le decían a otros por miedo a que lo escribiesen; supongo que los únicos textos que escribía con mi verdadero nombre resultaban bastante insulsos. Así fue como una

mañana llegó a mis oídos la historia de Gustave Durant de mano de uno de sus clientes. El resto de tertulianos se habían burlado de él, pero por alguna razón creyó que yo le escucharía.

»Decía que había conocido al diablo y que le había vendido su alma. Estaba aterrado, debería haber prestado más atención a eso, pero me interesaban mucho más las proezas de Durant. El hombre juraba que había sanado a su hermana de una enfermedad que la perseguía desde niña, que le provocaba achaques y convulsiones que ningún médico había sido capaz de sanar con solo pronunciar unas palabras. Le pregunté que, si eso era así, por qué pretendía denunciarle ante la prensa. En ese momento, su respuesta me pareció el fruto de un delirio. Juraba que el precio que le había pedido por sanar a la muchacha era un pedazo de su alma, literalmente, y que, desesperado, había accedido. Me aseguró que había visto cómo ese fragmento de su ser brotaba de su interior, que Durant había intentado almacenarla en una especie de probeta y que, para su horror, se había consumido como si nunca hubiese existido.

»El hombre se venía abajo al contarlo, porque desde ese día aseguraba sentir un vacío en su interior. Tenía miedo de haberse sentenciado a sí mismo a una condena eterna por acudir a un falso ídolo cuando Dios le había fallado.

»Intenté tranquilizarle, asegurarle que no existía tal cosa como la magia o el diablo, y le prometí llegar al fondo de esa estafa. Comencé a indagar en busca de más clientes de Gustave Durant y encontré todo tipo de historias: negocios al borde de la ruina que habían resurgido de la noche a la mañana, parejas estériles que lograron concebir tras años de intentarlo en vano, ancianos seniles que recobraban todos sus recuerdos… Si no fuese por el precio que pedía a cambio de sus servicios, cualquiera habría pensado que se trataba de un santo. Con toda esa información en mi mano, decidí que era el momento de comprobar por mí misma que clase de sugestión obraba Durant en sus crédulas víctimas, pero cuando me recibió en persona, acabé convirtiéndome en una de ellas.

»Fingí ser una clienta para destapar sus tretas, pero algo cambió cuando entré en su laboratorio. Mi escepticismo se esfumó poco a poco y me di cuenta de que quería desesperadamente lo que le

había pedido. Todo en mi vida era un mero entretenimiento salvo Adrienne, mi amiga, mi hermana; no quería perderla y él juró unirnos para siempre. No sé muy bien en qué estaba pensando, una parte de mí seguía creyendo que se trataba de un timo que iba a destapar, mientras que la otra tenía la esperanza de que la magia funcionase. No supe que las historias eran verdaderas hasta que no vi cómo tomaba ese pedazo de mi alma. Fue entonces cuando me condené a mí misma, y he estado pagando por ello a lo largo de doscientos años. Este es mi purgatorio.

Elías escuchó con atención cada palabra hasta que Madeleine no pudo seguir hablando y agachó la cabeza, abochornada.

—No es un castigo —dijo tajante, no porque quisiese animar a su anfitriona, sino porque era la verdad. Había estado allí, en sus sueños, cuando lo que Madeleine describía sucedió, y tras escuchar su relato por fin encajaban todas las piezas—. Cuando tomó tu alma, ¿qué hizo con ese fragmento?

—No… estoy segura. Estaba confusa, y fue mucho más doloroso de lo que esperaba. Supuse que se había desintegrado como sucedió con los demás.

Elías negó con la cabeza.

—Durant lo logró con vosotras, lo que de verdad se proponía.

Madeleine alzó la vista y le miró sin comprender de qué hablaba.

—¿Estás pensando lo mismo que yo? —preguntó Judith—. Me parece que Durant no tenía ningún interés por ayudar a los demás. Pero tampoco se trataba del diablo, era un alquimista.

—¿Un… alquimista? —repitió Madeleine.

—Estaba experimentando con las personas que acudían a él —explicó Elías—. La alquimia es un arte prohibida entre los nuestros, una herejía, así que la única forma que tendría Durant de ocultar sus experimentos era fingir ser una especie de curandero milagroso, pero en realidad solo estaba recolectando sus ingredientes.

—Por supuesto, claro que la alquimia está prohibida —masculló

Judith—. En lugar de emplear la magia de las sombras, los alquimistas creían que los hechiceros podían fabricar sus propias fuentes de poder, y eso siempre ha incomodado a los fieles siervos de la Muerte, igual que sucede con la magia de sangre. Si no fuese por sus engaños, aplaudiría a ese tipo.

Elías miró a Judith en silencio, recordando el accidente que había sufrido su padre. Sus investigaciones no debieron de ser muy diferentes a las de un alquimista.

—No lo entiendo —dijo Madeleine—. ¿Qué tiene que ver todo eso con Adrienne y conmigo?

Elías meditó unos segundos sobre cuál era la mejor forma de explicar un tema tan complejo a una persona que, a pesar de sufrir sus consecuencias, no había tenido ningún contacto previo con la magia y lo paranormal.

—Los alquimistas creían que la materia, tal y como la conocemos, podía ser perfeccionada y que en el proceso adquiría propiedades maravillosas. Así era como obtenían su poder, mediante las transformaciones, pero para ello era necesario realizar complejos procedimientos, cada vez más difíciles a medida que aumentaba el grado de perfección. Algunos creían que era posible fabricar un elixir tan puro y elevado que podría derrotar a la misma Muerte, pero nadie lo consiguió nunca. Los experimentos podían llegar a ser muy peligrosos y los resultados no siempre eran fiables, así que al final los alquimistas acabaron desapareciendo.

—Salvo por el tal Durant —añadió Judith—. Ese tipo decidió que era pronto para rendirse. Seguro que encontró algún texto prohibido y se dio cuenta de que no tenía por qué ser siervo de una diosa tan egoísta…

—El problema de toda esa lógica de construir tu propio poder es que, según los primeros alquimistas, es imposible perfeccionar la materia sin un aliento vital. Y el alma humana es la esencia más poderosa de todas. Experimentar con algo así es, como poco, inmoral.

Elías sintió un escalofrío. Acababan de descubrir cuál era la

auténtica Victoria.

—Está claro que eso a Durant no le preocupaba. Pneuma, Spiritus Mundi. El espíritu del mundo —exclamó Judith, pletórica—. Logró tomar un pedazo de vuestras almas y conservarlos en este mundo para continuar con sus experimentos gracias al vínculo entre ambas; esa unión debía volver el alma lo bastante fuerte para resistir el proceso y anclaros a la tierra. Me pregunto si lo sabía o si solo fue suerte. Al conservar vuestra alma aquí, intacta, seguís retornando una y otra vez. Fue un efecto secundario que ese tipo no esperaba. Si sustituimos el vínculo del reloj y extraemos otro fragmento de alma, estaremos desafiando a la Muerte… No, la derrotaremos. Es justo lo que necesitábamos saber.

Madeleine parecía aturdida y a Elías no le extrañó. Se habría pasado décadas pensando en ese extraño hombre y sus promesas, sin saber que existían de verdad las brujas y los nigromantes, convencida de que había entregado su vida a un diablo y que al incumplir la promesa que hizo se había condenado a sí misma por toda la eternidad. Pero solo había sido la víctima de un engaño, una de las cobayas que ese hechicero corrupto había empleado en sus pruebas de laboratorio. Por eso había sentido un vacío tan hondo en su interior que nada llenaba; no era la culpa ni la melancolía, sino la ausencia de la parte de sí misma que le habían arrebatado.

—No te están castigando, Madeleine. —Se inclinó junto a ella para mirarla a los ojos—. Ese tipo te hizo creer que podía ayudaros, pero nunca os contó qué pensaba hacer con vuestras almas.

—Pero yo la llevé allí, la llevé a la trampa…

—Sí —asintió Judith, ganándose una mirada de reproche de Elías, pero no pudo importarle menos—. Fuiste una crédula, no deberías haber ido ni haber aceptado el trato. Pero en vuestra defensa, no teníais ni la menor idea de dónde os estabais metiendo en realidad y es de lo que se aprovechaba ese desgraciado. Eso queda sobre su conciencia, no sobre la vuestra. Admiro sus ganas de llevarle la contrario al sistema, pero no me gustan los depredadores que solo se meten con las personas de las que pueden abusar en lugar de con los poderosos. Aunque ya no importa demasiado, el tal Durant debe llevar décadas bajo tierra y nunca llegó a saber lo que logró en

realidad. Supongo que él es el auténtico vencedor ante la Muerte, aunque yo seré la siguiente. —Sonrió, decidida.

—¿Piensas entregar un pedazo de tu alma, sabiendo cuál es el precio? —preguntó Elías con incredulidad.

Judith apartó el pelo de su rostro, dejando al descubierto la piedra que cubría parte de su frente y su ojo izquierdo al completo, como si quisiese recordarle que no había nada a lo que no pudiese renunciar.

—¿Vas a intentar impedírmelo?

Elías apretó el puño. Nada de aquello estaba bien. Debían encontrar el elixir para liberar de su interior las almas que contenía, pero dejar que Judith se mutilase de esa manera, mirar al otro lado como si no sucediese nada… Debería odiarla por lo que había hecho, pero no le producía ninguna alegría su sufrimiento, no después de ver el pánico en su rostro cuando se rompió la flauta ni la extraña forma en que había animado a Madeleine a seguir adelante.

—No estoy seguro de qué debería hacer y qué no —confesó.

—En ese caso, haz lo que quieras. Ayuda a tu amiga —señaló hacia Madeleine—, y deja que yo me encargue de la Victoria.

—Aún hay un problema —les recordó la corriente—. No sabemos dónde está Adrienne. Cielos… Espero que sus vidas hayan sido mejores que las mías —susurró para sí misma.

—Y ese nigromante sigue tras nosotros —añadió Elías. El recuerdo de los espectros abriéndose paso entre los esqueletos le provocó un escalofrío. Se sintió agradecido por no tener sueños normales, porque si lo hiciese tendría pesadillas con esa noche durante el resto de su vida.

Judith meditó en silencio durante unos segundos y, de pronto, sonrió de oreja a oreja.

—Creo que podría haber una solución para ambas cosas.

Les contó su plan y Elías tuvo que admitir que podría funcionar,

pero no podía evitar sentirse incómodo con su papel en él.

—No hace falta que mientas a Samuel, solo tienes que callarte la boca —le recordó Judith, y para su propia incredulidad, Elías accedió. Judith sonrió de nuevo—. No te hacía el tipo de persona con una moralidad gris, Elías Baena, pero me estás sorprendiendo gratamente.

—¿Es un halago o un insulto? —preguntó, y eso solo la hizo sonreír más.

Cuando sonreía, a Elías se le rompía un poco el corazón porque la silueta de sus labios y la forma en que se inclinaban con aquel gesto, más pronunciada hacia uno de los lados, era idéntica a la de Marcos. Hubiese preferido que no se pareciesen tanto, así habría sido más sencillo seguir odiándola. Cada vez que la miraba veía algo nuevo de Marcos en ella: su brutal honestidad, un sentido del humor ácido y sutil, la forma en que no les importaba lo que pensase nadie de ellos y que, a la vez, demostrarles que se equivocaban fuese lo que les impulsaba a continuar adelante.

Cuando despertó por la mañana y vio cómo Judith rompía el croissant en pedacitos antes de mojarlos en el café, igual que había visto hacer a Marcos decenas de veces, se le encogió el corazón un poco más. «Volverás a verle y toda esta pesadilla se acabará», se prometió a sí mismo.

—Buenos días, gorrioncillo —dijo Judith al ver que se había despertado—. Siéntate y come algo, vamos a necesitar energías para derrotar a la muerte.

—Sé que yo soy bastante susceptible al peligro, pero ¿no estás muy tranquila? Mis sombras no podrán ocultarnos durante mucho tiempo.

Judith dio un largo trago a su café, al que apenas había añadido leche y nada de azúcar.

—¿Lo dices por Walter Engels? No te preocupes, estará ocupado. —Alzó su móvil en el aire y unas cuantas chispas rojas centellearon a su alrededor, revelando que había usado la magia de sangre sobre él

hacía poco—. Me he encargado de darle una sorpresita.

Capítulo 20

Engels se agachó para agarrar una piedrecilla del suelo y al incorporarse la lanzó tan lejos como pudo, haciendo que describiese un suave arco. La piedra desapareció, consumida por la oscuridad, pero pudo escuchar el eco de su golpeteo en la distancia. Los túneles eran tan extensos y solitarios como aseguraban todos los nigromantes que los habían visitado. Para un hechicero cuyo poder bebía de la muerte, las catacumbas de París eran una especie de lugar santo, un templo de peregrinación. Los kilómetros y kilómetros de túneles se extendían bajo la ciudad como si fuesen una especie de reflejo lúgubre de las calles parisinas y sus luces.

Engels no era devoto, así que rendir sus respetos a la Muerte no había formado parte de sus planes, pero esa condenada mujer no le había dejado otra opción que buscar refugio entre los huesos. Caminó a través de la gruta, agachando la cabeza para no rozar el techo y apretando los puños al pensar en ella.

Cuando sus presas habían huido la noche anterior, les había dejado escapar. Mantener bajo su control a dos espectros era más agotador de lo que jamás reconocería, y a pesar de su orgullo sabía que el primer paso para ser derrotado por un enemigo más débil que tú era menospreciarlo. Muchos habían cometido ese mismo error con él. Pero al final sus rivales solo eran dos corrientes con juguetes mágicos y un nigromante sin talento. Y solo Judith le interesaba. Podía percibir en ella la misma ambición y despecho que ardía en sus venas, pero se estaba interponiendo en su camino. Además, no quería llamar atenciones indeseadas antes de tiempo; no temía a la Guardia francesa, pero podían convertirse en un incordio.

Se retiró a la suite en la que se alojaba para descansar, recuperarse y preparar su próximo golpe, pero apenas había amanecido cuando le despertó el teléfono. Al descolgar, un serio hombre francés le había explicado que su tarjeta había sido rechazada y que necesitaban un método de pago válido. Engels había entregado muchas tarjetas sin fondos en hoteles de lujo y jamás le habían

tratado de ese modo, los empleados no pueden arriesgar a dirigirse con desdén a alguien bien vestido y hablado que podría ser un multimillonario capaz de asegurar tu despido con un par de comentarios.

Tras indagar un poco, logró que el hombre le confesase que les había llegado una alerta de morosidad con su nombre y que, si no demostraba que era solvente, tendría que marcharse de inmediato.

Engels colgó el teléfono de golpe y lo lanzó contra la pared que había frente a la cama con un grito de rabia, rompiendo el aparato y el enorme espejo que colgaba en la pared. Los siete años de mala suerte tendrían que apuntarse en la lista de espera de mal fario que perseguía a la familia Engels. Accedió a su cuenta bancaria y descubrió que el dinero del préstamo de lord Hurst había desaparecido. Le habían robado y humillado. No sabía cómo lo había hecho, pero esa niñata se la había jugado bien.

Volvió a guardar sus pertenecías en la maleta y salió del hotel con tanta dignidad como pudo, no sin antes dejar unas cuantas trampas para los demás huéspedes, que harían circular el rumor de que el lugar estaba embrujado. Con un poco de suerte, el hotel se hundiría en la ruina.

Mientras tanto, seguía necesitando un lugar privado y tranquilo para prepararse, por eso descendió a las profundidades de ese mundo subterráneo. El corredor por el que avanzaba no estaba resguardado por muros de calaveras como los de las postales turísticas, sino que había sido construido en piedra gris. El techo sobre su cabeza tenía un aspecto arenoso, como si el fondo de un lodazal se hubiese solidificado bajo el sol. De vez en cuando daba una patada a un fémur o a una tibia en el suelo, que debían de haber caído de otra sección de la catacumba y haber sido arrastrados por visitantes clandestinos como Engels. Parecía que el túnel fuera a venirse abajo en cualquier momento.

Al cabo de unos cuantos kilómetros andando en la oscuridad, serpenteando por el angustioso pasillo, encontró una intersección circular lo bastante grande para servir a su propósito. Dejó la maleta en una esquina, sacó sus instrumentos y se preparó para trabajar. Judith se había ganado el honor de enfrentarse a la joya de

su corona, el espíritu más poderoso que jamás había invocado. Colocó las velas negras, bajas y anchas, hasta formar un círculo. Abrió una pequeña caja metálica llena de cenizas que esparció entre las velas, dando forma a líneas diagonales que rellenaban la circunferencia, encontrándose en su centro. Sacó su daga de plata, una hermosa reliquia que había heredado de su abuelo, y surcó un fino corte en su muñeca. Vertió la sangre en el interior de la caja, sobre las cenizas restantes, hasta que se convirtieron en una pasta espesa, una especie de pintura negra y escarlata a la vez.

Se quitó la chaqueta y la depositó con cuidado sobre la maleta para evitar que se manchase. Repitió el proceso con la camisa negra, que contrastaba con su pálido pecho, y con los elegantes zapatos hechos a medida. Ignoró el frío que erizaba sus cabellos y que penetraba voraz en su cuerpo a través de la planta de sus pies descalzos. Untó las yemas de los dedos en la pasta oscura y comenzó a deslizarlos por su cuerpo con movimientos fluidos, dibujando símbolos y runas olvidadas por el hombre, pero que él conocía en profundidad. Pintó sobre su muñeca, la palma de su mano, el antebrazo, el hombro, sobre su clavícula, su pectoral izquierdo, su esternón y marcados abdominales hasta convertirse en un grimorio de palabras mágicas en la lengua de la muerte. Para Engels su cuerpo no era más que un útil instrumento que le permitía vencer a sus enemigos y dominar a las criaturas que invocaba. Cuando hubo cubierto todo su torso, dejó caer sus pantalones en el suelo y siguió trabajando tan rápido como pudo, pero sin abandonar del todo esa especie de trance ritual. Detestaba la desnudez igual que odiaba todas las cosas que le hacían sentirse expuesto, pero debía de asegurarse de protegerlo por completo si no quería correr el riesgo de perderlo.

Lo único que llevaba puesto era el collar donde portaba a sus siervos, siempre bajo su vigilancia atenta, pero eso no se lo quitaría; hacerlo significaría romper su hechizo, liberarlos y perder todo control sobre ellos. Sobre su pecho era el lugar más seguro en el que podían estar. Desencajó la pieza central y la miró en silencio durante unos segundos. Hacía mucho tiempo que no recurría a aquel ser, pero Judith no le había dejado otra opción. Solo un joven imprudente y con mucho que demostrar se hubiese atrevido a invocar al ser atrapado en esa esfera de cristal; ni siquiera el Engels más adulto que estaba detenido en esa cueva se hubiese prestado a

semejante locura. Pensar que iba a volver a enfrentarse al ser hacía que sintiese un nudo en la garganta.

Observó la turbulenta energía en el interior de la esfera, de un negro tan intenso que absorbía cualquier rastro de luz a su alrededor. La depositó en el centro del círculo, retrocedió y apretó la herida de su muñeca para apurar las últimas gotas antes de que empezase a cerrarse.

—Ohm heyamshe inam yeval.

El suelo de las catacumbas, las paredes de piedra y hueso, incluso el techo arenoso sobre su cabeza comenzaron a temblar.

—Señor de la Muerte, yo te invoco. Reclamo tus poderes. —Pronunciar esas palabras en voz alta era una osadía, por eso debía permanecer imperturbable.

La esfera se abrió, liberando su contenido, y poco a poco la masa informe y diminuta fue creciendo y ascendiendo hasta alcanzar casi los dos metros de altura. Un cuerpo perfecto de piel grisácea y músculos fibrosos se formó ante él, pero no se trataba de un humano ni de un espectro. Cuando llegó el turno de revelar su rostro, el hueso que se intuía bajo la carne se tornó visible y sobre su cuello comenzó a moldearse un enorme cráneo desnudo, alargado, repleto de colmillos y con dos grandes cuencas vacías en lugar de ojos. Cuerpo de hombre y cráneo de chacal. Carne, piel y hueso.

—Tú otra vez. —Las mandíbulas del semidiós permanecieron inmóviles. Engels no tenía ni idea de dónde procedía su voz, pero ese misterio le hacía aún más terrorífico ante sus enemigos.

Engels le ignoró y prosiguió con el ritual a rajatabla:

—Reclamo tus servicios. Exijo tu lealtad.

El ser gruñó, frustrado.

—Algún día cometerás un error, dibujarás mal un símbolo, te quitarás esa cadena de hierro y plata del cuello, dejarás un diminuto hueco del tamaño de un grano de sal en el círculo de

invocación. Y cuando lo hagas, disfrutaré mordisqueando tus huesos hasta extraer la última gota de tuétano.

«Perro ladrador, poco mordedor», quiso decirle, pero ese tipo de equivocación era la que el espíritu airado tanto ansiaba, lo que pretendía causar con sus provocaciones. En lugar de darle esa satisfacción, Engels se ciñó al guion.

—Te ordeno que des caza a mis enemigos y que plagues su mente de pesadillas.

El semidiós inclinó la cabeza y el torso en una reverencia obediente, pero Engels tenía la sensación de que no había dejado de mirarle a través de las cuencas vacías.

—Así será, maestro. —Escupió cada palabra con desdén y Engels tuvo que contenerse para no comprobar que la cadena, su talismán protector, seguía ahí.

Esa corriente, Judith Vega, no tenía ninguna posibilidad de sobrevivir. Sonrió, satisfecho, y decidió que lo primero que iba a hacer cuando recibiese su herencia era comprar ese estúpido hotel y despedir al cretino arrogante que le había echado como a un pordiosero.

Al principio, Elías no comprendía el silencio y la inmovilidad que gobernaba en la ciudad. Apenas había vehículos en circulación, las tiendas estaban cerradas y era raro encontrarse con alguien en las calles del barrio de Madeleine. Se sentía como si fuese el protagonista de una de esas películas apocalípticas en las que eres la última persona en la ciudad, aunque dudaba mucho que, si llegaba el fin del mundo, él fuese a ser uno de los supervivientes. Ni siquiera estaba seguro de tener tantas ganas de luchar por su vida en un mundo donde no se podían hacer cosas como sentarte a tomar algo en una cafetería con un libro entre las manos. Por suerte para Elías y su pequeña comitiva, no era el juicio final lo que había suspendido París en el tiempo, sino el veinticinco de diciembre.

—¡Oh! ¡Feliz Navidad! —dijo en mitad de un vagón casi desierto

del metro, cuando se acordó de en qué fecha estaban.

Judith puso los ojos en blanco, pero Madeleine sonrió.

—Feliz Navidad. Lo había olvidado por completo. Después de unas cuántas décadas, es fácil perder la noción del tiempo; es julio, pestañeas y de pronto vuelven a colocar las luces navideñas. ¿Los nigromantes la celebráis?

—Por supuesto que no —se apresuró a decir Judith.

—Conmemoramos el solsticio de invierno, el fin de la época de oscuridad. Las brujas lo llaman Yule. Hacemos ofrendas a la muerte y prendemos hogueras en nuestros hogares para recordar que allí donde más fuerte brilla la luz, más profundas son las sombras, y así pasamos una semana en paz junto a nuestra familia. No hay regalos ni luces multicolores como en vuestra Navidad. —Elías dejó de hablar porque el nudo en su garganta se hacía más y más fuerte al recordar que él y Marcos sí habían planeado intercambiar sus regalos.

—Aun así, suena agradable —observó Madeleine.

—Lo es si tienes con quién celebrarlo. —Judith apartó la vista y Elías se preguntó cuánto tiempo había pasado desde que Judith celebró el solsticio por última vez—. Mi padre siempre nos regalaba libros cuando éramos niños. Llenábamos un cubo de leña y nos sentábamos alrededor a verla consumirse, con nuestro libro nuevo, compitiendo por quién lo leía más rápido.

—Mi padre también hacía eso —dijo Elías con un nudo en el pecho al imaginar al pequeño e inquieto Marcos intentando permanecer el tiempo suficiente sentado para ser capaz de acabar de leer antes que su hermana pequeña.

Se miraron durante un segundo y a Elías volvió a golpearle el parecido familiar como una bofetada. Todos los poetas decían que los ojos eran las puertas del alma, pero, entonces, ¿cómo aquella mirada azul podía ser tan similar a la de la persona que amaba? El labio de Judith se inclinó lo suficiente para convertirse en una sonrisa, una melancólica.

Por fin el tren se detuvo en su estación y al salir descubrieron que en la zona más céntrica los turistas se habían encargado de mantener la ciudad tan viva como cualquier otro día del año.

Elías recordaba el camino hasta la relojería, así que no necesitaron consultar ningún mapa ni preguntar a nadie para encontrarse detenidos frente a Memento Mori, en el centro de la pintoresca plaza. Como el resto de los comercios, estaba cerrada a cal y canto. La primera en dar un paso hacia la entrada fue Judith, que no dudó en agacharse y emplear su magia para forzar la cerradura. Madeleine arrugó el ceño y se abrazó a sí misma mientras observaba.

—Me sabe mal entrar así por la fuerza, siempre son tan amables conmigo…

—Si quieres, los llamamos y les explicamos que un antepasado suyo jugaba a las cocinitas con las almas de las personas. Seguro que será una Navidad inolvidable —se jactó Judith. El cerrojo se abrió con un chasquido cuando la energía escarlata se inmiscuyó en su interior—. He desactivado las cámaras de seguridad y la alarma. Aun así, entraré primero para asegurarme de que está todo despejado. —Levantó la malla metálica como si no pesase nada.

La calma de Judith contrastaba con el nerviosismo de Madeleine. Elías casi podía sentir la inquietud emanando de su tenso cuerpo. No dejaba de juguetear con las hebras de su bufanda rosa con un estampado de margaritas, que destacaba sobre el resto de su colorido conjunto. Elías recordó cómo en el pasado Adrienne le había reprochado su falta de interés por la moda. Saltaba a la vista que a la Madeleine actual no le interesaba qué era y qué no tendencia, pero no podía decirse que no se preocupase por elegir bien su ropa. Elías llevaba toda su vida vistiendo con colores oscuros y neutros, igual que su padre y sus hermanos, por eso sabía bien que quienes desterraban el negro de sus vidas eran personas cansadas de vivir como si estuviesen de luto, como Marcos.

—¿Qué es lo que te inquieta? —preguntó, porque sabía que decir cosas como «no te preocupes» y «piensa en positivo» no servía de nada.

—Esta es mi quinta vida, y no he sido muy lista en ninguna de ellas. Nunca he llegado a vieja. Pero de todos los errores que he cometido, aquí sucedió el mayor de todos. —Se abrazó a sí misma —. No puedo dejar de pensar en Adrienne, en si ha logrado ser feliz o si la condené a sufrir lo mismo que yo.

Elías agachó la cabeza, invadido por una punzada de culpa.

—Siento haberte metido en todo esto.

—¿Qué quieres decir? —Madeleine lo miró, confusa.

—Pues que… eras feliz. Tienes tu propia tienda, has encontrado por fin una pasión que te llena, vives en un piso bonito en París. A mí me parece que en esta vida lo estás haciendo todo bastante bien, estoy seguro de que Adrienne también ha encontrado su camino. Por lo poco que he podido conocerla, nada le habría impedido seguir bailando, así que no temas por ella. —Sonrió con timidez.

—No tienes nada que sentir, Elías. —Le devolvió la sonrisa—. Si acudir a Durant fue un error, invitar a ese chico solitario a una manzanilla y un éclair es la mejor decisión que he tomado en esta vida. Ya era el momento de que afrontase lo que ocurrió. ¿Cómo puede un chico tan joven decir cosas tan sabias? —preguntó divertida.

Elías se encogió de hombros.

—Mis hermanos dicen que nací siendo anciano.

La sorpresa hizo que Madeleine se riese con un resoplido solitario.

—Pero eso no quiere decir que yo no meta la pata, al contrario —se apresuró a aclarar—. Yo también me arrepiento de cosas. A la persona…, a la persona a la que queremos traer de vuelta la alejé de mi vida durante muchos años sin motivo. Creía que daba igual porque teníamos mucho tiempo por delante, pero me arrepiento de cada segundo que perdí por ser un cobarde y un necio.

—Vamos a recuperarles, a nuestras personas. Lo sé. Te queda toda la vida por delante con la tuya.

Elías quiso darle las gracias, aunque cada fibra de su ser temblase de miedo al pensar que podían fracasar, pero sentía la boca demasiado seca para decir una sola palabra. Cuando por fin encontró las fuerzas para avanzar, el sonido de su nombre le detuvo. Alguien le estaba llamando a gritos. Giró la cabeza hacia una de las calles que desembocaban en la plaza y vio cómo Sofía corría hacia él con los brazos abiertos.

Capítulo 21

Sofía chocó contra él con el mismo ímpetu que si quisiese derribarle y se puso de puntillas para rodearle con los brazos y estrecharle con todas sus fuerzas. Las manos de Elías vacilaron antes de apoyarse en la espalda de la joven. Ninguno de los dos necesitó decir una sola palabra. Sabía de sobra que Sofía habría hecho lo que hiciese falta para aliviar un poco el dolor en lo hondo de su pecho, no solo porque se sintiese en deuda con él, sino porque eran amigos, y esa no se trataba de una palabra que ninguno de los dos tomase a la ligera. Escuchó un pequeño sollozo y se dio cuenta de que Sofía estaba llorando. Quiso imitarla, liberar las lágrimas y el dolor que se llevarían con ellas, pero sentía que, si abría la puerta a su capacidad de sentir, se paralizaría por completo.

Permanecieron así unos instantes más. Elías no toleraba del todo bien el contacto de otras personas cuando le sorprendía de improviso, pero había algo en la honestidad con la que Sofía le estrechaba, como si fuese el centro del universo en ese momento, que resultaba agradable.

—Elías… —musitó la joven cuando por fin se separaron. Alzó la mano hasta su mejilla—. Cuánto debes de haber sufrido tú solo… Si lo hubiese sabido…

—Está bien —intentó explicarle; por supuesto no era cierto, nada estaba bien, pero era el tipo de cosas que se decían unas personas a las otras cuando se querían—. Vamos a solucionarlo, estamos a punto de conseguir la tercera Victoria.

—¿Desde cuándo eso es algo por lo que alegrarse? —reprochó una voz cantarina, y Elías reparó en la presencia de Beathan junto a ellos—. Marcos no querría que…

Elías no le dejó continuar; no quería, no podía escuchar lo que iba a decir:

—Marcos no tiene derecho a pedirme que viva en el mundo sin él.

Me da igual ser egoísta porque él haría lo mismo en mi lugar. ¿Has venido a ayudar o a intentar detenerme? Porque no va a cambiar nada.

Sofía le miró con asombro, y él lo comprendía: Elías, siempre temeroso, siempre huyendo del conflicto, ¿desde cuándo plantaba cara de esa manera? Después de pasarse la vida asustado, la Muerte le había arrebatado lo que más le importaba y aun así seguía respirando. Tras sufrir eso, no le veía demasiado sentido a aferrarse al miedo o al arrepentimiento por las cosas mundanas.

Beathan se dispuso a responder, pero un grito procedente de la relojería le silenció. Se miraron los unos a los otros, preguntándose de quién era esa voz masculina. Al grito se sucedieron golpes y el sonido de objetos cayendo.

Madeleine fue la primera en correr dentro de la relojería. «Santa Muerte», se dijo Elías mientras se apresuraba tras ella con Sofía y el hada pisándole los talones.

La estancia principal de la tienda estaba vacía, pero podía intuirse movimiento al otro lado de la puerta que conducía al taller, abierta de par en par. Cuando la cruzaron, encontraron a Judith inclinada sobre una mesa de trabajo, sosteniendo por el cuello a un joven que había arrojado sobre la lisa superficie para inmovilizarle. Elías reconoció al chico que se resistía a duras penas. Ese día Gaël también llevaba ropa deportiva, pero en lugar de gris había escogido un festivo y llamativo conjunto rojo.

—¡Judith! ¡Suéltale! Vas a hacerle daño, solo es un corriente.

Elías intentó obligarla a que liberase al muchacho, pero Judith no aflojó ni un poco su cepo.

—Un corriente que ha intentado golpearme con una papelera en la cabeza.

—¡Te has colado en mi tienda! ¿Qué querías que hiciese? —protestó el muchacho en un inglés bastante bueno. Por la jerga que usaba, estaba claro que no lo había aprendido en el instituto.

—Estabas esperándonos, no finjas ahora ser inocente.

—No os esperaba, solo estaba de guardia por si pasaba algo raro. ¡Él! —exclamó Gaël, señalando hacia Elías—. Él tiene la culpa. Vino ayer con preguntas extrañas y mamá me pidió que estuviese pendiente por si volvías mientras preparaba la comida de Navidad. Pero tú no eres él y no sabía que veníais juntos, así que ¿qué querías que hiciese, eh? Suéltame de una vez.

—Judith, déjale ir —insistió Elías.

La joven le apretó bruscamente contra la superficie lisa y pulida antes de soltarle. Gaël se llevó las manos al cuello y se incorporó, disimulando su alivio al colocar el cuello de su sudadera.

—Ya estoy aquí, ¿no vas a avisar tu madre? —dijo Elías, cruzándose de brazos.

Vio por el rabillo del ojo cómo Judith se cruzaba de brazos, a la defensiva, al advertir la presencia de Beathan y Sofía.

—¿Y qué le digo, que han venido unos amigos de visita… o unos ladrones? —Gaël lanzó una nueva mirada de desdén a Judith, que no se inmutó.

—Me temo que la segunda —admitió Elías—. Creí que erais corrientes con algo de visión, pero no es del todo cierto, ¿verdad?

Gaël negó con la cabeza y se puso de pie de un salto.

—Mi tatarabuelo era nigromante, y su padre antes que él. Somos revelados, conocemos el mundo de las sombras, y el de las brujas —dijo mirando hacia Sofía, que se sobresaltó al darse cuenta de que se refería a ella—. Vaya, creo que no nos han presentado. —Extendió la mano hacia ella a modo de presentación, pero un chispazo rojo le hizo retroceder—. ¡Au!

—Te recomiendo que te centres —advirtió Judith con la sonrisa más pasivo-agresiva que había visto en su vida—. ¿Gustave Durant es el nombre de tu antepasado o no?

Gaël asintió, receloso.

—Perdimos el apellido y la magia cuando la única nieta que tuvo fue una mujer, mi bisabuela, pero heredó la tienda igualmente. Supongo que ese chalado tenía esperanzas de que las sombras volviesen a bendecir nuestro linaje algún día, aunque nunca perdonó a mi bisabuela por no casarse con uno de los suyos.

—Os legó la tienda porque lo que está aquí escondido es más valioso que cualquier rencilla familiar —dijo Judith—. ¿Dónde está?

—Si hablas del Elixir, no creo que exista. Ni siquiera estoy seguro de que las historias que contaba mi abuelo sean ciertas, ¿vale? Si no fuese porque veo el aura de muerte que te envuelve —respondió mirando a Elías—, creería que todo esto es una locura.

—¿Qué historias son esas? —preguntó Elías.

El muchacho vaciló, pero unos relámpagos rojos comenzaron a crepitar en las manos de Judith a modo de advertencia.

—Está bien, de acuerdo. Os contaré lo que sé de Memento Mori, pero no os mosqueéis conmigo si no os gusta lo que oís.

Les explicó que Gustave había sido un estudioso de la magia, que se consideraba a sí mismo como alguien que debía velar por su integridad y por la de los nigromantes. Por eso se percató mucho antes que sus compañeros de que la magia comenzaba a languidecer. A medida que las torres de las fábricas se propagaban por la campiña y por las afueras de la ciudad, mientras las vías de los trenes de vapor se extendían por doquier y el humo negro lo teñía todo de hollín, la magia de muerte comenzaba a debilitarse. La revolución industrial avanzaba lenta e inexorable a través de Francia, y allí donde arraigaba, la vida se volvía más gris y tenue, igual que el poder de la magia. Los nigromantes tendían a olvidar el delicado equilibrio entre la vida y la muerte. Más muerte no les hacía más poderosos a largo plazo, porque todo cuanto eran dependía de la energía vital y viceversa.

Gustave comprendió que el nuevo rumbo de la humanidad era imparable y se dio cuenta de que, si los nigromantes querían conservar intacto su poder, no podían depender de una sola fuente.

Seguía rezando a su diosa cada noche, pero no era tan necio como para creer que ella le salvaría de todos los peligros. Investigó los textos de los primeros nigromantes, que florecieron a orillas del fértil Nilo, recuperó sus experimentos y los perfeccionó, construyó un laboratorio, y para esconder su herejía lo camufló tras la fachada de una relojería. Estaba convencido de que existía una fuente de poder, de magia tan pura como la que emanaba de la propia muerte, los antiguos textos lo llamaban «El Elixir», y Gustave se propuso encontrarlo. Escribió un manifiesto y lo repartió entre sus colegas. Así fue como nació Memento Mori. Todos sus integrantes acudían a las reuniones con capas oscuras y máscaras cubriendo su rostro para proteger su identidad, solo Gustave conocía los nombres de los miembros. Se reunían cada luna llena, en el mismo lugar, para intentar dar forma al Elixir.

—¿Lo consiguieron? —preguntó Judith, intrigada por cualquier forma de poder que pudiese existir.

—Mi abuelo me contó que llegaron a fabricar algo, un elixir, pero no el Elixir. —Gaël se encogió de hombros—. Supongo que no era lo que buscaban, que no convertía el hierro en oro ni te impedía envejecer y todo ese rollo de la piedra filosofal.

—No es lo que ellos querían, pero sí es lo que necesitamos nosotros —dijo Elías.

Para sorpresa de Elías, Sofía dio un paso adelante.

—Esas reuniones… ¿sabes dónde se producían?

Gaël entrecerró los ojos y arrugó su grueso labio inferior hacia abajo mientras rebuscaba la respuesta en sus recuerdos.

—¿Una catedral, un castillo? Algo así. Sé que era fuera de la ciudad para no atraer la atención de los otros nigromantes. Podrían haberse reunido en un bar, pero supongo que los ricos tienen esas excentricidades, ¿no? Es una faena que dilapidase su fortuna en todos esos experimentos. Si no lo hubiese hecho, a lo mejor yo estaría en Dubai comprándome un Rolex en vez de arreglando los relojes de otros.

Sofía pareció desamparada al oír esa información. ¿Qué era lo que había visto en sus visiones que la había hecho correr junto a sus amigos al otro lado del mar? ¿Qué podía ser tan importante… o tan terrible?

—Es un castillo —confirmó ella, con una certeza que les erizó la piel—. Un castillo blanco con torres grisáceas, rodeado por un bosque. Cuando lleguemos allí, estará nevando.

Un silencio espeso y asfixiante se apoderó del taller. Elías recordó las profecías de Hagne, tan solemnes y definitivas que te quitaban el aliento. Le invadió la misma sensación después de escuchar las palabras de Sofía. «Se está convirtiendo en una verdadera pitia».

Judith fue la primera en atreverse a desafiar a la mensajera del destino:

—¿Has venido a ayudarnos o advertirnos? —preguntó con su astucia habitual.

La joven los miró a los tres, pero sus ojos se detuvieron en Elías, que asintió para decirle que estaba bien, que podía decirlo, que el futuro, aunque hablase a través de ella, no era culpa suya.

—Si vais al castillo, moriréis.

Elías sintió la acidez de la bilis ascendiendo por su garganta. El presagio había sido más contundente de lo que esperaba, pero, por otra parte, la muerte ya no sonaba tan amenazante y terrible como hacía unos días. Judith no se mostró tan predispuesta a resignarse a un final trágico.

—Así que por fin has decidido dar un buen uso a tu don —comentó. No parecía asustada ni atormentada por la revelación. Más bien daba la sensación de que se divertía.

—El destino no puede cambiarse, es lo que siempre decía Hagne —les recordó Elías.

—Puede que el vuestro no, pero las hadas no seguimos las mismas normas —explicó Beathan, que había permanecido en silencio hasta ese momento.

Judith sonrió de oreja a oreja.

—Muy inteligente usar un no humano para alterar el futuro de los que le rodean. Estoy impresionada. —Miró a Sofía—. ¿Lo ves? Sabía que tenías lo que hace falta. Tú y yo nos parecemos más de lo que crees. Vencer a la muerte y desafiar al destino son dos actitudes muy parecidas.

—Yo nunca le haría a nadie lo que tú le has hecho a Marcos —dijo Sofía, desafiante.

Judith puso los ojos en blanco.

—Es temporal. Tenéis que superarlo de una vez. No cuenta como asesinar a alguien si vas a resucitarle después.

La acidez en el estómago de Elías se transformó en un nudo opresor. ¿Cómo podía hablar de aquello con tanta facilidad? «A no ser que sea fanfarronería», se dijo al notar cómo se había abrazado a sí misma.

—Pues está decidido: iremos a ese castillo, sea cual sea, pero primero tenemos que encontrar el Elixir.

Judith dio un paso al frente

—Eso será sencillo. Os aconsejo que os apartéis en esa esquina de ahí —dijo, señalando un rincón del taller. A esas alturas todos sabían que Judith no era el tipo de persona que exageraba el peligro, así que hicieron lo que les pidió.

Invocó la magia de su anillo y, de la misma forma en que utilizaba la magia de sangre para inmiscuirse en los teléfonos de las personas o en la infinidad de datos que flotaban en algún lugar de la nube y de internet, dirigió los relámpagos hacia el interior de las paredes, el techo y el suelo en busca de un recoveco que ocultase el gran tesoro de la familia Durant. Cuando la magia se introdujo tras la pared sur del taller, en el espacio que había entre dos estanterías, los rayos fueron absorbidos como si hubiesen ido a dar con un agujero negro.

—Premio —susurró.

La intensidad con la que la magia emanaba de su anillo se intensificó y el papel pintado de la pared comenzó a ennegrecerse hasta que estalló en llamas. Gaël dio un paso al frente y extendió la mano con impotencia, pero después de ver el despliegue de poder de la magia de Judith, parecía que había comprendido que no era buena idea desafiar a la joven.

Tras el papel pintado no apareció la piedra que daba forma a los muros y paredes del edificio, sino un pequeño hueco secreto cubierto por un bloque de madera que también se consumió hasta solo dejar cenizas. Se trataba de una falsa pared.

—Tu familia no buscó con mucho interés, por lo que veo —sentenció Judith, que avanzó con paso firme hacia la abertura—. Claro que a quién le importaría el fracaso de un tatatarabuelo.

Apartó las cenizas con la mano y Elías pudo ver con claridad un pequeño cofre de plata, decorado con esmero. Estaba seguro de que, si lo limpiasen, su superficie ahora negruzca brillaría tanto como si fuese nuevo. A muchos clientes del anticuario de los Baena les habría encantado comprar la pieza, pero no era el cofre lo que habían venido a buscar, sino lo que había en su interior.

Judith alzó las manos para sostenerlo y, en cuanto sus dedos rozaron el metal, un amasijo de sombras surgió de su interior y ató sus manos como si se tratasen de un cepo.

—Típico de Gustave —dijo Gaël—. Parece que el tipo tenía fama de paranoico.

—¡Y lo dices ahora! —protestó Judith, incapaz de liberarse por más que lo intentase—. Nigromante, ¿por qué no haces algo?

—Oh, sí… Claro. —Elías nunca había trabajado con las sombras de otro hechicero, así que se limitó a darle una orden de la misma manera en que habría hecho con las suyas—. Ohm deiam shishaz kemen.

En lugar de liberar a Judith, las sombras brotaron y se enredaron en torno a sus cuerpos con la intención de asfixiarlos a todos.

—Parece que las has enfurecido —comentó Beathan en voz alta, como quien observa el paso de las estaciones por el cambio del color en el paisaje.

—¿Tú crees? —protestó Judith—. Se están extendiendo, mierda, no me siento los dedos por la presión.

—Tiene que haber alguna forma de desactivar el conjuro: un código secreto, un interruptor. —Elías miró a Gaël, pero el muchacho se encogió de hombros, o más bien lo habría hecho si las sombras no le hubiesen atado los brazos contra el torso.

—No lo sé, tíos, vosotros sois los expertos en estas movidas.

—¡Hay algo escrito en la tapa del cofre! —exclamó Judith, victoriosa. Lo leyó en voz alta en un francés bastante bueno, aunque fue Madeleine quien lo tradujo para ellos.

—Suena como un acertijo… Espero que no se pierda ningún juego de palabras importante:

Grecia y Egipto

Unidos por la sangre

De un digno linaje

Padre y gloria

De todas nuestras victorias

La leche da vida

El veneno, la muerte

Memento Mori

Vitam Aeternam

Elías intentó seguir en la piedra las palabras a medida que Madeleine las pronunciaba. Frunció el ceño, incrédulo. «No, no puede ser».

—¿Puedes repetírmelo? —pidió.

—¿Qué ocurre? —preguntó Sofía preocupada, a ella las sombras la estaban inmovilizando desde los pies—. ¿Es imposible de descifrar?

Elías negó con la cabeza.

—Al contrario, no puede ser porque… es demasiado fácil.

—¿Fácil? —repitió Sofía, y esta vez sonaba ligeramente irritada.

—¿Es egipcia, pero en realidad es griega? —sugirió, creyendo que resultaba obvio. La incredulidad de las dos mujeres empezó a resultarle ofensiva. Puede que él fuese un poco friki con la historia, pero eso era cultura general, ¿no?—. ¿Leche y veneno? —Nada—. Su nombre literalmente significa «la gloria del padre».

—¡Resuelve el estúpido acertijo de una vez o yo misma te liquido! —exclamó Judith.

—Pero ¿y si es una trampa? —preguntó Elías.

Desde luego, si él estuviese escondiendo un objeto tan preciado como un elixir que te había llevado toda tu vida fabricar y que considerabas tu legado, procuraría ser más enrevesado, aunque tal vez lo que pretendía Durant era precisamente eso, que algún nigromante del futuro pudiese encontrarla sin demasiada dificultad.

—Elías, estamos hablando de hechiceros del siglo XIX, no había Wikipedia. ¿Crees que la gente de la calle sabía estas cosas? —preguntó Sofía, y Madeleine negó con la cabeza para asegurarle que no lo hacían. Sofía estiró la mano para agarrar la suya con fuerza. Pudo sentir la vibrante energía de la magia de vida, el poder de las brujas, a través de la tela de su guante—. Confía en ti.

Elías inspiró hondo y asintió con la cabeza.

—La respuesta es: Cleopatra, patrona de la muerte.

Hubo un segundo de absoluta quietud, durante el que Elías creyó que tal vez se había equivocado y que una trampilla que daba a un foso de cocodrilos o algo parecido se abriría bajo sus pies. En lugar

de eso, el cofre comenzó a crepitar, despertando tras décadas dormido. La inscripción brilló con una intensa luz negra, la tapa se alzó y reveló su contenido. Las sombras se replegaron, como si nunca hubiesen estado allí. Elías se preguntó qué clase de trato había hecho Gustave Durant con las sombras para que siguiesen velando por su tesoro más allá de su muerte.

Judith no se lo pensó dos veces antes de introducir las manos en el cofre y sostener en alto su contenido. Había un frasco del tamaño de una mano menuda, con el cuello de la botella mucho más fino que su cuerpo, para evitar que las dos esferas de luz blanca en su interior pudiesen escapar.

Madeleine se llevó la mano al pecho, sobrecogida.

—¿Eso es…? —Elías asintió. El pedazo de alma que la mantenía atada al mundo—. Hay dos… Eso significa que Adrienne… Teníais razón, ella también sigue aquí.

—No podéis llevaros eso —protestó Gaël al ver cómo Judith guardaba el frasco en su bolso.

La joven negó con la cabeza, incrédula.

—Me parece enternecedor que creas que puedes hacer algo al respecto. Aunque admire tu valentía, procura que no se convierta en necedad.

—Pero el elixir…

—A ti no te va a servir de nada, así que te voy a ofrecer un trato y presta atención porque serías muy estúpido si eligieses la opción equivocada. Dentro de poco voy a poner el mundo patas arriba para gente como tú y como yo, a quienes nos han negado el poder de la magia injustamente solo por haber nacido en el lado equivocado de la balanza. Aún no tengo claro que te merezcas ese poder, pero si dejas de ser un mocoso y te conviertes en un hombre digno de él, será tuyo. Así que dime: ¿qué prefieres, el elixir o los dones de la muerte?

Durante un instante fugaz, el adolescente socarrón se desvaneció y

todo rastro de inocencia se borró de su expresión. En su lugar apareció otra cosa, la sombra de la ambición, una sed que nubló sus ojos. Elías sintió un escalofrío. El poder era capaz de lograr aquello, engullir la luz de una persona con una simple promesa, con solo ser mencionado de pasada.

—Está bien —aceptó tras unos momentos de duda—. Pero ¿cómo le voy a explicar ese boquete a mi madre? —Señaló la pared. El silencio de Judith y la forma en que arqueó la ceja hacia él le debió de recordar que su madre no era la persona a la que más tenía que temer.

—¿Lo dices en serio? —preguntó Elías—. ¿Le convertirías en un nigromante?

Judith no parecía entender del todo por qué parecía tan sorprendido.

—Si su bisabuela hubiese nacido hombre, ya lo sería; es víctima de la misma injusticia que yo, así que… ¿por qué no? —Se encogió de hombros—. Ya tenemos todo lo que necesitábamos, solo falta que Vivien ponga en marcha su parte del plan. Y encontrar la forma de burlar al destino, claro. —Sonrió como si el desafío fuese estimulante y no una certeza de muerte.

—¿No tienes miedo de que las cosas no salgan como esperas? —preguntó Beathan, que la observaba sin disimular el desprecio que le suscitaba.

—Mi destino lo forjo yo, hada, eso lo tenemos en común. Habéis estado haciendo pruebas, ¿verdad? No creo que estuvieseis aquí si antes no hubieseis logrado alterar el futuro.

Puede que Elías fuese capaz de resolver cualquier acertijo relacionado con la historia o de encontrar el dato necesario en su memoria, pero la facilidad con la que Judith leía a otras personas le parecía mucho más impresionante.

Sofía asintió ante su teoría. La joven parecía algo amedrentada por la presencia de Judith, y Elías se imaginó que no comprendía cómo colaboraba con ella después de lo sucedido.

—Fue por accidente, pero sí, sabemos que puede funcionar —explicó Sofía—. Las decisiones de Beathan alteran el futuro, pero hemos llegado a un punto muerto. A partir de ahí no veo nada.

—Y en los futuros que sí has podido ver, ¿en cuántos morimos? —preguntó Judith, divertida por la sorpresa de Sofía—. Por eso habéis venido, está claro. Tú no puedes sentarte cruzada de brazos y dejarnos morir porque eres una idealista, y tú —señaló a Beathan con desdén— me necesitas para traer a tu amigo de vuelta. Así que dime: ¿en cuántos morimos?

No era habitual ver a Sofía vacilar, pero ahí estaba, la verdad que no quería confesar. Alzó la mirada hacia Elías y en sus ojos había una disculpa.

—En todos.

Capítulo 22

Samuel y Leticia se habían pasado el día indagando pistas que pudiesen llevarles hasta Adrienne. Buscaron a través de los métodos corrientes, con la esperanza de dar con algún familiar o antiguo compañero de trabajo que supiese dónde se hallaba. Leticia logró hacerse con facturas antiguas a su nombre, pero enseguida comprobaron que hacía dos décadas que la mujer no vivía allí. Leticia había recurrido a sus influencias para revisar la actividad de su cuenta bancaria, pero solo descubrieron que se sacaba la misma cantidad en efectivo al principio de cada mes. Ni siquiera podían saber si era ella la que lo extraía ni de qué cajero automático sin indagar más. Tampoco habían encontrado registros o informes médicos. O Adrienne era la mujer de ochenta años más sana del mundo, o la tierra se la había tragado dejando atrás su cartilla de ahorros.

—Escribió este libro para que Madeleine pudiese encontrarla y, como no obtuvo respuesta, se alejó del mundo entero —dijo Leticia con aire melancólico mientras volvían al apartamento a las afueras.

También habían probado con los recursos paranormales, preguntando a los fantasmas más antiguos o influyentes de París. «En todas partes hay fantasmas que se enteran de todo lo que sucede en la ciudad», explicó la agente de la Guardia, pero ninguno de ellos había estado prestando atención.

—¿Un rostro repetido a través de los siglos? —respondió un hombre vestido con una elegante levita cubierta de sangre y que cargaba con su cabeza debajo del brazo—. Cuando llevas tanto tiempo muerto como yo, todas las caras te parecen iguales. Lo mismo pasa con la política y la economía: siempre es más de lo mismo, como un ciclo eterno…

Se marcharon de allí antes de que el fantasma empezase a filosofar más de la cuenta. A los dos les dolió rendirse, aunque solo fuese por esa noche, pero necesitaban descansar. Samuel apenas pegó ojo,

repasando en su mente todas las pistas. No podían permitirse que Judith diese con Adrienne primero. Quizás por eso, cuando al fin se durmió, su cuerpo le sumió en un estupor tan profundo que no se habría percatado de la presencia de las sombras si Leticia no hubiese entrado en su habitación malhumorada.

—Son las siete de la mañana, ¿qué narices es ese ruido?

Fue ella quien caminó hasta la ventana y la abrió de par en par para dejar que el cóndor, que había estado picoteando en el cristal para llamar su atención, se adentrase en la habitación. La inmensa ave agitó sus alas de sombras para aterrizar sobre la cama, despertando del todo a Samuel. Reconoció enseguida la magia de su padre.

Extendió las manos hacia la criatura de sombras, que dejó caer un sobre en el que figuraba su nombre con una precisa y austera caligrafía. Sacó la carta de su interior y se apresuró a leer su contenido, sintiendo en el estómago la fuerza con la que le golpeaba cada revés.

—¿Qué es? ¿Qué ha ocurrido? —preguntó Leticia, impaciente.

Samuel dobló de nuevo la carta y la dejó caer sobre la cama deshecha.

—Hay un rumor… Parece que… creen que Marcos Vega está muerto.

Notó una náusea retorciéndose en su esófago y agradeció haber recibido la noticia en ayunas. Recordó la rabia con la que Elías le había atacado en aquella hermosa iglesia. Había confundido su infinito dolor con ira. Y lo que él le había insinuado, todas las palabras horribles que le dedicó a los Vega… Si Marcos estaba muerto pero Elías continuaba con vida, solo podía significar que se había sacrificado para salvarle. Cielos, cómo podía haber sido tan necio. «Perdóname, hermano». Le había fallado cuando más lo necesitaba.

—¿Un rumor? ¿Podría ser un engaño de Judith para aturdirnos? —preguntó Leticia, que no quería creerse la noticia.

Samuel tuvo que sentarse sobre el borde de la cama para poder continuar con la conversación.

—Me temo que la cuestión ha salido a la luz en la Hermandad, así que dudo que un mero rumor sin fundamento provoque una crisis interna. Al parecer, ahora que Judith ha demostrado que es capaz de acabar con la vida de uno de los nuestros empiezan a tenerle un poco más de respeto, pero no lo bastante para implicarse o mancharse las manos —resopló. Elías siempre había defendido que la Hermandad Nigromante era un nido de cínicos egoístas y, aunque Samuel estaba en parte de acuerdo, no había comprendido del todo su punto de vista hasta estar al otro lado de los intereses de la Hermandad—. Mi padre se ha ofrecido en nombre de la familia Baena a seguir gestionando el «asunto» de los dones de la muerte para evitar que cayese en un saco roto, pero siguen sin creer que las Victorias sean reales. Dicen que nadie las ha visto en acción, que solo es una artimaña de Judith Vega para limpiar el nombre de su padre.

—Hay que ser muy soberbio para estar tan seguro de que nadie puede lograr cosas de las que tú no eres capaz. Eso ya no es autoestima, es autoidolatría.

—No puedo justificarles, pero tampoco es que tu gente esté ayudando.

—Los corrientes también somos así: cuando vemos venir el peligro, lo negamos y decimos que no es para tanto, como si así evitásemos el problema. ¿Sirve de algo? Solo para empeorar las cosas, pero seguimos haciéndolo… Con Judith ocurre lo mismo. No quisimos creer que era una asesina hasta que fue innegable. Ese pobre chico… Nosotros somos los mayores, tendríamos que haberle protegido. —Se sentó junto a él, devastada—. Es fan de mi hermano pequeño, apenas un crío.

«Era —pensó Samuel—. Era apenas un crío y yo le juzgué como si fuese un delincuente». Apretó el puño. Detestaba sentirse impotente y tan pequeño… Ninguna de sus armas le serviría en esa batalla, ni el poder de sus sombras ni su encanto, tampoco sus muchos amigos y contactos por todo el mundo. Si no averiguaban dónde se escondía Adrienne antes que Judith, perderían la partida.

—Necesito un café —masculló mientras se frotaba la frente con las yemas de los dedos en un intento por aliviar la tensión.

El cóndor irguió su largo cuello y Samuel se dio cuenta de que estaba esperando una respuesta. «Después de desayunar», prometió en su fuero interno. Nadie debería tomar decisiones tan importantes con el estómago vacío, aunque no estaba seguro de cómo iba a ser capaz de tragar la comida después de lo que acababan de descubrir.

Leticia y él prepararon un austero desayuno. Habían estado sobreviviendo a base de comida a domicilio y la cocina empezaba a rebosar de cajas de cartón vacías y platos sucios. Comían allí porque ambos habían estado de acuerdo en que sería incómodo cenar tranquilamente en el salón mientras la banshee les observaba. Su prisionera había estado muy callada en los últimos días, por eso les sorprendió cuando los llamó mientras cruzaban la sala de estar de vuelta a sus dormitorios.

—Humanos —escupió con un desdén que empapaba cada sílaba hasta hacerlas resbaladizas.

Había permanecido en absoluto silencio durante toda la noche, como si quisiera que olvidasen su presencia, o tal vez guardaba sus energías. Permanecía sentada en el suelo, con las piernas encogidas contra el pecho en una postura que recordaba a la de una rana y los brazos apoyados sobre las rodillas.

—No habéis encontrado a la otra, ¿verdad? —Disimuló una sonrisilla de satisfacción.

—Métete en tus asuntos, criatura —gruñó Samuel, pero la banshee no se amedrentó.

—Puedo ayudaros con eso si prometéis liberarme.

Leticia y Samuel intercambiaron una rápida mirada de incredulidad.

—¿Cómo? —preguntó Samuel.

—Más bien por qué —añadió Leticia.

—Llevo secuestrada días, mi esencia agoniza en este lugar; la sal la

está consumiendo poco a poco. Y Judith no se ha preocupado por mí, solo por llevar a cabo sus planes. Empiezo a pensar que la sobrestimé al pensar que no era como el resto de los humanos. Al final sois todos iguales. —Frunció el ceño sin esconder su desdén—. Soy una banshee, dadme su nombre completo y su fecha de nacimiento y podré presentir el lugar de su muerte. Tal vez el momento también si no le queda mucho tiempo. Decís que ahora es una anciana, ¿verdad? Es muy posible que ya haya elegido el lugar donde quiere pasar sus últimos años.

La frialdad con la que hablaba de la muerte de una mujer de carne y hueso, aunque fuese una desconocida, provocó en Samuel una sensación de náusea, pero debía admitir que, si decía la verdad, la habilidad de la banshee podría serles de mucha utilidad. Sintió la mano de Leticia agarrando su brazo.

—Hablemos.

Tiró de él hacia la diminuta terraza, que tenía puertas insonorizadas. Tuvieron que apretarse para caber los dos, pero era el único lugar del apartamento donde podían estar seguros de que la banshee no los escucharía.

—Estamos de acuerdo en que es una trampa, ¿verdad? —dijo la agente.

—Tiene toda la pinta, sí —admitió. Podía imaginarse a la banshee siguiendo a Judith Vega hasta el mismo apocalipsis y a través del purgatorio sin vacilar.

—Lo interesante es: ¿qué significa? Es una pregunta retórica, es evidente. —Alzó el dedo antes de que Samuel pudiese contestar, pero lo cierto era que a él no le resultaba tan obvio y no habría podido interrumpirla aunque quisiese—. Significa que Judith tampoco sabe dónde está. Quiere que la llevemos hasta Adrienne. Pero ¿por qué la banshee lo propone justo ahora?

Samuel se asomó para mirar a la banshee. Se habían relajado ante ella, examinando documentos, mapas y pruebas en el salón hasta olvidar su presencia. Habían tenido más cautela a la hora de comer que de hablar, porque se sintieron muy seguros de que era su

prisionera, pero ¿y si se equivocaban?

—¿Estás segura de que desconectaste el ordenador?

—Solo internet, pero no lo apagué. Oh…, ¿no creerás…?

—Que lo ha utilizado para comunicarse con ella. Te lo advertí. Tendríamos que habernos deshecho de él.

—Solo es una teoría. Pero… puede que sea buena idea apagarlo, sí.

—Eso no bastará.

Samuel apretó la mandíbula al comprender que Judith pretendía utilizar a su familia otra vez para salirse con la suya. La desfachatez de esa mujer no tenía límites, pero esta vez iba a tropezarse con su propio paso de baile, porque por fin se movían con ventaja.

—Hagámoslo —dijo—. Que nos lleve hasta Adrienne.

—¿Y qué ha sido de la parte de «es una trampa»? —preguntó Leticia, incrédula.

—Precisamente por eso. Nos hemos concentrado tanto en buscar a Adrienne que no hemos pensado ni por un momento en recuperar el reloj y la flauta. Su mayor aliada es la banshee y la tenemos bajo control. Ahora que sabemos lo que pretende, solo tenemos que seguirle la corriente y atacar antes de que ella lo haga.

Leticia se cruzó de brazos y suspiró.

—Olvidas algo. Nosotros tenemos a la banshee…, pero ella tiene a Elías.

—¿Qué…? ¿Por qué dices eso?

La agente de la Guardia lo miró unos instantes con una emoción que no le agradó nada: lástima. Después apoyó la mano sobre su brazo.

—Llevamos días sin saber nada de él, es Navidad… Si solo estuviese devastado por lo que ha pasado, ya habría vuelto. Pero resulta que

Judith es la única que puede devolverle lo que más quiere en este mundo.

Samuel negó con la cabeza.

—Elías es un buen chico, él nunca…

Y entonces recordó las palabras que tanto le habían extrañado «Si la única manera de salvarme fuese renunciar a la Hermandad, a todo lo que consideras superior, puro, correcto, ¿lo harías?». Santa Muerte, Leticia tenía razón. Samuel notó que la boca se le secaba de golpe. No podía permitir que su hermano se convirtiese en un traidor a ojos de la Hermandad.

—Un motivo más para caer en su trampa.

—Ya, tus intenciones están muy bien, nigromante. Pero ¿cómo piensas contener a la banshee, enfrentarte a Judith y posiblemente a tu hermano mientras evitas que no consiga la tercera Victoria? Apenas pudimos contra Vivien entre los dos.

Como si quisiese aportar su opinión al respecto, el cóndor aterrizó sobre la barandilla de la terraza con sus colosales alas extendidas. Leticia se sobresaltó tanto que tuvo que encogerse sobre sí misma con la mano en el pecho, pero Samuel asintió, comprendiendo lo que pretendía decirle.

—No tenemos por qué hacer esto solos.

Sofía estaba convencida de que no había cinco personas que tuviesen menos ganas de reunirse en la misma habitación que ellos, y sin embargo allí estaban, rodeados de un lujo que ninguno sabía disfrutar y esperando a que llegase la comida que habían pedido al servicio de habitaciones. Todo ello mientras fingían que no habían sido enemigos mortales hasta hacía diez minutos.

Beathan lanzaba miradas de recelo hacia Judith de rato en rato, aunque ella estaba ocupada asegurándose de que no les hubiesen seguido hasta allí. Permanecía de pie junto al ventanal y se asomaba cada poco para tener la calle controlada. Elías tenía

aspecto de estar agotado y Madeleine permanecía en silencio, con la mente muy lejos de allí.

—Me parece que esto no va a funcionar —confesó Sofía, tumbada sobre el colchón más cómodo que había probado. Era una lástima que no fuese a tener la ocasión de usarlo para dormir. Le habría bastado con una breve siesta.

Judith había fabricado, usando su magia cibernética, una reserva falsa ya pagada en un hotel de lujo y había intentado convencerles de que no era lo mismo que robar. El caso era que necesitaban un lugar tranquilo donde refugiarse y donde Engels no les estuviese buscando, así que nadie protestó.

—Solo tienes que relajarte un poco —dijo Judith.

—No puedo relajarme, me siento como si estuviese en mitad de mi velatorio o algo así. Podrías intentar poner expresiones un poquito menos sombrías, al menos.

Judith negó con la cabeza.

—Si no te das prisa, Engels nos encontrará, o el hermano arrogante de Elías irá tras la pista de Adrienne antes de que estemos preparados. Ya he avisado a Vivien para que lance el anzuelo. No tenemos todo el día.

—¿Crees que eso me ayuda a relajarme, en serio?

Sofía permanecía tumbada en la cama, bocarriba con las manos sobre el pecho como una especie de Bella Durmiente, mientras los demás esperaban a su alrededor a que entrase en trance. Como si fuese tan sencillo dejar que tu conciencia abandonase tu cuerpo con un montón de ojos clavados en ti, pendientes de cada una de tus respiraciones.

—Imagina que estamos tú y yo solos, como la última vez —propuso Beathan, sentado en la cama junto a ella. Sintió cómo el hada absorbía su inquietud poco a poco, hasta que la sensación de su propio peso hundiéndose en el colchón y la suavidad del edredón fue mucho más fuerte.

—Beathan…, tengo que relajarme, no dormirme.

—Oh, claro, disculpa —dijo el hada, y aquella dulce morfina aflojó su influencia sobre ella.

«Esto es peligroso —se advirtió a sí misma—. Demasiado fácil y adictivo». Aunque no actuase movida por la ira y la codicia como Engels, estar enfadada con cómo iba el mundo sí era una de las cosas que la motivaban a seguir esforzándose, así que debía tener cuidado.

—¿Podemos hacer algo para ayudarte? —preguntó una voz tranquila y dulce, pero a la vez llena de firmeza. Sofía se dio cuenta de que era esa tal Madeleine, la mujer por la que todos estaban allí.

—Pues… sigo siendo bastante nueva en todo esto de ver el futuro, pero creo que me ayudaría saber lo que estoy buscando, comprenderlo: cómo llegamos hasta el castillo, por qué fuimos allí, cuándo ocurrirá…

—Empecemos por lo que has visto hasta ahora —sugirió Judith.

Sofía comenzó a narrar su visión, ignorando la voz en su cabeza que le recordaba lo raro que era hablar tumbada, como si estuviese en una película americana donde la protagonista va a una lujosa sesión de terapia. Primero relató su encuentro con Engels y la manera en que descubrieron que las decisiones de Beathan eran capaces de alterar el futuro. Después les contó que en la primera versión Elías intentaba acabar con la vida de Judith y ambos acababan precipitándose al vacío y describió con tanto detalle como pudo, sin sentir náuseas, los cambios que había presenciado en su segunda visión, que esta vez Judith sobrevivía, pero solo porque Sofía impidió que Elías le clavase una daga en el costado.

—¿Una daga como esta? —preguntó Judith, que había sacado el arma de algún lugar entre su ropa y se la mostraba con cuidado, sosteniendo el mango de plata decorado con tallas de rosas a medio florecer. Sofía reparó en que Elías apartaba la mirada, incapaz de verla. «La usó para herir a Marcos», comprendió, y el nudo en su estómago se apretó un poco más.

Asintió con la cabeza.

—No me sorprende que vaya a intentar matarme con esto… Ojo por ojo —dijo Judith con una tranquilidad espeluznante.

—Yo no quiero matarte, ni apuñalarte ni nada así —intervino Elías, que parecía dolido por la mera sugerencia—. Es decir…, ni siquiera te odio tanto como debería.

Sofía quiso levantarse para abrazarle otra vez, pero temía que el trance acudiese a ella en el momento menos oportuno. En su lugar presenció una escena aún más chocante que una visión: a Judith estupefacta con los ojos abiertos de par en par y sin saber qué decir.

—¿Qué ocurre, Judith? ¿Es más fácil sobrellevar la culpa si puedes escudarte en que todos te desprecian? —preguntó Beathan con una sombra de satisfacción en la mirada—. Puede que por eso sigas esforzándote por conseguir que te odiemos. Si vuelves a traicionarnos, conseguirás que hasta Elías te desprecie.

—No voy a traicionaros —se defendió ella—. Y no por una cuestión de lealtad, sino de interés. Todos aquí queremos lo mismo: que Madeleine pueda reunirse con Adrienne y sustituir el vínculo por otro para que recuperen sus almas.

—Y tú te ofreces voluntaria para el «sacrificio», ¿no es cierto? ¿Tantas ganas tienes de volver a nacer?

—No tengo ninguna, en realidad. Con una vida me basta. Solo quiero derrotar a la Muerte; una vez que lo haya hecho y sus dones me pertenezcan, pienso recuperar mi alma.

—Hay otra explicación para mi visión —intervino Sofía, que aún se sentía abrumada cuando empezaban a hablar de cosas como dominar a la Muerte, reencarnarse o las almas—. Elías nunca haría daño a nadie.

—Gracias —dijo él, cruzándose de brazos malhumorado—. Además, a Judith se le está olvidando algo mucho más obvio.

—Engels —comprendió la aludida.

—Su poder reside en los espectros que es capaz de invocar y someter; si te poseen, tu cuerpo le pertenece a él.

Sofía asintió con la cabeza.

—En mi visión, la que nunca llegó a cumplirse, hacía algo parecido conmigo. Engels nos seguirá hasta el castillo en busca de Judith.

—Tiene sentido —admitió Judith—. Está empeñado en matarme para conseguir su dichosa herencia y vengarse, pero si eso es cierto, tenemos un problema mayor que los instintos asesinos de Elías desatados. Me molesta mucho admitirlo, pero Engels es demasiado poderoso para nosotros.

—Lo es, pero sabemos cómo detenerle —dijo Beathan, y Sofía se encargó de aclarar la confusión latente en los rostros de sus compañeros.

—Cuando Beathan me salvó, le hizo algo a Engels: absorbió todas sus emociones.

—¿Absorber sus emociones? ¿Y eso de qué nos sirve? —preguntó Judith, escéptica.

Sofía supo lo que iba a pasar antes de que ocurriese y no por el don que Delfos le había concedido, sino por la malicia con que Beathan arqueó una ceja. Judith se llevó la mano al pecho, encogida sobre sí misma, de la misma forma que Engels lo había hecho. Extendió su otra mano y se agarró a la cortina para no caerse. Cuando Beathan la liberó, Judith respiró una bocanada de aire con la misma voracidad que un náufrago a punto de ahogarse.

—¿Te ha convencido la demostración?

—Vuelve a hacer algo así —Judith le señaló con el dedo— y te convertiré en polvo de hadas, Campanilla.

Sofía se apresuró a intervenir:

—Está bien, buscaré el futuro que ocurrirá si Beathan decide engullir sus emociones, ¿vale? No creo que vaya a entrar en trance, así que necesitaría tocar a alguien. ¿Elías?

El nigromante se apresuró a acudir a ella. Se remangó el brazo y le tendió la mano.

—¿Estás segura? —preguntó, y ella se esforzó por no delatarse.

Aunque Beathan estuviese a su lado, aunque sintiese su presencia calmándola y adormeciéndola, exponerse al torrente de visiones que vendría al tocar a Elías iba a ser un desafío. No sabía si estaba preparada para organizar y comprender lo que vería en su mente, pero no había tiempo para intentar mejorar su confianza. Tendría que hacerlo y punto.

Asintió con la cabeza.

—Hagámoslo. —Extendió la mano hacia Elías y tocó su antebrazo.

Tan pronto como sus dedos rozaron los finos vellos negros y su cálida piel, el destino de Elías se desplegó ante sus ojos. Sofía volvió a ver el castillo, la nieve que cubría su patio interior y las torres, y también se vio a sí misma junto a sus compañeros, huyendo a toda prisa a través de las enormes puertas del castillo hacia el exterior. Judith y Elías la acompañaban, pero no había rastro del hada o de Madeleine. Sofía se detuvo el tiempo justo para mirar hacia atrás y gritó horrorizada cuando el cuerpo de Beathan se precipitó al vacío desde lo alto de la torre.

Soltó a Elías de golpe y le empujó lejos de sí misma por puro instinto. Cuando volvió a enfocar su atención en el presente, vio la consternación con la que le miraba el muchacho, más preocupado por ella que por lo que hubiese visto.

—¿Estás bien? —se apresuró a preguntar, pero ella no fue capaz de responder. En lugar de eso, buscó a Beathan con la mirada para asegurarse de que seguía allí, sano y salvo.

—Vaya… —dijo él—. Así que esta vez, soy yo quien muere, ¿no es cierto? Me preguntaba si podrías ver mi cuerpo convertido en un objeto sin vida en tus visiones, supongo que sí.

Sofía apoyó la mano con fuerza sobre su esternón, como si así pudiese contener los latidos de su corazón. El efecto narcotizante

del voraz apetito del hada la calmó poco a poco.

—Tiene que haber otra forma de derrotarle. Alguien a quien podamos pedir ayuda.

—Vivien —afirmó Judith sin dudarlo—. Nadie es capaz de resistir el grito de la banshee, ni siquiera los nigromantes soportan el augurio de la muerte. Si alguien no la hubiese secuestrado… —Miró con desdén a Elías.

—¿Y si la liberamos? —sugirió Sofía, dándose cuenta de lo ingenua que acababa de sonar.

—Está ocupada intentando conducirnos hasta Adrienne —suspiró Judith—. Tendremos que probar con otra cosa.

—Puede que lo haya entendido mal —dijo Madeleine, interviniendo por primera vez en la conversación—. Pero ese tal Engels anda tras Judith, no quiere nada más del resto de nosotros. Cuando sabes lo que alguien busca, es fácil engañarle. Hay un truco que aprendí cuando los civiles luchábamos contra los nazis durante la Ocupación: jugar con las apariencias es una buena forma de plantar cara a un rival más fuerte que tú.

—¿Luchaste contra los nazis? —preguntó Sofía boquiabierta, sin poder creer que alguien dejase caer algo tan guay en mitad de una conversación como si nada.

—¿Y qué otra cosa iba a hacer? —respondió Madeleine, como si fuese lo más obvio—. Escribía y repartía propaganda, así que tuve que saltarme unos cuantos toques de queda y vérmelas con algún que otro soldado entrometido. Pero nunca nos pillaron.

Les explicó con todo lujo de detalles su táctica favorita para distraer y engañar a los soldados que les sorprendían in fraganti y todos estuvieron de acuerdo en que podía funcionar. Sofía probó cada combinación con sus visiones, hurgó en el destino de Judith, en el de Madeleine y otra vez en el de Elías, viendo cómo con paciencia avanzaban un poco más lejos, dar un pasito más allá, hasta que llegaron a un punto muerto. A partir de ese momento, la visión se detenía, sin importar cuánto se esforzarse por ver lo que había tras

la repentina negrura.

—Es como si el mundo se acabase de repente —intentó explicar—. Y después solo hubiese la nada. No me había ocurrido antes.

—Es la muerte —dijo Elías con un aire sombrío muy adecuado en su voz—. Creo que significa que vamos a vernos las caras directamente, de una forma u otra.

—Esa egocéntrica caprichosa… —maldijo Judith—. Yo te diré lo que ocurrirá después, lo que no quiere que veamos: conseguiremos los dones de la muerte y no habrá nada que pueda hacer para impedirlo.

—¿Conseguiremos? —preguntó Beathan—. ¿Desde cuándo piensas compartirlos?

—De acuerdo, Campanilla. Yo los conseguiré y después decidiré quién se beneficia de ellos. ¿Mejor así?

—Siempre es preferible la honestidad —asintió el hada.

—Chicos…, creo que nos estamos quedando sin tiempo —advirtió Madeleine con la voz quebrada.

Siguieron la trayectoria de su mirada y Judith descorrió las cortinas para ver mejor.

Había empezado a nevar.

Capítulo 23

Vivien no pretendía que confiasen en ella, por eso sus continuas miradas de recelo y sus dudas le resultaban indiferentes. Serían muy estúpidos si bajasen la guardia, y aunque la mayoría de los humanos le habían demostrado no ser gran cosa, esa agente era astuta y el nigromante apreciaba demasiado a los suyos como para dejarse llevar por las promesas de la banshee.

—Necesito que quitéis todas estas barreras —explicó mientras señalaba las sombras y el círculo de sal—. La energía de la muerte no podrá atravesar esto, y aquí dentro soy demasiado débil para invocarla.

—Sí, y también demasiado débil para reventarnos los oídos y el cerebro con tu chillido. De eso se trata —gruñó Samuel, cruzándose de brazos.

—Con tanta sal en el ambiente apenas puedo escuchar mis pensamientos —insistió la banshee—. ¿Queréis tener alguna posibilidad de encontrar a la humana antes que Judith? Pues liberadme. —Lo que no planeaba contarles era que, en cuanto ella supiese dónde se encontraba Adrienne, Judith también lo haría. Una vez libre, podría volver a conectar su mente a la de ella cuando fuese necesario. Mientras tanto seguiría diligentemente las instrucciones que le dio utilizando código morse y el ordenador portátil de la agente. Ya debían de sospechar algo porque se habían deshecho de él.

—Podrás regenerarte donde quieras sin la barrera. —Esta vez fue la agente la que oponía resistencia.

—Cerrad todas las ventanas, bloquead los conductos de ventilación y cubrid las rendijas de las puertas con sombras. Si no cumplo mi palabra, podéis arrojarme un paquete de sal entera y no tendré ningún sitio adonde huir.

Los dos humanos volvieron a intercambiar miradas. «Supongo que

necesitan compartir la culpa con otra persona si algo no sale bien». Había visto a muchas personas siendo consumidas por sus propios remordimientos durante décadas hasta que su verdadero ser desaparecía, así que comprendía que quisiesen evitarlos a toda costa.

—De acuerdo —aceptó al fin Leticia, armándose con un paquete de sal—. Samuel, limpia eso, ¿quieres?

El hombre torció el labio y protestó entre murmullos:

—¿Por qué tengo que hacerlo yo?

Utilizó un recogedor y un cepillo para recoger toda la sal del suelo. Vivien inspiró hondo, disfrutando del aire fresco. Aunque no lo necesitaba para vivir, era todo un alivio después de días respirando el enranciado aire del interior del círculo. Después, Samuel deshizo la celda de sombras, liberándola.

—Date prisa —le urgió él.

«No me des órdenes», pensó, pero asintió con la cabeza.

—¿Qué necesitas para encontrarla? —preguntó la agente, que se aferraba al paquete de sal como si su vida dependiese de ello. En cierto modo, así era.

—Su nombre completo, fecha y lugar de nacimiento.

—¿Vas a predecir su muerte o a presentar un impreso en su nombre? —se burló Samuel, aunque no parecía en absoluto divertido.

Vivien ignoró sus ladridos y esperó a que buscase la información en los documentos que habían encontrado.

—¿Qué nombre necesitas, el original o el de su última reencarnación? —preguntó con el ceño fruncido y sin dejar de mirar en los papeles.

Buena pregunta. Vivien nunca había augurado el final de una persona capaz de reencarnarse.

—Probemos con su nombre original, el que marcó su alma por primera vez.

—Adèle Montauban, París, año 1834.

«Perfecto». Cerró los ojos y dejó que su esencia buscase el alma de Adrienne. Si había vuelto a nacer, sería complicado encontrarla, tal vez imposible. No se lo había contado a sus captores, pero sus dones no eran ilimitados. Cuanto más cercana estaba un alma a su muerte, más fácil le resultaba encontrarla, como si se tratasen de luces brillando en la oscuridad, y al invocar el nombre de Adrienne descubrió que era la luz más resplandeciente de todas.

No pudo controlar el augurio, igual que nunca logró hacerlo cuando servía a la familia que la mantenía encadenada. Durante siglos habían acaparado su don y ahora era libre de usarlo a voluntad, pero no de reprimir el lamento en forma de chillido que convulsionó todo su ser. Chilló con todas las fuerzas de sus pulmones. Cerró los ojos y aguardó a que la sal la golpease.

—¿¡A qué esperas!? —oyó gritar al nigromante—. ¡Desintégrala!

Pero la agente no se movió, con el paquete de sal aún entre las manos, ni siquiera para taparse los oídos como su compañero.

—No creo que lo esté haciendo a propósito.

Por fin el augurio cesó y Vivien se encogió, recuperándose del brusco trance.

—Está cerca… —logró decir.

—Genial, ¿dónde? —inquirió el nigromante.

Vivien negó con la cabeza.

—No, la mujer no. Es la Muerte. La Muerte está cerca.

—¿Has… encontrado a Adrienne? —se atrevió a preguntar Leticia.

Vivien sonrió. Hacía bien en mostrarse temerosa.

—Al norte de París hay un pueblo y un bosque. En sus lindes se sitúa una casa anaranjada que destaca entre todas las demás. La encontrareis allí… si la Muerte no la alcanza antes.

Capítulo 24

Apenas habían conducido durante media hora cuando se adentraron en un frondoso bosque que amenazaba con engullir la carretera. En lugar de en los alrededores de París, parecía que se hubiesen teletransportado a un paraje de cuento donde vagaban hadas y espíritus silvestres. Puede que a un corriente imaginar esas pintorescas posibilidades mientras avanzaban entre los árboles le hubiese resultado de lo más romántico, pero cuando viajabas con una banshee prisionera en la parte de atrás de tu caravana, una que te odiaba con todas sus fuerzas, el aspecto místico del bosquecillo solo contribuía a incrementar tu estado de alerta. Si Samuel se sentase un poco más recto y tenso, podrían haberle utilizado como soporte para hacer bricolaje.

—¿Estás segura de que es por aquí? —Leticia se giró fugazmente para asegurarse de que la criatura seguía ahí.

Vivien asintió. Le habían puesto una mordaza en la boca y la rellenaron con sombras para amortiguar el sonido de su chillido, que volvía de vez en cuando y sin previo aviso. Les había explicado que no podía controlar sus augurios una vez que encontraba un alma a punto de morir, así que lidiaban con ello como podían. Samuel y Leticia llevaban orejeras colgando del cuello. No eran suficientes para amortiguar el grito de una banshee, pero al menos no les estallaría la cabeza. Cualquier manual del sentido común advertía contra lo que estaban haciendo, dejar que tu enemigo fuese tu copiloto.

La banshee meneó la cabeza hacia la derecha para indicarles que tomasen la siguiente salida.

—Si Adrienne no está ahí, pienso hacerte tragar sal mezclada con agua bendita —le advirtió Samuel, malhumorado, aunque en realidad no estaba enfadado con la criatura, que por ahora había cumplido todo cuanto les había prometido. No, estaba cabreado consigo mismo por no haber sido capaz de encontrar a la mujer

misteriosa sin su ayuda, por no haber podido proteger a Alyssa y por no haber sabido estar ahí para Elías.

Leticia giró el volante y la caravana tomó el desvío hacia una estrecha calzada que no tardó en convertirse en una de las calles del pueblo. Las casitas de color beige y tejados azules eran tan idílicas que Samuel no pudo evitar pensar en esos anuncios de familias felices y sonrientes con un golden retriever esperando en la puerta. La decoración navideña solo exageraba la sensación de que estaban en mitad de un set de rodaje, demasiado perfecto para ser real. Las casitas se distribuían alrededor de un hermoso lago y en torno a una colina. En lo alto, un castillo de ensueño relucía bajo los rayos del sol invernal, con sus grandes torreones acabados en punta.

Leticia dio un bote en el asiento del conductor.

—¡Espera! Yo conozco este lugar, salía en la serie de Merlín. ¿Camelot está en Francia? Eso sí que no me lo esperaba. —De pronto, la profesional detective se esfumó y en su lugar había una niña que descubría que sus padres la iban a llevar de verdad a Disneyland y no al dentista.

—¿En serio, una agente de la Guardia enganchada a una serie cutre de magos y brujas?

—No es cutre, es una obra de culto y, además, si hubieses visto los vestidos de Morgana Le Fay lo entenderías —suspiró—. Creo que fue mi despertar amoroso.

Samuel frunció el ceño.

—¿Morgana Le Fay, en serio? ¿No sale tu hermano con una hechicera del clan Yeats? ¿Qué os pasa en tu familia con las brujas, es una especie de fetiche?

Leticia resopló, incrédula.

—Disculpa, pero ¿me recuerdas a qué se dedica tu novia?

Samuel se aclaró la garganta.

—Es académica, ya sabes, investigadora.

—¿Investigadora?, ¿de qué?

—Emmm…, se doctoró en antropología especializada en chamanismo y animismo —dijo con la boca pequeña, lo más bajo que pudo.

Leticia sonrió, divertida.

—Ya, pues dile a tu novia bruja que, si algún día se harta de ti, me llame. —Le dio unas palmaditas en el hombro.

Lo peor de todo es que Samuel comprendía por qué cualquier bruja podría fijarse en Leticia. Desprendía una determinación que advertía al mundo que, si se le cruzaba algo entre ceja y ceja, jamás la detendrían hasta que llegase al fondo del asunto. Él también llegaría tan lejos como hiciese falta por los suyos, así que puede que ese incordio de agente y él tuviesen más en común que sus gustos románticos.

El pintoresco pueblecito era tan pequeño que en solo unos minutos lo cruzaron por completo. Leticia encontró un hueco para aparcar la caravana y le quitaron la mordaza a la banshee para evitar atraer la atención de algún revelado, pero Leticia se negó a liberarla de las esposas y Samuel no podría haber estado más de acuerdo.

—Está cerca de aquí, la presencia de tu diosa es asfixiante —masculló, mirando a Samuel.

Caminaron por un escueto sendero de arena y piedras hasta llegar a la entrada de una casa apartada, la última del pueblo. En lugar de tejas azuladas o grisáceas como las que predominaban en el centro, un color anaranjado la hacía destacar, como si pretendiese llevar la contraria. Tenía dos pisos y una planta rectangular sencilla.

—La casa naranja, parece que hemos llegado —anunció Leticia, pero ninguno de los dos dio un paso hacia delante—. Y también parece que el timbre no se va a tocar solo. ¿Por qué no llamas, Samuel?

—¿Tengo que ser yo? —protestó, un poco más afectado de lo que le hubiese gustado. Quería sonar desganado, como si no le apeteciese,

pero su tono de voz le delató. Ninguno de los dos quería ser el primero en entrar en esa casa en la que moraba la Muerte, en mirar a los ojos a Adrienne sabiendo que la cuenta atrás de su vida llegaba a los números rojos.

—¿Queréis que lo haga yo? —se burló la banshee.

Al final lo afrontaron juntos. Caminaron hacia la puerta y Samuel pulsó el botón del timbre mientras Leticia daba tres golpes secos en la puerta.

Les recibió una mujer de mediana edad y aspecto vital.

—¿Sí? ¿Qué buscan? —preguntó la mujer en francés, sin demasiado interés, como si diese por hecho que se habían equivocado de puerta. Samuel se fijo en que la mujer llevaba un guante de jardinería en una de sus manos y olía a tierra fresca.

—Buscamos a Adrienne… Gabrielle —se corrigió al recordar el nombre en la cubierta del libro.

La mujer enarcó las cejas, suspicaz.

—¿De qué la conocéis?

Sospechó que, si decía algo así como que eran sobrinos lejanos, la mujer les respondería con vehemencia que Gabrielle no tenía ningún sobrino y les cerraría la puerta en las narices.

—Ehm…, nosotros…

—¡Déjales que pasen! —gritó una voz en la distancia—. A esta vieja aburrida no le vendrá mal una distracción.

La mujer sonrió, aunque Samuel podía notar el recelo latente. La tensión en sus brazos advertía: «Molestad a mi empleadora y os cortaré el pescuezo con mis tijeras de podar».

—Adelante.

Les condujo hasta un sencillo salón, decorado con figuritas de porcelana, que representaban a bailarinas, tapetes de punto blanco

y jarrones repletos de flores frescas. Podría ser la sala de estar de cualquier señora mayor de Europa. Incluso el olor le recordó a su abuela materna.

Notó como Leticia le daba un leve golpe con el codo.

—Mira —susurró, señalando hacia una de las paredes.

Aunque el estilo y el trazo del pintor podrían haberse confundido con el de cualquier otro, el rostro de la mujer que aparecía en ellos resultaba inconfundible a pesar del paso de los años. Allí estaba Adrienne, retratada una y otra vez, como una niña de mejillas sonrojadas, una jovencita entre la infancia y la edad adulta, una radiante mujer soltera, la misma mujer posando con un niño pequeño sobre el regazo y otro chiquillo más mayor de pie junto a ella. Pese a su escandaloso matrimonio con un extranjero, había encontrado la forma de reconciliarse con su familia, al menos el tiempo suficiente para posar.

Una voz, con una cadencia que mostraba un humor sutil pero abundante, les hizo notar su falta de sutileza.

—Gasté todo el dinero que gané con mi libro en comprar esta casa y esos cuadros, pero los cuadros fueron mucho más caros.

En un lateral de la estancia, detenida junto a la ventana, había una anciana mujer que se erguía tan recta como se lo permitía su edad. Ese porte orgulloso delataba una vida elegante en la que mantener una buena presencia era fundamental, una prioridad. Samuel se preguntó si eso se debía a los rígidos modales que aprendió en su primera vida. Llevaba un conjunto beige con un chal de color salmón que le cubría los hombros. Los años la habían encogido, pero aun así seguía siendo alta y esbelta. Adrienne se giró hacia ellos y una sonrisa amable iluminó su rostro recubierto de líneas y arrugas.

—¿No te parece que el primero que dijo que las mujeres pierden la belleza con la edad —susurró Leticia— era un gili…?

—Señora Astiers —la interrumpió Samuel. Aunque fuese en otro idioma, decir una palabrota delante de una señora tan mayor y tan

distinguida le pareció un despropósito—. Mi compañera y yo…

—Por favor, llamadme Adrienne. Todo el mundo piensa que soy una viejecita demente cuando se lo pido, pero a estas alturas me importa más oír mi nombre tanto como pueda en esta vida. Además, creo que vosotros lo entenderéis. —Parecía divertida.

—Lo sabe —susurró Leticia—. ¿Cómo sabe quiénes somos?

—No sé demasiado sobre la magia —dijo con un perfecto español, herencia de alguna de sus vidas—, pero he aprendido a distinguir su presencia. Gracias por el cumplido, por cierto. Yo también creo que quien dijo eso estaba muy equivocado, aunque no soy muy imparcial. Esta es la tercera vez que soy una anciana. —Se rio—. ¿Qué es lo que os ha traído aquí?

Leticia y Samuel se miraron, sin saber por dónde empezar. La agente de la Guardia abrió su discreto bolso y sacó un libro de su interior. Avanzó hacia la anciana y lo depositó en la mesita frente a ella.

—Tiene razón, Adrienne. Sabemos que lo que escribió es cierto, que es la historia de su vida, de una de sus vidas. Y sabemos que deseaba reencontrarse con Madeleine más que nada en el mundo.

Leticia apoyó su mano sobre los arrugados y encogidos dedos de la anciana, que no había renunciado a llevar las uñas pintadas de un discreto tono rosado.

—Me temo que no traéis buenas noticias, ¿verdad? —La voz de la mujer no vaciló, pero sí se volvió melancólica—. Si lo fuesen, no os andaríais con pies de plomo. —Extendió una mano hacia el sofá melocotón que había junto a ella—. Por favor, poneos cómodos.

Ambos obedecieron y aguardaron a que la que parecía ser el ama de llaves dispusiese ante ellos un café y unas cuantas pastas.

—¿Y bien? —La mujer sonrió tras dar el primer sorbo a una tacita con flores pintadas a mano.

Cuando Samuel y Leticia acabaron de explicar los verdaderos motivos que los llevaban al apartado y tranquilo pueblo, Adrienne

se limitó a mirar por la ventana, en silencio. Como era una de las casas más alejadas, casi todo lo que se veía más allá del jardín era campo, bosques frondosos de hoja perenne que invitaban a perderse en su interior.

—Así que sabéis dónde está Mads y, a pesar de ello, queréis que renuncie a reencontrarme con la persona que llevo tres vidas buscando. —Su tranquilidad hacía que no pareciese enfadada, pero era difícil discernir qué estaba ocurriendo en su interior—. Debéis de ser muy osados o vuestra causa debe de importaros mucho.

—Solo sería por ahora, hasta que encontremos y detengamos a Judith —explicó Samuel—. Después de eso, los primeros interesados en hacer que se cumpla la promesa y que desaparezca la Victoria seremos nosotros.

—¿Paciencia es lo que esperas de mí? Los ancianos no podemos permitirnos ese lujo, joven; algún día lo comprenderás.

—Yo mismo la llevaré junto a ella cuando esto acabe —dijo Samuel. «Si sigue viva», le reprendió la voz de su conciencia.

—Comprendemos que le estamos pidiendo un gran sacrificio, pero el poder de vuestro vínculo sería demasiado peligroso en las manos equivocadas. Os ayudaremos a cumplir vuestra promesa cuando la situación esté bajo control —aseguró Leticia.

Samuel se removió en su asiento. Sabía que la agente creía en lo que decía, que haría todo lo que estuviese en su mano por ayudarla, pero la posibilidad de que muriese antes de reunirse con Madeleine era innegable.

La mujer inspiró hondo y apretó con fuerza las manos sobre el bastón.

—Si algo he aprendido, es que hay muy pocas cosas en la vida que puedan llegar a estar «bajo control», como tú dices, joven. Necesito pensarlo.

Leticia asintió con la cabeza.

—Lo comprendemos.

—Podéis esperar en el cuarto de invitados, Valerie os llevará hasta allí. ¡Valerie! —llamó a la empleada con voz firme pero amable, como si se dirigiese a una hija—. ¿Podrías acompañar a nuestros invitados al cuarto de arriba?

Valerie arrugó el labio superior, suspicaz, pero asintió con la cabeza. Samuel no pudo echarle en cara su desconfianza, él tampoco habría recibido con los brazos abiertos a desconocidos que apareciesen de la nada en casa de su anciano padre con extrañas motivaciones.

Leticia y Samuel siguieron a la mujer hasta las escaleras y a su vez Vivien, cuya presencia ninguna de las dos corrientes podía distinguir, les siguió. Seguía atada por las esposas embrujadas de la agente y por el hilo de sombras con el que Samuel la mantenía cerca. Valerie les condujo hasta una habitación de tamaño generoso, una especie de biblioteca personal con un sillón enorme junto a la ventana.

La puerta se cerró tras ellos y Leticia liberó toda la tensión de golpe, dejándose caer en el sillón. Samuel estaba demasiado nervioso como para sentarse. Leticia miró al techo en silencio durante un par de minutos antes de volver a hablar:

—Odio decir esto, pero, si intenta encontrar a Madeleine, tendremos que detenerla.

—Solo sabe que está en París y es muy anciana, no creo que debamos preocuparnos salvo por nuestra propia conciencia. Nosotros sí podríamos cumplir con su deseo y, en cambio, hemos venido a asegurarnos de que nadie lo haga en nuestro lugar.

—¿Crees que me hice agente para esto? Tendría que estar en la ciudad, deteniendo a traficantes de criaturas mágicas o a hechiceros corruptos, pero en lugar de eso estoy haciendo de niñera de una banshee e intentando convencer a una anciana para que renuncie al mayor deseo de su vida. Ni siquiera me pagan tanto… ¿Vas a echarte atrás? —preguntó, y Samuel negó con la cabeza.

—Es solo que no estoy acostumbrado a sentirme… impotente —admitió con pudor.

—A mí también me repatea no poder hacer nada más, pero tenemos que asegurarnos de que Judith y su buena amiga banshee no hagan de las suyas, ¿verdad, Vivien? —Leticia se giró hacia el ser espectral, que permanecía inmóvil junto a una de las estanterías como si no quisiese que nadie la mirara—. ¿Vivien?

La banshee no respondió y la expresión de Leticia se transformó en una de alerta. No solo es que se hubiese negado a hablarles, eso ya lo había hecho en otras ocasiones, es que no se movía un ápice, ni siquiera pestañeaba. Leticia se puso en pie y caminó hacia la banshee con cautela, se detuvo unos segundos frente a ella y extendió su mano para tocarle la cara. Sus dedos la atravesaron como si fuese aire.

—Es una impronta, ha dejado aquí una impronta de su cuerpo y se ha marchado. —Dio media vuelta hacia Samuel—. Tenemos que encontrarla antes de que…

Fueron demasiado lentos. Lo que pretendían prevenir ya estaba sucediendo. El suelo tembló bajo sus pies cuando el sonido estruendoso de una explosión sacudió la casa entera.

Capítulo 25

La nieve continuaba cayendo constante a su alrededor. Si seguía nevando sin cesar, al amanecer los parisinos se encontrarían un manto de nieve cubriendo cada recoveco de la ciudad a modo de buenos días. El antiguo Elías se habría pasado todo el camino preocupado por lo peligroso que era conducir por una autopista en mitad de una nevada, pero considerando que literalmente avanzaban en busca de la Muerte, quedaban pocas cosas capaces de inquietarle.

La banshee se había convertido en su guía, describía en la mente de Judith la ruta que debían seguir. «Tendrían que haberle vendado los ojos», se dijo Elías, que a veces olvidaba que ya no estaba en el mismo bando que su hermano. Sin ningún esfuerzo, Judith había empleado la magia de su anillo para abrir la puerta de un coche elegido al azar y entró en el asiento del copiloto con la misma naturalidad que si robase automóviles tres veces al día.

—¿Alguien sabe conducir? —preguntó—. Nunca tuve tiempo de aprender las normas de circulación.

—¿Estabas ocupada planeando cómo vengarte de tu hermano? —preguntó Beathan mientras se acomodaba en el asiento trasero.

—Sí. ¿Qué se siente al saber que ahora formas parte de uno de mis planes malvados? Ay, es verdad, las hadas no sentís gran cosa con esos corazones de piedra, error mío por preguntar —respondió con fingida aflicción.

Sofía asumió el papel de conductora y se sentó frente al volante, que agarró con fuerza quizás para tener un lugar donde desviar toda la tensión. Saltaba a la vista lo incómoda que estaba.

—¿Podéis dejar eso para luego? Es posible que os esté conduciendo a una muerte segura en lugar de impedíroslo, no quiero que lo último que hagamos sea discutir.

Judith se cruzó de brazos malhumorada y Beathan desvió la mirada a la ventanilla. Elías prefirió guardar silencio y sentarse en el asiento del medio, entre el hada y Madeleine. «El lado positivo es que, en caso de accidente, este es el asiento más seguro y su ocupante es el viajero con más probabilidades de sobrevivir», se dijo porque algunos hábitos no desaparecían tan fácilmente.

Sofía condujo durante cerca de media hora siguiendo las indicaciones de Judith, que cada poco cerraba los ojos y fruncía el ceño para recibir la información en su mente.

—Ya han llegado —les informó—. Están en una casa de un pueblo llamado Pierrefonds.

Madeleine echó todo su cuerpo hacia delante al oír aquello, tanto como se lo permitió el cinturón de seguridad.

—¿Adrienne está allí de verdad? ¿No es un error ni una broma?

—Vivien nunca se equivoca.

Sofía tomó el desvío de la autopista hacia Pierrefonds y Madeleine comenzó a removerse en su asiento, jugueteando con los anillos multicolores en sus dedos. Elías extendió la mano hacia ella, reposándola sobre su rodilla. Podía reconocer en Madeleine la mezcla de emociones contrapuestas: ilusión y expectación luchando contra el miedo y la culpa. La esperanza que crecía enredada con la posibilidad de una brutal decepción como dos rosas entrelazadas. Madeleine alzó la vista hacia él y agradeció el contacto con una frágil sonrisa. Era extraño que fuese él quien reconfortaba los miedos de otra persona.

Ya iba a asegurarle que estaría a su lado pasara lo que pasase cuando el coche dio un brusco frenazo.

Elías sintió el empujó del cinturón de seguridad contra su pecho y cómo el estómago le daba un vuelco. Dio gracias porque ya no estuviesen en la autopista, sino en la calzada que conducía al pueblo.

—¿Qué ocurre? —preguntó, pero un torbellino de sombras en mitad

de la carretera respondió por Sofía.

—Tenías que haber acelerado en lugar de frenar —reprochó Judith cuando las sombras se disiparon y Engels apareció tras ellas.

Elías negó con la cabeza.

—Las sombras nos habrían golpeado y habría sido igual que si impactásemos contra un camión de varias tonel… Ah, ya lo sabes, claro, era una forma de hablar.

—Esto no estaba en mi visión —admitió Sofía—. Pero supongo que aquí es donde empieza todo. Ya no podemos pararlo.

—Sigamos con el plan y todo irá bien. —Judith se bajó del coche sin pensárselo dos veces. El resto la imitó, salvo Madeleine, que cruzó sobre el cambio de marchas para ocupar el asiento de Sofía.

—Nos vemos en el castillo.

Elías inspiró hondo al comprender que era su turno. Sabían que en algún momento tendrían que separarse y que, cuando lo hiciesen, sería entre la confusión y el caos. Deseó por enésima vez que Marcos hubiese estado a su lado. Conocía aquel hechizo porque se lo había visto utilizar a él, pero no sabía si sería capaz de sacarlo adelante.

No había tiempo para dudar, Engels avanzaba hacia ellos por la carretera con las dos esferas de cristal en las manos, listo para invocar a los espectros.

—Ohm sezbian an shele moh na.

Las sombras escucharon sus súplicas y palpitaron al notar que recurría a ellas. La oscuridad brotó del suelo, alzando la nieve por doquier, y dos estelas de sombras comenzaron a bailar en torno a ellos, rebotando y multiplicándose en diez direcciones distintas cada vez que impactaban contra una superficie hasta que hubo millares de centellas moviéndose alrededor. Eran tan solo una ilusión, oscuridad inocua pensada para entretener y no para luchar, pero Engels no podía saberlo; se cubrió con sus propias sombras para defenderse y ellos aprovecharon el barullo para dispersarse.

Elías echó a correr hacia el bosque, sin dejar de mirar atrás para asegurarse de que Engels actuaba tal y como esperaban. «Buena suerte», dijo en su interior con el vano deseo de que sus compañeros pudieran oírle, aunque habían desafiado al destino de una forma tan descarada que dudaba que el azar fuera a ponerse de su parte.

Tenía que ser agradable vivir en una casa tan bonita como esa, se dijo Vivien mientras bajaba las escaleras. No porque te atase un juramento o un conjuro, sino porque te apetecía, porque disfrutabas despertándote cada mañana con el canto de los pájaros y sintiendo la hierba bajo tus pies. Muchos humanos soñaban con un lugar así, uno al que pudiesen llamar propio, pero nadie que mirase de cerca a Vivien podría dejar pasar el hecho de que no era humana. Ella nunca había tenido tiempo para soñar con casitas pintorescas. No estaba segura de que pudiese soñar siquiera, pero el hormigueo que recorría su cuerpo y la sonrisa que apenas lograba contener tenía que parecerse mucho a lo que un corriente experimentaba en una entrega de llaves.

«Judith, ya está cerca. La Victoria está cerca».

Se deslizó por el salón sin hacer ruido alguno y se detuvo cerca de la mujer, pero lo suficiente lejos para no sobresaltarla. Al presentir a alguien a su lado, Adrienne ladeó la cabeza poco a poco y abrió los ojos de par en par al distinguir a Vivien.

—¿Qué eres tú? —preguntó con un vago temblor en la voz.

—Sabía que podrías verme sin distracciones de por medio —dijo Vivien. La percepción de muchos corrientes se ampliaba cuando su final estaba cerca y la frontera entre vida y muerte, material y espectral se diluía igual que les sucedía al sentir terror.

—¿Eres…, eres la muerte? —preguntó. Procuró mostrarse serena y orgullosa, tanto que a Vivien casi le dio la risa. Sonrió.

—Aún no, no hace falta que intentes impresionarme siendo valiente. No seré yo quien te juzgue por tener miedo.

—Sí…, te creo. He muerto tres veces y es la primera vez que te veo, así que no puedes ser ella. ¿Qué haces aquí, entonces?

A Vivien le hubiese gustado poder ponerse cómoda, sentarse junto a la chimenea y enredar poco a poco la hermosa mariposa en su red de araña, pero no tenían tiempo. En pocos minutos, esos condenados mortales se percatarían de que su impronta no era real. Ser capaz de dejar un rastro de tu esencia e imagen tras de ti era útil, pero no lo suficiente. En cuanto la mirasen dos veces, sabrían que se había escabullido.

Era una suerte que apenas reparasen en su presencia. Vivien se había asegurado de no darles motivos para ello en los últimos días.

—Verás, Adrienne, esos dos —señaló hacia arriba— te están engañando. Les da igual si te reúnes o no con Madeleine o si conseguís romper o no esta maldición que os obliga a volver a empezar una y otra vez.

—¿Y tú vas a ayudarme? —La mujer le lanzó una severa mirada—. Ni siquiera sé tu nombre, ¿por qué iba a confiar en ti? Los que te prometen soluciones fáciles y rápidas rara vez son gente honrada.

Vivien sonrió de nuevo.

—Es cierto, no soy honrada, pero las dos queremos lo mismo. Me llamo Vivien, soy una banshee, ¿sabes lo que significa eso? —La mujer aguardó en silencio—. Sé el segundo exacto de tu muerte y sé que no falta mucho.

La mujer sacudió la cabeza y dio dos golpecitos en la moqueta con su bastón.

—Venís aquí con extrañas promesas y peticiones a irrumpir la paz de una pobre vieja.

—Sé dónde está Madeleine y, al contrario que ellos, yo sí quiero que la encuentres. ¿No basta con eso?

La anciana alzó la vista hacia ella y Vivien reconoció el apremio que contenían sus ojos. Había visto esa llama encendiéndose muchas veces. Era la actitud de alguien que mira a la muerte a los

ojos y le dice: «Espera un poco más, aún tengo una última cosa que hacer».

—Demuéstralo —pidió la mujer.

Vivien alzó las manos y le mostró las esposas que ataban sus manos.

—Lo haré en cuanto me libre de esto, pero antes voy a necesitar que salgas de la casa por si las moscas.

Por extraña que sonase la petición, la esperanza de reencontrarse con su vieja amiga fue suficiente para convencerla. Vivien se inclinó para ayudarla a levantarse, pero Adrienne hizo un aspaviento; no necesitaba su apoyo o, más bien, no lo quería.

Antes de abandonar el salón, la mujer se detuvo unos segundos ante los retratos, como si se estuviese despidiendo. Por un instante, pareció que la joven del cuadro le devolvía una sonrisa sosegada. Qué peculiares eran los humanos, se dijo Vivien, después de siglos observándolos seguían sorprendiéndola. Se pasaban la vida huyendo de sí mismos y, aun así, nunca podían evitar echar la vista atrás.

Adrienne siguió caminando con pasos cortos y la ayuda de su bastón hasta que por fin la dejó a solas en el salón. Lo que se disponía a hacer alertaría a sus rivales, así que debía darse prisa. Cerró los ojos y llamó a Judith. «Estamos de camino —pensó con todas sus fuerzas—, necesito que me prestes tu magia».

Pudo sentir la conciencia de Judith despertando al otro lado de su vínculo. A modo de respuesta, una luz rojiza comenzó a chispear entre las manos de Vivien. Judith le había entregado su magia de sangre unos segundos. «Gracias». Entreabrió los labios e invocó el poder de su voz, pero en esta ocasión, en lugar de dejar que invadiese todo el espacio, hizo que las vibraciones golpeasen un único punto. El fino hilo de voz podría haber cortado en dos un diamante, pero en lugar de eso, al unirse con las chispas de Judith sobre la superficie de las esposas, provocó un estruendo.

Samuel se cayó de bruces contra el suelo y Leticia apenas logró mantener el equilibrio apoyándose contra la pared. Ninguno de los dos necesitó preguntar qué había provocado el temblor. Intercambiaron una fugaz mirada y echaron a correr escaleras abajo. Se cruzaron por el camino con Valerie, que corría con una regadera en la mano a toda velocidad hacia el salón llamando a Adrienne. Cuando llegaron al foco de la explosión, la mujer se lanzó a apagar uno de los pequeños incendios que se habían propagado por la estancia. La liberación de energía debía de haber provocado las chispas. Samuel buscó por todos los rincones, pero no había rastro de Adrienne ni de la banshee. Leticia se apresuró a tomar a Valerie por los hombros para que retrocediese y la mujer empezó a toser por culpa del humo.

—Es inútil, tenemos que marcharnos —le dijo en español, pero la mujer pareció comprender lo que le pedía más allá de sus palabras.

Salieron de la casa y Samuel se detuvo para echar un último vistazo a la habitación. Los pequeños fuegos se habían convertido en llamaradas que lo devoraban todo a una escalofriante velocidad: los muebles, las paredes y también los retratos de Adrienne. La pintura se deformaba y derretía por el calor mientras las lenguas de fuego consumían los lienzos.

—¡Nigromante! ¡Date prisa!

Podría haber usado su magia, invocado a las sombras para que apagasen el incendio, pero nadie iba a volver a vivir allí. Dentro de poco no tendría dueño, así que ¿qué más daba si ardían hasta los cimientos? No sería una pérdida para nadie. Adrienne se desvanecería, dejando tras de sí un libro que nadie creía cierto y un montón de cenizas.

Asintió con la cabeza y siguió a la agente hasta el exterior, donde tuvieron el tiempo justo de ver cómo la autocaravana se alejaba a toda velocidad y dando bandazos por las calles del pueblo.

—Genial, un espectro acaba de robar una propiedad de la Guardia española en mitad de una nevada. ¡Maravilloso! Para nada negligente —maldijo Leticia mientras le daba una patada a una piedra—. «Bien hecho, Fonseca».

—Las alcanzaremos —dijo Samuel, que confiaba demasiado en sus propias aptitudes como para desesperarse tan pronto.

Invocó a sus sombras y un remolino de oscuridad se formó en el cielo y descendió veloz hacia ellos.

—¡Hay una corriente delante! —protestó Leticia, pero enseguida comprobó que Valerie estaba demasiado ocupada llamando a los bomberos y mirando con espanto cómo el fuego avanzaba inclemente. De hecho, ninguno de los vecinos que se acercaban, curiosos y preocupados porque el incendio se pudiese extender por el pueblo, parecía haber reparado en su presencia.

—Démonos prisa —instó Samuel, que extendió el brazo hacia ella. Leticia lo miró con una mueca asqueada cuando comprendió lo que pretendía—. A mí me apetece tan poco como a ti.

—Eso lo dudo.

Leticia dejó que la envolviese con el brazo y se agarró a su espalda con fuerza.

—Rodéame con la otra mano —le indicó, y pudo ver cómo Leticia ponía los ojos en blanco—. ¿Prefieres soltarte por accidente y caer a toda velocidad desde cien metros de altura antes que abrazarte a mí?

Leticia resopló con un sonido que le recordó al de un toro enfurecido.

—Digas lo que digas, estoy segura de que estás disfrutando de ser el héroe de turno rescatando a la damisela en apuros. —Le rodeó con el brazo y apretó tanto que le cortó la respiración—. De acuerdo, Superman, vamos a salvar al mundo.

La espiral de sombra descendió hacia ellos, rodeándoles hasta envolverles por completo.

Capítulo 26

Engels estaba harto de jugar al gato y al ratón con esa maldita corriente. La semana que le habían concedido se acercaba a su fin, más le valía acelerar la venganza.

—¡Ríndete de una vez! ¡Ni siquiera a tus amigos les importas! —gritó sin dejar de correr tras Judith, que amenazaba con convertirse en un borrón entre la nieve blanca. Llevaba un abrigo tras cuya capucha intentaba esconder su deforme rostro de piedra—. ¡Te han abandonado, engendro! —insistió, pero por supuesto ella no dejó de correr a través de la carretera desierta—. ¡Se acabó la partida, Judith Vega!

Invocó a sus dos espectros con la esperanza de no tener que recurrir al tercer colgante esa noche. El pequeño Timmy se apareció frente Judith, haciendo que se detuviese en seco, y la mujer sin nombre la sorprendió por la espalda. Intentó abrirse paso por uno de los laterales que quedaban libres entre ambos, pero resbaló sobre la nieve, que empezaba a compactarse por el frío, y cayó de bruces contra el suelo.

—¡Sin tu flauta y tu condenado gato no sirves de gran cosa! —Caminó hacia ella, que permanecía tumbada sobre el asfalto—. Pensé que te esforzarías más. Incluso te había preparado una sorpresa especial, supongo que me preocupé demasiado.

Se agachó para agarrarla por la sudadera y, cuando la giró hacia él, comprobó que la capucha no ocultaba su deformidad, sino un rostro totalmente distinto.

—¡Tú! —exclamó, sintiéndose insultado al ver los mechones teñidos de azul surgir cuando cayó la capucha.

Tendría que haberse dado cuenta, era mucho más baja que Judith y su cuerpo más voluminoso, pero el abrigo y la nieve, entremezclados con su furia, se habían encargado de disimular las diferencias entre ambas.

Buscó su daga, escondida dentro de su chaqueta, y la desenfundó con un movimiento rápido, dispuesto a despachar el asunto antes de que la bruja recurriese a sus extraños poderes. No fue lo bastante rápido. La daga resbaló de su mano y se llevó la mano al pecho al sentir que le faltaba el aire. El vacío era tan hondo como la desesperación que traía con él. Podía oír cada uno de sus pensamientos como si no le perteneciesen, pero no sentía nada. Era peor que estar muerto, porque sabía lo que le estaba pasando. Estaba hueco, perdido.

Gritó de dolor cuando alguien agarró su mano y la apartó de Sofía doblándola hacia atrás con un chasquido.

—Vuelve a tocarla y te arranco la mano —dijo la auténtica Judith junto a él, vestida con un peto vaquero demasiado corto para ella y un abrigo de plumas que no le pegaba nada.

Fue entonces cuando vio la figura, de pie tras ella, y no pudo contener una carcajada. Un hada. Así que así le habían engañado dos veces. Su arma secreta era una condenada hada. Ahora que comprendía lo que le estaba sucediendo, reunió de cada recoveco de su alma todos los rastros que pudo encontrar de su rabia y desdén, recordó todas y cada una de las humillaciones que había sufrido, las burlas de sus compañeros en el internado, la mirada de superioridad de las mujeres que le habían rechazado al comprobar que su fortuna y su estilo de vida eran una farsa, cada una de las veces en que su padre les había prometido que no volvería a apostar, recurrió al dolor como si fuese un mantra y a su odio como a un sacramento.

La intensidad de sus emociones fue suficiente para abrumar al hada durante un momento, el tiempo necesario para que Engels pudiese recurrir a la última esfera.

—Tendríais que haber dejado que os matase, pero ahora ya no seré caballeroso con vosotras.

La esfera se abrió de par en par y de su interior brotó la oscuridad.

Vivien había conducido antes, pero siempre en espacios abiertos donde no había ningún obstáculo a la vista. Abrirse paso a través de las callejuelas y cuestas de Pierrefonds estaba siendo una labor más abrupta. Miraba continuamente por el retrovisor para comprobar si los nigromantes la seguían y cada vez que lo hacía sentía cómo las ruedas subían por el bordillo de las aceras.

Inclinó la cabeza para ver cuánto les quedaba para llegar al castillo en lo alto de la colina. Judith le había indicado que era allí donde debían encontrarse y, aunque no le dio más explicaciones, la banshee confiaba ciegamente en ella.

Creyó que sería sencillo, aunque tuviese que apañárselas para conducir una caravana, pero en mitad del trayecto las ruedas se enquistaron, haciendo que el vehículo se detuviese de golpe. Vivien pisó el acelerador, pero solo logró que las ruedas profiriesen un chillido muy parecido al suyo.

Sin dar explicaciones a la anciana, que miraba de un lado a otro confusa, Vivien bajó de la caravana de un salto y se dispuso a comprobar por qué no podía acelerar. Encogió su ceño en una mueca de desdén y frustración. Lo que estaba bloqueando las ruedas era una densa red de sombras. Se asomó tras el vehículo en busca de nigromantes, pero los muy cobardes se escondían bien. En ese tramo de la calzada, las casas habían desaparecido, solo quedaban árboles desnudos a su alrededor y pequeños muros que contenían los brazos de tierra que bordeaban el camino hacia el castillo.

—¡Vamos! —exclamó mientras abría la puerta del copiloto e instaba a la anciana a que bajase de la caravana. Tuvo que ayudarla para que no perdiese el equilibrio—. El castillo está cerca, podemos llegar andando.

Su optimismo no duró demasiado. Apenas habían comenzado a subir la colina cuando un halcón revoloteó sobre su cabeza antes de precipitarse contra ella. Vivien tuvo que tirarse al suelo para esquivar la sombra.

—¡Dad la cara, nigromantes cobardes! —les desafió a la vez que se ponía en pie.

Los dos hechiceros cumplieron sus deseos. «Los Baena». Resopló al verlos.

Judith había temido que toda la familia se sumase a su persecución, así que se había encargado de investigarles a fondo. Rubén Baena era el mayor y, aunque según su currículum fuese un contable y administrativo, se defendía lo bastante bien con las sombras para ser un incordio. Se colocó unas delgadas gafas sin montura sobre los ojos mientras la observaba desde lo alto del camino. Si Rubén vestía como si fuese a empezar su turno de la oficina en cualquier momento, Ismael Baena parecía recién llegado de una versión oscura de Ibiza, con su pelo suelto y aclarado por el sol veraniego dándole un aire de surfista despreocupado. Era a él a quien pertenecía el condenado halcón.

Quiso gritar hasta dejarlos sordos, pero dudaba que la anciana pudiese sobrevivir a uno de sus bramidos. La banshee miró hacia atrás en busca de una huida alternativa y descubrió que un remolino de sombras se aproximaba a ella. La oscuridad se disipó y sus dos captores aparecieron al otro lado.

—¡Déjala ir, criatura! —exclamó Samuel con aire de héroe al rescate, demasiado satisfecho consigo mismo para percatarse de que nadie le había llamado pidiendo auxilio.

—Ni por un instante se te ha ocurrido que ella haya elegido venir conmigo, ¿no es cierto? —Se interpuso entre Samuel y la anciana.

—¿Sabe Adrienne que pretendes utilizarla? —protestó el hombre mientras Leticia permanecía tras él con un gesto consternado.

—No más que vosotros. Al menos, si viene conmigo, ella también conseguirá lo que quiere. ¿Qué le ofreces tú?

—No creo que sea buena idea luchar aquí —le susurró Leticia a Samuel, pero una banshee podía escucharlo todo—. ¿Y si herimos a Adrienne?

La tensión en el ambiente les conectaba los unos a los otros como una red de hilos invisibles, tan densa y palpable que parecía haber una cuenta atrás sobre sus cabezas lista para estallar en cualquier

momento. Vivien preparó sus cuerdas vocales. Leticia sostenía su pistola apuntando hacia la banshee, sin duda cargada con una bala de hierro y sal, y las sombras crepitaban sobre la piel de los nigromantes. El más mínimo suspiro podría desencadenar una batalla a vida o muerte. Entonces, en mitad del silencio, se oyó una voz pidiéndoles que se detuviesen y Elías Baena apareció entre los árboles marchitos.

Elías caminaba a través de la nevada y del bosque sin la menor idea de hacia dónde iba, pero no se sentía perdido. No importaba la dirección en la que avanzase, porque acabaría llegando al mismo lugar. Era una sensación extraña, muy diferente a la continua incertidumbre que le oprimía el corazón. Por mucho que hubiesen intentado eludir el castillo de piedra blanquecina que desaparecía entre las nubes bajas y la bruma, siempre acababan llegando a él en las visiones de Sofía. Dejó que sus pasos siguiesen la ruta que más natural le resultaba, más preocupado por no tropezar con las ramas que la nieve comenzaba a cubrir que por el rumbo.

Al cabo de un rato abriéndose paso entre los árboles sin hojas, presintió el poder de las sombras alzándose cerca. Aceleró hasta que acabó corriendo. Según las visiones de Sofía, Engels estaría ocupado intentando darles caza, así que las sombras tenían que pertenecer a otra persona.

Se detuvo en seco cuando el bosque terminó bruscamente al llegar a la linde de un camino. Allí le aguardaba una escena dantesca: la caravana, repleta de arañazos que habría jurado que antes no estaban allí, tenía las puertas abiertas de par en par y, a unos pasos de ella, Samuel y Leticia amenazaban a la banshee. La criatura se interponía entre ellos y una anciana de aspecto frágil pero elegante. Adrienne.

Todos los cabos sueltos de la historia empezaban a entrelazarse.

Tampoco se sorprendió al distinguir las figuras de sus dos hermanos mayores al otro lado de la carretera, que aparecieron en las visiones de Sofía al cabo de varias decisiones y planes. Así que era cierto, Samuel había pedido refuerzos. Toda su familia estaba implicada en

la búsqueda de las Victorias, pero él se encontraba en el bando opuesto. Si se hubiese parado a pensarlo, se habría quedado paralizado, pero no se podía permitir ese lujo. Bastaba con que uno solo de ellos recurriese a sus poderes para desatar una catástrofe.

—¡Parad! —gritó a pleno pulmón pese a que aún no habían hecho nada.

Todas las miradas se tornaron hacia él, y en el momento en que sus ojos se cruzaron con los de Adrienne, sintió como su cuerpo quedaba atrás y su mente se transportaba. En lo que para los demás fue un solo segundo, Elías experimentó una decena de escenas que le sobrecogieron a través de los ojos de Madeleine.

Se despidió de su mejor amiga en una estación de tren a rebosar. En realidad, de la que consideraba su alma gemela, aunque esa fuese una categoría que solía reservarse a los amantes. Sostuvo sus manos con tanta fuerza que más tarde le dolerían los brazos mientras el revisor daba el último aviso a los pasajeros y su prometido observaba la escena junto al vagón. Adrienne había guardado todas sus pertenencias en un par de baúles y Madeleine se sentía como uno de esos vestidos viejos y demasiado usados que había dejado atrás, los que eran demasiado coloridos y atrevidos para una mujer casada.

—Escríbeme. Y recuerda nuestra promesa.

—Volveremos a encontrarnos en París.

La escena se volvió difusa como el humo que emanaba de los trenes que partían de la Gare du Nord. Esta vez Madeleine se sentía más perdida y más sola que nunca, aunque su hermano estuviese a unos pasos de ella. Elías se dio cuenta de que el recuerdo pertenecía a su segunda vida, cuando aún no comprendía qué le estaba sucediendo. Le suplicaba a su hermano que no la mandase lejos, que se esforzaría por ser normal, que nadie tendría por qué saberlo.

—No puedes ser normal, has nacido defectuosa, ¿no lo entiendes? Lo único que podemos hacer por ti es evitar que te hagas daño.

Un instante después, Madeleine estaba a solas en una buhardilla parisina, rodeada de humedades y goteras a las que ya se había

acostumbrado. Los esperaba en silencio mientras cargaba una pistola que guardaba debajo de su colchón por si llegaba ese día. Llevaba meses escribiendo y difundiendo panfletos antifascistas sin que lo supiesen; sin embargo, el día en que le entregó su pasaporte a una muchacha judía unos cuantos años más joven que ella, pero con la que tenía un parecido convincente, supo que era cuestión de tiempo que viniesen a buscarla. Colocó el cañón del arma contra su sien. Las duras pisadas de las botas de la Gestapo sonaban cada vez más cerca y ella siguió esperando, quería que lo último que viese en esa vida fuese el rostro de sus enemigos para no olvidar nunca los horrores de aquellos años y contra quién debía luchar. Cuando la puerta se abrió y al otro lado aparecieron los nazis, Madeleine apretó el gatillo.

Se le encogió el corazón al comprender que Madeleine le estaba mostrando las despedidas que la habían marcado. Puede que su alma temiese que otro adiós estuviese aproximándose irremediablemente.

Elías abrió los ojos, abrumado por la intensa luz que la nieve reflejaba. ¿Cómo una noche de invierno podía ser tan resplandeciente? Si no hubiese escuchado la voz de Samuel llamándole, habría creído que era él quien ya estaba muerto, pero no, no se había ido a ningún sitio. Seguía allí, en el bosque que cercaba Pierrefonds, y su hermano le sostenía entre los brazos.

—Estoy bien, solo ha sido un sueño. Varios, mejor dicho.

Samuel se llevó la mano al pecho con alivio y le ayudó a incorporarse.

—Bendita sea la Muerte, creí que te habían herido.

Elías negó con la cabeza. A su alrededor, la situación seguía siendo la misma. Recordó por qué había ido allí. El papel que le habían asignado dentro de aquella función mal ensayada.

—Vivien…, tienes que dejarla ir.

El gesto de Samuel se ensombreció.

—Sospechaba que podías haber acudido a Judith, pero no quería creerlo.

—Tengo que recuperarle, tengo que hacerlo —dijo, y la desesperación en su voz le sorprendió incluso a él—. Si no le traigo de vuelta, me arrepentiré toda la vida, me arrepentiré incluso después de mi muerte.

Los recuerdos de Madeleine le habían sobrecogido: al cabo de varias vidas, el dolor de aquella despedida y la culpa de esa promesa que no cumplió seguían siendo tan intensos como el día en que se infligió la herida.

—No nos corresponde a nosotros decidir sobre la vida y la muerte —le recordó su hermano.

Él también había dicho algo parecido, y la respuesta que Judith le había dado resonó en su mente: «Pero si ya lo estáis haciendo». Por fin comprendió la fuerza de su desdén y su rabia. Tratar de hacer que un nigromante de la Hermandad te entendiese era tan efectivo como negociar con una tetera sobre una llama para que no hirviese el agua.

—Juzgaste mal a Marcos: creías que me corrompería, pero dio su vida por protegerme. ¿Y si la hemos juzgado mal a ella durante todo este tiempo? ¿Y si solo se ha convertido en lo que queríamos ver en ella?

—Elías, entiendo que estés trastornado por lo que ha pasado, pero…

—¡No estoy trastornado, estoy desesperado! ¿No harías tú lo mismo por Alyssa? —Vio un instante de duda asomando a la mirada de su hermano y decidió aprovecharlo—. Hay un tipo ahí fuera mucho más peligroso que Judith, y ella —señaló a Vivien— puede ayudarnos. Solo te pido que me escuches. Por una vez, escúchame. —Sacó el reloj dorado del bolsillo de su abrigo y se lo mostró, notó la conmoción de Adrienne al reconocer el preciado objeto—. Escúchame y, si no te convenzo, puedes quedarte con esto.

Capítulo 27

Las visiones de Sofía no le habían permitido apreciar la magnitud del terror que inspiraba el ser que Engels había invocado. En cuanto el invocador abrió la última esfera, supo qué tenían que hacer aunque no lo hubiese augurado.

—Corred.

Sus compañeros no se detuvieron a cuestionarla o pedirle explicaciones. Apenas habían comenzado a huir cuando una espada curva voló sobre sus cabezas antes de volver a manos de su legítimo dueño. Sofía se atrevió a echar un vistazo. Un fornido cuerpo de hombre, de un tono negro absoluto, y una cabeza de chacal sin una pizca de carne, piel ni cartílago, solo hueso.

Si no se hubiesen separado, Elías podría haberle hablado sobre ese ser durante horas. Había leído mucho sobre aquellos espíritus ancestrales que los historiadores corrientes confundieron con deidades, hasta el punto de que incluso a día de hoy se les conocía como semidioses. Elías le habría contado cómo milenios atrás, cuando la fuerza de la magia, tanto de vida como de muerte, era mucho más poderosa y abundante que en los tiempos modernos, los primeros hechiceros organizados como una hermandad, los nigromantes del antiguo Egipto, habían jugado con fuerzas muy oscuras como si se tratasen de mascotas o de sirvientes. Creyeron que podrían someterles sin dificultad, ataron sus poderes infinitos a objetos materiales, como la espada de Anubis que portaba el ser que les daba caza, y les obligaron a luchar sus guerras, espiar y aniquilar a sus enemigos. También a quienes dudasen de ellos.

Sin embargo, a medida que se sucedían las masacres, conflictos y hambrunas, el poder de la magia empezó a debilitarse y nunca había dejado de hacerlo. Llegó el fatídico momento en que los espíritus fueron más fuertes que sus captores y emplearon en su contra el poder de las armas que crearon. Lo que seguía no era una historia agradable de narrar. Se cobraron su venganza con creces.

Desde entonces, solo unos cuantos locos o necios se habían atrevido a invocar a los espíritus animales, y uno de ellos les observaba en la distancia con una sonrisa complacida al ver cómo su siervo les acechaba.

Judith intentó detenerle lanzando rayos, pero no surtían efecto en el semidiós, que paraba cada una de las descargas escarlatas con solo alzar su espada con forma de una primitiva guadaña. Al ver que sus poderes no funcionarían siguiendo el método convencional, Judith optó por emplearlos de otra manera. A Sofía se le encogió el corazón de pena al ser testigo de cómo esta vez los rayos se desviaban hacia los árboles. Los acribilló hasta que se precipitaron los unos sobre los otros, cerrando el camino que les separaba de sus perseguidores. La espada del hombre chacal se clavó en uno de los troncos durante su recorrido hacia Sofía. Intentó no pensar en qué habría sucedido si Judith hubiese hecho caer el tronco un segundo más tarde.

—Gracias —dijo. Por mucho que lo sintiese por los árboles, prefería seguir con vida.

—Dámelas si llegamos al amanecer —respondió ella sin detenerse —. Espero que ese cerebrito de Baena cumpla su parte.

El castillo apareció ante ellos, aún más imponente de lo que Sofía esperaba. Salvo en uno de sus laterales, estaba rodeado por las casitas del pueblo. Debía de ser curioso vivir justo enfrente de un castillo medieval, despertarte cada mañana como si fueras un viajero en el tiempo, pero en ese instante lo que el castillo representaba para Sofía era su única posibilidad de salvación y también una condena asegurada.

A medida que se acercaban al que había sido escenario de un centenar de desenlaces fatales en sus visiones, también lo hacía el coche negro que habían robado, su último recurso para huir de allí sin un hechicero de su lado. Madeleine se bajó del coche y se detuvo junto al capó, aguardando impaciente a que llegasen a su altura junto a la entrada al castillo. Sofía estaba convencida de que no llegarían a tiempo; aun así, corrió tan rápido como pudo hacia el vehículo. Vio por el rabillo del ojo cómo una figura se alzaba en el cielo, una mancha negra contra la blancura. El hombre chacal se

alzó en el aire para aterrizar ante ellos, pero en lugar de atacarles, lanzó su espada contra el coche con tal fuerza que lo cortó en dos pedazos. Madeleine se apartó con un grito y el suelo comenzó a arder, una llama negruzca sobre la nieve, allí donde la espada había rozado la tierra antes de retornar a las manos de su dueño.

—¿De verdad creíais que podíais escapar tan fácilmente? —se burló Engels, que caminaba por la nieve hacia ellos.

Judith la tomó de la mano y la hizo seguir corriendo. Beathan resistió el impulso de plantarle cara y las siguió. Tal y como esperaban, el castillo era el único lugar al que podían huir. Engels les estaba conduciendo con sus espectros como al rebaño que debe volver a su redil, salvo porque en esta ocasión lo que les esperaba era el matadero.

—Lo siento, si hubiese dejado el coche en otro lugar… —se disculpó Madeleine cuando llegaron a su altura.

—Olvídate de eso —le respondió Judith mientras la empujaba para hacerla correr. Tras ellos avanzaba el semidiós y a cada lado del castillo aguardaba uno de los dos espectros.

—¡Solo la quiero a ella! No tenéis por qué morir todos esta noche —gritó Engels mientras ellos se apresuraban a cruzar el puente que conducía al patio del castillo.

Sofía pensó que, cuando presentías la energía imparable del hombre chacal avanzando tras de ti con paso firme y a grandes zancadas, la oferta empezaba a sonar tentadora, pero ninguno de los presentes había llegado tan lejos como para convertirse en un traidor. Atravesaron los arcos de piedra que bordeaban el puente y llegaron a un patio medieval. En una de las esquinas del patio de piedra, arropado por grandes ventanales, había una escalinata que se apresuraron a subir. Judith empleó su magia para abrir todos los candados y cerraduras que se encontraban y después los volvió a cerrar, a pesar de que no serviría de mucho. Los cuatro recorrieron los desiertos pasillos y llegaron hasta una sala de elevados techos, recubierta por madera y decorada con estandartes. No se oían pasos tras ellos ni movimientos en las sombras que revelasen que alguien les seguía, pero ninguno era tan necio como para creer que les

habían despistado tan fácilmente.

—¿Cuánto crees que queda para que se cumpla tu visión? —preguntó Judith.

—Llegarán a tiempo —le aseguró Sofía, porque lo que le preocupaba era lo que sucedería después.

Justo cuando su corazón recuperó un ritmo normal, los dos espectros atravesaron los enormes muros de piedra como si estuviesen hechos de agua. Le asustó tanto ver a ese niño rebosante de ira abalanzarse hacia ella que gritó con todas sus fuerzas.

—¡Quieto! —exclamó Beathan, desviando su ira lo suficiente para aturdirle.

Sofía se apartó de su trayectoria y vio cómo el espectro se movía en zigzag hasta atravesar la pared de madera hacia las entrañas del castillo.

—¿Estás bien? —preguntó el hada, examinándola con atención. Se suponía que los habitantes de Sidhe tenían el corazón congelado, quizás por eso ver que su preocupación era real y casi tan intensa como la suya la sobrecogió. Asintió con la cabeza.

Junto a ellos, Judith se las apañaba como podía para contener al espectro de la mujer sin nombre, que salió despedido por los aires cuando su rival reunió tanta magia de sangre que su anillo se resquebrajó con un chasquido.

—Justo ahora no —maldijo en un murmullo.

Las puertas que acababan de cruzar se abrieron de par en par y el hombre chacal apareció al otro lado. «¿Es que no pueden darnos ni un suspiro?». Comprendió entonces hasta qué punto Engels era un cobarde. Les estaba desgastando poco a poco para asegurarse de que, cuando por fin les plantase cara sin esconderse tras sus siervos, estarían tan extenuados que no podrían defenderse.

Siguieron corriendo a través del castillo hasta que sus pasos les condujeron a una escalera de espiral. «Ya estamos cerca». Cuando la angosta escalera llegó a su fin, se encontraron en lo alto de una de

las torres, donde solo el muro dentado de piedra les protegía de una caída fatal.

—Lo he olvidado —dijo Judith al reconocer el lugar que les había descrito—. ¿Quién de nosotros dices que moría el primero?

Sofía sintió una mano sobre su hombro y el influjo tranquilizador de la presencia de Beathan. Asintió con la cabeza, agradecida. De todas las posibles versiones del futuro que había visto, solo había una en la que conseguían bajar de esa torre, y no tenía ni la menor idea de qué sucedería después.

—Llegarán a tiempo —insistió, aunque tenía más fe en sus amigos que en su don como pitia.

Presintió un movimiento bajo sus pies y saltó tan lejos como pudo. Gritó al ver que una cabeza se asomaba a través de la roca, elevándose como si el suelo de roca fuese un mero espejismo. Los espectros les rodeaban de nuevo, bloqueando sus salidas.

Desde lo alto de la torre veían el pueblo extendiéndose a sus pies, las casas cuyos habitantes no alcanzaban a sospechar el duelo mágico que se producía en su pequeño rincón del mundo, pero también se extendía ante ellos un hermoso bosque teñido de blanco por la nieve. Con aquel escenario de fondo, la silueta de Engels se alzó envuelta en sombras que le transportaron en el aire con gracilidad, como si no pesara nada. A su lado, las sombras acompañaban al hombre chacal.

Antes de que Beathan pudiese absorber su ira, Engels ordenó a las sombras que le envolviesen el cuerpo a modo de sogas que le inmovilizaron, haciéndole caer contra la piedra. Sofía corrió a su lado e intentó arrancar las sombras, pero cada vez que las rozaba se deshacían entre sus dedos como humo solo para volverse sólidas de nuevo. Los dos espectros les rodearon y Sofía comprobó impotente cómo Judith se quedaba sola ante el peligro cuando el ser aterrizó sobre los muros de piedra.

Su anillo resquebrajado no duraría demasiado frente al poder del espíritu ancestral. El hombre chacal alzó su espada curva igual que haría un verdugo y Sofía apartó la mirada cuando la dejó caer. En

lugar del impacto, lo que oyó fue la risa de Judith.

—Siento haber dudado de tu talento, no lo volveré a hacer. —Sofía abrió los ojos.

A solo unos centímetros del cuello de Judith, un halcón de sombras había interceptado la espada y batía sus alas con vigor.

—¿Quieres morir, tarada? ¡Apártate de ahí! —dijo un hombre con una alborotada melena que le llegaba por los hombros. Él y otro nigromante acababan de subir las escaleras que conducían a la torre, y junto a ellos…

—¡Elías! —lo llamó Sofía, intercalando la gratitud y la súplica en su voz.

Elías corrió a su lado para ayudarla a apartar las sombras del cuerpo de Beathan, y Engels no dio muestras de sentirse intimidado al verse superado en número, solo aburrido.

—Nuestro mundo es pequeño, pero jamás he oído hablar de vosotros. Debéis de ser insignificantes.

—Es preferible ser anónimo que famoso por esconderte detrás de tus espectros —le acusó uno de los dos hombres, el que llevaba gafas y un traje elegante—. ¿No te atreves a luchar cara a cara? Somos insignificantes, ¿qué es lo que te preocupa?

—Te equivocas, hermanito —se burló el nigromante de la melena —. No es famoso por cobarde, sino por dejar la cuenta sin pagar en los hoteles.

El último comentario, pronunciado entre risas, sí trastocó a Engels, aunque no lo bastante para que cometiese un error.

—Tenemos que marcharnos —susurró Elías, agachado junto a Sofía.

Sus dos hermanos se encararon con el nigromante, pero el semidiós logró deshacerse del halcón y siguió avanzando hacia Judith. Aunque Elías estuviese en lo cierto, Sofía no podía moverse, no hasta que no comprobase que su plan había funcionado.

Un chillido insoportable les hizo doblarse sobre sí mismos, sesgando la tensión y el peligro. Por primera vez, Sofía sintió alivio ante aquel bramido. Engels no logró mantener la concentración y las sombras que le sostenían en el aire se desvanecieron. Habría caído al vacío si no se hubiese agarrado al muro de la torre en el último momento.

—Me voy a quedar con las ganas de pisarle los dedos —dijo Judith cuando el grito se detuvo y Engels ordenó al semidiós que le protegiese.

—Samuel y Leticia os están esperando —indicó Rubén, aunque solo miraba a su hermano pequeño—. Nosotros le contendremos, marchaos.

Le llevó unos segundos, pero Elías acabó por asentir y juntos descendieron las escaleras de la torre tan rápido como pudieron. Lo habían conseguido, habían superado la encrucijada.

Ahora avanzaban hacia lo desconocido. El don de Sofía ya no podría ayudarles y no les quedaban ases bajo la manga.

Elías sabía que sus hermanos no podrían darles demasiado tiempo antes de que Engels retomase la persecución, así que corrieron sin mirar atrás a través del patio del castillo y rezó a la diosa Muerte para que se mantuviese alejada de su familia. Cuando cruzaron el puente levadizo, Samuel, Leticia y Vivien, a quien la agente no quitaba ojo de encima, les esperaban al otro lado, pero al verles Judith se detuvo, recelosa, en mitad del puente.

—El plan era liberar a Vivien, ¿por qué sigue pareciéndome una prisionera?

Elías balbuceó. Había logrado convencer a su hermano de que Judith no merecía morir en manos de un hechicero corrupto como Engels, pero seguía defendiendo que debía responder por sus crímenes. Lo que Samuel pretendía era transportarles lejos de allí en un remolino de sombras y asegurarse de que Judith no consiguiese los dones de la muerte. Elías se conformó con salvarle la vida el

tiempo suficiente para pensar qué hacer a continuación.

Judith comprendió la situación rápidamente y lanzó un relámpago escarlata a modo de aviso.

—¡Te lo advertí! —exclamó su hermano, a diez metros de distancia —. Solo le importa su propio poder.

Elías estaba preparado para interponerse, pero no fue él quien dio el paso adelante entre los dos bandos.

—¿Puede ser real? —preguntó Madeleine, avanzando hacia la anciana que se apoyaba sobre Leticia—. Adrienne, ¿eres tú de verdad?

Por un segundo, Elías pensó que Madeleine iba a quedarse paralizada, pero extendió los brazos de par en par y envolvió entre ellos a su vieja amiga, que dejó caer su bastón para estrecharla con fuerza.

—Lo siento —sollozó Madeleine—. Lo siento tanto…

Adrienne le acarició la cabeza y la melena ondulada con sus manos temblorosas y, de pronto, Madeleine no pareció más que una niña agotada y arrepentida, incapaz de contener los sollozos.

—No sabía lo que hacía, fui una necia, la peor amiga que puede haber.

—Mads, mi apasionada y rebelde Mads… Debe de haber sido un tormento creer durante todos estos años que fue culpa tuya.

—Lo fue, lo fue. No estuve aquí para ti. Creí que nunca volverías y me marché. Me fui tan lejos como pude de París y una parte de mí estuvo orgullosa porque así no era una tonta que cumplía una promesa para nada. Fui una arrogante, una tonta.

—Dejé de responder tus cartas —confesó Adrienne tras limpiar las lágrimas de las mejillas de Madeleine, aunque sus ojos también estuviesen húmedos—. Le eché la culpa al mal tiempo, al servicio postal, a las exigencias de los ensayos y de la maternidad…, pero lo cierto es que dejé de responder porque me aterraba verte feliz y no

formar parte de ello. Fui una cobarde.

Adrienne se alejó de su amiga para sostenerle las manos y observarla en su totalidad. Elías se preguntó si al mirarse la una a la otra verían a esas chicas que se despedían en el andén de una estación como si no hubiese transcurrido ni un segundo.

Elías creyó que todos estarían observando la escena, conmovidos igual que él mientras las dos mujeres lloraban y se abrazaban, pero Judith le devolvió a la realidad dándole un tirón.

—Deprisa, el reloj.

Elías metió la mano en el fondo del bolsillo en su búsqueda, pero el metal ardía tanto que no fue capaz de sostenerlo.

—Elías, no lo hagas —le rogó su hermano.

—¡Espera! —exclamó Madeleine—. Espera…

Su amiga le dirigió una mirada interrogativa.

—¿Sabes lo que esto significa?

Adrienne asintió.

—Esa extraña muchacha me lo ha explicado por el camino. —Señaló a la banshee—. Tú y yo ya nos hemos encontrado, pero estos jóvenes también quieren volver a ver a alguien.

Elías miró a Judith, sorprendido, y ella apartó la vista, azorada. Vivien era su fiel mensajera y no había hablado de poder, de justicia ni de ninguno de sus ambiciosos planes, sino de recuperar a quien habían perdido. De cuánto echaban de menos a Marcos.

Madeleine y Adrienne permanecieron en silencio, comunicándose mentalmente de esa forma que solo quienes conocen hasta el último recoveco del otro pueden emplear. Madeleine estrechó la mano que su amiga tenía libre con fuerza.

—¿Estás segura? —preguntó Madeleine por fin—. Yo soy joven, tengo toda la vida por delante, pero tú…

Si Judith sellaba el vínculo y les devolvía el fragmento de alma perdido para ofrecer el suyo propio, dejarían de reencarnarse, volverían a ser mortales y la próxima vez que la Muerte acudiese a ellas no sería en la forma de una visita de cortesía, sino de un billete de ida.

—He vivido cuanto se puede vivir, he cumplido mis sueños, he bailado y viajado, he sido madre y esposa. Sé que no es lo que tu llamarías una vida ideal, pero yo fui inmensamente feliz. Lo único que me faltaba eras tú. Sostenerte la mano una vez más y preguntarte cómo te ha ido era lo único que necesitaba hacer antes de irme.

Madeleine dejó de llorar, sobrecogida por la valentía de aquellas palabras, pero sobre todo por el amor infinito que nunca dejaron de sentir la una por la otra.

—Adrienne…

—¡Apartaos! —exclamó de pronto la voz de Judith. Se lanzó sobre ambas mujeres, alejándolas de la trayectoria de las piedras de uno de los torreones, que impactaron contra el suelo haciéndolo temblar —. Gracias a vuestro condenado sentimentalismo se nos ha acabado el tiempo —maldijo Judith con la vista en alto.

El semidiós descendía en el aire, envuelto en sombras. Cargaba un bulto entre sus brazos. El corazón de Elías dio un vuelco cuando se acercó lo suficiente para distinguir qué era.

—No… —Sofía se llevó las manos al pecho, paralizada. Sus visiones no la habían preparado para enfrentarse a la realidad.

El hombre chacal aterrizó en el suelo, con el cuerpo inconsciente de Beathan reposando sobre sus brazos. Elías rogó de nuevo a su implacable diosa por que sus hermanos estuviesen a salvo.

—Devuélveselo a sus amigos, no lo queremos para nada —ordenó Engels a su sirviente, que apareció junto al puente levadizo. Saltaba a la vista que se esforzaba para no entrecortar su voz y había tenido que bajar las escaleras a pie en lugar de usar sus sombras. Engels también empezaba a cansarse.

El semidiós arrojó el cuerpo hacia ellos sin ningún miramiento. Elías extendió la mano hacia Sofía para detenerla cuando vio que empezaba a correr hacia Beathan, pero se contuvo en el último instante. Nadie habría podido detenerle si se hubiese tratado de Marcos.

En lugar de eso, invocó sus sombras para que estuviesen atentas, preparadas para protegerla a ella o a quien hiciese falta. Sabía que no era rival para el poder de Engels, pero no se iba a rendir. A su lado, Judith también se preparó para luchar.

Engels alzó las manos hasta su colgante y desenganchó las dos esferas, sosteniendo cada una en una mano. En vez de soltar a los espíritus como en otras ocasiones, arrojó ambas esferas contra el suelo, lo que hizo que el cristal se rompiese y liberase finas columnas de humo blanquecino con un olor ácido. Quería asegurarse de que los espíritus no se replegaban, que no habría obstáculos que retuvieran su poder, aunque tuviese que renunciar a su control. Iba a atacarles con todo lo que tenía.

—¡Alto en nombre de la Guardia! ¡Alto o disparo! —exclamó Leticia, pero Engels no le prestó ninguna atención. Sus disparos tampoco sirvieron de nada, el semidiós era demasiado poderoso para que un poco de sal surtiese efecto alguno en él.

Madeleine y Adrienne permanecían abrazadas tras los hechiceros.

—Tenemos que hacerlo ya —dijo Judith a su lado—. Vivien podrá contener a los espectros con sus gritos un rato, detestan cualquier cosa que les recuerde a la muerte.

Elías vaciló por un instante. Si Judith se hacía con los dones de la muerte, tendría poder de sobra para salvarles a todos, pero seguía sin estar seguro de hasta qué punto podía confiar en ella. Su talento para juzgar a las personas había demostrado ser pésimo. Samuel lo miró en la distancia, negando con la cabeza un instante antes de que los espectros se abalanzasen sobre ellos. El tigre de sombras de Samuel se interpuso y los obligó a retroceder. Por muy talentoso que fuese, él tampoco resistiría para siempre.

—De acuerdo.

—Ve con ellas, ahora te alcanzo. —Judith lanzó una descarga de rayos escarlatas que envolvió la guadaña del semidiós el tiempo suficiente para que Elías pudiera reunirse con las dos corrientes. La banshee se había unido también a su línea de defensa. Al parecer, Leticia le había devuelto sus garras de hueso y las empleaba para hostigar a los espectros con los arcos de energía que formaban sus gritos.

Elías corrió y se refugió al amparo de Leticia y sus armas antimagia, que formaba su última línea de defensa.

—Pienso pedir un aumento de sueldo en cuanto vuelva a Madrid —masculló para sí misma, protegiéndose tras la puerta de la caravana con su arma en alto.

—No tenemos mucho tiempo, ¿estáis preparadas? —preguntó Elías casi sin aliento, aunque en realidad lo que quería decir era: ¿estáis seguras?

Madeleine y Adrienne, que no se habían soltado la una a la otra, asintieron. Elías apenas pudo sostenerles la mirada. Había pasado el suficiente en la piel de Madeleine para saber que la idea de desprenderse de su amiga la estaba desgarrando. No parecía justo que volviesen a verse para tener que despedirse tan pronto.

Elías envolvió el reloj en un pañuelo para evitar quemarse y se lo tendió. Iba a advertirles que tuviesen cuidado y que estaba ardiendo, pero Madeleine pudo tocarlo sin problemas. Tan pronto como rozó su piel, comenzó a brillar con un destello cegador. Judith percibió la señal. Ahora solo tenía que averiguar la forma de llegar hasta ellos.

El reloj tembló entre las manos de Madeleine hasta que no pudo sostenerlo más y se alzó en el aire, sobre sus cabezas, iluminando el castillo y el bosque con la intensidad del sol.

Incluso los espectros parecieron detenerse para contemplar la fuerza con la que resplandecía el vínculo entre ambas mujeres. Las décadas separadas no lo habían vuelto más débil, sino todo lo contrario. Judith alzó el frasco que contenía el elixir y comprobó que las esferas se agitaban con frenesí en su interior, como si ellas también

quisiesen reunirse con el vínculo.

El único que no se mostraba conmovido era Engels, que alzó la mano logrando que el semidiós le imitase. El ser elevó la espada sobre la cabeza de Judith.

—¡Judith! —intentó avisarla Elías, pero fue demasiado lento.

La guadaña ya caía sobre ella y la habría cortado en dos si una veloz estela de sombras no la hubiese apartado de su camino. El tigre se deshizo en el aire cuando el arma lo atravesó, cortándolo en dos justo después de salvarle la vida a Judith, que observaba a su salvador aún tendida en el suelo sin dar crédito a lo que acababa de suceder.

—Walter Engels, si no quieres seguir los pasos de tu tío, procura meterte con alguien de tu edad —le advirtió Samuel.

Engels apretó los puños y gruñó como si él mismo fuese una bestia.

—Tú y tu familia sois un auténtico incordio. Me he esforzado para no mataros a todos por una cuestión de caballerosidad entre nigromantes, pero ya que no valoráis los buenos modales, eso se acabó.

Samuel alzó una barrera de sombras entre él y su enemigo, listo para recibir lo que Engels tuviese preparado. Elías se debatía entre la admiración y el miedo. El semidiós acudió a la llamada, dando tiempo a Judith para incorporarse y seguir con el plan. Negó con la cabeza ante el error de su enemigo.

—Nunca os hartáis de subestimarme —protestó Judith al ver que el ser le daba la espalda.

Apretó el frasco de cristal y lo lanzó contra el suelo. Las esferas, los pequeños fragmentos de alma, revolotearon en el aire directas hacia el reloj. Aunque fuese una de las visiones más hermosas que Elías había contemplado, resplandecían con tanta fuerza que era imposible mirarlas directamente durante más de unos segundos. Tuvo que bajar la vista hasta que cruzaron a su lado, y fue cuando volvió a alzarla cuando lo vio. El semidiós acababa de cercenar las

barreras de Samuel. Leticia disparó, pero sus balas no surtieron ningún efecto. Sin nada que se interpusiese entre él y el ser ancestral, la guadaña descendió sobre Samuel y se clavó en su hombro.

—¡Samuel! —le llamó.

El nigromante gritó por el dolor, pero aun así no se rindió, luchó por envolver la guadaña con sus sombras y empujarlas con fuerza para que no pudiese clavarse más hondo en su piel.

Elías quiso correr hacia su hermano y ayudarle, pero cuando las esferas ascendieron lo suficiente para unirse al reloj, cumpliendo su promesa tras largas décadas, una luz cegadora lo invadió todo. El castillo, el pueblo, Engels, Samuel e incluso los bosques que les rodeaban desaparecieron y en su lugar surgió una nada infinita.

Elías no tuvo miedo porque ya había estado allí antes, en un sueño.

—¿Hemos muerto? —oyó farfullar a Sofía junto a él y le reconfortó saber que esta vez no había sido el único en acudir a la llamada de la Muerte.

Judith también estaba allí, encogida y alerta en busca de cualquier peligro. Elías quiso decirle que en ese lugar no había motivos para preocuparse, pero enmudeció al reconocer a la figura que avanzaba hacia ellos.

Su corazón se detuvo en seco al ver a Marcos, con su cabello castaño cayéndole sobre los ojos azules. Esos ojos que le miraban divertidos y amables a la vez para recordarle que todo iría bien y que casi nada era tan grave como pensaba. Pero no había luz ni alegría alguna en su mirada, ni rastro alguno de sus sonrisas socarronas. La decepción recorrió cada célula de su cuerpo y la inmensa alegría que le había invadido desapareció. Puede que quien les recibía en ese mundo tuviese el rostro de Marcos, puede que vistiese como él, que luciese los mismos tatuajes y que le mirase con los mismos iris, pero no era él. La última vez que la vio tenía la apariencia de su abuela, pero supuso que había encontrado un vehículo más apropiado. La Muerte adoptaba el rostro de la persona que más amabas de entre aquellas almas que le pertenecían. Era así

de traicionera.

La Muerte no lo miraba con cariño pese a hacerlo desde los ojos de Marcos, sino con esa eterna serenidad de lo inevitable.

—¿Papá? —Judith dio un paso adelante, incrédula—. ¡Papá! —Sus ojos se encendieron de pura felicidad y echó a correr hacia la Muerte; habría saltado a sus brazos si Elías no la hubiese sujetado para impedírselo—. ¿Qué haces? ¡Suéltame! ¿No ves que es mi padre? Ha venido a ayudarnos.

—¿Abuelo…? —murmuró Sofía—. Yo veo a mi abuelo, pero ¿por qué no lleva su cayado? El abuelo no puede caminar sin él.

Judith siguió tirando para deshacerse de Elías.

—¡No es él! ¡Estate quieta! Judith, no es él. Sé que lo parece, pero es un engaño.

Judith comprendió que era cierto. Esa alegría inocente, casi infantil, se esfumó y dio paso a su habitual desdén.

—Lo siento, sé cómo te sientes —dijo Elías, aunque las palabras a veces no sirviesen de gran cosa.

Creyó que Judith soltaría una maldición o que le apartaría a empujones, pero en lugar de eso dejó que siguiese sujetándola y lo miró. Era la segunda vez que veía la angustia en su semblante, la primera fue cuando la flauta se resquebrajó.

—¿A quién ves tú?

Elías tragó saliva. No tenía sentido mentirle.

—Creo que ya lo sabes.

Judith inspiró hondo, decidida a resolver su larga pugna con la Muerte de una vez por todas.

—¿Qué quieres de nosotros? —le preguntó a la diosa con aire insolente.

—Me parece que hemos muerto —insistió Sofía, pero la diosa negó con la cabeza.

—No he venido esta noche por vosotros, sino por ella. —Señaló hacia el frente y los tres se dieron la vuelta.

No estaban solos en el reino de la Muerte. En pie, en mitad de aquel paraje de blancura e infinita nada, había una joven de aspecto grácil y semblante noble, un rostro que Elías había visto mil veces en los sueños de Madeleine. Adrienne, con el aspecto que tenía cuando era una bailarina sin más ambición que la de poder seguir haciendo eso que tanto le gustaba. No parecía asustada, sino más bien aliviada, como si por fin hubiese llegado un momento que llevaba mucho tiempo esperando. Elías se preguntó a quién veía Adrienne al mirar a la Muerte, pero debía de ser una persona que la llenaba de valor. La Muerte extendió la mano hacia ella y Adrienne avanzó sin pensárselo dos veces.

—¡Un momento! —Judith se interpuso entre el espíritu de Adrienne y la Muerte—. Si has venido a buscarla a ella, ¿por qué nosotros tres estamos aquí?

La Muerte miró hacia arriba en silencio y los tres la imitaron. El reloj seguía florando sobre sus cabezas, esperando a que alguien lo reclamase.

—Quieres que consigamos las tres Victorias —masculló Elías para sí mismo, incrédulo. Estuvo a punto de echarse a reír al comprenderlo —. Era cierto, me has estado utilizando todo este tiempo.

Los sueños, ver a Hagne, a Madeleine, todo formaba parte de un plan de la misma Muerte para llevarlos hasta ahí.

—Lo siento, mi querido Elías, pero necesitaba a un guía que no ansiase poder para traer aquí a quienes sí lo hacen. —Alzó ambas manos hacia Sofía y Judith, cada una a un lado de Elías—. Vosotras habéis osado derrotarme en dos ocasiones.

—¿Las dos? —Judith miró hacia Sofía y se rio con acritud—. Claro… Primero fue la maldición de la estatua y después usaste la flauta, tendría que haber pensado en eso.

La joven se apresuró a negar con la cabeza.

—No, os lo juro, yo no quiero más poderes. Me sobran los que ya tengo. Solo quiero irme a casa.

—¿Ah, no? —Judith resopló—. Cuando la maldición te atacó por intentar devolver las obras de arte a Grecia, cuando despertaste a tu amiga de un coma, ¿no ansiabas poder para cambiar la realidad en esos momentos? Si no quieres reconocerlo, de acuerdo, yo lo haré. Yo sí quiero el poder de la Muerte —afirmó, encarándose a la diosa —. Y he venido a por él.

La Muerte mantuvo ambas manos en alto mientras el reloj empezaba a descender hacia ella. Se detuvo a la altura de su pecho, del pecho de Marcos, a la espera de que alguien lo reclamase como suyo.

—Espera —dijo Elías, ganándose una de las miradas de desprecio de Judith. Intentó ignorarla y se centró en la Muerte, aunque cada vez que reparaba en esos ojos azules se le revolviese el estómago—. ¿Por qué haces esto?

La Muerte sonrió.

—De vez en cuando, una diosa tiene que manifestarse ante sus fieles y demostrarles que se equivocan, que su forma de hacer las cosas ya no es la correcta. La magia es cada vez más débil; la vida, la muerte languidecen por vuestras malas decisiones. Si seguís así, acabaréis por destruirlo todo. Por eso el poder no debería continuar en unas pocas manos. Necesito nuevos fieles, nigromantes capaces de ver el mundo de otro modo. Agradeced que haya escogido a una de estas dos jóvenes a modo de enseñanza en lugar de un diluvio.

Judith se echó a reír y por un momento Elías pensó que la situación la había superado y que había perdido el juicio, pero enseguida recuperó su temple, más segura de sí misma que nunca.

—Es gracioso, llevo odiándote desde que era una niña por tus caprichos injustos y resulta que al final estábamos de acuerdo. No me creo lo que voy a decir, pero úsame. Yo cumpliré tus deseos, les diré a todos esos nigromantes condescendientes que se equivocan y

que la Muerte a la que le besan los pies está molesta con ellos. Será el mayor placer de mi vida.

A la Muerte ni le impresionó ni le alteró la arrogancia de Judith, tampoco su entrega.

—Cuando retornéis a vuestro mundo, debéis sellar un nuevo vínculo en el interior del reloj, uno que requiera más de una vida para cumplirlo. Debéis daros prisa; sin un alma que lo selle, su energía podría estallar y no tendréis otra oportunidad.

Judith inspiró hondo.

—Más de una vida. No sé si es un regalo o un castigo. —Miró a Adrienne, que aún permanecía en pie junto a ellos, aguardando el momento para macharse—. De acuerdo, yo me encargaré.

—¿Elías? —le llamó una voz a sus espaldas, provocándole un escalofrío. Si su sangre hubiese podido convertirse en escarcha, sin duda lo habría hecho.

Samuel había aparecido de pronto y permanecía de pie justo donde se encontraba el espíritu de Adrienne, aunque él parecía mucho más confuso y alterado que ella. El mundo que habían dejado atrás debía de haber seguido avanzando y Samuel había tenido que verse las caras con Engels a solas. «Está aquí por nuestra culpa, por intentar salvarnos». No podía permitirse perder a nadie más.

—¿Dónde estamos, quién…? Mamá… —Samuel miró hacia la Muerte y una enorme sonrisa ocupó su rostro—. ¡Mamá! —Se dispuso a correr hacia ella.

Por supuesto, claro que Samuel veía a su madre, ¿cuántos años se había pasado llorando por las noches, deseando abrazarla una vez más, anhelando su consejo en los momentos difíciles? ¿Había sido difícil para él ver a Elías en brazos de Mariam cada vez que surgía un problema? Y aun así, aunque sabía lo que significaba para él, Elías se interpuso en su camino.

—¡No es ella! ¡Samuel, es un truco! No es tu madre, es la Muerte. ¡Si vas con ella, no podrás volver! —Tuvo que forcejear con él, pero

Samuel estaba tan cegado por la emoción que acabó arrojándole al suelo. Fue Judith la que le hizo detenerse con una zancadilla muy bien ejecutada.

Samuel se precipitó al suelo cuan largo era con una maldición, y apenas le llevó un instante volver a ponerse en pie.

—¡No es tu madre! —gritó Elías, tan alto como pudo hasta el punto de que le doliesen las cuerdas vocales.

Su ímpetu logró que Samuel se detuviese unos segundos, pero no que desapareciese su determinación.

—¿Y qué? Donde está ella podré ver a mi madre.

Elías sintió cómo un amasijo de lágrimas se formaba en sus ojos. No podía dejarle, no podía marcharse sin más y abandonarle en un mundo tan complicado, en el que no sabía ni por dónde empezar a vivir.

—¿Qué hay de papá? ¿Qué pasa con él, y con Rubén e Ismael? ¿Qué pasa con Alyssa? —El nombre de la bruja le hizo vacilar—. ¿Y con… conmigo?

La culpa se asomó con timidez a los ojos de Samuel y Elías lo consideró un buen indicio, aunque para entonces su cara estuviese empapada de lágrimas y su nariz empezase a moquear.

—No debes tomarlo como algo personal, Elías. —La voz de la Muerte se alzó en el silencio—. Tu hermano no quiere abandonarte. Si el impulso que siente hacia mí es tan grande, es porque su alma está a punto de dejar atrás vuestro mundo.

—No —fue lo único que pudo decir—. De ninguna manera.

Había perdido a Marcos, no pensaba dejarle ir a él también. La Muerte iba a tener que dejar de coleccionar rostros de personas que le importaban.

—Elías… —dijo su hermano, apenado.

—No puedes irte, volveré e impediré que te hagan daño. No es

tarde. Estoy seguro de que aún no es tarde.

—Es demasiado poderoso para ti.

—Pero no para mí —dijo Judith—. Cuando tenga los dones de la muerte, traeré a tu hermano de vuelta, le resucitaré y listo, no es para tanto.

Samuel sonrió con amargura.

—No sabéis nada de historia, ¿verdad? ¿Qué enseñan a los jóvenes de hoy en día? Ese espíritu utiliza la espada de Anubis. Fue un regalo de la Muerte a sus primeros siervos, un lazo directo entre el más allá y cualquier alma. Si de verdad estoy muerto por su filo, no hay vuelta atrás.

—Pero no lo estás —dijo Elías, desesperado—. No lo estás. O no estarías aquí, ¿verdad? Significa que estás a punto de morir, pero aún no ha ocurrido. —Miró al falso Marcos en busca de un asentimiento, pero la Muerte ni confirmó ni desmintió sus sospechas.

—Lo impediremos —dijo Sofía, tomando su mano y apretándola

Judith gruñó, exasperada y habló con más irreverencia de lo habitual, rozando la grosería gratuita:

—¿Lo impedirás tú? ¿Y cómo lo piensas a hacer? ¿Le leerás a Engels el futuro hasta que se duerma de aburrimiento? Ninguno podéis hacer nada, tu magia es demasiado débil —miró a Elías— y tú eres vidente. La única lo bastante fuerte para salvarlo soy yo.

Elías quiso gritarle, preguntarle cómo podía decir esas cosas tan horribles, pero entonces la joven se echó a reír.

—Quieres mucho a tu hermano, ¿verdad? Yo también quiero mucho al mío, aunque no os lo creáis. Ah…, esto tiene que ser algún tipo de broma. ¿Una prueba? —Miró a la Muerte—. Llevo toda mi vida luchando para que llegue este momento. —La Muerte no respondió —. Sí, he dicho muchas veces que lo que quería era justicia, ¿y qué si no era del todo cierto? Sí, también quiero poder para mí, claro que lo quiero. Es fácil juzgar la ambición de otros cuando nunca has

echado en falta el poder, y eso solo sucede cuando alguien tiene de sobra o cuando las personas a su alrededor no abusan del suyo, no he tenido esa suerte.

Elías la miró incrédulo, ¿de qué demonios estaba hablando? Entonces Judith clavó sus felinos ojos en él y suspiró.

—Elías Baena…, ¿por qué tenías que aparecer en mi vida para complicarla? Te prefería cuando no eras más que otro nigromante mezquino y arrogante. ¿Por qué tienes que ser… una persona decente? Sofía, buenas noticias para ti. Creo que ha llegado tu momento. Hazme el favor de no vacilar como haces siempre.

Judith volvió a reírse ante la incredulidad de la muchacha.

—¿Quieres… que yo use la tercera Victoria?

—La que anhela el poder tiene que renunciar a él y la que no lo quiere, cargarlo sobre sus hombros. Hablan de las ironías de la vida, pero las ironías de la Muerte no se quedan cortas, ¿eh?

—¿Judith? —preguntó Elías, confuso—. ¿Vas a…, vas a renunciar a los dones de la muerte por mí?

—No le des tanta importancia. Sé lo que duele perder a un hermano y tú no te vas a quedar sin el tuyo, aunque sea un pretencioso y un incordio. —Tomó la mano de Sofía y los tres quedaron encadenados —. Estamos listas.

Adrienne alzó la voz lo suficiente para poder despedirse de ellos:

—Me habéis dado lo que más he deseado, nunca os estaré lo bastante agradecida. —Miró a Elías con una expresión dulce—. Tú la entiendes, lo he visto. Cuida de mi Madeleine, es demasiado sensible para un mundo como el nuestro, igual que tú. Cuídala y deja que te cuide. Seréis buenos amigos. —Se despidió con la mano mientras avanzaba hacia la Muerte—. No estéis tristes por mí. He vivido tres vidas. Hay mucha gente a la que tengo ganas de volver a ver. —La Muerte tomó su mano y Elías supo que la visión estaba a punto de concluir.

«No quiero volver —pensó, como cuando tenía que madrugar y

apenas había pegado ojo y remoloneaba para no tener que salir de la cama. Era la misma sensación—. Cinco minutos más».

Adrienne tenía razón. El mundo era un lugar hostil, pero era allí donde ocurrían todas las cosas, las malas y las buenas. Tenía que volver, aunque fuese tentador quedarse envuelto en la cama, incluso de eso se puede hartar uno.

El reloj comenzó a descender en ese aire etéreo y hueco, pero en lugar de acudir a Judith, se dejó caer sobre la mano de Sofía. Sofía estudió el fulgor que arropaban sus dedos como si no supiese qué hacer con él.

Miró a Judith, que asintió con la cabeza.

«No te vas a quedar sin tu hermano», le había dicho. Vio que se tocaba el anillo, justo antes de que el mundo blanquecino se desvaneciese, y por fin comprendió lo que pretendía hacer.

Capítulo 28

El reloj ardía sobre la palma de la mano de Sofía, pero no la quemaba. Su calor fue lo primero que sintió cuando el pueblo de Pierrefonds reapareció a su alrededor, seguido del aire helado de la noche, tan frío que dolía hasta respirarlo. Sofía seguía arrodillada junto a Beathan, rodeada por un denso manto de nieve. Observó los copos que caían y tuvo la sensación de que el mundo se movía a su alrededor a una velocidad ralentizada, como si aún no hubiese recuperado su ritmo habitual tras detenerse. Lo único que avanzaba con normalidad, o quizás acelerado, era el reloj que temblaba en su mano y chillaba tanto como una olla a presión. «Por favor, que no explote», rogó, no sabía a quién. La experiencia de estar frente a la diosa Muerte era suficiente para provocarle una crisis existencial a cualquiera.

Sofía miró tras de sí, y en un parpadeo, el tiempo volvió a fluir. Elías corría hacia su hermano, alzando sus sombras para protegerle, pero Sofía sabía que era tarde. El filo de la espada ya estaba clavado en su hombro, y habría continuado descendiendo sin piedad hacia su corazón si una potente descarga de luz roja no la hubiese frenado, empujando en la dirección opuesta mientras Judith gritaba del esfuerzo.

Esa era su señal. Judith había renunciado a los dones de la muerte y se los había entregado a ella. Apretó el reloj contra su pecho. «Hazme el favor de no vacilar», le había pedido Judith. Marcos, Samuel, Judith, Beathan, Elías, todos dependían de ella. Miró al hada, que a pesar del brutal impacto comenzaba a abrir los ojos.

—Sofía… —susurró—. ¿Qué es lo que te da tanto miedo?

Su cuerpo estaba destrozado. Por mucho que las hadas fuesen más resistentes y poderosas que un humano, la recuperación sería lenta y dolorosa, y aun así Beathan seguía preocupándose más por ella que por sí mismo. Contra el corazón de Sofía, el reloj vibraba y se agitaba, reclamando una promesa y un fragmento de alma que lo

alimentase.

—Sofía… —insistió Beathan, aún en el suelo, adormilado y débil por la fiebre—. ¿Qué sucede?

—No sé qué debo hacer —explicó, mostrándole el reloj.

El hada abrió los ojos de par en par al reconocer la magia que emanaba el objeto.

—Ya veo… Al contrario que yo, tú tienes un corazón. Úsalo.

—¡Sofía! ¡Hazlo ahora! —le gritó Judith.

Los relámpagos escarlatas comenzaban a parpadear, y cada vez que lo hacían, la espada se clavaba un poco más hondo en el pecho de Samuel. Si la magia de sangre se extinguía, todos sus esfuerzos habrían sido en balde. Elías intentaba atacar a Engels para distraerle, pero sus sombras y espectros le mantenían tan bien protegidos que al final era Elías el que tenía que defenderse.

Sofía levantó la tapa del reloj y vio que la inscripción de su interior se había desvanecido. Una promesa. ¿Qué podía prometer que asegurase que su alma volvería a la Tierra? No había nada que la atase con tanta fuerza al mundo. Podía jurar que no se rendiría hasta que concienciase a la humanidad sobre la importancia del medio ambiente o la justicia social, pero eso la obligaría a retornar durante siglos, puede que milenios.

—Déjame… Yo…, yo lo haré —dijo Beathan a su lado.

Sofía le miró y comprobó cómo sus manos estaban empapadas por un espeso líquido dorado que le recordó a la resina. «Es su sangre», comprendió. Sus dedos estaban dislocados y no dejaban de temblar. ¿Qué demonios le había hecho ese condenado invocador? Sofía se dio cuenta de que estaba llorando lágrimas de impotencia cuando las gotas alcanzaron su barbilla.

—Lo siento… Después de todo, no he podido vencer al destino —se disculpó el hada.

—Beathan…

—¡Daos prisa! —exclamó Judith—. ¡Elías, pronuncia el conjuro!

El nigromante estaba ocupado intentando protegerles, pero se detuvo para pronunciar el conjuro que Gustave Durant había empleado casi cien años atrás, el que les despojaría de un pedazo de su alma. Todos se estaban jugando la vida para que Sofía pudiese cumplir su misión, no podía seguir dudando.

La resina comenzó a brotar de los labios de Beathan ante el esfuerzo que requería hablar.

—Prometo que te buscaré. Y entonces…, entonces podrás enseñarme qué es eso que tanto os gusta del chocolate.

Sofía se aferró al reloj y tomó la mano de Bethan con cuidado para no ahondar sus heridas.

—Y yo prometo que te estaré esperando y tomaremos la mejor tarta de chocolate de Londres; no, mejor aún, brownies.

Sintió un dolor punzante, mucho más liviano de lo que esperaba tras las historias que Elías le había contado, y comprendió, al ver cómo una luz brotaba de su pecho, que Beathan estaba aliviando un sufrimiento que podría haberle hecho perder la conciencia. Del corazón de piedra del hada brotó una esfera, del mismo tono esmeralda que sus ojos. «Así que ¿ese es el color de su alma?» pensó, fascinada. Era lo más hermoso que había visto jamás. Durant había guardado las almas de Madeleine y Adrienne con esmero, pero sin nada que las contuviese, ambas esferas revolotearon, jugando la una con la otra hasta que se perdieron entre los copos de nieve. El vínculo estaba sellado y la promesa de reencontrarse quedó grabada en el reloj.

—Lo has hecho… Has conquistado las tres Victorias —susurró el hada justo antes cerrar los ojos.

—Solo porque tú nos has salvado a todos —sollozó Sofía como pudo, con el rostro empapado de lágrimas.

La vida eterna.

La resurrección.

La reencarnación.

Eran las tres formas de vencer a la Muerte, el modo de demostrar que uno merecía sus poderes. Los primeros textos que hablaban de aquel ritual habían sido traducidos muchas veces y su significado, retorcido hasta la extenuación. Donde se leía Victoria también podría haberse leído Regalo o incluso Maldición. Sofía no se sentía vencedora, pero había sido inmortal como el mármol, había traído de vuelta a su amiga de un lugar del que nadie podía volver, y había hecho una promesa capaz de atarla al mundo más allá de su fallecimiento. No había desafiado a la Muerte, solo se había dejado llevar por ella. Porque era la única forma de enfrentarse a lo inevitable sin perderse a uno mismo en el proceso.

Sintió el descomunal poder extendiéndose por cada fibra de su cuerpo e incluso empapando su alma, de cuya presencia en su interior no había sido consciente hasta hacía solo un segundo. Su intensidad era tal que temió estallar, pero poco a poco el poder se acomodó a los límites de su cuerpo. Gracias a él sería capaz de matar a placer y acabar así con todas las personas malvadas que hacían del mundo un lugar hostil para otros, conceder la vida eterna a sus seres queridos, reencarnarse una y otra vez para volver a experimentar la juventud en todo su esplendor. «Nadie debería tener tanto poder», fue lo que pensó al darse cuenta de todo lo que le permitiría hacer. Nadie, ni siquiera ella. Se consideraba una persona justa, pero era humana, y también se equivocaba a menudo. ¿Quién iba a impedir o a subsanar sus errores si se volvía todopoderosa?

Colocó sobre la nieve con delicadeza a Beathan, que había perdido la conciencia por el esfuerzo, y se puso en pie.

Podría exterminar a Engels con solo desearlo y todo aquello acabaría. Pero ¿quién era ella para decidir? «Solo soy una cría, ni siquiera tengo una cuenta corriente para adultos en el banco. ¿Cómo voy a ocupar el lugar de una diosa inmortal?». Solo había una cosa que quisiese hacer con todo ese poder.

—Marcos —susurró—. Condúcele de vuelta a casa, por favor. Hay muchas personas que le quieren esperándole —pidió, y casi pudo sentir cómo la Muerte asentía, obediente y también satisfecha.

Miró hacia sus compañeros: a Judith, que tenía el ceño fruncido por el esfuerzo y las piernas clavadas en la tierra; a Elías, que había caído de rodillas sobre la nieve por el agotamiento y la frustración. ¿Para qué iba ella a acumular más poder del que sabría usar cuando podía compartirlo? Después de intentar impedirlo durante meses, iba a hacer realidad el sueño de Judith.

—Quiero entregarles el poder de la Muerte a ellos y a todas las personas justas que lo merezcan —pidió—. Que lo decidan las sombras. Que ellas elijan a sus dueños sin importar quiénes sean al nacer. Y en cuanto a quienes no las merecen…, que las sombras queden liberadas de servirles.

Pudo sentir cómo la Muerte sonreía.

«¿Eres consciente de a qué estás renunciando? Muchos han asesinado y han muerto en busca de mis dones». La voz en su mente debería haberla sobresaltado, pero tuvo la sensación de que su presencia siempre la había acompañado, como una certeza aún más severa que el destino.

—Seguramente no, no puedo ni imaginar lo que significa tener los dones, pero estoy cansada de que todo el mundo me tiente con promesas de grandeza y poder. Solo quiero irme a casa y graduarme en paz.

«Que así sea».

El mismo poder que la había invadido hacía solo unos segundos abandonó su cuerpo, convertido en una oleada de magia y oscuridad que se expandió por cada recoveco del mundo en busca de nuevos cuerpos que habitar.

Judith notó la humedad de una lágrima rodando por su mejilla. Ella nunca lloraba. La última vez que lo había hecho fue cuando supo que la separarían de su hermano mayor y aún no se había perdonado por semejante debilidad. Pero ¿cómo contener las lágrimas ante algo tan hermoso? Era la magia, su magia. Sintió la sensación fría y hormigueante, como una chispa capaz de matarte o

devolverte a la vida, propagándose por su piel. Había percibido en numerosas ocasiones la magia de muerte brotando de los nigromantes, pero esta vez se hallaba en su interior. Se arrancó el anillo del dedo. Ya no lo necesitaba.

Llevaba toda la vida esperando ese momento. Alzó la mano hacia el espíritu y pronunció las palabras que había aprendido con la esperanza, no, la certeza de necesitarlas algún día:

—Ohm sinam ahnem ora. —Notó la oscuridad que se apoderaba de su carne, pero no le importó, le parecía una ganga.

Una esfera de sombras brotó de la palma de su mano e impacto contra el semidiós, haciéndole retroceder lo suficiente para que Samuel pudiera apartarse de su trayectoria.

Judith buscó a Sofía y descubrió que ella también la estaba mirando. Asintió con la cabeza a modo de agradecimiento…, o no, agradecimiento era una expresión demasiado endeble. Creyó que estaba renunciando a su único sueño, al objetivo que la había mantenido cuerda durante más de una década cuando cedió los dones de la muerte a Sofía, pero ella había tenido entre sus manos el poder más grande de todos, y lo había repartido. Ni siquiera Judith estaba segura de haber sido capaz de algo así. «Bien hecho».

Elías no era rival para Engels, ambos lo sabían, y lo que para el poderoso hechicero era una pérdida de tiempo a Elías le suponían los segundos más valiosos que jamás ganaría. Le entretuvo todo el tiempo que pudo, acosándole con sus sombras hasta que, al pronunciar el último conjuro, los gorriones chispearon igual que bombillas a punto de fundirse y se desvanecieron sin más. La suya era una magia traidora, que solo respondía ante la fuerza, y las suyas estaban agotadas. Inspiró hondo, no tenía sentido resistirse.

—Tu familia y tú sois unos auténticos idiotas. ¿Qué esperabais que ocurriese? Si me hubieseis entregado a los Vega, seguro que os habría perdonado.

Elías apretó el puño de pura impotencia, estaba acostumbrado a ser

el blanco de ataques y comentarios despectivos. Había sido «el rarito» entre los nigromantes toda su vida, así que aprendió a hacer oídos sordos. Pero que se metiesen con sus hermanos no lo llevaba nada bien.

—Nunca conseguirás ponerle un dedo encima a Judith —masculló porque quería verle rabiar, porque necesitaba más tiempo y porque de verdad lo creía—. No verás una sola libra de esa herencia.

Sin su barrera protectora, Elías era un blanco fácil para los espectros, pero en vez de abalanzarse como él, el espectro del niño buscó a Engels.

—¿Mamá? —llamó—. Quiero irme, estoy muy cansado.

—¿Qué haces, idiota? ¡Atácale! ¡Acaba con él y dormirás lo que quieras! —Engels llevó la mano hacia su colgante solo para recordar que él mismo había destruido las esferas para dar rienda suelta a su poder—. De acuerdo, lo haré yo mismo. ¡Ohm sinam ahnem ora! —exclamó, pero no sucedió nada—. ¡Ohm sinam ahnem ora! —repitió, pero las sombras no le escuchaban.

Elías no tenía ni la menor idea de qué estaba sucediendo, pero sí que tal vez esa sería la única oportunidad que tendría.

—Estoy muy cansado —repitió el espectro de ese niño llamado Timmy.

La mujer sin nombre también pareció olvidarse de Elías y se dirigió en su idioma natal a su captor. La inexpugnable seguridad de Engels vaciló por un segundo.

—Sé que no tengo mucho que ofreceros, pero por una vez… —susurró Elías, de rodillas sobre la nieve que hacía rato le había calado los pantalones—, por una vez podríais hacerlo por mí. Ohm sinam ahnem ora.

Un pequeño gorrión, quizás el más diminuto que había invocado desde que era un niño, brotó de su propia sombra y revoloteó abriéndose paso a través de la tempestad, cada vez más cruenta.

—¿Crees que vas a derrotarme con eso? —Engels se rio, pero Elías

vio tras su máscara orgullosa que estaba preocupado—. No necesito a las sombras para deshacerme de un enclenque como tú.

Caminó hacia Elías a toda velocidad, listo para golpearle con el puño sin protegerse del pequeño gorrión que descendió hacia él en picado hasta chocar con la última esfera de cristal en su pecho. En el mismo instante en que las sombras la rozaron, estalló en pedazos.

Cuando Engels se dio cuenta de lo que acababa de suceder, se detuvo en seco.

—La espada de Anubis ya no responde ante ti —pronuncio una voz que parecía resonar desde el mismo inframundo.

Samuel gritó cuando la espada liberó su hombro y Judith corrió hacia él para ayudarle. Engels se negó a retroceder, apretando el puño y encogiendo el rostro con toda su rabia.

—No puedes desafiarme, te ata mi conjuro. —Alzó las manos hacia el ser macabro, que empuñaba con ambas manos la espada cubierta de la sangre de Samuel—. ¡Ohm heyamshe inam yeval! —De nuevo, no sucedió nada.

—Tu conjuro ya no vale nada. Te advertí sobre lo que sucedería si llegaba el día en que flaqueases, cuando perdieses tu control sobre mí. Ese día está aquí.

Engels siguió intentando acudir a la magia de sombras, primero furioso y después más asustado de lo que Elías, tan miedoso como era, había estado jamás. Cuando Engels comprendió que el poder de la muerte no acudiría a él, intentó recurrir a fuerzas más terrenales. Echó a correr, pero apenas dio una zancada antes de detenerse en seco. Los dos espectros lo habían rodeado y no parecía que los años que habían pasado encerrados hubiesen aplacado la ira que les mantenía atados al mundo.

El semidiós, varias cabezas más grande que él, posó su enorme mano sobre el cráneo de Engels, haciendo que pareciese una pequeña fruta a punto de ser aplastada. Elías cruzó los dedos para que no lo hiciese allí, delante de todos. Pero, en lugar de espachurrarle, dio una risotada.

—Volvamos a casa. —Sus palabras retumbaron en el aire mientras Engels gritaba pidiendo ayuda. Un instante después, se habían desvanecido. Elías supo que no le volverían a ver.

Lo habían conseguido. No podía decirse que hubiesen derrotado a Engels cuando él mismo se había encargado de cavar su tumba, pero habían sobrevivido. Elías sacó fuerzas de donde no creía tener más y se apresuró a reunirse con su hermano.

—¡Samuel!

El nigromante negó con la cabeza mientras la banshee utilizaba un pañuelo de tela para limpiar su herida. Por un momento, la imagen le descolocó tanto que se olvidó de preguntarle cómo estaba. ¿En qué momento los enemigos mortales se habían unido? Supuso que debían darle las gracias por tan improbable alianza a Engels y a su avaricia.

—Solo es un corte —dijo Samuel—. Un corte feo y profundo, pero un corte después de todo. —Elías intentó descifrar en su gesto si recordaba lo sucedido en esa especie de limbo. ¿Sabía que ese «simple corte» había estado a solo unos segundos de destrozar su cuerpo y matarle en el acto?—. Olvídate de mí —gruñó—. Cuida de tus amigos, te necesitan.

Tanto si no recordaba su breve visita a la Muerte como si quería fingir no hacerlo, Elías solo podía respetarlo, así que asintió y se apresuró a comprobar cómo estaba el resto. Puede que hubiesen logrado desafiar a los augurios en las visiones de Sofía, pero no habían llegado hasta allí sin pagar ningún precio. Rubén e Ismael se ayudaban a avanzar el uno al otro sobre el puente de piedra, con el cuerpo cubierto de magulladuras. Escondidas tras la caravana, donde Leticia se había encargado de protegerlas de los espectros y de Engels, Madeleine abrazaba entre lágrimas silenciosas el cuerpo sin vida de Adrienne, cuyo corazón no había podido afrontar tantos sobresaltos, y junto al puente que conducía al castillo Sofía velaba por Beathan, cuya vida había acabado por consumirse.

No se podía llamar a eso victoria.

Elías cerró los ojos para pronunciar una especie de plegaria. «Cuida

de ellos, por favor», rogó, aunque no estaba seguro de dónde iban las almas de las hadas, pues no lo habían visto en el reino de la Muerte. Tal vez por eso no habían podido devolverle a la vida… O puede que… Las entrañas le dieron un vuelco al percatarse de que Sofía no estaba usando los dones de la muerte.

—No te preocupes por Marcos —comentó Judith a su lado, presintiendo sus pensamientos—. Sofía ha sido dueña del mayor poder que ha existido en la tierra durante unos treinta segundos —resopló—. ¿Crees que no ha hecho algo por sus amigos?

—¿Treinta segundos? —repitió.

A modo de respuesta, una llamarada de sombras emergió por su cuerpo, envolviéndola. Judith se había convertido en una nigromante de la misma manera en que Engels había dejado de serlo.

—Impresionante, ¿verdad? Aunque no es tan diferente como esperaba a la magia de sangre. Si Sofía ha podido hacer esto, seguro que traer una triste alma del más allá no ha sido para tanto. Ve con Marcos. Nosotros nos encargamos de esto.

—Judith, sé que no quieres oírlo, pero… gracias.

La joven hizo un aspaviento con la mano. Puede que ahora fuese una hechicera y que hubiese logrado lo que tanto ansiaba, pero seguía detestando los sentimentalismos.

Vaciló durante unos instantes. Todos sus amigos habían hecho mucho por él y quería ayudarles como fuese, pero la urgencia por correr hasta Marcos y comprobar si el milagro se había cumplido hacía que sus pies se moviesen casi solos. «Espérame, ya casi estoy», pensó, anhelando que el mensaje le llegase de algún modo.

Capítulo 29

Marcos se había escapado de casa de su tío un par de semanas antes de cumplir los dieciocho. Puso rumbo a Londres sin un solo euro en el bolsillo, sin contactos y con un apellido maldito, lo que significaba que a lo largo de su vida había pasado la noche en lugares de lo más peculiares, pero sin duda despertar en lo alto de una catedral y envuelto en sombras era una nueva experiencia para él. Lo primero que vio al abrir los ojos fue el cielo azul cian pintado con falsas estrellas blancas. Se llevó las manos al cuello, atónito. Si sus últimos recuerdos eran ciertos, debería estar muerto, pero en lugar de eso sintió su piel cicatrizando a toda velocidad para cerrar la herida, una sensación que no recomendaría a nadie.

Pidió a las sombras que le condujesen hasta el suelo y, una vez allí, miró a su alrededor. Se encontraba en mitad de una hermosa y alargada catedral con una cristalera de vibrantes colores violáceos y azulados, que incluso en la oscuridad de la noche filtraba la luz de una forma sobrecogedora. El templo estaba desierto y por unos segundos volvió a dudar de sus probabilidades de seguir con vida. Aunque ¿por qué el más allá iba a tener ese aspecto? Seguro que era una famosa construcción parisina de la que él no había oído hablar jamás, pero sobre la que Elías conocería hasta el último detalle, como el nombre del segundo oficial de la obra y si su inauguración había sido un éxito o un auténtico chasco. El corazón se le arrugó en el pecho, temeroso y frágil, al pensar en Elías.

Sus enormes ojos negros, envueltos por tantas pestañas que era imposible contarlas, eran lo último que había visto. En cierta forma, eso era a lo que de verdad aspiraba en su vida, a que cuando se fuese de este mundo le despidiesen con esa imagen, pero lo que reflejaban los iris de Elías no era lo que hubiese deseado. No había en ellos el amor acumulado tras una larga vida compartida ni la paz de saber que, haya lo que haya en el reino de la Muerte, volverían a encontrarse allí, sino dolor, miedo y desesperación. Tenía que encontrarle, asegurarse de que estaba a salvo. Incluso si había salido ileso del encuentro con Judith, le conocía lo suficiente para

saber que estaría en la más absoluta miseria.

Avanzó por la alargada nave, ignorando el entumecimiento de sus músculos y acompañado por el sonido de sus propios pasos hasta que distinguió una esbelta figura apareciendo tras las puertas de la catedral. Bajo la luz de colores y la calidez de los focos, le resultaba aún más precioso de lo que había sido nunca, o tal vez era un espejismo provocado por las horrorosas ganas que tenía de abrazarle.

—¿Marcos? —preguntó Elías con voz temblorosa—. ¿De verdad eres tú?

A pesar de lo compungido que se le veía, Marcos no pudo evitar sonreír de oreja a oreja.

—¿Y quién voy a ser?

Por un instante se imaginó que correría hacia sus brazos y que le sostendría en alto, sorprendiéndose como siempre de lo poco que pesaba y bromeando sobre cómo el cincuenta por ciento de su masa corporal eran sus bonitos rizos, pero en lugar de eso Elías se desplomó en el suelo, de rodillas, y empezó a llorar a viva voz. ¿Era posible que se te rompiese el corazón y enamorarte aún más a la vez? Marcos se apresuró a reunirse con él. Rodeó su rostro con las manos y le obligó a mirarle.

—Eh, ¿a qué viene tanto alboroto? Ni que me hubiese muerto. —Los sollozos se detuvieron el tiempo justo para que Elías desviase la vista, con un ademán culpable antes de volver a llorar—. Ya… ¿Es demasiado pronto para bromear con eso?

—Pensé que no volvería a verte, tenía miedo de que…. —Elías no pudo seguir hablando y le abrazó con todas sus fuerzas, haciéndole caer en el suelo junto a él.

—Ya pasó… Estoy aquí. No hay por qué llorar.

—Pero es que por eso estoy llorando —explicó él sin soltarle—. Estoy tan aliviado que creo que podría morirme.

—Por favor, no. —Le alejó con cuidado y le secó las lágrimas con el

pulgar—. Dejemos a la Muerte en paz durante un rato.

Sostuvo su mandíbula entre los dedos y acercó su rostro al suyo lo suficiente para poder besarle. Elías le rodeó con sus brazos. Duró solo un instante, pero si había algún fragmento de su alma que no siguiese en su cuerpo, volvió a él de golpe.

—Vámonos de aquí, este silencio me da escalofríos. No entiendo por qué te gustan tanto las iglesias.

—¿Bromeas? —Elías frunció el ceño, tan ofendido por su comentario que se le olvidó todo lo demás—. Los lugares de culto son uno de los testimonios más fieles de una época: reflejan los cánones estéticos, el progreso tecnológico y la mentalidad, pero sobre todo los deseos y miedos de la gente. Si observas el arte religioso producido en Europa tras la primera oleada de peste… Supongo que no es el mejor momento para hablar de eso.

Marcos estuvo a punto de besarle de nuevo, pero no quería que lo interpretase como una señal para que dejase de hablar porque podría escucharle durante horas. Se puso en pie y le tendió la mano.

—¿Qué dices? Somos nigromantes, la peste negra fue uno de los momentos de mayor poder para nuestros antepasados; no para los corrientes, claro. Luego quiero oírlo todo, después de que me dé una ducha —dijo, reparando en que el olor metálico eran manchas de sangre que se habían solidificado en su ropa, como si fuesen costras. ¿Cuánto tiempo había transcurrido? Se deshizo de ellas con un rápido conjuro que, muy a su pesar, tiñó toda su ropa de negro.

Cuando terminó, Elías tomó su mano y juntos dejaron atrás aquel remanso de paz para retornar a la frenética ciudad. En el exterior del recinto, en mitad del ir y venir del gentío, el ruido y las titilantes luces de los coches, Samuel les esperaba, moviéndose inquieto de un lado a otro. Alguien le había vendado el hombro con un manto de sombras y también estaba cubierto de sangre. Elías iba a tener que aclararle muchas cosas.

—¡Samuel! ¿Qué haces aquí? —Elías pareció tan sorprendido de verlo como Marcos.

—No te preocupes, Leticia se está encargando de todo —explicó—. Yo…, eh…, quería hablar con vosotros.

Sintió como todo su cuerpo se encogía, a la espera de que Samuel dijese algo así como que el fratricidio de Judith confirmada sus sospechas sobre los Vega, que eran incapaces de lealtad o amor alguno y que no se merecía a Elías. Podía llegar a estar de acuerdo en eso último, pero no le parecía que Samuel fuese quien debía decidirlo.

—Creo…, creo que os debo una disculpa. Lo siento —murmuró el hombre, y eso era lo único para lo que Marcos no estaba preparado.

—¿Que sientes qué?

El hombre masculló una especie de blasfemia a la diosa y, tras remolonear unos segundos, le miró a los ojos y vomitó todo lo que tenía que decir:

—Nunca debí entrometerme en vuestra relación. Estuviste dispuesto a sacrificar tu vida para proteger a Elías y esta noche Judith ha salvado la mía. —Marcos miró a Elías, incrédulo. ¿Que Judith qué? —. No volveré a poner en duda el nombre de tu familia. Salvo que hagas daño a Elías, porque en ese caso te aseguro que…

Marcos no estaba seguro de qué bicho le picó, pero soltó la mano de Elías y extendió los brazos para abrazar a Samuel, que parecía a punto de gritar del susto. Estaba más tenso que las cuerdas de una guitarra y estrecharle era como abrazar a un oso de piedra, pero tras unos segundos de confusión, Samuel alzó una mano y le devolvió el afecto como pudo, con unos golpecitos en el hombro.

—Gracias —susurró antes de separarse de él—. Si Elías vuelve a llorar por mi culpa y no es porque me hayan asesinado, tienes mi permiso para estrangularme con tus manos desnudas. Eso es lo que os va a vosotros, los nigromantes fornidos, ¿no?

Temió que fuese a ofenderse, pero entonces Samuel se echó a reír y Elías los miró a ambos horrorizado.

—Tengo el presentimiento de que voy a echar de menos cuando no

os soportabais.

Marcos extendió el brazo hacia él para acercarle a ambos y rodeó sus hombros con el brazo.

—Bueno, y ahora que todos somos amigos, ¿qué tal si me contáis qué me he perdido?

Sofía estaba segura de que el asfalto y la piedra muerta de una gran ciudad no era el lugar adecuado para que el cuerpo de un hada descansase. «Tendré tiempo de vivir en la naturaleza cuando muera y mi cuerpo se torne uno con la tierra», eso era lo que le había dicho, aunque ninguno esperase que ese momento estuviese tan cerca.

Beathan nació en un bosque y había muerto junto a otro.

Judith había empleado su nuevo poder para alzar el cuerpo del hada y profundizar aún más entre los árboles, tan lejos de las casas del pueblo como pudieron. Mientras caminaba a su lado, Sofía se aferraba al reloj de bolsillo en su mano y acariciaba sus filigranas con la yema del pulgar para recordarse la promesa grabada en su interior. Una vez que la civilización fue indistinguible y dejaron de escuchar los coches en la distancia, se detuvieron y Judith depositó con cuidado el cuerpo de Beathan sobre la espesa capa de nieve. Las sombras se retiraron y, a pesar del frío, la hierba verde brotó desde debajo de la nevada para envolverle, junto a flores, musgo y setas que se apresuraron a conquistar la tierra que rodeaba al hada a un ritmo sobrecogedor hasta que empezaron a engullir también su piel. Sofía había oído una infinidad de veces que los corazones de las hadas estaban hechos de piedra, pero tras ver la alegría con la que la naturaleza le recibía, como si estuviese volviendo a casa, pensó que tal vez todo su cuerpo hubiese sido tierra, compacta y fresca.

—Gracias —le dijo a Judith cuando retrocedió para situarse justo a su lado.

—También me salvó la vida a mí, aunque tenía motivos de sobra para odiarme. Además, me parece que quería mucho a mi hermano,

también le agradezco eso.

Judith susurró unas cuantas palabras de esa lengua inteligible y una capa de sombras se alzó en el aire, protegiendo a Beathan y al pequeño jardín primaveral de la fría nieve que no dejaba de caer.

—Parece que lleves haciéndolo toda la vida —comentó Sofía.

Judith sonrió, aunque, como en todo lo que hacía, parecía haber dos intenciones simultáneas en ese gesto. Cuando los dones de la muerte se dispersaron, se habían llevado con ellos la máscara de piedra que le cubría el rostro, como si de esa forma le recordasen que su contador de Victorias volvía a estar a cero. Era agradable ver su antiguo rostro.

—Llevo soñando con las sombras desde que nací, de eso puedes estar segura.

—¿No te molesta que…, ya sabes…?

—¿La Muerte te escogiese a ti? —La idea pareció divertirla—. He pasado toda mi vida enfadada con la diosa de mis antepasados porque creía que era injusta y avariciosa, pero tú has hecho realidad todos mis sueños. ¿Por qué iba a estar enfadada?

—No eres como todos piensan —se atrevió a musitar Sofía, recordando las flores que le regaló por su cumpleaños y cómo le había ofrecido la flauta para que ayudase a su amiga sin pedirle nada a cambio.

—Me pasa a menudo, es la carga del apellido Vega, pero eso no importa. Lo importante es que el poder de las sombras no será un legado injusto nunca más. —Sonrió, y esta vez sí pareció feliz. Nunca antes la había visto así—. Todo el mundo tendrá el potencial de conseguirlo aunque no lo sepan. Será la propia magia quien elija a sus dueños y no la diosa ni el azar. Creo que mi padre estaría más o menos satisfecho.

Un escalofrío recorrió el cuerpo de Sofía, aunque no hiciese más frío que hacía unos momentos. Se abrazó a sí misma en busca de un poco de calor.

—¿Se supera del todo? Ver a alguien que te importa… —A pesar de haber estado en la presencia de la misma Muerte, no pudo decirlo en voz alta.

—¿Lo amabas?

Sofía se preguntó si estaba siendo cínica, pero comprendió que era mera curiosidad. Observó cómo las raíces de los árboles cercanos se habían alzado sobre Beathan, envolviéndole poco a poco como si quisiesen darle la bienvenida o asegurarse de que permanecía con ellos para siempre. ¿Era un confortable lecho lo que fabricaban para él o los barrotes de una cárcel?

—Beathan me ayudó, me escuchó, confió en mí y me salvó la vida. Como él decía, me tomó de las manos, pero a la vez siempre estaba lejos. Después de todo, las hadas son así, ¿no?

—No es eso lo que he preguntado —dijo Judith sin miramientos.

Sofía inspiró hondo.

—Me… gustaba mucho. Sí, creo que podría haber llegado a hacerlo. A amarlo… —Notó cómo se sonrojaba y supo que no tenía nada que ver con el frío. Tragó saliva. Puede que el amor fuese uno de los pocos temas de los que le daba vergüenza hablar—. Aunque no hubiese salido bien de todas formas, le voy a echar mucho de menos.

Y entonces Judith hizo algo que le pegaba aún menos que hablar de sentimientos amorosos: le cogió la mano sin previo aviso y se la apretó con fuerza.

—No sé cómo consolarte, nunca he tenido tiempo para que nadie me haya gustado tanto. Supongo que… ¿lo siento? Piensa que no es tan terrible, podréis reencontraros, esta vez siendo los dos humanos. Cuando tú tengas cuarenta y algo, él tendrá veinticinco.

—Dudo que me apetezca salir con un veinteañero a esa edad. Suponiendo que nos encontramos o que se acuerde de mí. —Intentaba no pensar en lo que sucedería si no eran capaces de cumplir la promesa que les vinculaba.

—Vuestras almas están revoloteando juntas por ahí, claro que os encontraréis. ¿Es que no has aprendido nada del destino, señora pitia de Delf…? —Judith se detuvo y Sofía sintió como tiraba de ella para protegerla con su propio cuerpo.

Un remolino de sombras cruzaba el cielo a toda velocidad, aproximándose inexorable hacia ellos. El remolino descendió hacia ellas, golpeando el suelo con un estruendo, y cuando las sombras se disiparon, Marcos y Elías aparecieron al otro lado.

—¡Marcos! —Sofía corrió hacia él y saltó a los brazos de su amigo.

Se alejó para verle mejor. No tenía el mejor aspecto del mundo, pero tampoco parecía que hubiese estado…, en fin, muerto. Más bien hubiese dicho que acababa de despertarse de una siesta de veinte minutos que se había alargado demasiado.

—¿He llegado a tiempo? —preguntó, y al ver la tristeza en sus ojos Sofía supo que se refería a aquel improvisado funeral.

Asintió con la cabeza y Marcos avanzó hacia el pequeño montículo de flores, hierba y raíces, que destacaba por su color primaveral en mitad de los estragos de ese feroz invierno. Se agachó junto a lo que quedaba del cuerpo de Beathan y susurró unas cuantas palabras inaudibles. Judith se echó a un lado, como si quisiese desaparecer.

—Elías me ha dicho que volverá en un cuerpo humano —Marcos miró a Sofía— gracias a ti. ¿Es cierto?

Sofía asintió con la cabeza.

—¿Hice bien?

Marcos asintió con la cabeza.

—Me parece que es lo que hubiese querido. Siempre me preguntaba cómo era ser humano… Pero ojalá hubiese ocurrido de otra manera, voy a echar de menos sus opiniones literarias y sus miradas gélidas. —Intentó sonreír, pero el chico estaba demasiado triste para que el gesto funcionase del todo. Entonces se giró hacia su hermana y enarcó una ceja—. No pienses que no te he visto, Judith; puede que ahora las sombras respondan a tu llamada, pero no tienes el don de

la invisibilidad.

—No tengo nada que decir. —Se encogió de hombros.

—«Siento mucho matarte a sangre fría» sería un buen comienzo —dijo, mirándola a los ojos.

Sofía no tenía hermanos, así que no se podía imaginar cómo era una relación de ese tipo, pero era la primera vez que los veía juntos y sí parecían de la misma familia.

Judith suspiró.

—Está bien. Siento haberte matado, hermanito. Fue una estupidez, confié demasiado en mis nuevos poderes y casi te mando a la tumba para siempre por mi soberbia. ¿Contento?

El joven caminó hacia ella y para sorpresa de todos, aunque nadie parecía más desprevenido que Judith, la abrazó. Judith era una cabeza más baja que su hermano, así que Sofía pudo ver sus ojos abiertos de par en par asomándose justo sobre sus hombros, mirando de un lado a otro como si se hubiese perdido algo.

—Yo también lo siento —dijo él por fin—. Admito… que no he sido el mejor hermano mayor del mundo. Tendría que haberte escuchado un poco más, podríamos haber buscado una solución juntos.

Judith se aclaró la garganta y asintió con la cabeza, agradeciendo así que él también reconociese sus pecados.

—Mejor tarde que nunca, supongo.

—Samuel me ha contado lo que hiciste. Estoy muy orgulloso de ti.

—No tienes derecho a estarlo —respondió Judith, apartando la vista.

Marcos asintió con la cabeza.

—¿Puedo ganármelo?

—¿Qué?

—El derecho a estar orgulloso de ti. Me gustaría recuperarlo. —Marcos dio un paso atrás y le tendió la mano—. Empecemos de cero y no volvamos a hacernos daño nunca. ¿De acuerdo?

Sofía miró a Elías en busca de alguna explicación, pero el muchacho se encogió de hombros.

—¿Tienes dónde ir? —preguntó Marcos, y la pregunta pilló a Judith completamente desprevenida. Parecía que no se hubiese percatado hasta ese momento de que, después de cumplir su maquiavélico plan, pudiese haber un mañana—. Ven con nosotros. El Londres Oculto recibe a todas las personas con los brazos abiertos, incluso a quienes pensamos que no hay un lugar en el mundo para nosotros. Hay…, hay espacio ahora que Beathan… Puedes venir si quieres, estoy seguro de que Lorraine y Mathilda te encantarán.

Judith le estudió unos segundos, seguramente analizando si se trataba de algún tipo de trampa.

—¿Quieres… que viva con vosotros? —Miró a Elías con una ceja arqueada.

El joven asintió con la cabeza. Por primera vez en su vida, Judith vaciló.

—Yo… Pues… adonde yo vaya, Vivien viene conmigo. No voy a dejarla sola.

—Que se venga. Si ella quiere, claro.

—Y mi gato. Styx tampoco tiene adónde ir sin mí.

—¿Estás buscando excusas para librarte de mí? Veníos todos, por mí genial. No me importa vivir con tu gato zombi… Espera, ¿significa eso que yo también soy un zombi?

—No me hagas hablar de hasta qué punto se ha desvirtuado el verdadero concepto de zombi por culpa de la ficción contemporánea —advirtió Elías—. La respuesta corta es no, no sois zombis.

Judith se mordió el labio y Sofía no supo muy bien qué cara poner cuando la miró a ella, justo antes de sonreír fugazmente, antes de que nadie pudiese darse cuenta de que la idea no la disgustaba del todo.

—Tengo una amiga que vive en Londres, supongo que no sería muy terrible pasar una temporada allí.

—Decidido, entonces —dijo Marcos—. Volvemos todos a casa.

Se preparó para invocar de nuevo al remolino de sombras, aunando su poder con el de Elías, pero Sofía le detuvo en el último instante.

—¡Espera! —Se agachó junto al óvalo de flores y arrancó una margarita, la más grande y colorida de todas. La sostuvo entre sus manos con cuidado, como pensaba hacer hasta que tuviese la oportunidad de guardarla en el interior de un libro para conservarla así de resplandeciente—. Has dicho que volvíamos a casa todos.

Marcos asintió con la cabeza y sonrió. Se dio cuenta de que tenía los ojos enrojecidos y que en parte esa era la razón de su mal aspecto. «Ha estado llorando antes de venir», comprendió.

—Gracias, Sofía.

Capítulo 30

Había una última cosa que Elías tenía que hacer antes de abandonar París, aunque dudaba que fuese a apetecerle volver a la ciudad en una buena temporada.

Que Gabrielle Astiers no hubiese tenido hijos o esposo, quizá porque aún extrañaba demasiado a su primera y única familia, no significaba que hubiese estado sola o que nadie la quisiese. Elías y Madeleine pudieron comprobarlo cuando llegaron a la recepción del funeral, que habían organizado en un elegante edificio de la orilla derecha de la ciudad, en la oficina que acogía la fundación de danza que llevaba su nombre y que se financiaba gracias a su libro y sus inteligentes inversiones. Al parecer, Adrienne había aprendido unas cuantas cosas sobre cómo ganar dinero en sus tres vidas. El entierro había tenido lugar en Pierrefonds, en un cementerio rodeado de árboles y en un ambiente íntimo en el que un grupo de desconocidos como ellos llamaban mucho la atención, pero Madeleine había deseado acudir para descubrir quiénes habían formado parte de la última vida de su amiga: sus amigos, sus alumnos, las personas que la habían admirado y querido. No se sintió decepcionada al ver las estancias de las oficinas a rebosar de colegas y estudiantes, críticos de danza, bailarines, escritores, editores y todo tipo de artistas.

—Le habría encantado esta fiesta —dijo, apretando la mano de Elías con fuerza—. Todas las personas a las que le gustaría ver, que la tienen en sus pensamientos, están aquí. ¿Por qué no celebraremos los funerales en vida? No entiendo por qué tenemos que esperar a que alguien se muera para acordarnos de ellos y homenajearlos. —Suspiró.

Elías la miró con detenimiento. Había renunciado a sus amados colores para vestir de negro y de pronto parecía diez años más mayor de lo que era. Aunque mantuviese el temple con elegancia, habían sido unos días complicados para su corazón. Los dones de la muerte habían llegado en el momento justo para liberarla de su

tormento, pero también habían sido crueles con ella.

A pesar de la aversión de Elías a las reuniones con desconocidos y a la charla coloquial, acompañó a Madeleine mientras se mezclaba entre los asistentes y entablaba conversación con ellos, indagando para averiguar de qué conocían a su buena amiga, sonsacándoles anécdotas como la vez que puso patas arriba Francia para encontrar los retratos de Adrienne Montauban o cómo había sorprendido a sus maestras de ballet con seis años interpretando un pasaje de El lago de los cisnes que nadie le había enseñado con la maestría de una bailarina profesional. «Podría haber sido más famosa por su talento para el baile que por sus libros —dijo una anciana que había aprendido junto a ella—, pero decía que no tenía ganas de asumir tanta responsabilidad, prefería bailar entre bambalinas. ¿No es extraño?». Puede que hubiese sido más fácil de entender si Adrienne, o Gabrielle, hubiese explicado toda la verdad: «No tenía ganas de volver a asumir tanta responsabilidad».

—¿Cómo estás? —preguntó Elías cuando abandonaron la reunión y descubrieron que se había hecho de noche.

Madeleine suspiró.

—Tengo sentimientos encontrados. Es un alivio saber que fue tan feliz, que tuvo vidas plenas y estuvo rodeada de amigos, pero…

—Te habría gustado estar allí —completó Elías por ella.

La mujer asintió.

—Aunque me alegra no ser la única que la echará de menos. Supongo que el mundo sigue girando, Adrienne no habría querido que pasase mi última vida llorando y echándola de menos —dijo, arrebujándose en su abrigo negro, tan nuevo que aún olía a tienda.

—¿Tienes algún plan?

Madeleine sonrió, pensativa.

—De joven, antes de que todo esto sucediese, fantaseaba con viajar. He tenido muchas ocasiones para hacerlo, pero estaba tan obsesionada con la idea de regresar a París para encontrar el

sentido de la vida, expiar mi culpa o qué sé yo que nunca me atreví a alejarme demasiado. Me apetece hacerlo ahora. Mi aprendiz tiene mucho talento, puede encargarse unas cuantas semanas de la tienda. Le subiré el sueldo —dijo en lo que parecía una decisión espontánea—. Seguro que vagabundear una temporada me da muchas ideas para recetas nueva. Me apetece probar una basbousa en condiciones y mochis. Mochis japoneses, de los de verdad. Recabaré tantas experiencias nuevas como pueda para tener cosas de las que hablar con Adrienne cuando volvamos a encontrarnos, dondequiera que esté.

—Es un buen plan. —Elías asintió.

—Tampoco estaría mal hacer una parada en Londres o en Madrid. ¿Qué crees que son mejores, los scones o los churros con chocolate?

—La duda ofende —resopló Elías.

—Entonces iré a verte cuando estés de vuelta en casa.

Él sonrió. Casa. Miró hacia el otro lado de la calle y vio que un chico con un abrigo de pelo sintético le saludaba desde el otro lado de la calle. Marcos había vuelto a su vestuario más llamativo y estrafalario después de su breve experiencia con la muerte. «La vida es demasiado corta para vestir como un aburrido». Se había atribuido la frase a sí mismo, pero Elías estaba seguro de haber visto una muy parecida en carteles motivacionales.

—Te estaremos esperando —dijo, porque su hogar no estaba hecho de un lugar ni de muros de ladrillo y un tejado, sino de dos personas.

Elías pensó que el río Támesis había sido testigo de los momentos más íntimos que había vivido en los últimos meses. Algunos fueron dulces y únicos, y otros, como el que experimentaban en ese instante, estaban cubiertos por una pátina de tristeza. Para celebrar los primeros días del nuevo año, habían decidido rendir un homenaje a Beathan.

Se reunieron todas las personas que le habían conocido y querido de alguna manera, y juntos se dirigieron a una de sus librerías favoritas, un rincón oculto en pleno centro de Londres. No era el lugar más glamuroso de la ciudad, pero tenía un encanto especial, alegre y decadente a la vez. Marcos y él habían bromeado, en un intento por recordar al hada con cariño, sobre cómo las librerías londinenses iban a extrañar a su cliente más asiduo. Foyles y Waterstones vendían libros con la misma facilidad que los paraguas de oferta en un día de lluvia; sin embargo, descubrieron que en la pequeña tienda de segunda mano conocían a Beathan por su nombre y que incluso tenían algunos libros reservados para él. Les contaron que estaba de viaje y que tardaría una temporada en volver, porque no era tan triste como la verdad, pero tampoco del todo una mentira

Compraron un libro cada uno, el que más les llamó la atención entre los estantes y pilas repletos de ejemplares en busca de una nueva vida. Después se sentarían en el pequeño salón biblioteca donde Beathan pasaba las horas y se entregarían en silencio a sus respectivos libros mientras tomaban una taza de té. Beathan no habría querido que su preciado té se desperdiciase y enranciase en las estanterías, así que estaban bebiendo mucho Earl Grey en el Londres Oculto en esos días. Esa habría sido la fiesta ideal para él.

Así avanzaban por la orilla sur del Támesis, con sus libros debajo del brazo y sin saber muy bien si debían entristecerse o sonreír. Sofía había elegido un libro juvenil inspirado en la mitología griega porque le recordaba a su infancia devorando los libros de Percy Jackson, Marcos optó por una biografía de Freddie Mercury y Judith les sorprendió a todos al comprar una colección de poemas. Vivien había confesado que, aunque había aprendido las letras observando a los humanos, nunca había leído por algo tan banal como sentir placer, así que dejó que Marcos le recomendase una novela de Agatha Christie (porque ¿a quién no le gustaba Agatha Christie?). Mathilda, su casera, se decantó por una novela histórica ambientada en los Países Bajos y Lorraine escogió una comedia romántica escrita por una joven promesa del género. Elías fue el que más tiempo necesitó para elegir porque la infinita cantidad de opciones y la laxa organización de los estantes le agobiaban. Al final fue Sofía la que le puso en las manos un thriller relacionado

con una famosa obra de arte. «Si te aburre la trama, podrás entretenerte buscando todos los fallos de documentación y datos erróneos».

Comentaban sus elecciones y se preguntaban cuál de esos libros hubiese sido el preferido de Beathan cuando Marcos se detuvo en seco, en mitad de las escaleras que conducían al portal de entrada al Londres Oculto.

Un hombre trajeado, con un maletín negro en la mano, les saludó con una leve inclinación de cabeza. Por un momento, Elías se temió lo peor, un viejo hábito contra el que seguía intentando luchar, pero que de vez en cuando volvía de visita. ¿Y si era un justiciero enviado por los Engels para vengarse? ¿Y si era un agente de la Guardia que había decidido que sus actos eran criminales y que merecían ser abandonados en la celda más fría y oscura de la que disponían?

—¿Marcos Vega? ¿Es usted Marcos Vega, caballero? —dijo con voz amable, dirigiéndose hacia el nigromante.

Instintivamente, Elías alargó la mano hacia la suya y la apretó con fuerza. No iba a permitir que nadie volviese a atacar a su novio jamás. Marcos asintió con la cabeza, procurando mantener la calma por todos ellos, aunque seguro que no estaba acostumbrado a que nadie se dirigiese a él, con su abrigo peludo y su pelo ahora blanco como la nieve, por el título de «caballero».

—¿Qué es lo que quiere?

—Soy el abogado de Basil Koch —explicó—. Llevo varios días intentando localizarle. ¿Le importa que hablemos en privado?

Marcos frunció el ceño.

—¿Por qué?

El abogado, del que emanaba una sutil vibración de magia de muerte, abrió su maletín para sacar unos papeles y tendérselos. Elías se preguntó si había conservado sus poderes o si acababa de adquirirlos; en cualquier caso, significaba que en el fondo no era un

tipo tan terrible. Mientras ellos compraban libros y planeaban tardes de lectura, las hermandades nigromantes de todo el mundo se habían sumido en un auténtico caos. Numerosos hechiceros de gran prestigio habían perdido sus poderes de la noche a la mañana (desvelando que, aunque sus talentos o su posición fuesen notables, sus escrúpulos no tanto) y no dejaban de aparecer personas de todas las edades, géneros y culturas que de pronto descubrían tener dones mágicos. Por lo que Samuel le había contado, José Herrera, el líder de la hermandad en Madrid, llevaba una semana sin pegar ojo intentando mantener el orden. En toda la historia mágica nunca se había producido una transformación como aquella y sus protagonistas apenas eran conscientes de que, en lugar de investigar sobre el pasado, esta vez habían sido ellos quienes escribieron la historia.

Marcos soltó la mano de Elías y descendió un par de escalones para tomar los papeles mientras el resto del grupo intercambiaba miradas interrogantes para averiguar si alguien sabía qué pasaba. Elías bajó las escaleras para reunirse con Marcos y vio que se había quedado pálido mirando el papel.

—¿Qué ocurre? —Apoyó la mano sobre su hombro, preparado para consolarle por una horrible noticia.

—Soy su heredero. Basil me nombró su heredero.

—En segunda posición —aclaró el abogado—. En caso de que su sobrino no cumpliese con las cláusulas pactadas. Hay ciertas condiciones que debe asumir, eso sí, antes de recibir la herencia formalmente.

—¿Tengo que vengarme de alguien yo también? Porque no me veo como justiciero encapuchado, la verdad. Los trajes de antihéroe son muy poco favorecedores.

El abogado se aclaró la garganta ante su broma.

—No, Basil pensó que, si había un asesino lo bastante poderoso para derrotar a su sobrino, nadie más podría plantarle cara. No tenía intención de mandarle a una muerte segura, aunque supongo que tampoco contaba con que estaría involucrado en… su trágico

deceso.

—Por enésima vez, el templo se le cayó encima por accidente —protestó Judith en la distancia.

Elías echó una rápida ojeada al documento y comprobó que el abogado estaba en lo cierto. Marcos acababa de heredar una fortuna en libras, bonos, propiedades inmuebles y obras de arte tan valiosas que solo un museo podría hacerles justicia. Aunque algunas de ellas eran lo bastante peligrosas para no sacarlas nunca de sus cajas. Una de las condiciones se refería a la conservación de las obras. No podía vender ninguna de su colección personal y tendría que asegurarse de dar con los dueños apropiados para el resto. La segunda condición era que debía renunciar a llevar un estilo de vida que no se correspondiese con su nueva posición, lo que incluía vender su magia o trapichear con objetos e ingredientes mágicos prohibidos.

—Supongo que no bromeaba cuando decía que le recordaba a él —masculló Marcos mientras intentaba procesar la información—. Me ofreció ser su pupilo un par de veces, pero pensaba que bromeaba.

—¿Sabes lo que esto significa? —preguntó Elías, que no estaba seguro de hasta qué punto estaba bien alegrarse por recibir una herencia inesperada.

Marcos asintió y Elías se dio cuenta de que sus ojos estaban húmedos.

—Podemos recuperar la casa de mi padre.

La luz primaveral inundaba el salón pintado de blanco, haciendo que pareciese aún más inmenso de lo que ya se antojaba sin ningún mueble en su interior. Marcos se detuvo en mitad de la estancia, con la vista clavada en una de las paredes y los brazos cruzados.

—¿Es como la recordabas? —se atrevió a preguntar Elías, detenido en la entrada.

Los anteriores dueños habían fusionado un par de habitaciones para

lograr un efecto de «espacio abierto», o eso les había explicado el agente inmobiliario, un corriente que no se había esforzado demasiado por «venderles» el piso a través de la videollamada. Al parecer llevaba un par de años vacío, desde que los dueños habían decidido mudarse a la otra punta del planeta. Preferían no venderlo antes que perder el dinero que habían invertido en él, les había explicado. Era evidente que no creía que dos veinteañeros con pinta de trabajar a tiempo parcial pudiesen permitirse la obscena cantidad que pedían por él. Elías había tenido que taparse la cara para que no viese que se estaba riendo cuando Marcos dejó caer que el dinero no sería un problema y que querían comprarla, en el acto, sin necesidad de visitas en persona. Antes de lo que habían pensado, tenían las llaves y las escrituras del piso. Aunque a Elías le parecía más bien un palacio. ¿Qué clase de piso en Madrid tenía dos plantas y una enorme escalera en espiral conectándolas? Por lo visto, los dueños corrientes también compraron el piso de arriba para convertirlo en un dúplex.

—¿Marcos? —le llamó al ver que no respondía. El hechicero dio varias vueltas sobre sí mismo, con los brazos en alto como si pretendiese ocupar el mayor espacio posible. Frenó en seco y sonrió a Elías.

—Creo que aquí podríamos poner un aula. A muchos de esos chavales nunca les habrán enseñado cómo usar sus dones ni de dónde vienen. ¿Me pasaría demasiado si les pido que me llamen Profesor X?

—¿Por qué? ¿No tendría más sentido Profesor V, de Vega? —preguntó Elías, dándose cuenta demasiado tarde de que sería alguna referencia pop que no había pillado.

—Profesor V —repitió Marcos—. Mejor que me llamen por mi nombre, suena un poco a villano de Superman.

Ah, Superman. Ese sí sabía quién era. La ficción de los corrientes era de lo más absurda. Un alien con poderes mágicos. Como si alguien nacido en la tierra no pudiese lograr proezas mil veces más impresionantes.

Marcos interrumpió sus pensamientos al tomarle de la mano. Tiró

de él para seguir viendo la casa, y esta vez era Marcos quien hablaba sin parar con entusiasmo:

—Podríamos empezar poco a poco; estas habitaciones son grandes, caben varias literas, pero no quiero que nos abrumemos y tiremos la toalla —reflexionó mientras avanzaba por un pasillo más espacioso que las casas de muchas personas. Elías se abrumaba cada vez que pensaba que Marcos se había criado ahí, y eso que él no podía quejarse—. He pensado que este de aquí podría ser el cuarto de invitados, por si Matilda o Lorraine quieren venir de visita, o Madeleine. O a lo mejor podríamos contratar a otros profesores internos para que nos ayuden.

Marcos pasó a la siguiente habitación, un gran cuarto al fondo de la casa. Tenía varias ventanas con balcones desde los que podía verse una imponente avenida y las ramas más altas de los árboles.

—Este era el cuarto de mi padre, aunque casi siempre acababa durmiendo en su laboratorio. He pensado… que este podría ser nuestro dormitorio. Cabe una cama enorme.

Elías se mordió el labio porque tenía la impresión de que, si seguía sonriendo tanto, iba a acabar lesionándose la mandíbula.

—¿Y por qué tiene que ser tan grande la cama?

Marcos abrió la boca, fingiendo estar escandalizado.

—Elías Baena, ¿cuándo te has vuelto tan atrevido?

—¡Lo decía porque es desperdiciar el espacio! Ahí caben dos escritorios, al menos —dijo, señalando los huecos entre las ventanas —. Y ahí unas estanterías.

—De acuerdo, de acuerdo. No seré yo quien te prive de un buen escritorio lleno de libros viejos y apestosos.

—Gracias, pero necesitas aprender a apreciar el olor a libro antiguo.

—¿Te parece que hay sitio en el salón para poner una pequeña librería al fondo?

—¿Lo dices por los alumnos o para que no llene el dormitorio de libros?

Volvieron al salón para tomar medidas, entre bromas, pero cuando llegaron a la entrada, Marcos volvió a detenerse y Elías se percató de que sus ojos estaban húmedos.

—¿Qué ocurre?

Marcos sonrió y Elías comprendió que él no era el único que se había pasado su adolescencia con una enorme carga sobre los hombros. Puede que Marcos no tuviese miedo a lo malo que pudiese pasar, pero le había aterrado que ninguna de las cosas que anhelaba fuese posible.

—Supongo que soy un poco lento, pero acabo de darme cuenta de que esto —extendió los brazos hacia el salón— es nuestra vida. ¿No te parece increíble?

Elías respiró aliviado y aprovechó el hueco que Marcos había dejado para inmiscuirse bajo su brazo y estrecharle con fuerzas.

—No, porque es solo el principio.

Epílogo

Cinco años después

Sofía dio gracias a la fortuna por que las oficinas de la ONG estuviesen justo enfrente de una plaza pública. Aunque ese pequeño rincón en pleno centro de Londres no era lo suficientemente grande ni el follaje de sus árboles lo bastante verde para engañar a nadie. Sin duda estaban en el núcleo de una de las ciudades más bulliciosas del mundo, pero con un poco de imaginación una podía sentarse en sus bancos y fingir que se había teletransportado a un jardín en el campo.

Las piernas aún le temblaban después de la entrevista de trabajo, así que se apoyó contra el respaldo de su asiento e intentó recuperar la compostura. No había muchas situaciones que la pusieran nerviosa, pero llevaba admirando el trabajo de esa organización desde que tenía doce años y la mera posibilidad de trabajar en ella le daba ganas de saltar de emoción. No estaba segura de cómo le había ido, pero logró disimular su nerviosismo y responder a las preguntas que se había preparado a conciencia. Nadie habría notado que esa joven enérgica y sonriente había sido incapaz de desayunar por el nudo en su estómago. «Ya está, ya lo has hecho, has dado lo mejor de ti. Ahora el resultado será lo que tenga que ser», se recordó. Incluso había sido capaz de darle la mano a su hipotética jefa, firme y sin temor. Le había costado mucho esfuerzo ser capaz de dominar las visiones que la desbordaban cada vez que tocaba a alguien, pero había descubierto un truco que nunca le fallaba. Sacó la pequeña margarita plastificada de su bolsillo y la acarició con mimo.

Al principio la había conservado a modo de recuerdo, para sentir que aún le quedaba algo de Beathan y de la Sofía que había sido antes de convertirse en un vehículo humano para el poder de la Muerte durante unos cuantos segundos que cambiaron el mundo. Sin embargo, por pura casualidad había descubierto que aún quedaba algo de Beathan en la margarita. Si tocaba a alguien con una mano y la flor plastificada con la otra, podía bloquear las

visiones. Judith creía que era mera sugestión y que tarde o temprano sería capaz de experimentar sus visiones a placer, pero Sofía sentía que incluso tras su muerte el hada velaba por ella.

Suspiró y volvió a guardarla en su bolsillo.

No tenía sentido dedicar demasiado tiempo a la nostalgia. Si se había reencarnado en el acto, Beathan tendría ahora el aspecto de un niño de mofletes sonrosados. Se preguntó si le sucedería como a Madeleine y si en cuanto aprendió a hablar empezó a comportarse como una criatura milenaria, si conservaría el mismo rostro o si la humanidad le sorprendería con un aspecto nuevo.

Sacudió la cabeza y se recordó que debía mantener el foco puesto en el presente. Sacó el móvil y revisó sus mensajes.

Marcos y Judith le habían preguntado por su grupo de WhatsApp qué tal le había ido la entrevista. También tenía un mensaje de Elías de hacía un rato deseándole suerte. A veces le daba un poco de envidia que todos estuviesen juntos en Madrid y que solo pudiese verles un par de veces al año, pero por suerte no eran las únicas personas mágicas en su vida. Las brujas de Camden la habían arropado como una de las suyas, aunque técnicamente no fuese una hechicera. Sabele Yeats, una bruja conocida por su dominio sobre la suerte y el porvenir, la había ayudado a interpretar sus visiones y a ponerlas en orden. Aun así, seguía evitando presenciar el futuro siempre que podía. Aunque sería tentador echar un vistazo a ver si conseguía o no el puesto de trabajo.

Si no conseguía un contrato pronto, incluso su sobreprotector padre griego empezaría a cansarse de tener a su hija en casa con veintiséis años. No estaba dentro de sus planes acabar la carrera de Ciencias Políticas y empezar la de Derecho. Al principio su padre había estado muy orgulloso de ir a tener una «hija abogada», hasta que se dio cuenta de que eso significaba que iba a estar otros cuantos años dependiendo de sus padres. Intentó buscar un trabajo a media jornada, pero Panos Tsigkrou insistió en que su obligación era centrarse en sacar buenas notas.

—¿Está ocupado? —dijo una voz cantarina junto a ella, señalando al extremo vacío del banco a su lado. Sofía negó con la cabeza, sin

prestarle demasiada atención al desconocido como dictaba la tradición londinense.

El joven sacó un ajado libro de segunda mano y empezó a leer mientras Sofía respondía a sus mensajes.

—Me preocupaba que la lectura perdiese su encanto ahora que no puedo paladear las emociones, pero resulta que es igual de estimulante.

Sofía no le estaba escuchando, demasiado concentrada en su móvil, así que tardó en darse cuenta de que estaba hablando con ella.

—¿Qué?

Alzó la vista hacia el desconocido. Era un chico con la piel muy clara y el pelo rubio claro, algo más joven que ella. Parecía sueco, o danés, o algo por el estilo, aunque no tenía ni una pizca de acento. De hecho, su forma de entonar las palabras, como si estuviese a punto de recitar poesía o cantar una canción, le resultó familiar.

—El chocolate, en cambio… Tengo que admitir que estabas en lo cierto: es incluso mejor de lo que imaginaba, casi tan bueno como el té. —Sonrió y, aunque esos ojos pálidos la miraban por primera vez, la forma en que los entrecerró, divertida y algo maliciosa, le resultó inconfundible.

—¿Beathan?

El hada, no, el joven sonrió.

—Me temo que ahora es James, más fácil de pronunciar. Supongo que a la Muerte le pareció que me sería más fácil no tener que empezar de cero. Este cuerpo estaba vacío cuando mi alma lo encontró y no tuve valor para decirle a los médicos que no se trataba de ningún milagro, así que tú eres la única que…

Antes de que pudiese acabar la frase, Sofía le estaba abrazando con tanta fuerza que se quedó sin aliento para seguir dándole explicaciones. Beathan, James, le devolvió el gesto apoyando las manos sobre su espalda con una timidez impropia de una criatura centenaria, pero muy común en el chico en que se había convertido.

En esa ocasión, Sofía no pudo retener el torrente de visiones que la desbordó, pero todo lo que presenció en el destino de James, todo lo que iban a compartir, no la llenó de terror o preocupación, sino al contrario. No podía esperar a vivir todo aquello.

Alrededor de ambos, revolotearon dos luces resplandecientes que Sofía creyó que no volvería a ver en mucho tiempo, aguardando a que cumpliesen esa promesa de tomar un chocolate juntos. Se había dejado el reloj en casa, guardado en una caja debajo de su cama a la espera de que algún día lo necesitase.

—¿Por qué has tardado tanto? —preguntó sin la más mínima intención de soltarle.

—¡Hermanas Rosales! Aunque os escondáis detrás de una ilusión, sé que estáis ahí.

Ante sus ojos, la lámpara minimalista del IKEA, las cortinas que cubrían la ventana y un pedazo de la pared con su buen trozo de cuadro incluido dieron un tímido paso adelante y poco a poco se trasformaron en tres adolescentes risueñas. Elías intentó parecer lo más serio y respetable que pudo, aclarándose la garganta para agravar su voz y manteniendo la espalda muy recta.

—Sabéis de sobra por qué tenéis que ir a clase, así que tirad para allá ahora mismo y sin rechistar. Estáis haciendo perder el tiempo a vuestros compañeros.

Las tres hermanas le dirigieron un mohín arrepentido al unísono. Cristina, dulce y atolondrada, con la cabeza siempre en las nubes y pensando en el universo aunque vistiese de negro; Julieta con su pelo corto y su ropa celeste, tan malhumorada y suspicaz como inteligente y leal; y Lupe, la más peligrosa de las tres, que escondía astucia y osadía bajo vestidos rosas y una voz suave que despistaban a la mayoría de la gente. Tendrían que haber prestado atención a su pelo, rojo como la sangre. Nadie que no tenga claro su lugar en el mundo se teñiría el pelo de ese color.

—Lo sentimos, señor Baena —dijo Lupe, sin apenas poder disimular

su risilla nerviosa. Para compensar su impertinencia, procuraba mantener la cabeza agachada.

«Señor Baena», por la Santa Muerte, Elías no se acostumbraba a que esos chavales lo viesen como un «señor», un «adulto responsable». ¡Si apenas tenía veintisiete años! Se iban a llevar un auténtico chasco cuando cumpliesen esa edad y se diesen cuenta de que todos esos profesores habían estado fingiendo que sabían lo que hacían cuando en realidad estaban tan perdidos como ellos. Pero necesitaban figuras de confianza que les hiciesen creer que todo estaba bajo control para poder divertirse y reír mientras hacían cosas como rehuir una clase camuflándose como una lámpara. No podía reconocerlo en voz alta o se les subiría a la cabeza y no habría quien las arrastrase a un aula, pero Elías estaba impresionado con su talento.

—Anda, tirad para clase, rapidito.

Las tres jóvenes obedecieron y, cuando se quedó solo en el salón de la casa, sintió unos brazos enredándose en su cintura desde atrás.

—Para no haber ido nunca al instituto, lo haces muy bien. Por un momento te he confundido con mi profesor de primaria, señor Baena. —Marcos le dio un fugaz beso en el cuello.

—Gracias, señor director, pero me parece que no es el momento.

—¡David Posada! Vuelve a invocar una sombra poltergeist en mitad de clase y te la haré tragar para que juegue a gastar bromitas en tus intestinos —bramó la voz de Judith desde una de las aulas.

Judith dedicaba la mayor parte de su tiempo a recorrer el mundo junto a Vivien en busca de nuevos nigromantes que aún no hubiesen descubierto sus talentos, pero de vez en cuando le entraba la nostalgia y decidía pasar una temporada con ellos. No era la única a la que veían a menudo, Samuel y Alyssa también habían ayudado en la labor de guiar a los nuevos nigromantes hasta que tuvieron a los mellizos y se entregaron de lleno a criar a los pequeños.

—Creo que fue todo un acierto pedirle a Judith que se encargase de

la clase de los mayores de quince —dijo Marcos, cruzándose de brazos—. Hormonas revolucionadas y magia siempre son una combinación explosiva.

—Es curioso, porque los ritos de iniciación mágica de la costa Mediterránea tienen en común que… —El timbre de la puerta resonó, haciéndole callar—. ¡Es ella!

Elías se apresuró hasta la entrada, olvidando por completo el resto de sus obligaciones. Abrió la puerta tan rápido como pudo y al otro lado apareció Madeleine. Como siempre, llevaba puesta una combinación de colores que sobreestimularía a la persona más insensible de la tierra. Los tonos vívidos resaltaban aún más sobre su piel tostada por el sol del sudeste asiático, donde había pasado varios meses descubriendo y probando combinaciones de especias para su pastelería. Elías la abrazó con tanta fuerza que casi aplastó la caja con macarons caseros que llevaba bajo el brazo.

—¡Pero bueno, cuánto amor! Sabías que traigo comida, ¿a que sí?

—Y que lo digas, Elías aún sigue hablando de tu paris-brest —dijo Marcos, acercándose para saludar con mucha más calma.

—Qué alegría volver a veros. Entre el ajetreo de la pastelería y mi lista de viajes pendientes, apenas me surgen huecos para parar un poco.

—¿De dónde vienes? —preguntó Marcos—. Después de tu visita a Tailandia perdí el hilo.

—Pues he hecho una breve parada en Corea del Sur antes de volver —le recordó ella, aunque supiese de sobra que Marcos estaba tomándole el pelo—. La isla de Jeju en esta época del año es una delicia. He acabado un poco cansada de las masas de arroz, pero no pienso compartir los Banana Milk que me he traído con nadie, lo siento. ¿Queréis macarons? He preparado una variedad que imita el dorayaki japonés. Hay quien cree que es una blasfemia, pero en el café no dejan de pedirlo.

Elías parpadeó varias veces intentando seguirle el ritmo. Ah. ¿Así que así era cómo se sentían los demás cuando él empezaba a soltar

datos históricos? Marcos se apresuró a intervenir al verle algo aturullado.

—No seré yo quien le diga que no a dulces gratis. Vamos al comedor, prepararé algo de café. Tienes que contárnoslo todo.

Elías sonrió. A veces se preguntaba cómo un marginado excéntrico y un torpe miedoso habían llegado tan lejos, pero la mayoría del tiempo no podía dejar de pensar en que hacían el equipo perfecto.

Fin

Agradecimientos

«Acabo de darme cuenta de que esto es nuestra vida. ¿No te parece increíble?». La frase la pronuncia mi amado Marcos Vega, pero bien podría haberla dicho yo cuando me levanto cada mañana y me siento delante del ordenador con un café para escribir la escena que planifiqué el día anterior. Las heridas de la muerte es, por chocante que aún me resulte decirlo, mi sexta novela publicada. Los dones de la muerte se ha publicado en España, pero también ha llegado a México, Chile, Guatemala, Colombia, Costa Rica, Paraguay, Ecuador e incluso hasta Alemania, a pesar de que no está traducido al alemán. Lo podéis leer en papel, en formato digital y además escucharlo en audiolibro.

No os cuento esto para presumir, sino para que seamos muy conscientes de que todos estos logros solo son posibles gracias a una larga lista de personas sin las que estos personajes y esta historia nunca se hubiesen materializado.En primer lugar, gracias a todo el equipo de Nocturna, en especial a Irina C. Salabert y a Paula González por creer en Elías, Marcos, Sofía y Judith y llegar a quererles tanto como yo. Gracias a Inma Moya por dar vida a estos personajes y convertirlos en obras de arte, y a Irene Muñoz y a Golden Rose (Rosa G) por su trabajo con las cubiertas de la bilogía (¡Sois increíbles las tres! Y he tenido mucha suerte de que hayáis formado parte de este viaje).Gracias también al equipo de Storytel que ha hecho posible que podáis escuchar estas novelas además de leerlas, en especial a Georgina Solé y Maribel Riaza por creer en el proyecto y a Olivia Vives por prestarnos su voz y darle alma a estos personajes.Sin mis lectoras cero (Bibiana Cambril, Esperanza Luque e Inma Rego) se me habrían escapado muchas cosas, así que mil gracias por vuestros audiopodcasts y anotaciones (muchos stickers de perritos y corazones para vosotras).Me siento también infinitamente agradecida a todos los libreros que le han dado un hogar temporal a estos libros hasta que encontraron a sus lectores y a las cajas literarias que los llevaron a vuestros hogares: Literali Box, Los Mil Planetas y AQUBO. ¡Sois los superhéroes de los escritores!¡Ah! Y cómo no, mención especial para mi familia por

aguantar mis crisis existenciales, por releer este libro con cada cambio para jurarme una y otra vez que lo estaba haciendo bien y por aseguraros de que no se me olvida comer cuando me meto demasiado en la historia (ya se sabe, el cerebro necesita azúcares y todo eso).Y por último y más importante, GRACIAS a los lectores, sin los que nada de esto tendría sentido. Gracias por invertir vuestro tiempo en mis historias, por enamoraros de mis personajes, por sufrir y disfrutar conmigo, gracias por recomendar y reseñar, por los fanarts, por las listas de reproducción, por los vídeos de TikTok, por las stories de Instagram, por los fanfictions y por todo el amor que le habéis dado a Los dones de la muerte y a otras de mis novelas. Tengo el móvil lleno de capturas de pantalla de vuestras publicaciones y mensajes que me animan en los días oscuros, así que gracias, gracias, gracias. No os imagináis lo importantes que sois para esta escritora despistada.¡Nos veremos en la próxima historia!